

EL 
EDITOR
INDISCRETO

F. BELLART

Lectulandia

«Una embarazada en reposo absoluto que se aburre sola en casa».

«Un marido editor con mucho trabajo».

«Una pareja de nuevos vecinos que parece esconder algo».

«Unas paredes estrechas».

«El misterio está servido para cualquier amante del domestic noir»...

Cristian y Míriam están esperando su segundo hijo. Su matrimonio no pasa por su mejor momento. Por riesgo a un parto prematuro, los médicos han ordenado a Míriam reposo absoluto. Su marido anda muy liado con el trabajo en la editorial y no tiene tiempo para estar con ella. Confinada en casa, sola, Míriam procura escapar del tedio leyendo novelas policiales y espiando a sus nuevos vecinos, Juan y Sara, una joven pareja que acaba de llegar de Madrid.

A medida que pasan los días, debido a una serie de extrañas circunstancias, Míriam empieza a sospechar que la pareja esconde algún secreto. Su marido la tacha de paranoica, pero ella está empeñada en llegar al fondo del asunto.

Cuando las cosas empiezan a torcerse, Cristian asumirá la investigación donde su esposa la había dejado...

Lectulandia

F. Bellart

El editor indiscreto

ePub r1.0

Titivillus 07.01.2018

Título original: *El editor indiscreto*
F. Bellart, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A really good detective never gets married.
RAYMOND CHANDLER

Conocimos a nuestros nuevos vecinos cuando volvíamos de la ecografía del segundo trimestre, que es en la que se supone que te dicen el sexo del bebé, aunque a nosotros ya nos habían dicho que era una niña. Un par de semanas atrás mi mujer me había despertado en plena noche, muy preocupada por unos pinchazos en el estómago. Llamamos a mi madre para que viniera a echarle un ojo a Eric y nos fuimos a urgencias. Al final resultó no ser nada, pero el caso es que la ginecóloga que nos atendió, cuando ya nos íbamos, nos preguntó si queríamos saber el sexo del bebé y nos dijo que estaba prácticamente segura de que esperábamos una niña. A los diez minutos ya le habíamos dado la noticia a todo el mundo. Empezamos a fantasear, a imaginar cómo sería la niña en el futuro y todas esas cosas. Le pusimos Martina. Creo que mi tía Carmen incluso empezó a bordarle un baberito con el nombre. Y entonces, aquel día, en la ecografía del segundo trimestre, lo primero que vemos de Martina es que tiene pene. Incluso yo, con mis graves problemas para interpretar las ecografías —pero que disimulo bastante bien—, no tuve dudas sobre lo que mostraban en aquella ocasión las misteriosas manchas grises.

—Enhorabuena —nos dijo el ecografista—. Es un varón.

A mí la cosa tanto me daba, la verdad, me era indiferente tener una niña que otro niño, pero a Míriam le hacía gracia todo ese rollo de la parejita. Le hacía ilusión tener una niña, ya se había hecho a la idea, y no teníamos intención de tener más hijos. Mientras volvíamos a casa en autobús —era mediados de marzo, una tarde fría, gris —, intenté animarla improvisando algunos chistes, pero la pobre estaba destrozada, se le veía en la cara.

Cuando recogimos a Eric de casa de mis padres pareció ponerse de mejor humor. Empezó a hablar de algún cotilleo de su trabajo. Yo hice ver que le prestaba atención.

—¿Por qué dijo que era una niña, si era un niño? —me soltó de pronto un poco más tarde, cuando ya llegábamos a nuestro edificio, el 23 de la calle Llull.

—¿Qué?

—La doctora del otro día. ¿Por qué dijo que era una niña?

—¿Cómo que por qué? Se equivocó, eso es todo.

—Dijo que estaba segura.

—Dijo «prácticamente segura» —la corregí—. A ver, qué insinúas, ¿que nos engañó deliberadamente? ¿Es eso lo que pretendes decir?

—Dijo «segura». Y no lo sé. Solo digo que no sé por qué lo hizo.

—Bueno, mira, pongamos que tienes razón. Pongamos que es una especie de perturbada —le dije—. No sé. Tal vez se lo haga a todo el mundo.

—¿Tú crees?

—No, no lo creo. Pero si es así, deberíamos hacer algo, ¿no? No podemos dejar que se salga con la suya.

—Deberíamos denunciarla.

—Como mínimo.

Cuando llegamos al séptimo ya habíamos planeado su asesinato. A mi mujer y a mí nos encantan las novelas policiales; planear crímenes perfectos es una de nuestras principales aficiones. No recuerdo exactamente qué preparamos aquel día para la desalmada ginecóloga; creo que la cosa iba de fingir un secuestro que había acabado mal, o algo así. Da igual. El caso es que al salir del ascensor fue cuando nos encontramos con nuestros nuevos vecinos.

Aún no les habíamos visto, y eso que vivían allí desde hacía medio mes, sin contar los dos meses en los que habían estado haciendo obras. Estaban parados enfrente de su puerta, que es contigua a la nuestra. Él medio agachado, peleándose por hacer girar la llave en la cerradura. Ella apoyada contra la pared, mirando al techo, como ausente.

—¿Problemas con la cerradura? —le preguntó mi esposa al hombre cuando llegamos a su lado.

—Sí —contestó él—, es la tercera vez que intento hacer una copia de las llaves y no hay manera, siguen sin funcionar. Y mi mujer se ha dejado las suyas dentro.

Elevó la voz para asegurarse de que ella oía esa última frase.

—¿Me permites? —le dije—. Soy muy bueno en esto, cada día abro la puerta de mi casa cuatro o cinco veces.

Pareció dudar, pero me pasó las llaves. Era un hombre alto, de entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Supongo que era guapo. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, pegado a la cabeza. Vestía una camisa azul claro, traje oscuro y unos inconfundibles zapatos de un blanco immaculado. Me dio la sensación de que intentaba aparentar tener más dinero del que tenía, o de que había pasado por épocas mejores.

—Nada, no hay manera —admití, después de un nuevo fracaso en mi vida, mientras le devolvía las llaves—. Puedes probar con una radiografía. Nosotros quizá tengamos una en casa, de una vez que creí que me había roto una pierna. Se mete la radiografía por aquí y se deja caer, así. No lo he hecho nunca, pero he visto hacerlo.

—Ya lo he pensado —me respondió—, pero eso solo funciona si no has cerrado con llave al salir. Y, al parecer, hemos cerrado con llave. Mira. —Me señaló la rendija entre la puerta y el marco.

Yo asentí con la cabeza y nos quedamos mirándonos el uno al otro.

—¿Puedo probar? —se metió por en medio mi mujer.

El tío le pasó la llave. Míriam no tardó mucho en desistir.

—Ni siquiera se mueve —dijo, devolviéndole la llave al otro—. A ver —siguió tras una pausa—, si cerrasteis la puerta con llave al salir es que tenéis con vosotros una copia que funciona, y esta ni siquiera se mueve. ¿Seguro que no lleváis otro juego encima? ¿Recordáis quién cerró la puerta?

Los tres nos volvimos hacia la mujer, que seguía donde la habíamos dejado, mirando las musarañas.

—Yo me he dejado las mías dentro —dijo esta, sin dignarse a echarnos siquiera una ojeada—. Ya se lo he dicho.

Miré al techo, hacia donde lo hacía ella, pero no vi nada interesante. Me dije que tal vez estaba enfadada con su marido. Tal vez acababan de discutir. Quizá por el tema de haberse dejado las llaves en casa. Hay parejas que discuten por cosas así.

Mientras pensaba en todo esto, el marido había empezado a rebuscarse en los bolsillos.

—Aquí está —proclamó entonces el hombre, sacando una nueva llave del interior de su chaqueta—. Esa era la copia que hice ayer. Qué idiota.

—Ni que lo diga —dije.

Probó la llave y vio que funcionaba.

—Me llamo Juan, por cierto —añadió, inclinándose hacia mi mujer para darle dos besos.

—Yo soy Míriam. Él es Cristian, y el pequeño que duerme en el cochecito se llama Eric.

El hombre se volvió hacia mí y me dio la mano. Era uno de esos tipos que en vez de estrecharte la mano te la estrujan violentamente, para demostrar que son muy machos.

—Ella es Sara —anunció entonces.

Los tres nos volvimos de nuevo hacia la extraña Sara, que se había despegado de la pared y se acercaba a nosotros para darnos dos besos.

Era una mujer guapísima. Desde el principio me dio la sensación de que no pegaba en absoluto con su marido. Parecía más joven que él, alrededor de los treinta y cinco años, como nosotros. Llevaba un vestidito marrón, una cosa muy sencilla y algo imprudente para el frío que hacía aún. Iba un poco despeinada y no llevaba maquillaje. Tenía una mirada peculiar, fría.

Intercambiamos besos, y mi mujer y el tal Juan se pusieron entonces a hablar por los codos, que si de cuántos meses estaba, que si cuántos años tenía Eric, que si habían venido de Madrid, que si tanto costaba hacer una copia de las llaves. El caso es que se embalaron; mi mujer acabó sacando el tema de que yo era editor, y entonces el tío dijo que su mujer —hablaban de nosotros como si no estuviésemos allí— estaba escribiendo un libro.

Antes de que ni yo ni mi nueva autora hubiésemos dicho nada ya habíamos quedado todos el viernes para cenar, en casa de ellos. Nos prepararían la que iba a ser la especialidad de su restaurante, porque se ve que estaban montando uno. Bueno, nos despedimos y cada cual a su casa.

Vivíamos pared con pared, ellos en el séptimo tercera y nosotros en el séptimo

segunda. El séptimo primera lo ocupaba la señora Vidal, una entrañable chiflada que entonces rondaría los ochenta años. El viernes nos presentamos allí a las nueve y media, tal y como habíamos quedado. La hermana pequeña de mi mujer se quedaba en casa a cuidar de Eric. Nos saludamos, nos enseñaron la casa —parqué, paredes blancas y muebles del Ikea, todo muy limpio y ordenado— y nos sentamos a cenar. Habían preparado tapas: callos, mollejas, pincho de oreja y caracoles, todo típico de Madrid, según dijeron. Lo había hecho él, Juan, aunque los dos compartían la afición por la cocina. Pensé que la idea de montar un restaurante con comida típicamente madrileña en nuestro pequeño barrio era más exótica que la de montar un restaurante japonés o indio, y que la cosa podía tener éxito. El caso es que él antes tenía una inmobiliaria, según nos iba contando. Con la crisis lo había perdido todo, y ahora debía volver a empezar de cero. Siempre es agradable escuchar a un rico lamentarse porque ahora es tan pobre como tú, pero el hombre no me dio esa satisfacción, se le veía la mar de contento. Habían pasado una mala época, es cierto. Explicó que habían vivido bastante tiempo muy angustiados por las deudas acumuladas y la falta de expectativas, pero que al final habían salido adelante, y allí estaban ahora, dispuestos a empezar una nueva vida, en una nueva ciudad, tan felices.

El tío nos había explicado todo esto antes de acabar siquiera de servir los platos. No paraba de hablar, hablaba más que mi esposa. Me pasé toda la comida intentando hacer alguna broma, pero no me daba tiempo, siempre iba tarde; cuando se me ocurría algo, el cabrón ya había cambiado de tema. Aunque siempre volvía más o menos a lo mismo:

—Además de estar prácticamente sin dinero, mi madre estaba muy mayor, y enferma, y solo me tenía a mí para cuidarla. Mi padre murió hace ya unos años, atropellado por un autobús. Una tragedia. Tengo un hermano, dos años mayor que yo, pero siempre ha ido un poco a su bola. Siempre ha sido un chico peculiar. Nunca le importó vestir bien. Supongo que somos muy distintos.

Estaba sentado delante de mi mujer, y mientras hablaba solo la miraba a ella, así que era un poco como si no hablara conmigo, lo que era un alivio.

—Tengo ganas de empezar —siguió—. Con el restaurante, quiero decir. Creo que siempre ha sido el sueño de mi vida, aunque yo no lo sabía. ¿Qué iba a saber? Estaba demasiado ocupado trabajando, no tenía tiempo para soñar. Espero inaugurarlos en tres semanas, siendo optimista. Aunque aún faltan muchas cosas. Mi mujer también es una gran cocinera, ya lo descubriréis. Tenéis que probar sus albóndigas. Es una especialista.

—Ya nos avisaréis cuando lo inauguréis —dijo mi mujer.

—Yo me pediré un bocadillo de calamares —añadí yo.

—Las sillas son todas diferentes —siguió el otro, que solo se escuchaba a sí mismo—. Todas. Ahora está de moda. Hay que tener perspectiva en los negocios. Y si algo me han dado todos estos años al frente de la empresa es eso, perspectiva.

—Es un plato típico bastante absurdo, si te paras a pensarlo, ¿no? —seguí yo.

—Es como volver a ser jóvenes, empezar de cero. Nueva ciudad, nueva casa, nueva vida. A mí me gusta mucho el golf, ¿sabéis? No sé si tendré tiempo de practicar. ¿Vosotros jugáis a golf, por casualidad?

—Es como si se lo hubiese inventado un niño. Un bocadillo de calamares. Y en Madrid ni siquiera hay mar. ¿Quién se inventó esa cosa?

Así estuvimos un rato, hasta que sonó su móvil.

Lo sacó del bolsillo sin dejar de hablar, lo miró y pareció no reconocer el número. Al responder se puso pálido, o eso me pareció; se levantó bruscamente, sin decir nada, y se largó del comedor.

Los demás nos quedamos en silencio unos segundos, sin saber muy bien qué hacer ni qué decir. La primera en hablar fue mi mujer.

—¿Así que has escrito un libro? —le preguntó a Sara, que apenas había dicho nada en toda la noche.

—¿Qué? Ah, no es nada. Solo es un pasatiempo. Ni siquiera lo tengo acabado. No le hagáis caso a mi marido.

—Tendrías que dárselo a Cristian, ¿verdad, Cristian? Te podrá dar una opinión, o, quién sabe, publicarlo.

—Espero que no sea un libro de poesía —apostillé. Entonces Sara giró su cabeza hacia mí y me clavó sus grandes ojos negros. Cuando volví en mí y me di cuenta de que se suponía que debía desarrollar de algún modo mi aseveración, retomé el hilo apresuradamente—: Es que no entiendo la poesía. Se supone que tienes que descubrir placer en el sonido de las palabras, o algo así, pero yo no sé encontrarle la gracia. A veces pienso que la poesía es una conspiración de la humanidad para tomarme el pelo. Plataforma del sueño, giratorias farándulas, arlequinada y vértigo de medusas. ¿Ves? Dices unas cuantas palabras al azar y ya lo tienes.

—¿Es una novela? —le preguntó mi mujer, ignorando mis ingeniosas reflexiones.

—Supongo que sí —dijo Sara—. Es una novela policial, pero es una tontería, de verdad.

—A nosotros nos encantan las novelas policiales —continuó mi mujer—. A mí me gusta Agatha Christie, y los de ahora: Harlan Coben, Michael Connelly. Él es más de Chandler y M. Cain y cosas así.

—No me gusta nada M. Cain.

—¿De qué trata?

—No es nada, en serio. Ni siquiera la tengo acabada —respondió ella—. Ni siquiera la he pasado a ordenador. Es solo una vieja libreta, una manera de pasar el tiempo. Ahora con el restaurante no creo que tenga mucho tiempo para escribir, ni para ninguna otra cosa, la verdad.

Cuando Juan volvió a entrar en el comedor y se sentó de nuevo a la mesa parecía otra persona. Se le veía preocupado, distraído. Apenas volvió a abrir la boca en todo el rato. Como el ambiente se había enrarecido, Míriam y yo prescindimos del café, excusándonos con que teníamos que ir a dormir a Eric, que a esas horas ya debía estar

roncando. Así que nos despedimos, les dijimos por enésima vez lo buena que estaba la comida y lo bonito que les había quedado el piso y nos fuimos a casa.

—Menos mal que ya estamos en casa, qué pesados —le dije a mi mujer mientras cerraba la puerta de la entrada.

—A mí me han caído bien.

—¿Quiénes? ¿Todos los que hablaban a la vez por la boca de ese tío?

—Podríamos ir a la inauguración del restaurante.

—Sí, claro.

—Lo digo en serio.

—Yo también. Cenar mientras está trabajando. Supongo que no podrá hablar mucho.

En el comedor nos encontramos con mi cuñada, que debía estar con el ordenador o con el teléfono. Nos dijo que Eric estaba durmiendo. Nos despedimos de ella, le dimos un beso al niño procurando no despertarlo y nos fuimos a la cama.

—Hay algo raro en todo esto, ¿no crees? —lanzó mi mujer de pronto, cuando yo ya estaba medio dormido. A veces pienso que le encanta esperar a que esté a punto de dormirme para ponerse a hablar.

—¿De qué hablas?

—No sé, hay algo raro en ellos. No tienen hijos.

—Hay mucha gente que no tiene hijos, y no todos son unos maníacos.

—Esto tiene todos los ingredientes para un misterio. Hay una situación de crisis económica, deudas, la madre que muere. Eso pone una herencia de por medio.

—No te sigo.

—Lo digo por la llamada —dijo—. Cuando han llamado a Juan. ¿Has visto cómo se ha puesto? Completamente blanco, y luego ha estado raro el resto de la cena.

—Sería el médico. Le habrá dicho que va a morir en unos días. Imagínate, y tener que estar allí perdiendo el tiempo con unos vecinos.

—Hablo en serio. ¿No te has fijado en cómo se ha puesto? Tal vez alguien le esté chantajeando. No sé. Hay algo raro en ellos. Ella da la sensación de esconder algo. ¿No te ha dado esa impresión?

—Pobre mujer. Lo que debe ser vivir con ese tío.

—Es guapa, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí. Supongo. No, en absoluto. Puede. ¿Por qué lo dices?

—He visto cómo la mirabas.

—¿Y cómo la miraba? La miraba como se mira a una persona o a una silla.

—Es una mujer muy guapa. No pasa nada, puedes reconocerlo. No me voy a poner celosa.

—Como me parece que estamos yendo por un camino peligroso y además me muero de sueño, voy a intentar desviar el tema. Al final no me ha dado el dichoso manuscrito. Algo bueno hemos sacado de todo esto. No tendré que leérmelo y darle mi opinión.

—Lo tengo yo.

—¿Qué?

—Lo tengo yo. El manuscrito. Se lo he pedido al marchar. Está en mi bolso.

—No fastidies.

—No refunfuñes. Tal vez esté bien. ¿No te quejas siempre de que no encuentras nada que valga la pena? Dale una oportunidad.

Le dije que de acuerdo, y convine con ella en que con toda seguridad nuestros nuevos vecinos escondían algún horrible secreto. Me sentía agotado, y enseguida caí en un profundo sueño, del que me arrancó de mala manera unos minutos más tarde el llanto de Eric en la otra habitación.

Me levanté, fui hasta allí, le di un poco de agua y traté de tranquilizarlo.

—Muu, muu. Sí, la vaca tiene cuernos. Y hace muuu.

Así eran las conversaciones con mi hijo en aquella época, más o menos. Luego empecé a cantarle y a acariciarle la barriga, hasta que volvió a dormirse.

No le eché un ojo al manuscrito hasta unos días más tarde. No me apetecía leerlo. No tenía ninguna esperanza en él. Una de las cosas que aprendes cuando eres editor es que todo el mundo ha escrito un libro, concretamente uno muy malo. No soy de esa clase de editores que solo acepta manuscritos de agentes, en absoluto. Eso es algo que no entiendo. Una de las cosas buenas de este oficio es que te da la oportunidad de poder descubrir a alguien con talento, aunque la búsqueda pueda resultar extenuante. Y la gente que te manda manuscritos no te exige de entrada un anticipo exorbitante, se conforma con publicar su libro, por lo que el riesgo de acabar perdiendo dinero es menor. Pero los manuscritos de los desconocidos los puedo despachar en tres páginas, sin molestarme siquiera en contestarles. Aquí la cosa era diferente. Tarde o temprano iba a encontrarme con la autora del libro en el ascensor o en el rellano y tendría que darle algún tipo de explicación, así que estaba obligado a leérmelo entero —como si no tuviese suficientes libros por leer— y además inventar algún tipo de opinión constructiva para justificar que, a pesar de ser una gran novela, no tenía intención de publicarla.

Recuerdo que ese martes por la mañana había quedado con Jessica Buisac, que en aquel momento era algo así como mi escritora estrella. Tal vez les suene el nombre. Es autora de tres novelas románticas o pseudoeróticas que en su momento se vendieron bastante bien, y a las que debo buena parte de la entrada de mi hipoteca: *El atardecer de las esperanzas prohibidas*, *Ella no te quiere como yo* y *El amor huele a café tostado*. La protagonista de todas es el mismo personaje, Alexandra, una mujer atractiva y apasionada de treinta y tantos años en busca del amor verdadero.

Lo gracioso —y esto es algo que casi nadie sabe— es que la señora Buisac es en realidad un hombre, un hombre voluminoso y peludo, y bebedor, y fumeta, y gandul, y una larga sucesión de adjetivos más o menos relacionados con estos. Se llama Iván Berges, y también es uno de mis mejores amigos.

—Mire, señor editor —me dijo el día en que lo conocí, que fue el día en que se presentó sin avisar en mi despacho, oliendo a cerveza y marihuana, para ofrecermelo su manuscrito—. Me llamo Iván y tengo treinta años. Escribo desde los ocho. Llevo la literatura en la sangre. A los doce años ya había escrito mi primer libro de relatos, a los catorce mi primera obra de teatro y a los dieciséis mi primera novela, que se titula *El hombre-sombra* y que, a pesar de ser una obra maestra, no encontrará en ningún sitio, porque esta sociedad enferma y estúpida, este despojo de provincianismo, es incapaz de apreciarla. A los dieciocho años me fui a vivir a la buhardilla de la casa de un hombre ciego, al que pagaba lo que podía, y me pasaba las noches escribiendo y fumando colillas que había recogido de la calle durante el día. Cuando no le pude

seguir pagando el alquiler, fingí que me había ido, y continué viviendo allí durante más de un año, procurando no hacer ruido. En total trabajé en mi segunda novela seis años. No conseguí publicarla. No logré publicar nada, ¿se lo puede creer? Y no es porque mi obra no valga nada. Vale infinitamente más que toda la porquería junta que llena cualquier librería.

»Pues bien, el otro día, hace dos semanas, pensando en todo esto, llegué a una conclusión, muy sencilla. Puesto que la gente, y en especial la gente que dirige editoriales (no se lo tome como una ofensa), es profundamente idiota y no tiene ni puta idea de literatura, me dije, si quiero ganarme la vida escribiendo no me queda otra que escribir bazofia como la que se vende ahora. ¿Y qué es lo que se vende ahora?

Pensé que era una pregunta retórica, pero como vi que esperaba una respuesta dije algo al azar:

—¿Novela histórica?

—Porno para menopáusicas. Novelas eróticas para mujeres mayores que nunca han sentido ninguna atracción física hacia sus maridos y que se dejan violar eventualmente por ellos para mantener la ficción de su vida —sentenció, y me plantó su libro, el primero de toda la serie, *El atardecer de las esperanzas prohibidas*. Me dijo que lo había escrito en cuatro días.

No sé muy bien cómo consiguió engañarme para que lo publicara. Era un libro que se salía bastante de mi línea editorial. Supongo que el chico me hacía gracia, y en realidad no era una mala novela. En aquel momento el negocio funcionaba bastante bien, además; todo el país funcionaba bien, se vendían libros a carretadas, así que me podía permitir correr riesgos. Y, mira, resultó que se vendió de maravilla, hasta el punto de que la señora Jessica Buisac —fue idea suya lo de hacerse pasar por una liberal cincuentona— se acabó convirtiendo en una de mis autoras más populares.

Ahora, seis o siete años más tarde, con el mundo editorial devastado por los gigantes del sector y la crisis económica, los libros de Jessica Buisac eran lo único que mantenía en pie mi pequeña empresa, pero ya habían pasado dos años desde la publicación de *El amor huele a café tostado*, e Iván todavía no había dado señales de querer ponerse a trabajar en un nuevo libro. Así que cuando me llamó sobrio aquella semana y me dijo que quería concertar una reunión conmigo sentí un inmenso alivio. Me hice ilusiones. Quise creer que por fin había decidido ponerse manos a la obra.

Mis ilusiones se hicieron añicos nada más sentarnos en la terraza del bar.

—He decidido acabar con Jessica Buisac —me dijo aquel martes por la mañana, yo con un café y él con una cerveza—. No voy a escribir una cuarta novela.

Me sentí como si me hubiese tocado la lotería y un tipo con la cabeza cubierta con un pasamontañas me hubiese asaltado cuando iba a cobrar el boleto y se lo hubiese llevado después de apuñalarme en el estómago.

—Bien, tal vez sí escriba una nueva novela —siguió—, pero no será una de esas porquerías para reprimidas. Quiero escribir un libro de verdad, uno que pueda firmar

con mi verdadero nombre. Estoy pensando en hacer una revisión de *El hombre-sombra*.

Había leído *El hombre-sombra*, su primera novela, de su etapa como escritor serio. Era un rollo insoportable.

—¿Me das una calada? —le pedí.

—Toma —me dijo, pasándome el pitillo que se acababa de encender—. Quédatelo. Pensaba que lo habías dejado.

—Es que solo fumo a escondidas.

—¿Qué tal tu mujer? ¿Cómo lleva el embarazo?

—Como puede, la verdad —admití, dándole la primera calada al cigarrillo—. Empieza a estar cansada. En el trabajo no le dan todavía la baja por riesgo. Tiene que currar un mes y medio más.

—Eso de estar embarazada y trabajar debería estar prohibido. Las dos cosas a la vez ni te digo. ¿Follas con ella?

—¿Qué?

—Que si folláis.

—Es lo que suelen hacer las parejas, aparte de mirar pelis juntos.

—Quiero decir ahora, embarazada. Creo que yo no sería capaz de follar con una embarazada. Es como que el trabajo ya está hecho. Sin contar que es como si te lo montaras indirectamente con tu propio hijo, o con el hijo de otro, con suerte.

—¿Por qué no escribes algo que sea el punto medio entre una cosa y la otra? —pregunté, cambiando el rumbo de la conversación.

—¿Qué quieres decir?

—No hace falta que hagas otra novelita romántica, si no te apetece. Pero tal vez tampoco haga falta volver al pasado. Quizá puedas encontrar un equilibrio entre lo comercial y lo artístico.

—Se nota que no tienes ni puta idea de cómo funciona el cerebro de un artista, Cristian. Esto no va así. Yo no puedo guiar mi genio como a un caballo. Solo puedo dejarlo libre o mantenerlo encerrado. No hay punto medio.

—Podrías escribir una comedia, eres un tío bastante ingenioso.

—Tengo muchas virtudes.

—O un drama familiar. Una novela que sea a la vez popular e intelectualmente estimulante.

—No sé, creo que no puedo hacerlo.

—Yo creo que sí puedes. Piénsalo —insistí.

Dos cafés y tres cervezas más tarde no había logrado convencerlo todavía, pero sí había conseguido plantar una semilla en ese vertedero de alcohol y marihuana que era su cerebro. No habría una cuarta novela protagonizada por Alexandra, de acuerdo, pero sí habría una cuarta novela de Jessica Buisac, o por lo menos lucharía para que la hubiese. Podía escribir una comedia dramática. O un *thriller* doméstico. No era mala idea, al fin y al cabo. La gran escritora de novela rosa cambiando de género.

Mirándolo bien, la cosa podía tener éxito.

Por la tarde, en mi pequeña oficina, pensando en todo esto, me acordé del libro de Sara, la vecina, y decidí cogerlo. No tenía otra cosa qué hacer. Me preparé un buen vaso de café, puse el *Exile on Main St.*, me tumbé en el pequeño banco que tengo en el despacho, debajo de la ventana, y abrí la libreta, que llevaba durmiendo en mi cartera tres o cuatro días.

La letra era elegante, segura y femenina. Casi no había correcciones. El primer párrafo me gustó:

Yo lo maté. No sé si lo merecía. No me importa. El mundo es como es. Hay que atenerse a las consecuencias. Son las dos de la madrugada, he bebido y no puedo pretender que no ha pasado nada. El vaso de *whisky* que me he tomado ha dejado un círculo en la mesa en la que escribo. Yo lo maté. Volvería a hacerlo.

Seguí leyendo, y vi que la cosa estaba bastante bien. En algún momento se repetía demasiado, la trama tardaba en arrancar, pero la prosa era seca, concisa, y la mujer sabía crear un clima. A partir de la página cuarenta o cuarenta y cinco el ritmo decaía un poco, pero luego, hacia la página ochenta y algo, se producía un buen giro en la historia y la novela volvía a coger fuerza.

Había dos personajes principales, que hacían también de narradores. Los puntos de vista de cada uno se iban alternando cada pocos capítulos. El primero era un psicópata, un tipo de unos cincuenta años que por las mañanas trabajaba en una oficina de Correos y que por las noches se dedicaba a degollar a chicos jóvenes y a arrancarles los ojos. La cosa puede parecer algo trillada, pero Sara sabía infundirle la dosis adecuada de realismo. El segundo personaje principal era el comisario encargado de atraparlo. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, casado y con dos hijas, una de doce años y otra de diecisiete. Llevaba seis meses siguiéndole la pista al psicópata, pero hasta entonces no había descubierto prácticamente nada. El equipo investigaba con mucha discreción; querían evitar que la historia saltara a la prensa y que la ciudad entera se volviese loca.

Todo esto abarcaba las primeras ochenta y tantas páginas. Entonces llegaba el giro del que hablaba. De pronto, una noche cualquiera, la hija mayor del comisario era violada y asesinada por un desconocido al salir de una discoteca. El comisario y su mujer quedaban devastados. El pobre perdía la cabeza, y se veía obligado a dejar por un tiempo el trabajo. Previsiblemente, empezaba a investigar por su propia cuenta el asesinato de su hija, y tras una serie de pesquisas más o menos bien ligadas daba con la identidad del culpable: un joven de clase alta, el hijo de alguien muy poderoso; de un político, creo —no lo recuerdo muy bien—.

El comisario no arrestaba al chico, sin embargo. Sabiendo de quién era hijo, estaba convencido de que detenerlo no serviría de nada. Su padre contrataría a una

legión de abogados, que saldrían con un montón de triquiñuelas en el juicio. Como mucho le caerían diez años, que se acabarían convirtiendo en tres por buena conducta.

Por más vueltas que le diese, todo le empujaba a la misma conclusión. Tal vez no podía encerrar al chico, pero el destino le ofrecía una oportunidad perfecta para impartir justicia.

Una noche se cuela en casa del chico y lo espera con las luces apagadas. Cuando el chico llega, el comisario se le echa encima y lo degüella. Luego le arranca los ojos. Cuida hasta el último detalle de la escena del crimen. Cuando la policía descubre el cuerpo al día siguiente, se da por hecho que se trata de una nueva obra del psicópata. No puede tratarse de ningún imitador. El caso no ha salido en la prensa todavía. Aunque no tardará en hacerlo. La muerte del hijo de un importante político —o lo que fuese— no es una noticia fácil de contener.

Después de unos capítulos dedicados al comisario, el relato volvía entonces a recuperar el punto de vista del oficinista psicópata, que al salir de casa una mañana y pararse enfrente de un quiosco descubre que sus crímenes han salido finalmente a la luz. Los periódicos, sin embargo, no le atribuyen solo cinco asesinatos, sino seis. El psicópata no logra entenderlo al principio. Compra varios periódicos y se encierra en casa a leerlos. Poco a poco, empieza a atar cabos. Quien haya matado al joven aquel, se dice, pretende utilizarlo a él de cabeza de turco. No puede tratarse de una casualidad. El asesino ha reproducido a la perfección su *modus operandi*. Y puesto que la noticia no se ha hecho pública hasta ese mismo día, la conclusión es obvia: el asesino debe ser uno de los policías que han estado trabajando en el caso.

No sé cómo acababa la historia, porque el manuscrito se terminaba aquí. Cuando cerré la libreta y miré el móvil vi que eran cerca de las once de la noche. No me había dado cuenta de que se había hecho tan tarde. Tenía algunos wasaps de Míriam:

Míriam

Eric no ha querido cenar.

Se ha dormido rápido.

Dile a tu amante que es tarde.

Me voy a leer a la cama, ya cenarás lo que quieras.

No supe interpretar si estaba enfadada. Recogí mis cosas y me fui para casa. La encontré durmiendo. Me comí un bocadillo, le di un beso de buenas noches a Eric y me tumbé con ella.

No podía dormir. Le seguía dando vueltas al libro, y a Sara. La cosa no estaba nada mal. Me gustaba que los dos protagonistas intercambiaran los papeles, que en mitad de la novela el investigador se convirtiese en el asesino y el asesino en el

investigador. Todo el libro tenía un agradable aroma a Patricia Highsmith. Había mucho trabajo que hacer, sin duda, siempre lo hay, pero allí, en aquel momento, no podía quitarme de encima la embriagadora sensación de haber dado con algo.

Tampoco podía dejar de pensar en la mujer que había escrito aquello, en Sara. Es curioso lo que puedes llegar a descubrir de una persona por lo que escribe. Ahora me parecía una mujer mucho más inteligente de lo que entreví en la cena, y mucho más interesante. Había algo profundamente perturbador o misterioso detrás de toda aquella historia y de aquella manera de contarla, algo que no acababa de descifrar o entender, pero que tampoco lograba apartar de mi cabeza. Creo que aquella noche soñé con ella.

Me la encontré un par de días más tarde, al volver de la oficina, cuando me disponía a entrar en nuestro edificio. Recuerdo que durante todo aquel día había estado lloviendo a ratos, pero entonces —serían sobre las seis y media de la tarde— el cielo estaba despejado. Cuando me volví para cerrar la puerta la vi a lo lejos, cruzando la calle. Andaba con la cabeza un poco ladeada, mirando al suelo, inmersa en sus pensamientos. Al levantar la vista y verme aguantando la puerta, apresuró el paso.

—Gracias —me dijo, mientras cruzaba el umbral.

Intercambiamos alguna frase cordial, nos metimos en el edificio y luego nos quedamos callados mientras esperábamos el ascensor. Yo quería decir algo, pero no lograba descubrir el qué. A ella el silencio no parecía incomodarla.

Cuando entramos en el ascensor conseguí hablar:

—He estado leyendo tu libro —solté. Ella no dijo nada; con lo que me había costado decir la primera frase—. Creo que está bastante bien —seguí—. Hay que mejorar algunas cosas. En mi opinión, tienes que trabajar un poco más los personajes, sobre todo el del psicópata. No sé dónde llevará esto y no quiero que te hagas ilusiones, pero a lo mejor podemos hacer algo con el libro. ¿Tienes pensado el final?

—Vaya —respondió, tras una larga pausa—. Supongo que sí. Sí. Hay algún cabo suelto que tengo que acabar de atar, pero creo que sí.

—Puedo señalarte cosas. Es algo que suelo hacer. ¿Tienes ganas de acabar el libro?

—No sé qué decirte. Ahora ando un poco liada.

—No hay prisa.

—Sí. Supongo que sí. Puedo acabarlo, claro.

—Si quieres hacemos una cosa —le dije cuando ya llegábamos al séptimo—. Yo me quedo con lo que tienes escrito y te apunto todo lo que creo que puede mejorarse, o que no queda claro, o que sobra, y entretanto tú vas escribiendo la parte final. ¿Te parece?

—Me parece.

Dejamos el ascensor atrás y nos detuvimos delante de su puerta.

—Podemos quedar alguna mañana y nos tomamos un café, si te parece bien — dije—. Me puedes explicar el final, y yo te hablaré de mis impresiones, de lo que me gusta y de lo que creo que habría que revisar antes de seguir adelante.

Se mostró de acuerdo, pero debía mirar la agenda, pues esos días andaba un poco liada con lo del restaurante. Intercambiamos nuestros números de teléfono y quedamos en que ya me diría algo.

Cuando cerró la puerta seguí allí plantado unos instantes. Al volverme hacia la mía vi que la del séptimo primera —la de la señora Vidal— estaba entreabierta. En la oscura rendija que formaban el marco y la puerta adiviné dos ojos pequeños e inquisidores.

—¿Señora Vidal? —pregunté—. ¿Me está espiando? —La muy cabrona no dijo nada—. No simule que no está allí mirándome, la puedo ver perfectamente.

—He visto cómo le mirabas el culo a esa mujer —soltó entonces la señora desde su cueva.

—Qué va.

—Lo he visto.

—Lo hago siempre —le dije—. Les miro el culo a las vecinas cuando me despido de ellas. También a usted. No puedo evitarlo. Soy un enfermo.

—A mí no me miras el culo como a ella, joven.

—Ella ha escrito un libro.

—Esa mujer te traerá problemas —siguió la señora Vidal, abriendo un poco más la puerta y sacando la cabeza—. He visto cómo la mirabas.

La señora lucía uno de esos vestidos que llevan las abuelas —de esos que parece que se hayan enrollado una cortina con dos agujeros para sacar los brazos— y una diadema de Hello Kitty que debía haber comprado en un chino.

—No la miraba de ningún modo, de verdad —afirmé—. Y no le miraba el culo. Solo estábamos hablando.

—Eso espero. Tienes suerte de tener a Míriam. No lo olvides.

—¿Cómo van las rodillas? —le pregunté, para que pudiese presumir de sus sufrimientos.

—Peor que nunca, hijo. Hoy no me podía levantar del dolor. Por no hablar de la espalda.

—Tiene que hacer reposo, tumbarse en el sofá, no pasarse el día espiando de pie detrás de la puerta. Buenas tardes, señora Vidal.

Ya en casa, me quité la chaqueta y los zapatos y me dirigí al comedor. Mi mujer estaba sentada en el sofá, con Eric entre las piernas, recostado en su redonda barriga, con un cuento en las manos. Al verla allí sentada —tan guapa, tan dulce bajo la luz que llegaba a través de los cristales de la puerta del balcón—, y pensar que hacía dos minutos estaba mirándole el culo —al menos metafóricamente— a la vecina, me sentí mezquino e idiota.

Me tumbé con ellos y me sumé como comentarista crítico a la obra que se estaba

leyendo, una versión de *Caperucita roja*.

—Y aquí nos encontramos con la mayor inconsistencia del relato —dije, como siempre hacía cuando llegábamos a esa parte—. ¿Por qué el lobo engaña a la niña, corre hacia la casa de la abuela, se disfraza y monta todo ese numerito innecesario? ¿Por qué no se come a la niña allí mismo, en el bosque?

—Ya lo hemos hablado mil veces —dijo Míriam—. Para comerse a la abuela. ¿Verdad que sí, Eric?

—¿Quién quiere comerse a una abuela seca y arrugada? Y, de todos modos, se la puede comer en cualquier otro momento, nada se lo impide. La historia no se aguanta.

Eric me dio la razón. Tiró el libro al suelo, bajó del sofá y se fue a su habitación a buscar otro cuento. Mi mujer aprovechó para preguntarme qué tal me había ido el día y anunciarme con una sonrisa burlona que tenía algo que contarme. Supuse que se trataría de algún cotilleo del trabajo que yo no acabaría de entender, porque siempre me hago un lío con sus compañeros y nunca termino de entender nada.

—Esta tarde, al llegar a casa —me dijo más tarde, cuando ya habíamos dormido a Eric, mientras cenábamos—, me ha parecido escuchar gritos en el piso de al lado.

—¿Qué piso? ¿El de los nuevos vecinos?

—Sí. Serían sobre las tres y media. Me dio la sensación de que discutían. Eso he pensado al principio. Estaba en la cocina, comiendo algo. Primero no he prestado mucha atención, pero luego han subido el tono. Eran dos voces, una masculina y otra femenina, y estaban enfadados, pero no lograba entender nada. Así que me he levantado, he venido al comedor, he pegado la oreja a la pared y me he puesto a espiarlos.

—Muy bonito.

—Es que no dan nada bueno en la tele a esas horas. Tampoco he entendido nada. Algo de haber terminado, que era la última vez. He pensado en hacer eso que hacen en las pelis de coger un vaso y pegarlo a la pared, para poder escuchar mejor, pero hasta yo lo he encontrado exagerado. Luego ella ha empezado a llorar, y él ha bajado el tono de voz.

—Una pareja discutiendo. Increíble.

—Ahora viene lo bueno, espera. Como tenía que ir a la guardería a buscar a Eric, he abandonado el culebrón, he limpiado los platos y me he preparado para salir de casa. Justo cuando cerraba la puerta, ha empezado a abrirse la de ellos. Pensé en bajar por las escaleras. No tenía ganas de encontrármelos después de oír su discusión. Pero con esta panza, y con siete pisos por delante, no me he visto capaz. Bueno, pues menuda sorpresa me he llevado cuando he visto quién salía por la puerta.

—¿Quién salía?

—No lo sé. Una chica, una mujer de poco más de veinticinco años. Pero no era Sara.

Dejé un momento los cubiertos y le di un trago a la cerveza. Estábamos cenando

en el sofá, con las noticias de la tele de fondo, como hacemos siempre.

—¿Y? —le dije.

—¿Y? ¿No te parece interesante?

—No veo qué tiene de interesante.

—Tal vez fuese una amante, ¿es que no lo ves?

—Joder, ¿el tío lleva tres semanas viviendo aquí y ya se ha buscado una amante?

—Quizá se la ha traído de Madrid.

—Eso tiene mucho más sentido. Mira —pinché el último trozo de hamburguesa—, puede que la chica, yo qué sé, no fuese nadie, que solo estuviese allí haciendo una entrevista de trabajo, para el restaurante.

—¿Qué quieres decir? ¿Una aspirante a camarera? No, eso no tiene sentido. ¿Cómo explicas los gritos?

—No sé, hace muchos años que no hago una entrevista de trabajo. Quizá la estaba poniendo a prueba. Quizá se ha puesto a insultarla, para ver cómo reaccionaba. Para llevar un restaurante hay que saber soportar la presión. Hay mucha gente a la que le gusta dar la nota.

—¿Se puede saber de qué hablas?

—No lo sé. ¿Cómo era?

—¿La chica? Bastante guapa. Llevaba el pelo corto. Casi no he podido verla. Cuando me ha visto ha agachado la cabeza y se ha ido a toda prisa por las escaleras. Se notaba que había llorado. Luego he pensado que... ¿Te acuerdas del otro día, en su casa? ¿Recuerdas que llamaron por teléfono a Juan, y que se puso muy nervioso?

—Ya veo por dónde vas. Crees que tal vez era esta chica, la supuesta amante.

—Es una posibilidad.

—Bueno. Parece que el misterio de nuestros nuevos vecinos va cogiendo forma —le dije—. Ya me irás explicando cómo avanza la cosa. Avísame cuando haya un asesinato.

Miriam se rio.

—Espero que no lleguemos a tanto —replicó.

Mi historia de amor con Míriam empieza donde suelen acabar las novelas de amor, en el momento de la conquista, en el primer beso, allí donde para la mayoría de escritores empiezan el tedio, los reproches, los dramas costumbristas y las novelas policiales. Al menos yo no llamaría a todo lo que precede a nuestro noviazgo una historia de amor. Una historia de superación, puede; tal vez un melodrama pueril sobre la humillación y el sacrificio. En cualquier caso, es una historia que yo no calificaría de romántica.

Siempre me gustó, desde el primer momento, desde que teníamos doce años y aterrizó con sus pequitas, su larga trenza rubia y su camiseta de los Ramones en mi instituto. ¿Cómo no iba a estar colado por ella? Era inteligente, guapa, divertida y le gustaban las novelas de Agatha Christie. Pero, por aquel entonces, yo no sabía nada del amor juvenil ni de psicología femenina y mis intentos por conquistarla desembocaron en un absoluto fracaso. Yo creía que hablando con ella, haciéndola reír y ganándome su confianza me convertiría en su novio, pero en vez de eso me convertí en una de sus mejores amigas. Supongo que éramos muy distintos. Yo era un chico tímido y prudente que se resistía a abandonar la infancia. Míriam fue una adolescente precoz de las que regalarías como hija a tu peor enemigo. Le encantaba salir de fiesta, fumar, beber, drogarse, enrollarse con tíos mayores.

El amor no correspondido es una mierda. Recuerdo aquella época como si me la hubiese pasado entera llorando en la cama, pensando en Míriam, esperando en vano a que algún día se diese cuenta de que estábamos hechos el uno para el otro. Con el tiempo mi corazón aprendió a ignorarla. Cuando dejamos el instituto nos empezamos a ver menos. Luego ella se fue a vivir a una especie de comuna *hippie* a California, donde trabajaba recogiendo marihuana, y yo tuve mi primera novia, con la que me fui a vivir a Gràcia y de la que no recuerdo prácticamente nada. A los veintiuno corté con ella y volví al barrio, y poco después Míriam también lo hizo. Retomamos nuestra amistad y yo retomé mi obsesión por ella, pero esta vez decidí que en vez de autocompadecerme en la cama lucharía por conquistarla. Voy a ahorrarme el penoso relato de todas aquellas noches en que salíamos juntos de fiesta y, después de gastarme un dineral en cubatas, la veía marchar desde la barra en brazos de otro. El caso es que después de meses de sudor y sufrimiento, tras años de espera, una noche —tal vez por compasión, o caridad, o por simple sentido de la justicia distributiva, no estoy seguro— Míriam se enrolló conmigo, y a partir de entonces todo cambió.

Empezamos a quedar y, de un día para el otro, no sé muy bien cómo, nos hicimos novios. Nadie daba un duro por nosotros, yo el que menos. Todo indicaba que aquello no era más que un capricho pasajero y que, después de jugar conmigo durante uno o

dos meses, Míriam se desharía de mí y se iría con otro, devolviéndome a mi miserable vida anterior. No fue así. Celebramos nuestro primer año juntos, y luego el segundo. La verdad es que nos lo pasábamos muy bien. Compadezco a esas parejas que necesitan pelearse a todas horas para mantener vivo su amor y no caer en el tedio. Nosotros nunca necesitamos eso. Formábamos un gran tándem, y la influencia que cada uno ejercía sobre el otro resultó ser beneficiosa para ambos. Ella sentó la cabeza: dejó de fumar, empezó y acabó una diplomatura en Trabajo Social y se puso a trabajar para el ayuntamiento, en un servicio de atención a domicilio. Yo me lancé a por mis sueños: empecé a fumar, dejé mi trabajo en la librería del barrio e invertí todos mis ahorros en montar mi modesta editorial. Cuatro años después nos casamos, y al año siguiente tuvimos a Eric.

Supongo que, incluso después de tanto tiempo juntos, siempre seguí temiendo que Míriam me diría un buen día que había conocido a otro tío y que daba lo nuestro por terminado. Lo que no se me había pasado nunca por la cabeza es que fuera yo quien, de pronto, pudiera sentirse atraído por otra persona. Y no es que sintiese nada concreto por Sara, la nueva vecina, más allá de un vago interés que siempre podía achacar a su talento como escritora. Yo estaba convencido de que aquella atracción repentina por una desconocida era algo pasajero, que pronto se me iría de la cabeza, pero el simple hecho de saber que estaba pensando en otra mujer me aterraba. No le dije nada a Míriam sobre mi encuentro con Sara en el ascensor, y cuando —un par de días después— me preguntó si le había echado un ojo al manuscrito, le dije que sí, que lo había leído, pero que era una cosa infumable que no tenía el menor interés. No sé muy bien por qué lo hice. No debería haberle mentido. Aquello me ató a tener que seguir mintiéndole en el futuro, y no hay nada que odie más en esta vida que mentir; me provoca pánico; siento constantemente que voy a ser descubierto de un momento a otro y que para defenderme me veré obligado a tener que inventar más mentiras, cada una peor que la anterior, cada vez más absurdas, hasta morir probablemente de un ataque al corazón.

Cinco o seis días después de nuestra charla en el ascensor, Sara me escribió un wasap. Me dijo que tenía la tarde libre y me propuso quedar en su piso para hablar de su manuscrito. Quedamos en que en media hora me pasaría por allí. En aquel momento yo estaba en casa. Cogí la cartera, donde tenía la libreta, me armé de valor y le dije a Míriam —sin mirarla a los ojos y dando rodeos innecesarios al tema— que había surgido un problema en el trabajo y que debía irme a la oficina. Salí de casa e hice la comedia de coger el ascensor, por si a mi mujer se le ocurría espiarme por la mirilla. Así de patético soy. Bajé un piso, volví a subirlo por las escaleras procurando no hacer ruido y llamé a la puerta de nuestros vecinos.

Me abrió Sara. Llevaba unas mallas negras y una especie de kimono rojo con flecos. No se veía a Juan por la casa.

—Hola, Cristian —dijo—. Pasa. Justo ahora estaba repasando lo que escribí anoche.

La seguí por el pasillo. El piso había ganado un poco de vida desde que fuimos a cenar allí. Había algunas plantas, un par de fotos de ella y de Juan muy enamorados colgadas en las paredes y una gran alfombra gris en el centro del comedor. Yo me senté en el sillón, de espaldas al balcón, y ella en el sofá. En la mesita que nos separaba había un ordenador portátil con un archivo de Word abierto.

—Como me he quedado sin libreta —dijo, girando la pantalla hacia mí—, he tenido que cogerle el ordenador a Juan. Es broma. Reconozco que es mucho más cómodo. Supongo que tarde o temprano tendré que comprarme mi propio portátil.

—Así que has estado escribiendo —dije.

—Sí. Ayer escribí casi seis páginas. No tengo mucho tiempo, con todo lo del restaurante, pero... ya sabes, esto de saber que hay posibilidades de publicar el libro es una buena motivación.

Asentí con la cabeza mientras pensaba que algún día debería explicarle que la diferencia entre no publicar y publicar en mi editorial no era muy grande. En aquel momento una pequeña ventana emergió en el margen inferior derecho de la pantalla del ordenador. Sara la cerró.

—Es el *mail* de Juan —dijo—. Siempre que recibe un correo me salta una ventanita como esta. No sé cómo quitarlo.

Le confesé mi total desconocimiento del mundo informático y saqué su libreta con el manuscrito. Había apuntado algunas cosas en los márgenes, solamente impresiones generales, sin entrar en detalles. Las fuimos comentando una a una, y luego nos pusimos a discutir sobre los tres posibles finales que Sara había pensado para la novela. No eran muy distintos, y todos implicaban la muerte del psicópata a manos del comisario.

—¿Te apetece una cerveza? —me preguntó en cierto momento—. Yo me muero de sed.

Le dije que de acuerdo. Se marchó un momento a la cocina y yo aproveché para acercarme al ordenador y cotillear un poco lo que Sara había escrito la noche anterior. Había leído un par de frases cuando un nuevo *email* saltó en la pantalla. No pude evitar leerlo. Decía:

Juan, soy yo. Tenemos que hablar. He intentado llamarte, no me coges el teléfono. En dos semanas iré a Barcelona. Tenemos que vernos quieras o no.

Devolví el ordenador a su posición inicial antes de que Sara entrara de nuevo en el comedor con las dos botellas de cerveza en la mano. No me había dado tiempo a fijarme en el remitente. Tampoco le di más importancia, pero pensé que el mensaje tenía algo de misterioso, y que a Míriam le encantaría que se lo contase. Entonces recordé que no podía hablarle de ello.

—Es la historia de un crimen perfecto, en el fondo —le dije a Sara minutos más tarde, mientras charlábamos, antes de dar un trago a la cerveza—. Si no fuera por el psicópata, claro. Exceptuándolo a él, a nadie se le puede pasar por la cabeza que el

autor del crimen sea otra persona.

—Bueno, tal vez se le podría ocurrir a Sherlock Holmes, o a algún otro genio del estilo —observó ella.

—Sí, supongo. Pero la policía del mundo real no es tan lista, por decirlo educadamente. En realidad, no creo que haga falta cometer un crimen perfecto para salir impune. Supongo que basta con un crimen de aprobado alto. Tenía una amiga que estudió Criminología, y recuerdo que una vez me dijo: «Hoy nos han enseñado a cometer un asesinato perfecto». Simplemente se trataba de deshacerse por completo del cuerpo.

—¿Y le explicaron cómo hacerlo?

—Sí. Creo recordar que debías cortar el cadáver a trozos, moler los huesos y mezclarlo todo con la comida del perro. Así de sencillo. El problema viene cuando te das cuenta de que no tienes perro. Aunque siempre puedes dárselo a tus amigos. Les invitas a cenar una noche y les preparas, qué sé yo, una lasaña. Bueno, en tu caso es mucho más sencillo. Tienes un restaurante. Preparas tus famosas albóndigas, las pones como plato del día y ya está, adiós cuerpo.

Pensaba que mis reflexiones la harían reír, aunque solo fuese por cortesía, pero en vez de eso Sara me escuchaba atenta, en silencio, con el cuerpo inclinado hacia mí.

—Espero que no estés pensando en meterme en una olla —le dije, pero tampoco se rio.

—¿Qué? Ah, sí, perdón —repuso, saliendo de sus pensamientos—. Estaba dándole vueltas al tema. Es interesante. Podría utilizarlo para la novela.

—¿Has leído *1200 almas*? —le pregunté—. De Jim Thompson.

—Mm... No. Me suena, pero no, no lo he leído.

—Creo que te puede ir bien para trabajar el personaje del psicópata. Fíjate en la voz del narrador. Recuérdame que te lo traiga el próximo día.

La tarde se había ido apagando y el comedor estaba ahora prácticamente a oscuras. Miré la hora. Eran casi las ocho. Apuré la cerveza, le dije a Sara que ya seguiríamos hablando otro día, que debía marchar a dar de cenar a Eric, y me levanté.

Me acompañó hasta la salida. Nos detuvimos para intercambiar unas últimas palabras y me incliné hacia ella para darle dos besos de despedida.

Al apartarme de ella oí una llave en la cerradura y la puerta se abrió a mis espaldas. Era Juan. Al encontrarnos allí pareció sorprenderse. Llevaba la chaqueta doblada debajo de un brazo y la camisa medio abierta; le brillaban los ojos y, como pude notar enseguida, apestaba a alcohol. Sus curiosos zapatos blancos seguían tan relucientes como siempre.

—Hombre —exclamó, golpeándome el hombro con una efusividad excesiva—. ¿Cómo va esto, Carlos? ¿Ya tienes atado tu próximo *best seller*? ¿Habéis avanzado mucho? Seguro que sí. Esta mujer que tengo es un genio, ¿verdad? Aparte de un bombón.

—Cristian —le corregí.

—No, no —me respondió—. Me llamo Juan. Pero no pasa nada, llámame como quieras. ¿Qué tal, cielo? Perdonadme, voy un poco borracho —dijo—. Llevo toda la tarde catando vinos; ya sabes, para el restaurante.

—Un trabajo duro —le respondí.

—Pues sí, sí, ¡un trabajo duro! —repitió a gritos, antes de soltar una carcajada y propinarme un nuevo golpetazo en el hombro—. Sobre todo comparado con tener que leer libros.

Qué cabrón.

—Confío en que no le habrás tirado los tejos a mi mujer, ¿eh, Casanova? —me dijo—. Es broma. Perdóname, estoy siempre de broma, ya me conocerás. Es un bombón, ¿a que sí? —añadió, guiñándole un ojo a Sara, que se lo miraba con el gesto torcido—. ¿Qué haces? —siguió, volviendo a mí—. ¿Ya te vas?

—No, es que nos gusta este sitio, delante de la puerta. Llevamos aquí toda la tarde.

Tardó en entender que era una broma.

—Bueno, bueno —dijo—, ya me iréis contando cómo avanza todo. ¿No quieres quedarte a cenar?

Le dije que gracias, pero que tenía que irme a casa, que mañana tocaba madrugar.

—Adiós, Carlos —me dijo—, recuerdos a tu mujer.

—Adiós, Cristian —le respondí.

Mientras recorría los dos metros que separaban su puerta de la nuestra, se me ocurrió que tal vez los gritos de aquel gilipollas habían llamado la atención de Míriam, y que ella quizá había corrido a pegar su oreja a la pared, y que posiblemente había escuchado mi voz en el otro piso. Cuando abrí la puerta de casa estaba convencido de que me la encontraría de pie en la entrada, con los brazos cruzados, esperando a que le explicara qué hacía yo en casa de los vecinos y por qué no le había dicho nada al respecto.

En vez de eso estaba tumbada en el sofá, en el comedor, con el rostro fruncido por el dolor y las manos posadas en su barriga. Eric estaba en el suelo, jugando con sus muñecos.

—¿Estás bien? —le dije.

—No —respondió—. Creo que estoy teniendo contracciones. Llevo así veinte minutos. Me he tumbado para ver si se me iban pero de momento aquí sigo.

Ya habíamos ido de urgencias otras veces por cosas similares, tanto en este embarazo como en el de Eric. Mi mujer se pone hipocondriaca con los embarazos. Esta vez, sin embargo, intuí que la cosa podía tener una base real. Llamé a mi madre para que viniera a cuidar de Eric y nos marchamos a urgencias.

Nos atendieron enseguida. Le tomaron la presión a Míriam, nos hicieron algunas preguntas muy serias, nos llevaron a una sala, enchufaron a mi mujer a una máquina para medir las contracciones y nos dejaron allí solos durante una hora eterna, sin decirnos nada más, para que pudiésemos especular tranquilamente sobre todos los

horribles escenarios que se nos abrían.

Cuando volvió la enfermera, las contracciones habían empezado a cesar. El médico apareció minutos más tarde. Nos dijo que nos tranquilizáramos, que el peligro ya había pasado, por el momento, pero que existía un riesgo serio de que el niño naciese antes de tiempo y que mi esposa debía hacer reposo absoluto de allí en adelante. Le dieron la baja médica y le recomendaron que, al menos durante los siguientes días, procurara no moverse de la cama.

Las siguientes dos semanas fueron duras para los dos. Míriam se pasaba el día confinada en casa, sola, tumbada en la cama la mayor parte del tiempo, leyendo novelas policiales, mirando películas antiguas o, simplemente, muriéndose de puro aburrimiento. Al cabo de pocos días empezó a mostrarse irritable. Los dos empezamos a mostrarnos irritables. Con Míriam fuera de combate, yo debía hacerme cargo por completo de Eric y del piso, y de todo en general, y aparte tenía bastante trabajo, Sant Jordi estaba a la vuelta de la esquina. Mi día a día se convirtió en una carrera contrarreloj. Me levantaba cada día a las siete de la mañana y no paraba hasta la noche. Eric, además, acababa de cumplir los terribles dos años. Tenía pataletas continuamente, no me hacía el menor caso y se divertía sacándome de quicio. Desordenaba el piso mientras yo barría, deshacía la ropa que acababa de doblar, cosas así.

Cuando acababa mi dura jornada y me tumbaba en la cama con Míriam, estaba tan cansado que no tenía ánimo ni para hablar. Mi mujer, en cambio, que se había pasado todo el día en casa, sin hacer absolutamente nada, se moría de ganas de relacionarse con alguien, y no entendía que en el poco rato que teníamos para estar juntos yo solo pensara en enterrarme debajo de las sábanas y dormir.

Empezamos a tener peleas tontas que no habíamos tenido nunca antes. Una noche le dije que me estaba poniendo la cabeza como un bombo y ella se enfadó mucho. Me soltó que apenas pasábamos ratos juntos, y que tal vez lo que me sucedía era que había perdido todo interés en ella y en nuestra relación. No quise ni responderle. En aquel momento solo podía pensar en lo egoísta que estaba siendo mi mujer conmigo. Supongo que los dos estábamos demasiado inmersos en nuestras propias preocupaciones y problemas como para mostrar empatía hacia el otro.

Recuerdo que poco después me dormí. Tenía demasiado sueño como para que una simple discusión me impidiera dormir. Me desperté una hora más tarde, al escuchar un ruido que al principio interpreté como los quejidos de Eric en la otra habitación. Hice el amago de levantarme, pero entonces me di cuenta de que el autor de esos extraños ruidos no era mi hijo. Eran nuestros vecinos, que estaban follando. O al menos lo estaba haciendo Juan. Hay que reconocer que el tío estaba en buena forma.

—¿Qué haces, escuchar cómo follan los vecinos? ¿Te parece normal?

No era la voz de mi conciencia, sino la de mi mujer, que debía haber intuido que me había despertado. Me volví hacia ella, pero la habitación estaba completamente a oscuras y no se veía nada. Supuse que debía llevar despierta todo el rato, desde

nuestra discusión, y que seguiría enfadada. Pensé que tal vez me había quedado dormido mientras me daba la vara. Sopesé distintas opciones y al final opté por hacer ver que seguía dormido.

—Al menos ellos follan —sentenció Míriam, y luego ya no dijo nada más.

Mientras fingía estar roncando, con los agudos gemidos del fornido gilipollas de mi vecino de fondo, me pregunté qué pretendía decir Míriam con aquello. ¿Se suponía que debíamos follar? ¿Quería que folláramos? Aunque hubiese tenido fuerzas para hacer algo parecido a eso, ¿no se suponía que la vida de nuestro futuro hijo estaba en riesgo y que debíamos hacer reposo absoluto? ¿Todo ese rollo hormonal del embarazo la ponía cachonda? ¿Qué hacía todo el día sola, en casa? ¿Se masturbaba? Tras hacerme todas estas preguntas concluí que solo lo había dicho por decir algo, y que lo mejor era seguir haciéndome el dormido.

Con el paso de los días Míriam empezó a encontrarse mejor. Salía ya a la calle por las mañanas y quedaba con amigas, nuestras peleas menguaron, aunque mi vida seguía siendo un jodido estrés.

Durante aquellas dos semanas tuve que dejar aparcado todo el tema de la novela de Sara. Le escribí un wasap un día, explicándole que ahora andaba muy liado y que tendría que dejar todo eso de lado durante un tiempo, pero que ella siguiese escribiendo y que me llamase si necesitaba discutir cualquier cosa. De vez en cuando, me enviaba algún mensaje, preguntándome si tal frase me sonaba mejor así o asá o si veía bien que hiciera tal o cual cosa.

Al fin encontré un hueco para citarme con ella, una tarde de mediados de abril. Mi madre me llamó unos días antes para decirme que tenía libre aquella tarde y que se podía hacer cargo de Eric, y recordé que Míriam justo había quedado con una amiga del trabajo. Le escribí a Sara y le pregunté si le apetecía ir a tomar algo y hablar, que así aprovecharía para llevarle el libro de Jim Thompson. Tuve el acierto de no quedar en su casa, sino en el Terramar, el bar en el que solía quedar siempre con Iván Berges, y que está a dos manzanas de mi oficina. Borré toda la conversación de wasap que había mantenido con ella y el jueves me presenté allí a la hora acordada.

El día era soleado, caluroso, aunque se intuían nubes en el horizonte. Sara llegó diez minutos tarde. Yo la esperaba sentado en la terraza. Se disculpó por el retraso y se sentó enfrente de mí. Le di el libro de Jim Thompson, que llevaba en la cartera, y le pregunté cómo le iba todo.

—Supongo que bien —me respondió, con lo que me pareció un halo de tristeza.

—¿Todo bien con el restaurante? —me interesé.

—Sí. Más o menos. Con el restaurante bien. En principio lo inauguramos de aquí a diez días, el domingo de la semana que viene. Ha sido mucho follón. Pero es normal con este tipo de cosas. También tuvimos follón con el piso, y con el traslado.

Es solo que...

—¿Qué?

—Nada. Da igual, no quiero aburrirte con mis problemas.

—Me encanta que la gente me aburra con sus problemas. Me dedico a eso. Adelante.

—No sé. Supongo que no es nada. Es todo, en realidad. Yo... Mi marido no está bien. No me había dado cuenta hasta ahora, o no me había querido dar cuenta. Pensaba que estaba encantado con todo lo de venir a Barcelona y montar el restaurante. Empezar de cero y todo eso. No se me había ocurrido que todo era pura fachada. Nosotros... Bueno, hemos tenido problemas en el pasado. Estos últimos años han sido duros.

Sara se detuvo un momento cuando apareció por allí el camarero. Le pedimos dos cervezas y luego ella reanudó su discurso sin esperar a que se lo pidiera. Se puso a contarme su vida. Era como si no pudiese parar de hablar, como si llevase tiempo aguantando todas esas palabras, esperando a poder soltárselas a alguien. Pensé que la pobre se sentiría muy sola aquí, en una nueva ciudad, sin tener a nadie más que a su marido. Se me ocurrió que tal vez yo era lo más cercano a un amigo que tenía ahora mismo en Barcelona.

Tengo que reconocer que durante toda aquella tarde Sara no me dio en ningún momento la sensación de estar fingiendo, sobreactuando, o nada parecido. Me pareció siempre franca y sincera. Me habló de todo un poco. De ella, de Juan, de cómo se conocieron. Ella era de un pequeño pueblo de las afueras de Madrid. Nunca conoció a su padre, y no se llevaba muy bien con su madre, a quien pintó como una bruja ruin y manipuladora. A los dieciocho se había ido de casa para buscarse la vida en la ciudad. Trabajó de todo un poco, y tuvo algún novio, pero nada serio. Cuando conoció a Juan era camarera en una cafetería del centro, cerca de las oficinas donde trabajaba él. Por entonces ella tenía veinticinco y él treinta y dos. El caso es que el tío empezó a frecuentar la cafetería, poco a poco intimaron, una cosa llevó a la otra y, bueno, acabaron casándose. Se compraron un pisito en no sé qué barrio que intuí que debía ser bastante pijo y Sara dejó de trabajar. Me contó que al principio había pensado ponerse a estudiar algo, tal vez Filología Hispánica, pero que Juan ya se veía mayor y se moría de ganas de tener un hijo, y que tuvo que renunciar a ello. Tuvieron dos abortos. El primero fue a los pocos días de quedarse embarazada. El segundo resultó más duro, ya hacia el final del embarazo, y algo más tarde los médicos le dijeron que ya no podría tener hijos.

—Fue muy duro —me dijo—. Juan quedó destrozado. Entró en una profunda depresión. Tener un hijo era lo que más deseaba en la vida, y yo no iba a poder dárselo. Te puede parecer estúpido, pero por encima de todo lo que yo sentía en aquel momento era culpabilidad. Porque yo en el fondo no había querido tener aquel hijo. No todavía, al menos.

Como las desgracias nunca vienen solas, poco después se produjo el estallido de

la burbuja inmobiliaria, lo que llevó a la quiebra inmediata de la empresa de Juan, que este había heredado de su padre. De un día para otro se quedaron sin nada. Tuvieron que vender su piso para poder pagar parte de las deudas y se marcharon a vivir a casa de la madre de Juan, que al poco cayó enferma y, tras una larga agonía, murió.

—Nuestra vida se desmoronó por completo en un par de años —confesó Sara. Lo decía con naturalidad, sin afectación—. Hemos pasado una época muy difícil. Por eso decidimos venir aquí. Vendimos la casa de la madre de Juan, cogimos nuestra parte de la herencia y nos vinimos a Barcelona. Lo de montar un restaurante fue idea de él. Yo pensé que estaba ilusionado, que nuestros problemas habían quedado atrás. Ya has visto cómo es. Parece un tipo muy optimista, siempre alegre, muy hablador.

—Lo parece, sí.

—Pero no es así. Detrás de esa máscara hay un hombre lleno de dudas, miedos, reproches. En el fondo...

Dejó la frase a medias, y los dos nos quedamos callados unos momentos. Como vi que nos habíamos acabado las cervezas y los silencios me incomodan mucho le pregunté si quería otra y fui a buscar al camarero. Cuando volví se la veía más relajada. Me dijo que dejáramos todo eso de lado, que ya se había desahogado, y el resto de la tarde lo invertimos en hablar de su libro, de la posibilidad de buscar un agente, del género policial, de mi trabajo.

Hacia las siete y media mi madre me envió un mensaje preguntándome si estaba en casa, con lo que quería decir que ya había tenido suficiente dosis de Eric por un día y que me lo quería devolver. Le respondí que estaría allí en menos de media hora; le dije a Sara que lo sentía, que lo estaba pasando muy bien, pero que no me podía quedar más tiempo, y nos levantamos.

Durante la vuelta a casa estuvimos callados. Las nubes habían oscurecido el cielo y al poco empezó a llover. Yo llevaba un paraguas plegable en la cartera. Lo saqué y seguimos andando en silencio pegados el uno al otro, con el agua repicando sobre nuestras cabezas. Las luces de las farolas aún no se habían encendido y toda la ciudad parecía estar sumida en una nube.

Cuando llegamos a nuestra calle divisé a lo lejos, diluido en esa nube, un punto de luz. A medida que nos fuimos acercando intuí que debían ser luces de sirena. Probablemente de una ambulancia, pensé. Entonces Sara apresuró el paso y me adelantó, olvidándose de la protección del paraguas. Me fijé de nuevo en las luces y, al acercarme un poco más, me di cuenta de que provenían de nuestro edificio. Un mal presentimiento me recorrió la espalda.

Había una ambulancia y tres coches de policía. Alrededor de ellos se agolpaba formando un semicírculo una treintena de personas. Yo había acelerado el paso y alcancé a Sara. Me puse a su lado, la cubrí con el paraguas y la miré. La expresión de su rostro me asustó. Tenía el cuello tenso y la cabeza hacia atrás. No miraba hacia la gente, sino hacia arriba, hacia el cielo. Solo que no miraba al cielo. Miraba hacia la

hilera de ventanas de nuestro edificio. Cuando lo comprendí, dirigí hacia allí mi mirada y vi lo que ella estaba viendo.

El balcón de su piso. Las luces encendidas, las puertas abiertas, vacío.

Cuando alcanzamos el semicírculo de gente, Sara se abrió paso a trompicones y yo me quedé rezagado, sin saber muy bien qué hacer. A través del estrecho camino que se había abierto a su paso pude entrever, durante unos instantes, la ambulancia, los enfermeros, un policía agachado. Tal vez mi memoria lo ha hecho todo un poco más pintoresco de lo que era, pero recuerdo un inmenso charco de sangre. Y encima del charco, tirado de espaldas, inmóvil bajo aquella fina lluvia, un cuerpo.

Reconocí al instante aquellos zapatos blancos.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, ni idea.

—Era Juan, ¿verdad?

Mi mujer estaba de pie frente a la puerta del balcón, mirando a la calle, intentando ver algo. La lluvia se había intensificado y ahora golpeaba con fuerza contra el cristal.

—¿Qué habrá pasado? —siguió—. ¿Crees que se ha tirado?

—No lo sé —volví a decir, mientras me quitaba los zapatos y los calcetines, que se habían mojado con la lluvia—. Tal vez ha perdido el equilibrio. Seguramente haya sido un accidente. Siempre he dicho que estos balcones son muy peligrosos. La barandilla es muy baja. Mira, no llega a la cintura.

—Lo lógico es pensar en un suicidio —añadió mi mujer, mirando con escepticismo la barandilla del balcón—. Pero cuesta creerlo. ¿Por qué iba a suicidarse?

—Ya, bueno, todo el mundo dice siempre lo mismo. «Parecía muy feliz, nadie lo vio venir». Cuando entrevistan en la tele a gente por cosas así, todos dicen lo mismo. Me gustaría ver algún día un reportaje en el que alguien dijera: «Estaba cantado que acabaría así».

—Supongo que tienes razón. Pero me parece inconcebible. No entiendo que haya podido hacer eso, justamente ahora. Iba a montar un restaurante.

—No considero que eso sea sustancial a la hora de decidir si suicidarse o seguir viviendo. Pero bueno, mira, no creo que se haya suicidado. Habrá sido un accidente, como digo. Tenemos que cambiar esa barandilla. Es un peligro para nosotros y para los niños.

—Yo he oído un grito, en la calle; alguien que lo habrá visto tirarse. De eso hará unos veinte minutos.

—Deberíamos cambiar las de todo el edificio. Me lo apuntaré para la próxima reunión de vecinos. Por fin tendré algo que decir. En serio, mira esa barandilla. El tío que la diseñó debe de tener algún trauma con su madre.

—Estaba lloviendo —siguió mi mujer, pensativa—. Cuando he oído el grito en la calle ya estaba lloviendo. ¿Entiendes? No puede haber sido un accidente como dices. Para que hubiese sido un accidente él debería estar casualmente en el balcón. ¿Y para qué iba a estar en el balcón si llovía?

—Para regar las plantas seguro que no. No sé, por cualquier cosa. Para fumarse un cigarrillo, tal vez.

—¿Lloviendo?

—Quizá fuma a escondidas. Quizá su mujer piensa que lo ha dejado y no quiere fumar dentro de casa, y por eso ha salido al balcón, a pesar de estar lloviendo. Ya sabes cómo es esto del tabaco. No es que yo fume a escondidas. Conozco a gente que lo hace, eso es todo. Es algo que he oído decir que hacen algunos.

—Eso no tiene sentido —dudó mi mujer, que seguía pegada al cristal—. No. No ha podido ser un accidente. Pero no me puedo creer que se haya tirado. Él, precisamente.

—Sí, parecía un hombre que se quería mucho a sí mismo —dije, tumbándome en el sofá.

—Tal vez... —Mi mujer se giró hacia mí y se mordió el labio—. Tal vez la amante le había amenazado con contarle todo o algo así.

—¿De qué hablas?

—Tal vez la amante le había dicho que iba a contárselo todo a su mujer. Y él no ha sido capaz de afrontarlo. Piénsalo. ¿Qué tipo de amante te sigue a Barcelona?

—¿Una muy entregada?

—Una amante chiflada. No sé. Es lo único que se me ocurre. ¿Por qué si no iba a suicidarse?

—Por cualquier cosa. La gente se suicida por cualquier tontería hoy en día —respondí.

Después nos quedamos callados un rato. Recliné la cabeza, cerré los ojos y rememoré toda la escena. La lluvia, la gente, Sara corriendo hacia el cuerpo de su marido. Pensé en Juan, y en todo lo que me había contado Sara aquella tarde, y luego intenté comprender qué puede llevar a un hombre a diseñar una barandilla como aquella.

Casi me había quedado dormido cuando llamaron a la puerta. Me incorporé, me pasé las manos por la cara y fui a abrir. Era mi madre con Eric. No se molestó en saludarme. Aparcó el cochecito a un lado, atravesó rápidamente el pasillo, cruzó el comedor y se plantó delante del balcón, al lado de Míriam.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

—No lo sabemos —le dijo Míriam—. Parece que nuestro vecino se ha tirado del balcón.

—O se ha caído —añadí yo desde la entrada, aunque creo que no me escucharon.

El caso es que se pusieron a comentar la jugada. En menos de cinco minutos Míriam ya le había contado a mi madre todo lo que sabía sobre Juan y Sara y había sacado a relucir su teoría de la amante, que fue muy bien recibida por la otra. Yo me llevé a Eric a la cocina y le preparé la cena. Cuando salimos al comedor, las dos seguían dándole vueltas al asunto. Ninguna parecía entender cómo era posible que un hombre acabara con su vida justo cuando estaba a punto de inaugurar un restaurante. Les parecía inconcebible.

Cuando Eric terminó su cena y me lo llevé a su habitación para cambiarlo y ponerle el pijama, mi madre anunció que debía irse y Míriam la acompañó a la

puerta. Oí a mi madre preguntarle cómo lo llevaba todo, y a mi mujer decirle que ahora se encontraba un poco mejor, pero que se aburría mucho estando todo el día sin poder hacer nada.

—¿Qué tal Cristian? —le preguntó mi madre, abriendo la puerta.

—Bien. Un poco agobiado con la editorial, creo —le respondió Míriam—. Parece que las cosas no le van muy bien últimamente.

—A ver cuándo se busca un trabajo de verdad.

Un par de horas más tarde, cuando ya estábamos en la cama, justo en el momento en el que iba a caer dormido, como de costumbre, Míriam decidió romper el silencio y volvió a sacar el tema de la muerte de Juan.

—¿Y si lo ha matado ella? —Al principio no supe de qué hablaba—. ¿Y si no ha sido un suicidio? —siguió—. ¿Y si lo ha matado Sara? Tal vez lo haya empujado.

—Sara no estaba en casa cuando... —murmuré, pero me callé antes de terminar la frase.

—¿No estaba? ¿Cómo lo sabes?

Preferí no responder.

—Puede que lo haya empujado y que luego haya marchado corriendo de allí —continuó Míriam—, para hacer ver que todo ha sido un suicidio. Te dije desde el primer día que esa mujer me daba mala espina.

—No lo ha matado Sara —refunfuñé—. No hay ningún asesinato, no hay ningún misterio que resolver, y si lo hay ya se encargará la policía de averiguarlo. Pero seguro que todo se resume a un simple accidente, y ya es muy tarde —añadí, entonces me giré hacia mi lado, para dar a entender que estaba cansado y que quería dormir.

—Se casa con un hombre mayor que ella —siguió mi esposa, como si nada—, y mucho más rico. Seguramente se casó con él por el dinero. Pero el tío se arruina, la engaña con otra... Tiene que haber sido ella. Quizá también mató a la madre de Juan. Quizá lo había tramado todo desde el principio, para hacerse con la herencia de la familia.

Así la dejé, hablándole a mi inconsciente, intentando desentrañar un misterio que solo existía en su cabeza. Yo caí profundamente dormido y tuve un sueño absurdo en el que discutía sobre libros con un rinoceronte alemán. Es un sueño que tengo de forma recurrente. No sé qué significa, pero al día siguiente siempre me siento mentalmente exhausto. Cuando me levanté aquel viernes —a las siete de la mañana, como cada día—, tenía un poco de jaqueca. Me duché, fui a despertar a Eric, me peleé con él para cambiarlo, le conté algún cuento de camino a la guardería —algo de Wells o de Poe— y me marché a la oficina. Albert ya estaba allí, como siempre, perfectamente sentado en su silla, revisando el correo electrónico, preparado un día más para darme el parte meteorológico.

—Buenos días —me dijo al verme entrar, con su voz fina, delicada—. Qué buen día hace, ¿verdad? Hoy hará mucho sol.

—Sí, supongo que sí —le contesté—. ¿Alguna novedad?

Albert está en la editorial casi desde el inicio, desde poco después de que Carlos y yo la fundáramos. Carlos era un antiguo amigo de la escuela. Lo de montar una editorial fue idea suya. Que yo sepa, no se había leído un libro en la vida. Él era un emprendedor. Decidió fundar la editorial como podría haber montado un bar de copas; el tema era montar cosas, realizar proyectos. Creo que la idea de la editorial en concreto se le metió en la cabeza después de leer un artículo en el periódico sobre las ventas globales de *El código Da Vinci*, que se había publicado en nuestro país haría poco más de un año. Un día me llamó, quedamos para tomar unas cervezas, me expuso su proyecto para hacernos millonarios de la noche a la mañana y yo me dejé convencer. Él sabía que a mí me encantaba leer, y él se consideraba el alma gemela de Steve Jobs, así que el plan era sencillo e infalible. Yo me encargaría de encontrar un buen libro y él, con su perspectiva del mundo y su maestría en las relaciones públicas, lo convertiría en el próximo gran *best seller*.

Empezamos con buen pie. El primer año sacamos cinco libros, que se vendieron bastante bien, y al segundo pudimos sacar diez. Fue entonces cuando contratamos a Albert. Lo hicimos a través de InfoJobs. El chico tendría dieciocho recién cumplidos. Delgado, pálido, tímido, apático. No muy listo, pero muy voluntarioso. Un par de años después de su incorporación, Carlos decidió que con aquello de los libros no iba a hacerse rico y se marchó a perseguir un nuevo sueño, esta vez en forma de cadena de lavanderías autoservicio, que no le fue nada bien, por cierto. Desde entonces, Albert y yo nos hemos apañado solos. Albert se encarga de toda la parte técnica: coordinar a los traductores y a los correctores, a los de la imprenta, etcétera. Yo me ocupo del resto: buscar libros, editar textos, lamerle el culo a algún periodista cultural de vez en cuando y este tipo de cosas.

Puede que Albert no sea un chico muy despierto, pero cumple con todo y puedo confiar en él. Nunca falta al trabajo. Es incapaz de llegar tarde o marcharse antes de tiempo. Una vez decidí cerrar la editorial una semana y no me acordé de avisarle. Hacía poco que había nacido Eric y quise descansar, tomarme unos días e irme con Míriam y el peque al campo, a una casa que tienen mis suegros en Girona. Como no había trabajo pendiente podía permitirme ese pequeño lujo, pero por lo visto me olvidé de decírselo al chico. Cuando volví a Barcelona, esa misma tarde, fui un momento al despacho a dejar algunas cosas y me lo encontré allí, clavado delante del ordenador, en su silla. Me pegué un buen susto.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Aquí, trabajando —dijo, como si nada.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no me había acordado de avisarle. No supe qué responderle. Una semana entera y no se le había ocurrido llamarme para saber qué pasaba, dónde estaba, si seguía vivo en algún sitio. Dejé lo que traía, le dije

que ya nos veríamos al día siguiente y me marché a casa.

Aquellos días —vuelvo al relato presente— andábamos liados con Sant Jordi, aunque no tanto como hubiese deseado. De hecho, en los últimos dos meses solo habíamos sacado un libro, *Las confesiones del padre Garreta*, una especie de memorias que había escrito el antiguo cura de una de las parroquias de nuestro barrio. A mí me parecía un libro muy divertido. El hombre explicaba que había dejado de creer en las bobadas esas de Dios y Jesucristo muchos años atrás, poco después de empezar en la parroquia, pero que para entonces ya se había acomodado a aquella vida. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Buscar un trabajo honesto? El libro estaba lleno de pequeñas joyas, como cuando explicaba todo lo que pensaba de las señoras que iban a misa cada domingo mientras las sermoneaba desde el púlpito. Se despachaba a gusto con cada una de ellas. Pero estaba claro que no era un libro que se fuera a vender mucho. Así que mis mejores ventas en la Diada serían de nuevo, con toda probabilidad, las de la trilogía de Alexandra.

Aquellos días también estábamos a las puertas de la Feria de Londres, y no paraban de llegarme manuscritos de agencias. Aquel viernes en concreto me había propuesto dedicarlo enteramente a leer, así que le dije a Albert que no me pasara llamadas, me imprimí unos cuantos *samples*, me preparé café y me tumbé en mi banco a dar buena cuenta de aquellos originales.

Tardé una hora en acabar el primer *sample*. Me costaba mucho concentrarme en lo que leía. La novela no valía nada, de todos modos. Dejé las hojas a un lado, me levanté, di un par de vueltas por el despacho, busqué el paquete que tenía escondido en un estante detrás de unos libros y me encendí un cigarrillo. Volví a tumbarme y cogí un nuevo fajo de hojas.

No lograba concentrarme. Mis ojos leían el texto, pero mi cerebro estaba en otra parte. Le seguía dando vueltas a todo lo sucedido la tarde anterior. La conversación con Sara, la lluvia, el cuerpo de Juan. ¿Su muerte había sido realmente un accidente? Esa era la hipótesis que yo había defendido delante de Míriam, pero no sabía muy bien por qué lo había hecho. Quizá porque era la explicación más cómoda, y siempre tiendo a considerar como verdadero aquello que me resulta más cómodo. Pero el suicidio era lo más plausible, ¿no? ¿Para qué habría salido Juan al balcón, si no, si estaba lloviendo?

Dejé las hojas a un lado. Me levanté, salí del despacho y me senté delante de Albert.

—Tengo una duda, a ver si puedes ayudarme —le dije; él dejó de hacer lo que estaba haciendo y me miró—. Es una situación hipotética —seguí—. Imagina que te encuentras a un hombre tirado en la calle, debajo del balcón de su piso, justo debajo. ¿Qué dirías que ha pasado? —le pregunté.

—¿El hombre está muerto o solo tumbado?

—Muerto, claro. Perdón. El hombre está muerto, en el suelo. Justo debajo del balcón de su piso.

—¿El balcón está abierto?

—Sí, está abierto.

Se frotó la barbilla.

—¿El piso es un piso alto o es bajo?

—Alto, claro.

—No es un entresuelo.

—No, no. Un piso alto. Un séptimo, o un octavo.

—¿El hombre va vestido o desnudo?

Arqueé una ceja.

—Vestido, espero —respondí.

—¿Es invierno o verano?

—¿Cómo? ¿Qué más da? A ver, esto no es ningún acertijo —le dije—. No tienes que adivinar nada. Solo quiero saber tu opinión.

—Ah —dijo, tras una pausa—. Pensaba que era uno de esos juegos, como el del señor bajito y el paraguas en el ascensor.

—No. No estoy intentando jugar a nada. Solo quiero saber qué es lo primero que piensas si encuentras algo así. ¿Cómo crees que ha muerto el hombre?

—No estoy seguro de entenderte.

—Ves a un hombre en el suelo, muerto, debajo del balcón de su piso, un piso alto. ¿Cómo dirías que ha muerto?

—Tiene señales de tener alguna puñalada o...

—De verdad, esto no es ningún acertijo. Dime simplemente cómo crees que ha muerto.

Se quedó pensativo unos instantes.

—No entiendo la pregunta —respondió.

Suspiré.

—Vas por la calle —empecé de nuevo—. Ves a un hombre muerto en el suelo, chafado contra el suelo, y el balcón del piso en el que vivía abierto. ¿Por qué crees que ha muerto? ¿Qué crees que ha pasado?

—Pues se habrá caído del balcón.

—Bien. Veo que avanzamos. Ahora dime cómo crees que ha llegado a esa situación. ¿Cómo ha llegado a caerse del balcón? Ten en cuenta que las barandillas del balcón son muy bajas. Y que está lloviendo.

—Ah, así que está lloviendo.

—Sí, sí, pero eso por ahora da igual. No quiero liarte. No debería haberlo dicho. Olvida esto último. ¿Cuál es la causa de la muerte?

Se frotó de nuevo la barbilla, como si reflexionara de verdad.

—Habrá muerto al chocar contra el suelo —dijo—. Aunque he oído decir que muchos mueren antes de tocar el suelo, que mueren de un patatús.

—¿De un patatús?

—Sí. No sé el nombre técnico. ¿Tal vez de un ataque al corazón? —No sé qué

debe responderse a una cosa así—. ¿Es eso lo que preguntas? —me dijo.

Me levanté, le di las gracias por su inestimable ayuda y volví a encerrarme en mi despacho. Me impuse disciplina y logré, con algunas breves excursiones mentales de por medio, leer durante un par de horas. No había nada bueno. Novelas pretenciosas, lentas, tontas, tópicas. El manuscrito de Sara tenía mucho más carácter que todo aquello, me dije, cogiendo la taza, sorbiendo los restos de café frío y mirando por la ventana, que daba a un pequeño parque. Lástima que, con todo lo que había ocurrido, tuviéramos que dejar todo aquello de la novela aparcado durante unos días. Era una pena. Aunque, por otro lado, era posible que, ahora que su marido había muerto, Sara abandonara lo de llevar un restaurante. Al fin y al cabo, la idea había venido del otro, y ahora ella recibiría algún tipo de pensión. Así que tal vez a corto o medio plazo dispusiera de mucho tiempo libre para escribir. O tal vez no. Tal vez decidiera seguir adelante con lo del restaurante, en memoria de su amado y difunto esposo. Si la inauguración de un restaurante no es capaz de impedir un suicidio, ¿debe un suicidio impedir la inauguración de un restaurante?

A las dos menos cuarto, viendo que era incapaz de sacarle más provecho al día, di por terminada la jornada y me marché a casa. Me preparé algo de comida y me senté con Míriam en el comedor. No sé de qué hablamos. Me eché una siesta de veinte minutos y luego fui a buscar a Eric a la guardería. Al llegar a la clase, la maestra me detuvo y me contó que aquella mañana mi hijo había mordido a otro niño en el patio. Aquello me sorprendió. Como la mujer esperaba que le dijera algo, y no se me ocurrió otra cosa, le pregunté si el otro se lo había buscado, y, después de echarme una mirada reprobatoria, como si la manera de formular mi pregunta delatara mi ineptitud como padre, me dijo que no, que lo había hecho sin motivo aparente. Entonces le pregunté —para mostrar interés hacia ella y reparar el daño causado— si creía que había que hablar con Eric o hacer algo al respecto. Me dijo que ya se había encargado de ello: inmediatamente después del incidente había abrazado a Eric muy fuerte para que se desahogara y manifestara todas sus emociones; se ve que el pobre había llorado un poco. Pensé que la escena podría pertenecer a un cuento infantil escrito por Dostoievski. Cogí a Eric, lo puse en el cochecito y fuimos a un parque cercano. Estuve un rato jugando con él. Luego fuimos a pasear y a mirar los peces a la tienda de animales.

Era bastante raro que Eric hubiese mordido a otro niño. Él siempre había sido extremadamente amable y respetuoso. Cuando venía otro niño en el parque o donde fuera y le quitaba la pelota o el muñeco con el que estaba jugando, él le sonreía, hacía como si en realidad se lo hubiera ofrecido él y se ponía de inmediato a jugar con otra cosa; si le empujaban y caía al suelo, se limitaba a levantarse. Cuando tenía alguna pataleta era difícil lidiar con él, pero aquello solo lo hacía con sus padres. Jamás se había peleado con otros niños. Pero era cierto que últimamente ni Míriam ni yo pasábamos mucho tiempo con él, y que el pobre, además, aún estaba asimilando el hecho de que iba a tener un hermanito. Creo que no lo acababa de entender del todo,

sobre todo la parte esa de que ahora fuese a tener un hermanito y no una hermanita. Pensé que tal vez el mordisco fuese fruto de todo aquello. En todo caso, decidí que, ya que me había dado el resto del día libre, pasaría la tarde con él.

Hacia las siete y algo, sin embargo, recibí un wasap de Míriam pidiéndome que fuera cuanto antes a casa, que había dos agentes de policía allí que querían hablar con nosotros. Dijimos adiós a los peces y salimos para allá de inmediato.

Los encontré en el comedor. Míriam estaba sentada en el sofá; los dos agentes estaban de pie enfrente de ella. Iban de paisano. Uno era un joven de piel rosada, con cara de pocas luces; el otro era un hombre de unos cincuenta años, no muy alto, con un tupido bigote, una barriga loable, esculpida tras años de calma física y espiritual, y un furibundo nudo de corbata.

—Pero a quién tenemos aquí —dijo este último al vernos entrar, acercándose a Eric, que estaba en mis brazos, para pellizcarle la barriga—. Supongo que este es el pequeño Eric de quien nos hablaba tu mamá. ¿Qué tal? —añadió inmediatamente, dirigiéndose a mí y sonriéndome—. Siento molestarles. Él es el agente Martínez, y yo el agente García. Encantado. Tienen un piso muy bonito. Solo venimos a hacerles unas preguntas sobre lo ocurrido ayer. Pura rutina, ya sabe.

—Mucho gusto, yo soy Cristian —le dije—. Perdone que no le dé la mano. ¿Han tenido que esperar mucho? Espero —bromeé— que no hayan encontrado mi alijo de drogas.

Los dos agentes y mi esposa me miraron en silencio.

—¿Eso era una broma? —me preguntó el hombre, con total sinceridad.

—Eso creo —le dije.

—Ah. Veo que tiene usted un sentido del humor peculiar.

Puso énfasis en la palabra «peculiar». Simulé no sentirme herido. Dejé a Eric en el suelo, le dije que se fuera a jugar a su habitación y me senté al lado de Míriam. El agente joven permaneció donde estaba; el otro se dejó caer literalmente sobre el sillón, como si haber estado de pie esperando diez minutos le hubiese dejado sin aliento.

—¿Saben cómo murió? —preguntó entonces Míriam al agente, al del sillón, al que sabía hablar.

—¿Que si sabemos cómo murió? Bueno —dijo este, divertido—. Fue un suicidio. No es que la muerte tuviese nada de misterioso.

Míriam resopló, como si el hombre se hubiese equivocado de respuesta.

—¿Están seguros de que fue un suicidio? —le preguntó entonces.

—¿Qué quiere decir?

—Iba a montar un restaurante, ¿lo saben?

—Bueno —intervine yo, antes de que mi mujer nos avergonzara a todos con sus teorías detectivescas—. Podría haber sido un accidente. ¿Se han fijado en esas barandillas? ¿Han visto qué bajas son?

—O tal vez alguien lo empujó —insistió Míriam.

El agente cincuentón miró a mi mujer y soltó una carcajada ensordecedora, violenta.

—Veo que le gustan los misterios —dijo, cuando se hubo recuperado—. A mí también, lo confieso. Soy aficionado a estas cosas. Cuando no trabajo me gusta resolver misterios. Me gustan los misterios de tipo clásico, del estilo Dickson Carr o Ellery Queen.

—A nosotros nos gustan mucho las novelas policiales —le dijo Míriam—. Mi marido es editor.

—Sí, ya lo sé —comentó el agente, cosa que me sorprendió, y que debería haberme alertado sobre lo que se acercaba—. Pero aquí no hay ningún misterio, créame. El hombre saltó del balcón.

—¿Están seguros? ¿Cómo pueden saberlo?

—Entre otras cosas, porque dejó una nota de suicidio.

Míriam pareció llevarse una decepción.

—Siento arruinarle la diversión —siguió el poli—. Pero es así. Una nota bastante clara, y escrita de su puño y letra. Que lo sentía mucho, que ya no podía seguir fingiendo y cosas así, las típicas tonterías de siempre. No muy larga. Nada original o del otro mundo. La prosa era bastante pobre.

—Tampoco es que quisiera publicarlo —dije yo, fascinado y escandalizado a la vez por el hecho de que el agente García abordase aquel asunto desde la crítica literaria.

—En todo caso, si estamos aquí es para acabar de cerrar el caso y poder redactar el informe —siguió—. Hemos estado hablando con la señora Valverde y nos ha dicho que durante la tarde de ayer, cuando ocurrió el incidente, ella estaba con usted —añadió, girando la cabeza hacia mí.

—¿La señora Valverde? —pregunté yo.

—Sara Valverde, la vecina.

Sin dejar de mirar al agente, noté o imaginé que notaba la mirada de Míriam atravesándome el cerebro. De repente me veía en el peor de mis temores: atrapado por la mentira entre la autoridad y mi esposa. Intenté desviar el tema.

—No sabía que se apellidara Valverde —admití; luego busqué algo con lo que seguir—. Es un apellido que empieza por uve.

—No me veo capaz de rebatir ese argumento —dijo el agente—. ¿Pero estuvo usted con ella, ayer por la tarde?

—¿Ayer por la tarde? —dije, haciéndome el tonto—. ¿Yo? ¿Con ella?

—Sí, usted.

—Puede tutearme.

—De acuerdo.

—¿Sabe que el tuteo es una herencia falangista?

—¿Se puede saber de qué habla? A ver. ¿Estuvo con ella o no?

—¿Yo, con ella?

—¿Está diciendo que no estuvo con ella?

—¿Yo estoy diciendo eso?

El hombre sacó un pañuelo de papel arrugado del bolsillo interior de su chaqueta, se secó la frente, que estaba empapada en sudor, y se quedó mirándome.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó—. ¿Le sucede algo?

—No, estoy perfectamente. Muchas gracias. ¿Y ustedes? ¿Quieren tomar algo?

—No queremos tomar nada, gracias. Solo queremos saber si estuvo con ella o no.

—Estuvo con ella —soltó entonces Míriam, con voz nítida y una expresión en el rostro que desconozco, porque no me atreví a mirar—. Lo que pasa es que no me había dicho nada, y ahora no se atreve a admitirlo.

—Solo estuvimos juntos un momento. Para hablar de su manuscrito —dije apresuradamente, aunque no sabía si estaba hablándole al agente García o a mi mujer—. Es que Sara, la vecina... creo que se llama Sara. Bueno, ha escrito un libro, una novelita, nada del otro mundo, una cosa infumable, pero tenía que decirle algo.

—Ella cree que usted está interesado en publicarla.

—¿Ah, sí? Bueno. Es posible. Pero no es verdad. Si le di a entender algo así fue solo para quedar bien, ya sabe.

—Creo que debería dejárselo claro, entonces —dijo el agente—. Estuvimos hablando de la novela. Yo le di algunos consejos, y me ofrecí para ayudarla con las tareas de documentación. Al fin y al cabo, es una novela policial, y yo soy policía. Pero ya veo que nos engañó.

Se quedó en silencio. Yo no supe qué decir. ¿El agente García estaba ofendido conmigo? Eso parecía. Todo aquello estaba volviéndose un poco extraño. Nos quedamos todos callados un minuto interminable. Todos esperaban a que dijera algo. Y me rendí. Confesé la verdad. Dije que creía que el libro tenía posibilidades —la cara del agente García se iluminó al escuchar aquello— y que efectivamente había quedado aquella tarde con Sara para repasar algunas cosas del argumento. Así que la coartada era cierta.

El agente García, después de escucharme en silencio, me preguntó:

—¿Y por qué no le dijo nada a su esposa?

Me quedé de una pieza. ¿Eso era de su incumbencia?

—No lo sé —le dije, poniendo cara de arrepentimiento—. No quería que pensara nada malo, o qué sé yo. A veces soy un poco estúpido. No sé por qué lo hice.

—No debería haberlo hecho.

—Lo siento.

¿Me estaba disculpando ante aquel hombre?

—Y usted —dijo el agente García, dirigiéndose ahora a Míriam—. ¿Qué piensa de todo esto?

—¿Del suicidio del vecino o de lo de mi marido?

—Tal vez las dos cosas tengan que ver.

—Sí, lo estaba pensando. Tal vez lo planearon entre los dos. Tal vez tienen una

aventura y han decidido matar a Juan y, quién sabe, tal vez también a mí.

—¿Qué? —dije—. Yo nunca tendría una aventura, Míriam. Lo eres todo para mí.

—¿Y qué me dice de matar a un hombre? —preguntó el agente García.

—¿Cómo?

—No ha dicho que nunca mataría a un hombre. Ha dicho que nunca tendría una aventura. Tal vez tengamos que llevarle a comisaría, después de todo. Puede que sí que haya un misterio aquí detrás.

Me miró con el ceño fruncido. Yo ya no sabía si todo aquello iba en serio o si se estaba burlando de mí. ¿Era todo una broma cruel para castigarme por haber mentido a mi esposa? Sí, lo era, porque después de mirarme en silencio durante un minuto el hombre no pudo aguantarse más y soltó de golpe una nueva carcajada, muy escandalosa, peor que la anterior. Cuando hubo recuperado el aliento, se levantó con gran esfuerzo del sillón y se llevó la mano a un bolsillo.

—Bueno, señores —dijo—, ya nos vamos. Muchas gracias por la ayuda prestada. Les dejo mi tarjeta por si necesitan algo. —La tarjeta estaba desgastada en los bordes y tenía una pequeña mancha de café—. Haga el favor de comportarse mejor como marido —me recomendó entonces, poniendo una mano en mi hombro—. Y usted, señora —añadió, volviéndose a Míriam—, si quiere seguir investigando el asunto y descubre que todo ha sido un gran complot, no dude en llamarme, que igual luego puedo colgarme una medalla y salir en la tele.

Al día siguiente se suponía que íbamos a ir los tres al zoo, llevábamos toda la semana prometiéndoselo a Eric, pero Míriam dijo que estaba cansada, que se encontraba mal, y se quedó en casa. El domingo tampoco quiso salir, esta vez porque le dolía la cabeza. No era cierto. Estaba triste. No es que estuviese enfadada conmigo. Creo que mis reiteradas disculpas —que arrancaron tras la marcha de los agentes y se prolongaron hasta bien entrada la noche— habían servido para firmar una tregua y apaciguar los ánimos. Míriam sabía que no había ni habría nunca nada entre Sara y yo. Pero se sentía triste, deprimida, llevaba días así, y mi estúpida mentirijilla había acabado por dar el golpe de gracia a su diezmada autoestima.

Aquella estaba siendo una mala época para mi esposa. El segundo embarazo no estaba resultando tan bonito y agradable como el primero, en el que todo era nuevo, desconocido; en el que todo el mundo —nuestros padres, los amigos— estaba constantemente pendiente de ella; en el que teníamos mucho más tiempo para estar juntos. Ahora Eric le robaba mucha atención. Se sentía sola, abandonada. Y creo que el hecho de que llevase en la barriga a otro niño y no a una niña le había afectado más de lo que dejaba entrever. Mi esposa siempre había soñado con tener una niña, una pequeña Míriam a la que poder vestir y peinar, con la que compartir miedos, dudas, secretos; y durante dos semanas había creído realmente que íbamos a tener una niña. No era la única que lo había creído. También lo había creído yo, también nuestros padres, y nuestros amigos. Hasta le habíamos puesto un nombre. Así que, en cierto modo, era como si la hubiésemos perdido por el camino, como si hubiéramos tenido un aborto, un aborto fugaz que no dejaba lugar para el duelo, en el que no nos estaba permitido llorar o quejarnos. Por eso Míriam no había dicho nada. Tenía que mantener su sonrisa y mostrarse encantada con tener otro niño, pues así es como se suponía que debía estar. Pero, en el fondo, no lo estaba, y creo que se sentía mal por ello.

Míriam siempre había sido una chica especial. A sus padres se les iluminan los ojos cuando hablan de cuando era pequeña. En nuestro instituto todo el mundo la adoraba. Era guapa, lista, divertida. Había algo en ella que la hacía diferente a los demás. Antes le gustaba mucho pintar. Siempre había tenido buena mano, desde pequeña, y se suponía que iba a hacer grandes cosas en el futuro. La vida le había sonreído continuamente; no había por qué pensar que la cosa fuera a cambiar algún día. Cuando acabamos el instituto no quiso ir a la universidad. No le veía ningún sentido. En vez de eso se marchó a vivir a una especie de comuna a los Estados Unidos y a perseguir sus sueños. Por aquella época estaba muy influenciada por Gustav Klimt, aunque creo que a nivel puramente formal. Los temas de Míriam eran

mucho más oscuros, y estaban mucho más cargados de simbolismo, o tenían un simbolismo más evidente. Recuerdo un cuadro de un hombre ciego corriendo hacia un precipicio. La escena estaba envuelta en una gran mancha de colores rojos, azules y púrpuras. No sé si los cuadros eran buenos o no, porque el arte es otra de esas cosas que no entiendo del todo, o no sé apreciar; pero a mí me gustaban, y ella parecía tener una gran fe en sí misma.

Tras su vuelta a Barcelona llegó a hacer alguna que otra exposición, pero sin demasiado éxito, y al cabo de poco dejó de pintar. Es difícil hacerse un hueco y triunfar en el mundo del arte. Más allá del talento, uno necesita padrinos, enchufes, dinero o, a falta de todo esto, una voluntad infatigable. Míriam no tenía ninguna de estas cosas. Bajó los brazos. No se atrevió a enfrentarse al fracaso. Creo que le aterraba verse llegando a los treinta persiguiendo un sueño tonto de juventud. Y al final la chica bendecida por el destino había acabado teniendo una vida que se parecía mucho a la de cualquier otra persona. Casada con un tipo cualquiera, con una hipoteca, un trabajo de ocho a tres, un niño de dos años y otro en camino. Antes todavía pintaba alguna cosita, en verano, un paisaje o un retrato mío o de su madre que luego colgábamos en alguna pared, pero ahora hacía dos o tres años que no cogía un pincel, desde que se quedó embarazada de Eric, diría.

Tampoco sé muy bien por qué estoy contando todo esto. Supongo que pretendo contextualizar un poco la situación, explicar cómo debía sentirse Míriam en aquella época, en aquellos días, para que podáis entender un poco por qué empezó a obsesionarse de esa manera con nuestros vecinos, con Sara y con la muerte de Juan. Pero puede que le esté intentando buscar tres pies al gato. Yo qué sé. Quizá todo fuera fruto del simple aburrimiento. En realidad, ni siquiera hablaría de obsesión aquí. Curiosidad, tal vez. Interés. No es que hubiese colgado una pizarra con fotografías de todos los implicados en el suceso, hubiese establecido relaciones con flechas y pósitos y se pasase las noches sin pegar ojo, elucubrando teorías. Pero pasaba mucho tiempo sola, tumbada en la cama, leyendo novelitas policiales y viendo pelis antiguas en el portátil. Era inevitable que tarde o temprano sintiese la tentación de buscar en Google a nuestros vecinos. Cualquiera hubiera hecho lo mismo, solamente que ella lo acabó llevando a otro nivel.

Empezó por Juan. En algún momento dejó a un lado el libro que tenía entre manos, cogió el portátil, tecleó en el buscador el nombre y el apellido de nuestro vecino —Juan Medina— y dio un paseo por los resultados. No había nada muy interesante. Algunas noticias relacionadas con su antigua inmobiliaria y un perfil de Facebook que el difunto apenas había utilizado. Luego buscó información sobre la empresa: Medina Gestión Inmobiliaria, una antigua agencia situada en pleno centro de Madrid que en 2012 se había visto obligada a cerrar las puertas después de treinta y cinco años de servicio. La noticia aparecía en una revista digital sobre finanzas y recogía unas breves palabras de su dueño, de Juan, que confesaba estar triste pero también confiado, y que auguraba —a través de alguna reflexión manida y repleta de

lugares comunes en la que venía a decir que el capitalismo era una cosa maravillosa e infalible— que pronto habría una recuperación económica y el país volvería a funcionar a toda máquina.

De Sara no había nada. Ni una triste entrada, ni siquiera un perfil de Facebook. Había otras Sara Valverde en el mundo, pero —como pudo constatar después de horas navegando por la red— ni un solo enlace se refería a nuestra vecina.

—¿No te parece extraño? —me preguntó mi esposa el martes o el miércoles por la noche, en la cama, mientras me contaba sus pesquisas. Aquel día estaba de mejor humor y había decidido explicarme todo aquello—. Ni siquiera tiene Facebook. ¿Quién no tiene un perfil de Facebook estos días?

—Yo no lo tengo —le dije.

—Pero tú eres tú.

—Qué remedio.

—Bueno —siguió ella—. La cuestión es que no me he dado por vencida. He indagado un poco en la familia de Juan, sin mucho éxito, y luego se me ha ocurrido buscar a la amante. ¿Y sabes qué? —añadió, inclinándose hacia mí como si estuviese a punto de confesarme un crimen del que estaba especialmente orgullosa—. He dado con ella.

—¿Qué? ¿Con quién?

—Con la amante.

—¿Con la amante?

—Sí, con la amante.

—¿Qué? ¿Cómo has hecho eso? ¿Has tecleado «amante de Juan Medina» en Google y te ha aparecido?

—No. He utilizado la lógica, o la intuición. Piensa. ¿Cómo podrías empezar a buscar a la amante de alguien?

—¿Tecleando «amante de Juan Medina» en Google?

—¿Y luego, si no encuentras nada?

—Luego aceptaría mi fracaso.

—No, en serio. Piensa. No me ha sido tan difícil. ¿De dónde suele sacar la gente a sus amantes?

—¿A mí me lo preguntas? No sé ni de dónde sacan a los amigos.

—Piensa en un tópico. Los tópicos no son siempre tonterías que suelta la gente que no tiene opinión. A veces aciertan. Además, ¿de dónde podría sacar un hombre casado, de cuarenta y tantos, dueño de una empresa, a una amante? Las probabilidades no son tantas. Así que he buscado por LinkedIn enlaces relacionados con su inmobiliaria y he dado con ella. —Cogió el ordenador, que reposaba en su mesita de noche, y lo abrió—. Mira. —Y me señaló la fotografía de una chica joven, con el cabello corto, rojizo, y la piel blanca—. Ana Soto Ruiz, veintisiete años. Madrid. Secretaria en Medina Gestión Inmobiliaria de 2009 a 2012. Actualmente en paro.

—¿Es ella?

—Sí, es ella.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

—¿La amante, la chica del otro día, era la secretaria?

—La secretaria.

No sabía qué decirle. Muy bien, había dado con el nombre de la supuesta amante. ¿Y qué? ¿De qué coño le servía aquello?, me pregunté. Pero ella me lo contaba con excitación, como si acabase de resolver el mayor misterio criminal del siglo, así que —teniendo en cuenta lo mal que lo estaba pasando la pobre aquellos días, y mis antecedentes de la semana anterior— me vi obligado a seguirle el juego.

—¿Y cuáles serán tus siguientes pasos? —quise saber—. ¿Qué vas a hacer con esta información?

—Le he escrito un mensaje —me confesó.

—¿Qué?

—A través de LinkedIn. Me he hecho pasar por ti. He creado un perfil de la editorial y le he escrito para concertar una entrevista de trabajo.

—¿Qué?

—Vive en Madrid, en teoría. Pero hace unos días estaba por aquí, aquí mismo, de hecho, al otro lado de la pared, así que, ¿quién sabe?

—¿Le has escrito? ¿Haciéndote pasar por mí? ¿Y has concertado una entrevista con ella?

—Sí.

Me mordí el labio y me tragué unas cuantas palabras.

—¿Y qué se supone que debo decirle si se presenta en mi despacho? —solté finalmente, recuperando la calma y fingiendo no estar escandalizado.

—No lo sé. Eso está en tus manos. Deberías intentar sacarle información. Esa chica está involucrada en todo esto de algún modo. No sé cómo, pero seguro que está metida en el ajo.

—¿Metida en el ajo? ¿Desde cuándo hablas así? ¿Y qué significa sacarle «información»? ¿En plan Philip Marlowe?

—No sé. Deberías intentar averiguar algo. No parece una chica muy lista.

Suspiré.

—Bueno —le dije a Míriam, aunque me lo decía a mí mismo—. La chica es de Madrid. Seguramente no esté interesada en hacer la entrevista.

—Sí, seguramente.

Me aferré a aquello y me tranquilicé. No le dije ni insinué de ningún modo a Míriam que se le estaba empezando a ir la pinza con todo aquello. No sé si es lo que debería haber hecho. Quién sabe. Quizá la historia sería ahora muy distinta.

Su siguiente paso fue más expeditivo. Un par de días más tarde, cuando llegué del trabajo, Míriam me propuso ir a saludar a Sara a su piso y así de paso hablar con ella. Me explicó que le había preparado galletas, cosa a la que no di ningún crédito hasta que las vi con mis propios ojos. Míriam no había hecho galletas en su vida; odiaba cocinar; lo más elaborado que le había visto hacer hasta la fecha era una tortilla de patatas con cebolla. Al parecer, no se le había ocurrido otra excusa para presentarse en casa de la vecina. Había sacado la receta de YouTube.

—Ya ha pasado una semana desde que murió su marido —me dijo—, y aún no hemos ido a verla. Deberíamos ir a su casa.

—Vale, me parece bien. Pero no entiendo lo de las galletas. Creo que ves demasiadas películas americanas últimamente.

—Es un detalle. Se debe sentir muy sola.

A mi mujer desde luego le importaba un bledo que Sara se sintiera sola. Aquello no era más que una excusa para poder seguir adelante con su absurda investigación. Pero era cierto que no habíamos hablado con nuestra vecina desde lo del suicidio; yo no le había ni mandado un simple mensaje dándole mis condolencias. Debería haberlo hecho, lo sé, pero es que nunca sé muy bien qué debo decir en estas situaciones, así que tiendo a postergarlas hasta que me olvido del tema. El caso es que accedí a ir a visitar a Sara. Cogimos a Eric y las galletas, salimos de casa y llamamos a su puerta. Serían sobre las seis y media de la tarde.

—Hola —nos saludó Sara al abrirnos, y sonrió. En cierto modo, creo que aquello me sorprendió. El hecho de que sonriera, quiero decir. Pero la verdad es que no sé qué esperaba. ¿Qué estuviese llorando desconsoladamente?—. Pasad, adelante —añadió, abriendo la puerta y haciéndose a un lado.

Llevaba ropa de calle, unos tejanos y una camisa blanca, si no recuerdo mal. Tras cerrar la puerta, Míriam se acercó a ella, le enseñó las galletas —que llevaba en una bolsa de papel—, le dijo que lo sentía mucho, que si necesitaba cualquier cosa que estábamos allí para ayudarla, y la abrazó con firmeza, demostrando un gran dominio de la situación y un cinismo espantoso. Pero Míriam siempre sabe cómo actuar en sociedad, sean cuales sean las circunstancias. Yo, en cambio, todavía estaba ensayando mi frase para darle el pésame, a la que llevaba dándole vueltas desde que habíamos salido de casa. No acababa de decidirme. Estaba entre «siento mucho lo de tu marido» y «siento mucho lo de Juan».

—Siento mucho lo de tu marido, Juan —le dije finalmente a Sara, aún dubitativo, después de que Míriam se separara de ella y me cediese el turno. Dejé a Eric en el suelo, me acerqué a nuestra vecina y vacilé antes de darle un abrazo, que seguro fue demasiado efusivo o demasiado frío, demasiado largo o demasiado corto.

—Gracias —dijo ella con calidez, y puede que con tristeza.

Su fragancia me siguió mientras atravesábamos el pasillo.

—Os podéis sentar —ofreció cuando llegamos al comedor—. ¿Queréis tomar algo?

—No, gracias —dije.

—Un zumo, si tienes. O un té. Mejor un té —pidió Míriam, e inmediatamente, dándome un codazo, me dijo—: Ayúdala.

—Tranquila —dijo Sara—. No necesito ayuda.

—No es ninguna molestia —le respondió Míriam, ordenándome con la mirada que obedeciera. Antes de marcharme detrás de Sara camino a la cocina, Míriam me cogió del brazo y me susurró—: Entretenla, voy a echar un vistazo por el comedor.

Dudé un instante. ¿Que la entretuviera? ¿Que iba a echar un vistazo por el comedor? Mi mujer vivía definitivamente dentro de una película, o peor, de un telefilme. Aquello empezaba a tomar un cariz que no me gustaba en absoluto. Pero como no iba a iniciar allí una discusión con ella, me callé y me marché detrás de Sara.

Cuando entramos en la cocina, Sara se puso a preparar el té.

—¿Seguro que no quieres nada? —me preguntó—. Mira en la nevera. Hay cerveza, Coca-Cola y alguna cosa más.

Abrí el frigorífico y acabé por coger una lata de cerveza. La abrí, le di un trago y miré a Sara, que estaba poniendo a calentar un cazo con agua. Pensé que no se la veía triste, o cambiada. No había perdido peso, no parecía llevar noches sin dormir. Seguía tan atractiva como la recordaba.

Como se suponía que debía entretenerla de algún modo, me propuse iniciar una conversación, pero todo lo que se me ocurría lo veía como una alusión a la muerte de su marido. Primero pensé en hablarle de Eric, o de mi futuro hijo número dos, por ejemplo, pero entonces se me ocurrió que aquello era como restregarle que yo tenía una familia encantadora y a ella solamente le quedaban unos vecinos encantadores. No me parecía tampoco de buen gusto hablarle de mi esposa o de mis problemas matrimoniales, ahora que su marido era un puré de restos humanos. Sacar el tema de las barandillas de nuestro edificio estaba totalmente fuera de lugar. Y mencionar su libro era comentar asesinatos y muertes violentas. Total, que en vez de entretenerla a ella mi cerebro se entretuvo a sí mismo con estas cosas y acabé por no decir nada.

Cuando hubo terminado de preparar el té, Sara me pidió que cogiera también una cerveza para ella y salió al pasillo. La seguí.

—Bonitas paredes —dije por decir algo, a la desesperada, para ver si lograba entretenerla unos segundos.

Sara no dijo nada. ¿Qué iba a decir? Las paredes eran blancas.

Cuando entramos en el comedor, tuve la sensación de que Míriam acababa de sentarse apresuradamente en el sofá después de revolver todos los cajones de la estancia, y que por poco no la habíamos pillado in fraganti. Lo más probable es que solo fuesen imaginaciones mías, pero Míriam debía haber estado hurgando, qué duda cabe, y además parecía que había descubierto algo, porque pocos minutos después de

sentarnos, mientras los tres hablábamos de esto y de lo otro, noté que empezaba a mover las cejas y a hacerme muecas sutiles y extrañas, como si tuviese un tic. Al principio pensé que le iba a dar un ataque y por poco llamo a emergencias. Luego comprendí que intentaba decirme algo. El qué era un misterio tan insondable como una ecografía.

Entretanto —después de intercambiar algunas frases huecas sobre el calor de aquellos días y lo rápido que crecía Eric— mi esposa se había hecho con las riendas de la conversación, que rápidamente se convirtió en un interrogatorio velado. En menos de quince minutos Míriam ya le había sonsacado a la otra de dónde era, cuántos años tenía, si tenía hermanos, qué relación mantenía con sus padres y cómo había conocido a Juan, entre otras muchas cosas.

—¿De dónde has dicho que eras? —le preguntó en cierto momento.

—De Ambite, un pequeño pueblo a setenta kilómetros de Madrid —dijo nuestra vecina, y me dio la sensación de que Míriam movía los labios mientras memorizaba el nombre del pueblo—. Pero hace años que no voy por allí.

—¿Y te marchaste de allí a los dieciocho?

—Sí.

—Directa a Madrid...

—Sí, fui a Madrid a buscarme la vida.

Las preguntas eran cada vez más cortas y directas. A mi esposa solo le faltaba sacar una libreta y un bolígrafo y empezar a tomar notas. Yo me estaba poniendo de los nervios. Sara no parecía sentirse violentada. Respondía a las preguntas de Míriam con tranquilidad, con aquella extraña tranquilidad que parecía mantener siempre al hablar. Observándola, no podía dejar de pensar que no daba ninguna muestra de estar afectada por el hecho de que su marido acabara de fugarse al purgatorio. No se la veía afligida, no le temblaba la voz. Y entonces, en algún momento, me dije: ¿y si Míriam tiene razón? ¿Y si me estoy tomando una cerveza con una psicópata?

Soy una persona muy susceptible. Una vez casi me dejo convencer por unos testigos de Jehová. No se me puede decir que sospechas que nuestra vecina es una asesina y esperar que mi cerebro conserve la calma. Pero eso es lo que debía hacer. Así que me tranquilicé y me dije que aquello no tenía ningún sentido, que yo estaba con Sara cuando ocurrió lo de su marido, y que el hecho de que no estuviese llorando desconsoladamente no significaba nada. ¿Cómo actuaría yo en una situación como aquella? Pues no tengo ni idea. Tampoco soy de llorar en público. Seguramente no sabría cómo actuar y me pondría nervioso. Seguramente desearía ser yo el difunto. Los muertos son unos cabrones egoístas.

—¿Y vas a seguir con el restaurante? —seguía mi mujer.

—No lo sé. Supongo que no. De momento he cancelado la inauguración.

—Si necesitas cualquier cosa, si necesitas hablar con alguien o lo que sea, no dudes en llamarme. ¿Tienes mi teléfono?

Se intercambiaron los números. Míriam parecía haber preguntado todo lo que

quería, y a partir de ahí la conversación fue más distendida. No recuerdo de qué hablamos. De tonterías. Eric estaba sentado en el suelo, jugando con un par de muñecos que había traído consigo de casa. Cuando Míriam abrió la bolsa de papel y repartió las galletas fue el único con la honestidad suficiente como para escupir la suya al suelo.

A las siete y media estábamos entrando de nuevo en casa. Cerré la puerta con llave y, al darme la vuelta, me encontré con el rostro de Míriam a un palmo del mío, con las cejas arqueadas hacia arriba, sonriendo. Estaba claro que se moría de ganas de contarme todo lo que había descubierto mientras Sara y yo estábamos en la cocina, pero quería esperar a que yo se lo preguntara, vete a saber por qué. Cosas de mujeres, siempre complicándolo todo innecesariamente.

—Bueno —le dije, pues, a Míriam—, cuando has tenido el ictus, ¿qué es lo que pretendías decirme?

—Te señalaba el cajón del mueble de la tele. El cajón de arriba.

—Ah. ¿Y qué tiene de especial y sorprendente?

—Creo que había un sobre con dos billetes de avión en él. Dos billetes a Buenos Aires. Dios, tengo la piel de gallina. Mira, aún me tiembla la mano.

Se suponía que debía seguir haciendo preguntas, así que dije:

—¿Y qué importancia tiene eso?

—¿Cómo que qué importancia tiene eso? Sara ha sacado dos billetes a Argentina. ¿Es que no lo ves?

—Pues no, no lo veo. No sé qué tengo que ver.

—¿No te parece sospechoso? Mira, quizá... Quizá también tenga un amante.

—Aquí todo el mundo tiene un amante.

—No sé.

—¿Tú también tienes un amante? Si alguna vez lo tienes, avísame. No me gustaría ser el último en enterarse. A ver, vayamos por pasos. ¿No viste a qué nombres iban los billetes?

—No, no me dio tiempo. Solo vi uno. Solo me fijé en el primer billete, el de Sara. Justo iba a echarle un vistazo al otro cuando oí que salíais de la cocina y tuve que volver a cerrar el sobre y el cajón. Por cierto —añadió—, ¿le dijiste a Sara que las paredes del pasillo eran bonitas, o lo entendí mal?

—Bueno, querías que la entretuviera, ¿no?

—Madre mía.

—El caso es que no viste el otro nombre —le dije—. Pues tranquila. Ya te digo yo qué nombre salía: Juan Nosequé. El de su marido.

—Juan Medina.

—Eso. ¿Qué otro nombre esperabas encontrar? ¿Qué tiene de raro que hubiera allí dos billetes? Probablemente los sacaron hace un mes —dije—, cuando el marido aún podía viajar en primera clase. Tendrían planeada una escapada romántica.

—¿A Buenos Aires? No estamos hablando de París. Eso está en la otra punta del

mundo.

—Claro, y para ir allí se necesita estar dos meses en un barco y tener la suerte de no pillar el tifus. Espera, no, que estamos en el siglo XXI.

—En serio, ¿crees que iban a irse de viaje justo ahora? Acaban de llegar. No sé... No... No lo vi bien, pero juraría que el vuelo era para el mes que viene.

—Eso te lo estás inventando. Sé reconocer cuándo mientes. No has visto la fecha.

—Mira, tenemos que volver allí y echarle un vistazo a esos billetes.

Para entonces habíamos llegado a la cocina. Mientras seguíamos hablando, nos pusimos a preparar la cena, doblar la ropa y hacer otras agradables tareas del hogar.

—¿Y si lo han matado entre las dos? —me dijo Míriam, mientras doblaba una camiseta—. Entre Sara y Ana, quiero decir.

—¿Ana?

—La amante de Juan, la secretaria.

—Ah.

—¿Y si lo han matado entre las dos? La amante y la esposa, compinchadas para asesinar al hombre que las ha engañado. Como en *Las diabólicas*.

—¿Y qué me dices de la señora Vidal? ¿No te parece también sospechosa? Quizá lo han matado entre las tres. La gente se apunta muy rápidamente a un asesinato bien planeado.

—No digas tonterías. Hablo en serio.

—Yo también.

—Y acabaré teniendo razón. Siempre la tengo. Luego, no quieres reconocerlo nunca.

—Porque nunca la tienes.

—¿Lo ves?

—Mira —le dije—, entiendo que te aburras, todo el día en casa, sin poder apenas moverte, pero aquí el único misterio criminal que hay es el del diseño de esas barandillas. A veces la gente se mata, incluso cuando están a punto de inaugurar un restaurante. Al menos a Juan le salió bien la jugada. ¿Sabes que la mayoría de los suicidios no acaban bien? Bueno, yo no lo sé, me lo acabo de inventar. Pero seguro que hay un montón de tíos que sobreviven. Imagínate qué incómodo debe ser quedarte allí en el suelo, con la espalda rota, saludando a todos tus vecinos. A mí seguro que me pasaría, las cosas nunca me salen a la primera.

Míriam se rio.

—Al principio, cuando empecé a salir contigo —replicó—, pensaba que estas cosas las decías en broma, pero realmente eres así, ¿verdad? Me casé con un neurótico chiflado.

Acabé de preparar la cena de Eric y le serví un plato. Antes de llevárselo, me acerqué a Míriam por detrás, le di un beso en el cuello y la abracé.

—Si no llevara semanas sin dormir —le dije—, y no estuviera exhausto, y tú no estuvieses en riesgo de dar a luz, y no tuviésemos que darle la cena a Eric y dormirlo,

ni tuviese que madrugar, y estuviese al menos al noventa por ciento seguro de que a ti también te apetece, te propondría hacer el amor, o como quieras llamarlo. Echar un polvo. ¿En este contexto tú qué palabra utilizarías? ¿Copular?

No es por presumir, no me considero un gran seductor, pero creo que logré excitarla, porque más tarde, aquella noche, hicimos el amor. Y fue genial, a pesar de tener que hacerlo con un embrión de siete meses por en medio, con las dificultades físicas y espirituales que eso conlleva. Tuve que hacer acrobacias para evitar tocar en ningún momento la barriga de Míriam. Pero estuvo bien. Mi esposa suele emitir todo tipo de gemidos y estridencias mientras hacemos el amor. Lo hace mucha gente. Gritan y gimen como si estuvieran en una mesa de tortura. No sé si es para hacérselo saber a los vecinos, en plan «¡Oigan, que nosotros también lo hacemos! ¡Mirad qué bien nos lo pasamos!». Ni idea. Pero aquella noche estuvo callada. Hicimos el amor con mucho cuidado, lentamente, con delicadeza, y al acabar nos quedamos abrazados y nos besamos, cosa que no solemos hacer después de tener sexo. ¿Para qué? No calientas después de haber acabado de jugar un partido.

—¿Estás contenta con nuestra vida sexual? —le pregunté minutos más tarde, mientras miraba al oscuro techo, con las manos detrás de la cabeza y unas ganas de muerte de fumarme un cigarrillo.

—¿A qué te refieres? Pues claro que lo estoy. Si no lo estuviera te lo haría saber, créeme.

—No sé. Siempre te gusta probar cosas nuevas cuando vamos a un restaurante. Yo sigo pidiendo macarrones y bistec, como cuando era pequeño. Quiero decir, ¿no se te hace aburrido hacerlo siempre conmigo? A veces pienso que tal vez debería proponerte hacer un trío o ir a una tienda de juguetes sexuales, que no sé muy bien lo que son. Sé que hay una especie de huevo que sirve para hacer pajas.

—Sí, he oído hablar de ello. ¿Es que te apetece probarlo?

—No no, qué va. ¿Para qué querría alguien que le hicieran una paja con un huevo? Pero siempre se habla del matrimonio como una especie de restricción sexual, como si al atarte a alguien fueses a perderte, qué sé yo, supongo que tirarte al resto de los seres humanos del planeta. Pero yo nunca he sentido algo así. Supongo que en parte se debe a que mi vida sexual como soltero siempre ha dejado mucho que desear. Solo quería saber si tú también estás bien con esto.

—Por supuesto que estoy bien con esto —respondió—. No deseo nada más. Nada de juguetes ni tríos.

—Pues qué suerte, porque no me apetecía nada lo del trío, especialmente si tenía que ser con otro macho. Estaría todo el rato protegiéndome la espalda. Pero bueno, no es eso lo que quería decir. Piensa que luego nos haremos viejos. Aunque dicen que en la tercera edad los matrimonios se lo pasan de puta madre. La imagen es asquerosa, está claro, pero no creo que sea un farol que se tiran los jubilados en las encuestas sociológicas.

—He perdido el hilo de la conversación.

—Yo también. Solo quería decirte que te quiero. Siento ser un poco gilipollas a veces.

—Yo también te quiero.

Aquella noche, mientras yo dormía profundamente, Míriam se revolvía en su lado de la cama. Hacia la una de la madrugada se levantó, cogió su portátil y se fue al comedor. Abrió el navegador y buscó información sobre Ambite, el pueblo en el que había nacido Sara. Situado al sudeste de Madrid, tenía una población cercana a los seiscientos habitantes. Google no ofrecía mucha más información. Aparte de la entrada en Wikipedia, solo aparecían la web del ayuntamiento, algunos anuncios de casas en venta y algunas menciones en webs de turismo rural. A Míriam se le ocurrió entonces teclear el nombre del pueblo en Facebook. Le aparecieron algunos perfiles de gente que vivía o había nacido allí. Fue saltando de uno a otro, mirando fotografías, leyendo entradas y comentarios.

Uno de los perfiles era el de una chica llamada Andrea, de treinta y cuatro años, los mismos que tenía Sara. La chica había nacido y parecía que aún vivía en el pueblo. Míriam se dijo que por fuerza debían haberse conocido de pequeñas, y que quizá de allí podía sacar un poco de información. El perfil de la chica era público, de modo que pudo cotillear en profundidad. Entre los montones de fotografías que había colgado —se veía que era una persona con mucha vida social en la red y un preocupante problema de narcisismo—, mi esposa dio con una foto antigua de la escuela. Era la típica foto de fin de curso. Un puñado de preadolescentes —no más de doce— puestos en dos filas al lado de un profesor —joven y bastante atractivo, por cierto— que tenía cara de pensar qué coño estaba haciendo con su vida. Entre todos aquellos chicos sonrientes había una joven un poco más alta que el resto, con el pelo negro, que miraba a la cámara con frialdad.

Míriam se acercó a la pantalla. Era Sara.

La fotografía tenía media docena de comentarios. Aparte de un comentario relativamente sutil y malintencionado que decía «Mira qué delgada estaba Beatriz, y cuánto pelo tenía Pedro», el resto eran frases nostálgicas sobre cómo habían cambiado todos, cuánto tiempo había pasado y cosas por el estilo.

Nadie mencionaba a Sara.

Después de una semana buscando por internet, aquello era lo único que Míriam había conseguido encontrar de nuestra vecina. Una foto escolar. No era mucha cosa. De hecho, mirándolo con objetividad, en relación al tiempo empleado, la cantidad de información obtenida era una mierda. No para Míriam, sin embargo, que estaba entusiasmada con su descubrimiento. Incluso estuvo tentada de despertarme para contármelo. Por fin había dado con algo, y ese algo, por fuerza, debía ser una pieza clave en aquel rompecabezas que se había inventado su cerebro.

Míriam se dijo que tenía que hablar con aquella chica. Después de darle un par de

vueltas, puso las manos sobre el teclado y le escribió un mensaje a la tal Andrea. El mensaje decía:

Hola, Andrea, me llamo Míriam, no nos conocemos. El caso es que soy amiga de Sara Valverde, a quien creo que debes conocer, de cuando erais pequeñas, ya que es de Ambite, también, y le estamos preparando una fiesta, y nos gustaría saber si tienes alguna foto, suya, antigua, le queremos hacer un álbum. Gracias, y disculpa las molestias.

Míriam abusa de las comas. Le dio al botón de enviar y esperó. Eran casi las tres de la madrugada, así que no había mucho que esperar, pero aun así estuvo un buen rato pendiente de la pantalla. Cuando le entró el sueño, cerró el ordenador y volvió a la cama.

Se despertó a las ocho en punto, poco después de que Eric y yo saliésemos de casa camino a la guardería. Se levantó rápidamente de la cama, como una niña en el día de Reyes, y se fue directa al comedor a encender el portátil. Abrió su Facebook y enseguida vio el bocadillito rojo en la parte superior de la pantalla, indicándole que tenía un nuevo mensaje.

Lo abrió. El mensaje era de Andrea. Solamente decía:

No conozco a esa mujer.

Míriam releyó el mensaje cinco veces. Luego cerró el ordenador y volvió a la cama, aunque fue incapaz de dormirse. Más tarde le entraron náuseas. Se levantó y se fue a vomitar al baño.

Se preparó un zumo y una tostada y volvió a abrir el ordenador. Serían sobre las nueve y media. Leyó el mensaje por sexta y séptima vez. «No conozco a esa mujer». ¿Era posible que no la conociese?, se preguntó mi esposa, hincándole el diente a la tostada. Volvió a meterse en el perfil de la tal Andrea y rebuscó de nuevo entre sus fotografías hasta dar con la de la escuela. Acercó la cara a la pantalla y volvió a mirar con detenimiento a la chica morena.

Era Sara, no podía ser otra.

¿Por qué decía que no la conocía, entonces? A Míriam le pareció extraño. ¿Tal vez Sara había cambiado de nombre, o de apellido, en algún momento de su vida? Esa parecía una explicación razonable, pero, de ser así, ¿por qué lo habría hecho? ¿Es que acaso huía de algo? ¿Qué escondía nuestra vecina?

Os juro que en aquel momento Míriam debía sentirse como la jodida *Miss Marple*, solo que sin problemas de incontinencia. Lo que estaba claro es que no iba a dejar aquello así como así. Puso las manos sobre el teclado y volvió a escribirle un mensaje a la propietaria de aquella fotografía:

Hola de nuevo, Andrea. Estoy pensando que, tal vez, no recuerdes su nombre, o tal vez ha cambiado de apellido, pero estoy bastante convencida de que conoces a la chica a la que me refiero. Mirando casualmente tu perfil, he visto una fotografía, en la que salís en la escuela, de cuando erais pequeñas. La chica a la que me refiero es la segunda, empezando por la izquierda, de la fila de arriba, la chica alta,

morena.

Cuando vio que era imposible poner más comas clicó el botón de enviar y se dispuso a esperar de nuevo.

El día era soleado y la temperatura perfecta para salir a dar un paseo, pero Míriam no se encontraba muy bien. Había dormido poco, seguía con náuseas y le dolía la espalda. Después de esperar veinte minutos un mensaje que no llegaba, se tumbó en el sofá y encendió la tele. Se tiró una hora haciendo *zapping*. De vez en cuando se levantaba y andaba hasta el ordenador para mirar si había recibido un nuevo mensaje en el Facebook. Cuando iba a levantarse por cuarta o quinta vez, sonó su móvil. Míriam lo miró antes de descolgar. No tenía memorizado el número.

—¿Sí?

—Hola, Míriam, ¿eres tú, no?

—Sí. ¿Y tú?

—Hostia, soy yo, Víctor, tía. Perdona, me he cambiado el móvil. ¿Cómo va eso?

—Ah, hola, Víctor. Bien, ¿y tú?

—Yo bien, ya sabes, tirando. Ya me conoces. Me han dicho por ahí que vuelves a estar embarazada. ¿Es cierto?

—Sí. Te han informado bien.

—Ah, qué bien. Me alegro un montón, tía. Pues igual paso a verte dentro de unos días. ¿Te parece?

El puto Víctor de los cojones, siempre apareciendo en el momento más oportuno.

Víctor es el último novio que tuvo Míriam antes de empezar a salir conmigo. Lo había conocido en algún bar, de noche. Un tipo alto y guapo que vivía en Sants, trabajaba de publicista y tocaba el ukelele en una banda *indie*. Lo que se dice un gilipollas. Estuvieron juntos unos siete meses, hasta que Míriam descubrió que el otro la engañaba y que era incapaz de hablar de otra cosa que no fuera de él mismo durante más de cinco minutos.

La suya no fue una gran historia de amor, y no eran amigos antes de salir, ni siquiera se conocían, así que no tendrían por qué haber mantenido el contacto a lo largo de los años, pero de vez en cuando al tonto ese le apetecía sacar la bragueta por aquí, y, a diferencia de lo que hace la gente normalmente, Míriam se lleva de maravilla con todos sus exnovios. No hay ni uno con el que no se lleve bien. Creo que es porque no soporta quedar mal con nadie. Y, creedme, si la gente acaba fatal con sus exparejas es por un buen motivo. Un motivo darwiniano. Cuesta concentrarse en formar una familia mientras tu cónyuge sigue hablando a diario con todos sus anteriores amantes y dejándoles tontear con ella, especialmente si la lista es larga.

Aquella no era la primera vez que Víctor la llamaba para quedar. Ya lo hizo cuando nos casamos, y poco después de tener a Eric. El hijo de puta permanecía agazapado como una leona entre la hierba, esperando el momento de atacar. Porque el tío seguía enamorado de Míriam, estoy seguro. Y aunque no lo hubiese estado daría

igual, porque era un depravado sexual, qué duda cabe. Lo podías ver por cómo miraba a Míriam cuando babeaba delante de ella.

Puede que esté sacando las cosas de quicio, perdiendo la objetividad que me caracteriza. Lo reconozco. No suelo ser celoso, pero es que aquel tío siempre me ha puesto de los nervios. Seguramente fuese por su magnetismo sexual. Era un hombre que en vez de hablar ligaba. No era listo, no era divertido. Como ser humano, era un ejemplar claramente inferior al que era yo. Pero era guapo, y todo daba a entender que era el puto amo en la cama, y ante eso mi cerebro reptiliano se ponía como una moto. Aunque vete a saber. Míriam nunca me había hablado de su trayectoria sexual anterior a nuestro matrimonio. Aquel capítulo de su vida seguía guardado en el estante de arriba del todo de nuestras conversaciones, y yo no iba a subirme a un taburete para cogerlo. Pero era perfectamente posible que el tío fuese mucho mejor amante que yo. Al fin y al cabo, Míriam no se casó conmigo porque fuese el mejor amante que había tenido, sino por una combinación de mi eficiencia en la cama, mi carácter, mi visión del mundo, mis aptitudes como posible padre y, deduzco, mi elegante sentido del humor.

—De aquí a un par de semanas hay un concierto por tu barrio —le decía Víctor a mi esposa por el teléfono— y estaré por allí. Igual puedo ir a verte. Ya sabes. Te doy un toque, si eso.

Míriam le dijo que claro, que encantada de la vida de que fuese a verla, y colgaron. En realidad, creo que no le apetecía mucho quedar con él, pero como estaba moralmente obligada a seguir cayéndole bien a todo el mundo, no pudo decirle que no.

Tampoco le dio más importancia. Antes de dejar el teléfono en la mesita miró la hora. Eran cerca de las once. Se levantó del sofá, anduvo hasta el ordenador y vio que el bocadillito volvía a estar en rojo. Su corazón se aceleró. Clicó mientras se sentaba en la silla:

No sé quién eres, pero por favor deja de molestarme. No sé nada de ella.

Cuando llegué a casa aquella tarde mi esposa se me abalanzó para contarme los avances de su investigación. Luego me condujo hasta su ordenador y me obligó a leer los mensajes que había intercambiado con la mujer esa del Facebook.

—¿No te parece raro? —me preguntó.

—Pones demasiadas comas.

—Está claro que la conoce. Fíjate en el tono que ha empleado. Lo que pasa es que no quiere saber nada de ella. Parece como si le tuviera miedo, como si supiese algo de ella que no quiere recordar, como si hubiese pasado algo en aquel pueblo. ¿Te das cuenta?

—Pues no, no me doy cuenta —le dije—. A mí me parece una respuesta de lo más natural, qué quieres que te diga.

—¿De verdad? ¿Quieres volvértela a leer?

—¿Tendré que leerlo todo una y otra vez hasta darte la razón?

—Es muy raro.

—Mira, yo no me acuerdo de la mitad de mis compañeros de clase. En serio. No recuerdo nunca nada. Para mí el pasado es eso: el pasado; una masa informe que hay en algún lugar de mi cerebro. Si a mí una desconocida me atosigara con preguntas extrañas, le diría lo mismo.

—Yo no la he atosigado. Me he limitado a hacerle una pregunta, y la he hecho amablemente. Mi pregunta no tiene nada de extraño. ¿Lo has leído bien? ¿Quieres volver a leerlo?

Así estuvimos toda la tarde. Y toda la noche. Dándole vueltas y más vueltas al mismo tema de siempre. En la cocina, en el comedor, en la cama. Míriam no me dijo nada de que la había llamado Víctor y de que había quedado con él. No porque fuera a ponerme celoso y a montar un numerito, cosa que probablemente hubiese hecho. No; si no me lo dijo fue porque ni siquiera se acordó de que había quedado con él. Todo su cerebro —del lóbulo frontal al superyó— estaba inmerso en una sola cosa: su investigación, su delirio.

En algún momento, sobre las doce, caí fulminado, y recuerdo que aquella noche tuve una horrible pesadilla en la que nos decían que no esperábamos un niño, sino cinco. Todos varones.

Un par de días más tarde, cuando llegué a casa, me encontré a mi esposa en nuestro balcón, estudiando un lateral de la barandilla, inclinada hacia delante, como si fuera a encaramarse a él. Eric estaba rompiendo cuentos en el sofá. Lo cogí en brazos y me

quedé mirando a mi mujer.

—¿Qué hace tu madre, Eric?

Eric se encogió de hombros. Estaba tan perdido como yo. Ambos nos la quedamos mirando.

Después de estudiar la barandilla desde distintos ángulos, Míriam se acercó a ella, apoyó las manos en la barra superior y sacó el cuerpo hacia fuera, hacia la calle. ¿Qué coño estaba haciendo? Si pensaba suicidarse, me dije, iba a hacerlo de un modo peculiar. Lo normal es tirarse hacia delante, hacia la parte frontal, no saltar por un lateral del balcón.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunté, saliendo al balcón con Eric.

Míriam me miró un instante y siguió con su estudio.

—Se ha dejado la puerta del balcón abierta —me dijo.

—¿Qué? ¿Quién?

—Tienes que ayudarme. Voy a colarme en su piso.

—¿Qué?

—Ven, mira. Se ha dejado el balcón abierto. Acércate.

Me aproximé a ella y miré hacia el balcón de nuestra vecina, que estaba separado del nuestro por poco más de medio metro. La puerta, en efecto, estaba entreabierta. Luego miré al vacío.

—¿Es que has perdido la cabeza definitivamente? —le dije a Míriam, manteniendo más o menos la calma.

—Solo quiero echarle un vistazo a esos billetes de avión. Es una ocasión muy buena. Parece una invitación. No hay más que...

—Alto, un momento. ¿En serio estás pensando en saltar? ¿Eres consciente de que vives en un séptimo? ¿Qué... qué es lo que pretendes, exactamente? ¿Piensas arriesgar tu vida y la de tu futuro hijo por este ataque de paranoia que te ha entrado?

—¿Qué? Yo no voy a arriesgar la vida de nadie. ¿Por qué dices eso? Es solo medio metro. No hay ningún peligro.

—Eric —le dije a mi hijo—. Tu madre está loca. Lo siento. A la mayoría de los hijos esto les pilla a los cincuenta, pero a ti te ha pillado ahora.

—¿Se puede saber qué haces? No le digas a mi hijo que estoy loca.

—Le tengo que explicar las cosas. Es muy pequeño para entenderlas. Luego de mayor se dedicará a saltar a las casas de sus vecinos cada vez que le falte azúcar.

—No me voy a caer. Solo hay medio metro de distancia. No es nada.

—Sí, eso es lo que dice la gente siempre antes de una catástrofe: no es nada, solo voy a invadir Polonia. No vas a saltar por ahí y punto, ¿entendido? ¿Y qué pretendes? ¿Colarte en su casa? Eso es ilegal.

—Nadie va a verlo.

—¿Cómo que nadie va a verlo? Para empezar lo verá ese señor del edificio de enfrente que nos está viendo discutir mientras se fuma un cigarrillo. Y además, ¿qué pasa si Sara vuelve y aún estás allí dentro? ¿Qué cojones le dirás? ¿Qué has

tropezado mientras regabas las plantas y has caído en su comedor?

—Por eso te estaba esperando, tonto. Uno de los dos vigila y el otro se cuele en el piso. No seas cobarde. No hay nada que perder. Está chupado.

—No es cuestión de perder. Es cuestión de recuperar la puta cordura, Míriam. ¿Te estás oyendo? Puede que pienses que soy un calzonazos y que siempre acabo cediendo y haciendo lo que quieres, pero esta vez no, Míriam, esta vez me planto. No voy a permitirte cometer esa locura.

Cinco minutos después me encontraba cogiendo impulso con un pie en lo alto de la barandilla, y al instante siguiente estaba lanzándome por encima de aquel precipicio de medio metro de ancho. No es que me dejara convencer. Simplemente me enfadé tanto que acabé haciéndolo, pero de mala gana. No sé qué coño de estrategia es esta, pero ahora que lo pienso es algo que suelo hacer cuando mi esposa y yo discutimos. Si —pongamos por caso— Míriam me dice que barra la casa, pero ahora es mal momento para mí, y ella insiste, y empezamos a pelearnos, al final lo que hago es decir, muy enfadado: «Pues está bien. Voy a barrer el piso. Mira, estoy barriéndolo. ¿Lo ves? ¿Estás contenta?». Supongo que debe estarlo. Como digo, no sé qué mierda de estrategia es esa.

—¿Quieres que nos colemos en el piso de nuestra vecina? ¿Es eso lo que quieres? —le acabé gritando—. Pues vale, voy a hacerlo, a ver qué te parece.

Le pasé a Eric, me agarré como pude a la pared, puse un pie en la barandilla y salté. No fue un gran salto pero sobreviví. Me hice un pequeño corte en una mano al aterrizar. Me levanté, me sacudí la ropa y eché un vistazo al piso de nuestra vecina desde fuera. Las luces estaban apagadas y las cortinas a medio correr. Apenas se veía nada. No parecía que Sara estuviese en casa.

—Ya estoy aquí. ¿Contenta? —dije, volviéndome hacia mi mujer, solo que ella ya no estaba en nuestro balcón. Supuse que habría ido a vigilar la entrada.

Empujé lentamente la puerta del balcón hasta abrirla lo justo para pasar y me deslicé con cautela dentro del piso. Cuando sonó mi móvil por poco me da un ataque cardíaco. Era Míriam:

—¿Qué haces? —le grité, susurrando. Se puede gritar susurrando.

—Ya estoy en posición. Estoy en nuestra puerta. Desde la mirilla puedo ver el ascensor. Si viene Sara, te aviso.

—Vale. Estupendo. Fantástico —le solté, manteniendo un tono crispado, como si cada palabra fuese un insulto—. Maravilloso.

—Ve a abrir el cajón del mueble de la tele. Los billetes estaban allí.

—Sí, claro, ahora voy —gruñí—. Tócate los huevos.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Has dicho «tócate los huevos»?

—Solo quería pensarlo. Se me ha escapado. Y, ahora, ¿me dejas seguir?

—Sí, claro.

Colgué, resoplé, guardé el móvil en el bolsillo y miré alrededor.

Aún había luz en la calle, pero las cortinas estaban medio echadas, como he dicho, y el piso estaba prácticamente a oscuras. Avancé despacio por el comedor hasta llegar al mueble de la tele. En mi cuerpo se libraba una intensa batalla de emociones. Por un lado, me hervía la sangre de pura rabia. Estaba muy enfadado con Míriam, enfadadísimo. Tenía ganas de que entrara la policía y me matase de un tiro pensándose que era un ladrón para poder echárselo en cara a mi esposa. Aquello no iba a quedar así como así. No. Míriam y yo íbamos a tener una conversación después de aquello, una conversación que visualicé perfectamente en mi mente y en la que yo era el claro vencedor. Por otro lado, también estaba muerto de miedo. El corazón me iba a cien, me temblaban las manos. Aquello era lo más temerario que había hecho en mi vida desde que robé un cómic de una tienda cuando tenía once años.

Con las rodillas temblando, me acuclillé delante del mueble de la tele y lo abrí lentamente, procurando no hacer ruido —como si Sara me fuese a oír desde donde fuera que estuviese—. En aquel momento mi móvil emitió un *pip*, indicando que acababa de recibir un wasap. Era de mi esposa:

Míriam

¿Lo has mirado ya?

No iba a contestar, pero entonces llegó otro mensaje, y luego tres más, seguidos:

Míriam

Mira más cosas si puedes.

Mira su ordenador.

Mira si tienen armas.

Un palo o un martillo.

Yo

Sí.

Claro. ¿Algo más?
¿Nos falta algo en casa?
¿Huevos? ¿Servilletas?

Iba a guardar el teléfono cuando recibí un nuevo mensaje.

Miriam

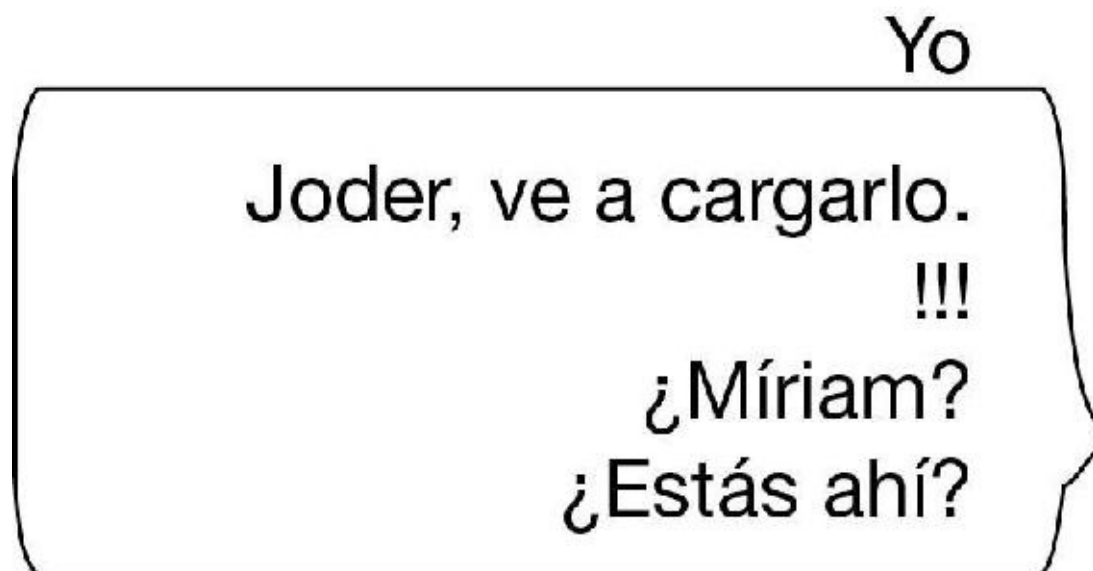
Ay.
Se me acaba la batería.

Yo

¿Qué?

Miriam

30 segundos.



Cuando vi que no iba a recibir una respuesta inmediata guardé el teléfono. Por un instante pensé en dar media vuelta y salir echando leches del piso. Pero ya estaba allí, delante del maldito cajón.

Lo acabé de abrir. Al principio no vi los billetes. Había algunos papeles — garantías de electrodomésticos, cosas así— y algunos DVD. Cuando ya iba a darme por vencido, vi el sobre. Estaba pegado a un lateral, no era fácil de encontrar. Me sorprendió que Míriam lo hubiese visto cuando inspeccionó el comedor.

Lo cogí y lo abrí con cuidado. Eran los billetes de avión, en efecto. El de arriba era el de Sara. No recuerdo la compañía, pero era un billete a Buenos Aires. Para el día 20 de mayo. Faltaba un mes para eso. Luego miré si salía la fecha en que se había comprado el billete.

Salía. En el margen inferior derecho. Los billetes habían sido sacados hacía cuatro días.

Arqueé una ceja sorprendido y me levanté, porque ya no podía aguantar más en cuclillas. Luchando contra el párkinson repentino que se había apoderado de mis manos acabé de sacar el billete de Sara del sobre. Cuando apareció ante mí el billete que había debajo, mis ojos se lanzaron directos al nombre al que iba asociado.

Medina Cárdenas, Antonio

Alterné entre el nombre y los apellidos. Con lo de «Medina» no tenía nada que apelar. Tampoco con el «Cárdenas», que para el caso podría haber sido cualquier otro apellido. Lo que no encajaba en absoluto era el nombre. ¿Quién coño era Antonio? Mi vecino se llamaba Juan. No soy muy bueno con los nombres. Quizá se llamara José, o Jorge, pero en ningún caso se llamaba Antonio.

Volví a guardar los billetes en el sobre, lo cerré y lo devolví a su sitio. Al soltarlo me di cuenta de que me sudaban las manos. Cerré el cajón. Mientras regresaba al balcón me puse a darle vueltas a aquello. Me detuve un momento y sentí la tentación

de volver a mirar el billete. No hacía falta. Había visto perfectamente el nombre: Antonio Medina Cárdenas.

¿Qué cojones significaba aquello?

Juan había comentado —en la cena que tuvimos con ellos en su casa— que tenía un hermano, creo que un par de años mayor que él. ¿Antonio Medina Cárdenas era entonces el hermano de Juan? Bueno, me dije, encogiéndome de hombros; Sara y el hermano de su difunto esposo tenían planeado un viaje a Argentina. Para el mes que viene. ¿Y qué? Aquello no era tan incomprensible. Si me parecía extraño era solo porque Míriam me había llenado la cabeza con sus paranoias. Pero aquello no significaba que Sara y su supuesto cuñado fueran amantes, y mucho menos que hubiesen asesinado a Juan. Simplemente no significaba nada. Había millones de explicaciones alternativas. Tal vez Juan había manifestado alguna vez que cuando muriese quería que esparcieran sus cenizas allí. Quizá en su juventud vivió una temporada en Argentina y le tenía un cariño especial, o quizá les tenía manía a los argentinos. ¿Qué sabía yo sobre la vida de ese hombre?

Aquella parecía una explicación de lo más razonable. Sacudí la cabeza, ya más tranquilo, inspiré profundamente y reemprendí mi camino hacia el balcón. Al momento recibí un nuevo wasap. Me detuve y saqué el teléfono.

Míriam

Vuelvo a tener batería.
He enchufado el móvil en la entrada.
¿Has podido abrir el cajón? ¿Has visto los billetes?

Dudé mucho antes de responder. Si le explicaba que el segundo billete no iba a nombre de Juan, sino a nombre de un tal Antonio Medina, lo único que conseguiría sería avivar aún más los delirios de Míriam, lo que significaba que habría arriesgado mi vida saltando a aquel balcón y me habría destrozado los nervios para nada. Total, que me vi obligado a tener que mentir de nuevo a mi esposa.

Yo

Sí.

Los he visto.
El otro billete es de Juan

Miriam tardó bastante en responder.

Miriam

¿Seguro?

Volví a mirar hacia el mueble de la tele y suspiré.

Yo

Seguro.

Miriam

Ah.

¿Vas a mirar más?

Podrías echarle un vistazo a su ordenador.

No quise responder a eso. Me metí el teléfono en el bolsillo y llegué hasta el balcón, pero me detuve antes de atravesarlo. Ahora me había picado la curiosidad.

—Qué cojones —me dije. Di media vuelta y miré de nuevo el comedor.

Me paseé por él, deteniéndome ante algunas fotografías y abriendo algún que otro cajón. Al lado de la puerta que daba al dormitorio había una estantería estrecha con un puñado de libros. Era una mezcla aleatoria: un par de novelas de Trollope, *La dama de blanco* de Wilkie Collins, la trilogía de Stieg Larsson, una edición de

quiosco de la *Ilíada*, *Los pilares de la tierra*, *La sombra del viento* y seis o siete novelas de Patricia Highsmith. Miré la puerta, miré a izquierda y derecha y me metí en el dormitorio de mis vecinos.

La habitación era una réplica de la nuestra, un rectángulo de tres metros de ancho y cuatro de largo. Las paredes eran blancas, como las del resto de la casa. Una cómoda de madera, un armario negro con un gran espejo en un lateral, un par de mesitas de noche y una cama con sábanas rojas, como las cortinas. Encima de la cómoda había un sobre. Me acerqué a él, incliné la cabeza y lo miré.

Era un sobre grande, de folio. Llevaba el sello de un bufete: Campo & Campos asociados, e iba dirigido a nombre de Juan Medina Cárdenas. Pensé que tal vez se trataba de un tema de la herencia, algo relacionado con la muerte de su madre. No me atreví a abrirlo.

Cuando daba media vuelta para salir de nuevo al comedor sonó mi móvil. Lo descolgué sin mirarlo.

—¡Corre, corre, vete de ahí! —Era Míriam, muy excitada—. ¡Está a punto de entrar! Lo siento, no me iba el teclado. Voy a intentar distraerla. ¡Corre!

No corrí. Durante un minuto fui incapaz de moverme. Me quedé sin respiración, sin pulso. Cuando volví a recuperar el dominio de mi cuerpo me lancé hacia la puerta de la habitación, pero entonces oí unas llaves haciendo girar una cerradura y me quedé de nuevo paralizado. Oí que la puerta principal del piso se abría un poco, y luego me llegaron unas voces. Eran las de Míriam y Sara. Se habían puesto a hablar en el rellano, con la puerta abierta. No podía entender lo que decían.

No me atreví a salir. No pude. ¿Se suponía que debía atravesar el comedor, salir al balcón y volver a saltar a mi piso sin que Sara me viera o escuchara? Nuestros pisos son pequeños. Desde el recibidor se puede ver buena parte del comedor e incluso un pequeño margen del balcón. Aquello era demasiado arriesgado. Pero si no salía del dormitorio solo me quedaban tres opciones: esconderme en el armario, esconderme debajo de la cama o inventarme una excusa buenísima. Opté por meterme debajo de la cama.

Mi corazón había montado una *rave* en mi caja torácica. Me costaba respirar. Intenté tranquilizarme. Cerré los ojos e imaginé que estaba tomando una bebida con una sombrillita en una playa de arena blanca. El ruido de la puerta cerrándose me devolvió a la realidad.

Las voces habían cesado y por unos momentos no escuché nada. Me hice ilusiones pensando que tal vez Míriam había conseguido impedir que nuestra vecina entrara en su casa, pero entonces me llegó el ruido de unos pasos en el pasillo. Intenté mantener la calma y me concentré en seguir aquellos pasos. Ahora se habían mitigado. Sara parecía haberse metido en la cocina. Cuando escuché un pip saqué apresuradamente el móvil y lo silencié. Miré la pantalla. Había un nuevo mensaje de

Miriam.

Miriam

¿Dónde coño estás?

Intenté responderle, pero mis dedos eran incapaces de dar con las teclas adecuadas. Me desesperé y acabé guardando el teléfono en un bolsillo. Respiré hondo e intenté concentrarme de nuevo en los pasos, ahora prácticamente inaudibles. La habitación estaba en penumbra. Debajo de la cama no se veía apenas nada. Cuando me moví un poco y noté un bulto a mi lado juro que pensé que me iba a encontrar un cadáver allí debajo. Supongo que aquello no tenía ningún sentido, pero mi cerebro había perdido todo tipo de control sobre sí mismo. Al darme cuenta de que no era ningún cadáver volví a recuperar el oxígeno. Tardé en entender que era una bolsa para palos de golf.

Escuché el sonido de algo así como una puerta de plástico abriéndose y luego cerrándose. Escuché nuevos pasos, que se hicieron más cercanos. Unos segundos después las luces del comedor se encendieron. La puerta del dormitorio estaba entreabierta y entró un poco de luz, pero no la suficiente como para iluminar la parte de debajo de la cama. Por el momento estaba seguro donde estaba. Era imposible que Sara me pudiese ver desde el comedor.

Los pasos habían cesado entretanto y la casa aguardaba ahora en silencio. Avancé un poco mi posición, sin abandonar mi guarida, y estiré la cabeza para ver si veía algo. Enseguida localicé, a través de la puerta entreabierta, las piernas de Sara, situadas cerca de lo que debía ser el centro del comedor. Llevaba una especie de sandalias cerradas y una falda.

Me acerqué un poco más al borde de la cama, hasta poder ver la cintura y parte del cuerpo de mi anfitriona. Sus piernas se doblaron entonces un poco y el cuerpo se inclinó hacia delante, permitiéndome ver dos brazos sujetando una prenda de ropa, seguramente una camiseta.

Sara estaba doblando la ropa. Lo hacía con mucho mejor estilo que yo. Estuvo así unos cinco minutos. Y entonces pasó algo un poco raro.

Sara se había inclinado para recoger una pieza pequeña de ropa —unas bragas o un pañuelo—. En vez de doblarla y depositarla en la pila correspondiente, sin embargo, se la quedó mirando. Entonces me pareció que su cuerpo empezaba a temblar. Arrojó el pañuelo —parecía un pañuelo— al suelo y al momento se puso a rebufar y a dar vueltas por el comedor. Dio algún golpe a algo, una patada al sofá, tal vez, y luego vino directa al dormitorio.

Las luces del dormitorio se encendieron. Contuve la respiración. Las piernas de Sara avanzaron hasta el borde de la cama y se quedaron allí plantadas unos instantes,

a apenas unos centímetros de mi cara. Una de las piernas se levantó y volvió a aparecer al cabo de un momento sin su sandalia, que cayó inmediatamente al lado. La otra pierna hizo lo mismo y cayó la segunda sandalia al suelo, a la que siguieron poco después una camiseta, un sujetador, la falda y las bragas. Entonces las piernas desaparecieron de golpe y escuché un cuerpo caer encima de mí.

Sara se acababa de echar desnuda sobre la cama. De pronto empecé a escuchar un extraño ruido gutural, y por un momento pensé que se estaba masturbando. No sé si es lo que uno piensa lógicamente en una situación como esa o si es que mi subconsciente es un perverso. El caso es que no estaba masturbándose. Al fin lo entendí. Estaba llorando.

Y allí me encontraba yo ahora, acurrucado debajo de una cama desconocida, temblando, sudando como un cerdo, con mi vecina desnuda llorando encima de mí y mi esposa mandándome wasaps sin parar. Los notaba vibrar en mi bolsillo. Joder. ¿Cómo coño había llegado a aquella situación? Estuve así por lo menos media hora. Cuando se hartó de llorar, Sara se levantó de la cama y se marchó —desnuda como iba— al comedor, desapareciendo luego por el pasillo que llevaba al baño. Le vi el culo a mi vecina, pero no me fijé mucho en él. Cuando estás robando un museo no te paras a contemplar los cuadros. En cuanto oí que el agua de la ducha empezaba a correr, me deslicé fuera de la cama, me puse en pie de un salto y me largué de allí como alma que lleva el diablo.

—**D**eberíamos entender el amor como una enfermedad. En serio. Tu hipotálamo está inundado de dopamina. Has perdido todo sentido de la realidad. Estás excitado, desganado. Y la gente pretende que prometas que seguirás en esta condición extenuante hasta que la muerte te separe de tu esposa. Eso es absurdo. Normal que la mayoría de matrimonios acaben mal.

Quien hablaba era Iván. Estábamos tomando la tercera cerveza en la terraza del Terramar. Los dos llevábamos puestas unas gafas de sol. Nos acabábamos de fumar un porro. Yo le había explicado que estaba pasando una mala época con Míriam e Iván había insistido en que aquello me ayudaría a relajarme y a soltar todo lo que tuviera que soltar. Hacía muchos años que no fumaba maría y, aunque solo accedí a dar tres o cuatro caladas, mi cerebro estaba ahora hundido en una nube espesa y brillante. Serían sobre las siete de la tarde. El sol me daba de lleno en la cara.

—El matrimonio debería ser la cura a esta enfermedad —seguía Iván—, no su instigador. Lo que pasa es que está muy mal visto, como los pobres en la literatura antigua, que solamente sirven para hacer chistes. El amor, en cambio, está puesto en un pedestal. Es la puta hostia; no solo en la literatura, sino en todo nuestro imaginario cultural. Y a mí me parece una cosa banal y perniciosa. Escúchame: el amor es una mierda. Así de claro. En cambio el matrimonio me parece algo muy bueno y noble. De verdad. Me parece cojonudo decidir compartir la vida con alguien. Me parece sano, y bonito. Tener a alguien con quien vivir, envejecer, morir. No sé. Al fin y al cabo, somos seres sociales.

—Nunca dejarás de sorprenderme —admití, dejando escapar una risita tonta—. Ahora resulta que eres un gran defensor del matrimonio.

—Siempre lo he sido.

—En contra del amor, a favor del matrimonio. La cuestión es ir a contracorriente, supongo.

—No te confundas. Es el resto de la gente la que va a contracorriente. Van contra el sentido común.

—Bueno —dije—, a ver. Si tanto te gusta esto del matrimonio, ¿por qué no te casas, entonces?

—Ah, Cristian. Ojalá pudiera. Pero yo soy un artista. Estoy condenado a tener relaciones tormentosas, hijos no reconocidos y una vida solitaria. Pero tampoco he acabado de entender por qué os habéis peleado. ¿Dices que Míriam te obligó a colarte en casa de vuestra vecina porque cree que esconde algo? ¿Algo relacionado con la muerte de su marido?

—Sí, algo así.

—Qué historias.

Di un último trago a la cerveza y me levanté a por dos más.

Habían pasado un par de semanas desde el episodio del balcón y la discusión subsiguiente con Míriam. Aún seguíamos peleados. Hacía mucho tiempo que no habíamos tenido una bronca como aquella. Después de todos estos años saliendo siempre derrotado en las disputas con mi mujer, yo había aprendido a mantenerme frío, tragarme mi orgullo, parar a tiempo y darle la razón en todo antes de que la cosa fuera a más. Pero aquel día no fui capaz de frenar. Estaba demasiado exaltado como para pensar con claridad. Joder, Sara no me había pillado debajo de su cama por los pelos. Entré en casa gritando. Apenas recuerdo nada de lo que dije. Mis pulsaciones se solapaban unas con otras, estaba que me subía por las paredes. Míriam se puso a la defensiva, como hace siempre, y al momento nos enzarzamos en un toma y daca de reproches, insinuaciones y golpes bajos.

—Yo no te he obligado a saltar al balcón —me dijo mi esposa.

—¿Que no me has obligado? —le respondí yo—. No me jodas. Si llegas a tener una pistola me la pones en la sien, Míriam.

—Ya, claro. Siempre tengo que ser la culpable de todo. Y no sé por qué tienes que ponerte así ahora. No tienes ningún tipo de empatía o de respeto hacia mí.

—¿Que yo no te tengo respeto?

—¿Sabes qué te pasa? Creo que me detestas. Ya no estás enamorado de mí, Cristian. Sigues conmigo porque ya tienes la vida montada. Tienes un hijo pequeño y otro en camino. ¿Qué vas a hacer? Pero ya no me quieres. Eso es lo que te pasa.

—Vale, vale —estábamos en ese punto de las peleas en el que solo estás pensando en lo próximo que le dirás al otro y ya no escuchas lo que este te dice—. Mira. Pongamos que hay algo raro en la muerte del vecino. Pongamos que nadie se mataría antes de inaugurar un restaurante. Pongamos que haya sido un asesinato. Lo que no entiendo, Míriam, es por qué coño Sara tiene que ser la sospechosa principal de todas tus teorías. Ella estaba conmigo aquella tarde, cuando su marido la palmó. Ella no puede ser la asesina. ¿Pero sabes qué creo que te pasa? —dije, y dudé un segundo, pero no pude contenerme—: Creo que estás celosa. Eso es lo que te pasa.

Aquello la hirió, lo vi en sus ojos. Seguimos gritándonos un rato y diciéndonos el uno al otro qué era lo que nos sucedía. Mientras discutíamos íbamos preparando la cena. Aunque nuestro matrimonio se estuviese yendo por la borda, Eric tenía que comer a las ocho en punto. Lo habíamos dejado en el comedor, con los dibujos puestos. Cuando terminamos de prepararle la comida cogí un tenedorcito y un vaso de agua y se la llevé. De camino al comedor me pregunté si nos habría escuchado, si se habría dado cuenta de que estábamos peleándonos.

—Toma, Eric. ¿Todo bien? —pregunté.

—¡Elefante! ¡Elefante! —me respondió él, señalándome el rinoceronte de dibujos animados que aparecía en aquel momento en la tele.

Le dije que aquello no era un elefante, sino un rinoceronte. No estoy seguro de

que me entendiera. En todo caso no parecía haberse percatado de que sus padres estaban discutiendo, o al menos no parecía que le importara lo más mínimo. Cuando volví a la cocina Míriam había empezado a ponerse pragmática, cosa que solo hace cuando llega a su nivel máximo de cabreo.

—Tendremos que contratar abogados —me dijo, preocupada—. Es así. Eso supone dinero. Por mí te puedes quedar el piso, la verdad, pero no creo que puedas pagarme la mitad. Tendremos que venderlo. Es la única solución.

—Déjalo estar, Míriam. No soporto cuando empiezas con todo esto.

—Tendré que irme a vivir con los dos niños a casa de mis padres. No sé cómo nos lo vamos a montar. Mi hermana aún vive con ellos. No podemos ser tantos en aquella casa.

En algún momento dejamos de discutir. Nos preparamos cada uno su cena y nos sentamos con Eric en el comedor. No nos dijimos nada en toda la noche.

Tres años atrás, en una situación como aquella, uno de los dos hubiese abandonado el piso dando un portazo y hubiese pasado la noche en casa de algún amigo. Luego nos habríamos llamado a medianoche, habríamos hecho el amago de reconciliarnos y habríamos vuelto a la carga con nuevos reproches, hasta que uno de los dos hubiese colgado el teléfono. Al día siguiente habríamos quedado. Habríamos vuelto a discutir, esta vez con la cabeza fría, nos habríamos disculpado y, después de alguna lágrima, habríamos hecho las paces con un polvo más o menos apasionado y nos habríamos ido al cine. Pero con Míriam embarazada y Eric por en medio, nuestra pelea quedó flotando en una especie de limbo. No llegamos a levantar la voz, no rompimos nada, no pasamos la noche cada uno en una casa, no nos echamos a llorar. Seguimos haciendo vida normal. No teníamos alternativa. Teníamos que cuidar de un niño pequeño y de un feto de siete meses y seguir pagando nuestras deudas a la mafia bancaria. Fue como si fingiéramos que no había pasado nada, como si dejásemos aparcada la discusión y esperásemos que la tensión que había entre nosotros desapareciera poco a poco por el simple paso del tiempo y nuestra vida volviera eventualmente a la normalidad.

Entretanto llegó Sant Jordi, que fue más o menos como había esperado que fuera —es decir, un completo desastre—. De *Las confesiones del padre Garreta* había hecho una primera tirada de tres mil ejemplares. Hasta la fecha he vendido poco más de dos mil. Estábamos en plena crisis y aquel fue un Sant Jordi muy malo para todo el sector. Por la tarde paseé por el centro y llamé a unos cuantos librereros para preguntarles cómo les había ido la cosa. Algunos me contaron que habían vendido algunos ejemplares de *El amor huele a café tostado* de Jessica Buisac, pero solo me lo dijeron los librereros a los que les caía bien, por lo que creo que no se vendió mucho.

Dos días antes de la Diada se me había ocurrido una idea: que mi escritora estrella revelara por primera vez su rostro y bajara a las Ramblas a firmar libros. Con esto no

quiero decir que pretendiera desvelar su verdadera identidad. Le sugerí a Iván contratar a una actriz y enseñarle algunas frases para que se hiciese pasar por la señora Buisac. Pensé que tal vez con aquello lograrse llamar la atención de la prensa y hacer de las ventas del día algo más o menos digno. Iván se negó. Me dijo que apreciaba mis ideas descabelladas como editor, pero que ahora no estaba para historias, que estaba concentrado «en su nueva creación».

Le pregunté en qué consistía exactamente esa creación, pero no quiso darme detalles por teléfono. Bueno, al menos parecía que Iván por fin se había puesto a escribir algo, aunque ese algo no me dio en aquel momento muy buena espina. Le propuse que quedáramos para hablar del tema un día y me dijo que de acuerdo, que ya me llamaría cuando tuviese las ideas un poco más ordenadas.

Si mi matrimonio se estaba hundiendo, mi negocio ya llevaba varios minutos bajo el agua y estaba al límite de la muerte cerebral. Cada vez que iba a hablar con mi gestor me sentía como Keith Richards visitando a su médico de cabecera. Si las cosas no cambiaban, en menos de un año me vería obligado a cerrar la editorial. ¿Qué coño iba a hacer? Estaba a punto de tener a mi segundo hijo. Tendría que buscar un trabajo, supongo, pero mi currículum era vergonzoso: licenciado en Filología Inglesa, dependiente durante cuatro años en una librería y fundador de una editorial que había muerto prematuramente. La única manera que veía de salir a flote era sacando una nueva entrega de la saga de Alexandra. Por desgracia, como constaté aquella tarde en el Terramar, Iván no había abandonado todavía aquella tontería de dejar a un lado su seudónimo y volver a dedicarse a la alta Literatura, así en mayúscula. Mientras me explicaba el libro en el que había estado trabajando aquellos días tuve que morderme el labio. Me contó que estaba haciendo una especie de novela que consistía única y exclusivamente en la narración de una ejecución pública, desde que subían a la víctima al cadalso hasta su muerte, detallando vivamente todas las torturas que le infligían durante el proceso.

—Toda la literatura universal consiste en eso, en el fondo —me explicó aquella tarde Iván, mientras nos tomábamos las dos primeras cervezas—. *Edipo rey, Hamlet, Crimen y castigo, La metamorfosis*. Todos siguen el mismo esquema, si te fijas: una víctima cualquiera es puesta delante del lector y torturada psicológica o físicamente hasta la muerte, sea esta real o metafórica. Todas las grandes obras son lo mismo, en el fondo. Y este hecho ocurre por una sencilla razón: nada nos complace más que ver el sufrimiento y la muerte sangrienta de otro hombre. La quema de herejes o los combates de gladiadores no son otra cosa que formas iletradas de literatura. De hecho, si te das cuenta, ese tipo de funciones desaparecen de la sociedad en la medida en que la sociedad se alfabetiza.

—Ah —dije, intentando sin demasiado éxito parecer interesado en sus explicaciones.

—Me he documentado para el tema. El libro estará narrado a través de los ojos François-Joseph Le Mercier, un misionero jesuita que tuvo el privilegio de poder

contemplar el arte primordial de los hurones de Canadá, los verdaderos maestros del sacrificio. He escrito cuarenta páginas, pero no son definitivas, solo un borrador.

Se agachó, abrió su mochila de *Los increíbles* y sacó un fajo de hojas. Las hojeó. El primer punto y aparte no llegaba hasta la página tres. Hacia la página treinta la cosa se animaba y aparecía una raya de diálogo.

—No sé —dudé, dejando el fajo sobre la mesa—. No me parece muy comercial, la verdad.

—Tal vez no todavía —me dijo Iván—. Pero de aquí a setenta u ochenta años todas las universidades del mundo lo estudiarán.

—Ya, bueno. ¿Y eso es lo que quieres?

—Por supuesto.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Para ser inmortal, por ejemplo.

—No pensaba que te importaran esos rollos de la posteridad, a ti.

—Claro que no, por Dios. No me refiero a las bobadas esas de ser inmortal a través de tu obra o cosas así. Me refiero a ser inmortal de verdad. Piensa. Cuando de aquí a quinientos años puedan resucitar o clonar a gente, no escogerán a cualquier mindundi. Devolverán a la vida a Einstein, a Shakespeare, a Hitler. A gente históricamente famosa.

—¿A Hitler?

—No tengo ninguna duda. Querrán hablar con él. Los programas de la tele se lo rifarán. Escucha. La verdadera lucha de clases de nuestro tiempo no es entre pobres y ricos, o entre clases bajas, medias y altas; eso son chorradas, gilipolleces; la verdadera lucha es entre famosos y personas comunes como tú o el camarero.

—No sé, Iván. No lo veo claro. La editorial... —empecé.

—¿Qué?

—La cosa no va muy bien últimamente —admití—. Con la crisis y todo... No sé si podré permitirme publicar algo así.

Iván dejó su cerveza en la mesa y me miró a través de sus gafas de sol.

—Vaya. No sabía que estuvieses tan jodido. Hace tiempo que no hablamos. No pasas una buena racha, ¿eh? —me dijo.

Le respondí que no. Me animó a que le contara mis problemas. Le hablé de la situación de la editorial y luego, no sé muy bien cómo, acabé soltándole mis historias con Míriam. Le mencioné que las cosas no marchaban bien entre nosotros, que nos habíamos distanciado el uno del otro. Señaló que eso era un cliché y yo respondí que ya lo sabía. Le expliqué que Míriam no pasaba por una buena época, y al final acabé contándole toda la historia de sus teorías conspiratorias sobre nuestros vecinos. Él sacó una bolsa con maría de su mochila de *Los increíbles*, se lio un porro y me convenció para que le diera unas caladas, que me dejaron el cerebro frito.

—Es algo normal, no pasa nada —me dijo Iván cuando le devolví el porro—. Lo superaréis. Tienes que entender a Míriam. Es algo que le sucede a todo el mundo.

También te pasará a ti. Piénsalo: has estado toda tu vida persiguiendo objetivos: aprobar los exámenes, perder la virginidad, sacarte una carrera, conseguir un curro, comprar una casa, montar una familia. Y de pronto ya lo has conseguido todo y todavía te quedan cincuenta años de vida por delante. La falta de objetivos lleva al hastío, y el hastío a la locura. Durante la Revolución francesa los manicomios de toda Francia se vaciaron. La gente de repente tenía un motivo por el que vivir. La gente necesita un horizonte, Cristian; los hombres han de tener la mente fija en un objetivo para olvidar que somos unas putas hormiguitas caminando hacia la muerte y la extinción. Yo como artista no tengo este problema; tengo otros. Y tú estás demasiado agobiado con tus dificultades económicas como para aburrirte. Pero enseguida lo superarás, estoy convencido. Es solo cuestión de tiempo.

Pensé en aquello, y me dije que ojalá Iván tuviera razón. Bueno, al menos ahora mi mujer parecía haber abandonado por fin su absurda investigación y sus disparatadas teorías. Algo bueno habíamos sacado de la discusión. En algún momento, aquella tarde, mientras intercambiábamos puñaladas, Míriam me había dicho que si eso era lo que yo quería que dejaría estar el tema, y eso hizo. Desde entonces no volvimos a hablar más de nuestros vecinos. De hecho, prácticamente no volvimos a hablar de nada. Nuestras conversaciones se limitaban ahora a cosas prácticas, como hacer la lista de la compra o decidir qué ver en la tele.

Al principio dudé de que Míriam fuera a cumplir su palabra y pensé que tal vez seguía haciendo indagaciones a escondidas, pero con el paso de los días y un par de vistazos a su historial de navegación me convencí de que realmente había pasado página y se había olvidado por completo de Sara, de Juan y de toda la pesca. El problema —como muy bien había apuntado Iván con sus reflexiones— era que ahora no tenía nada que hacer, nada con lo que ocupar su inquieto cerebro. Míriam es una persona muy sociable, siempre ha tenido montones de amigos, pero cada vez era más difícil quedar con ellos. Todos estaban ocupados montando familias. Así que volvía a estar como al principio. Se pasaba los días tumbada en la cama, mirando pelis y leyendo libros, o directamente sin hacer nada de nada.

Mi vida con Míriam se había vuelto extraña. Casi no nos veíamos en todo el día. Por la noche nos limitábamos a intercambiar cuatro palabras sobre cómo nos había ido el día, nos dábamos las buenas noches y nos tumbábamos cada uno en un extremo de la cama. Míriam estaba apagada. Apenas sonreía. Parecía deprimida. Un día busqué por internet sobre el tema y leí que todo el rollo ese de la depresión posparto a menudo empieza en el embarazo, y que por lo tanto era posible que, por una vez, el culpable de aquella situación no fuese yo, sino nuestro feto. Pero aquello no me hizo sentir mejor.

En nuestra siguiente visita al ecografista nos dijeron que el embarazo marchaba bien y que nuestro proyecto de ser humano se veía perfecto. Mientras mirábamos la ecografía, Míriam me cogió de la mano, y en aquel momento —delante de aquel hombre que tenía unas vistas directas a la vagina de mi esposa—, me di cuenta de

cuánto la echaba de menos, de cuánto echaba de menos tocarla, reír con ella. Mientras el médico nos enseñaba aquellas manchas grises, mi mujer no pudo contener una sonrisa. Me alegré inmensamente por ella. Pensé que tal vez empezaba a acostumbrarse a la idea de que fuésemos a tener un varón, aunque seguíamos sin habernos sentado a hablar de qué nombre le pondríamos, lo que es significativo, en especial teniendo en cuenta que tardamos dos días en adjudicarle un nombre de niña. Yo había pensado en sugerir la posibilidad de que le llamáramos Martí —el equivalente masculino a Martina, el nombre que habíamos pensado cuando creíamos que era una niña—, pero no estaba seguro de si aquello era una idea ingeniosa que podría enternecer a mi esposa o más bien una propuesta estúpida y morbosa que solo se le podría haber ocurrido a un capullo como yo, así que por el momento no me había atrevido a decir nada.

Yo aún pensaba de vez en cuando en nuestra vecina. El tema de su libro seguía en el aire, así que en algún momento tendría que volver a hablar con ella. No sabía si había seguido escribiendo o no, o si tenía pensado seguir haciéndolo. Pero por el momento no iba a decirle nada. Me resultaba muy incómodo que se le hubiese caído el marido por el balcón; no sabía cómo debía actuar exactamente. En todo caso, si quería quedar para hablar del libro ya daría ella el primer paso.

—¿No tiene ninguna otra afición, tu esposa? ¿No me dijiste una vez que pintaba? ¿O me lo estoy inventando? —me preguntó Iván, mientras iniciábamos la tercera ronda de cervezas.

—Sí, antes pintaba —le respondí—. Lo ha hecho desde pequeña. Era su pasión.

—¿Qué pasó?

—Se cansó, supongo. O se asustó. No quiso afrontar la posibilidad del fracaso, creo.

Iván se bebió media cerveza de un solo trago.

—La entiendo —dijo, golpeando la mesa con la botella—. Yo a veces también dudo de mi talento y pienso en abandonar. Pero luego leo algunas de las cosas que he escrito y se me pasa.

—Desde luego ella no tiene la autoestima tan alta.

—O no es tan buena en lo suyo. No lo sé, no he visto ningún cuadro suyo, creo.

—Hace años que no pinta.

—Pues estaría bien que retomase la pintura. Todo el mundo necesita retos, como te digo. La alternativa es hacerse de alguna secta o caer en la depresión y convertirse en un gilipollas amargado. Reconozco que me hace gracia, todo esto de las religiones. Siempre están criticando el individualismo y la comodidad de las sociedades modernas occidentales, pero no hay nada más cómodo que seguir unos cuantos preceptos prefabricados y creer que morir significa irte a vivir entre las nubes, ¿no te parece?

—No sé si te sigo. ¿Tú te sigues a ti mismo?

—No veo por qué tendría que hacerlo. Bueno, dime, ¿crees que es serio? ¿Estás realmente preocupado? ¿Crees que te pedirá el divorcio, o que se buscará un amante?

—No. No es eso. Lo superaremos. Solo ha sido una pelea. Pero no sé, me da la sensación de que las cosas empiezan a ser distintas entre nosotros. Quiero decir: hasta ahora, si estábamos juntos, era única y exclusivamente porque queríamos estarlo. No había documentos legales, hipotecas y niños de por medio. No había nada que nos atara. Y no es que no quiera estar con ella. No es eso. Claro que quiero estar con ella. No sé cómo explicarlo. A veces me pregunto si nos estamos convirtiendo en mis padres.

—Bueno, siempre puedes divorciarte, o preparar las maletas y bajar a por tabaco. De todos modos, no tienes que pensar así, eso es un error —observó Iván, encendiéndose un nuevo cigarrillo.

El porro había empezado a hacerme efecto. Me sentía como si mi cerebro se estuviese dando un baño de agua caliente. El sol había empezado a bajar y ahora me daba de lleno en la cara. Aparte del porro me había tomado tres cervezas, así que llevaba un buen colocón. Aunque a veces no acababa de seguir el hilo de lo que me contaba, me hacía gracia escuchar a Iván, cuya enorme silueta veía gesticular a contraluz. Después de haberle expuesto mis problemas me sentía aliviado, relajado. Era como si me hubiese quitado un enorme peso de encima. En algún momento solté alguna risita tonta.

—Pero tampoco he acabado de entender por qué os habéis peleado —me dijo—. ¿Dices que Míriam te obligó a colarte en casa de vuestra vecina porque cree que esconde algo? ¿Algo relacionado con la muerte de su marido?

—Sí, algo así.

—Qué historias.

Apuré mi cerveza, le pregunté a Iván si quería otra —por cortesía, básicamente, porque ya conocía la respuesta— y me levanté a por dos más.

Antes de ir a pedir las cervezas a la barra pasé por el lavabo. Apoyé el brazo en una pared y vacié la vejiga.

Cuando salía del interior del bar con los dos botellines en las manos es cuando lo vi.

Iván estaba apurando el cigarrillo. Aparte de la nuestra, había un par de mesas más ocupadas en la terraza del bar. En una había tres chavales jóvenes con indumentaria izquierdista y en la otra un matrimonio mayor con evidentes problemas con el alcohol. No había mucha gente en la calle. Algunos coches, un hombre en bicicleta. No había nubes en el cielo y no corría una pizca de aire.

Al principio no lo reconocí. Estaba al otro lado de la calle. Acababa de doblar la esquina y avanzaba decidido por la acera. Estaría a unos quince metros de nosotros.

Era difícil reconocerlo. Iba ataviado con una gorra de béisbol y unas gafas de sol, y se había dejado crecer la barba. En un primer momento no le hice caso. Lo miré un instante y emprendí mi camino hacia nuestra mesa. Mis pensamientos seguían dándole vueltas a mis problemas con Míriam y a todo lo que me acababa de decir Iván, pero creo que mi subconsciente había reconocido algo y se había puesto en marcha el engranaje de los recuerdos. Supongo que fue por su manera de andar. No estoy seguro. Pero había algo familiar en aquel hombre, en aquella forma de moverse.

Seguí adelante hasta llegar a nuestra mesa y deposité en ella las cervezas. Levanté la cabeza y volví a mirar al hombre. Había recorrido más de media manzana y ahora estaba un poco más cerca de nosotros, justo al otro lado de la calle.

Parecía... No, no podía ser. Aquello no tenía sentido.

Iván me dijo algo, pero no le escuché. Me lo volvió a repetir y yo le indiqué con un gesto de la mano que no me molestara. Avancé algunos pasos y concentré mi mirada en aquel hombre, en aquel rostro, en aquel perfil. Lo seguí con la mirada hasta el final de la calle. La cruzó y siguió andando a buen ritmo.

—¿Qué haces, Cristian? —me gritó Iván, cuando me lancé a correr—. ¿Adónde coño vas?

No respondí. Dejé a Iván allí, crucé la calle y corrí tras él. A pesar de la barba, la gorra y las gafas de sol, ya no tenía dudas sobre quién era aquel hombre. Era imposible, pero era él.

Era Juan. Era mi vecino.

Crucé la calle sin mirar y por poco me embiste un motorista, que se detuvo para gritarme que era un gilipollas. Salté a la acera y seguí corriendo detrás de Juan, que me sacaba una calle y media de ventaja. Más que correr, me tambaleaba rápidamente, tropezando con cada viandante con el que me cruzaba. Llevaba una buena cogorza. En algún momento mi hombro chocó con algo y se me cayeron las gafas de sol al suelo. Me detuve para recogerlas y recuperar un poco de aire. Solo había corrido unos treinta metros, pero llevaba años sin hacer tanto ejercicio. Me entraron ganas de vomitar. Apoyé un momento las manos en las rodillas y dirigí la mirada hacia Juan, que en aquel momento doblaba la siguiente esquina.

Reemprendí la marcha. Mi cerebro empezó a tararear una melodía de espías mientras corría. Aquella era mi primera persecución y estaba emocionado. Alcancé la esquina y giré bruscamente, sin detenerme. Por poco atropello a una señora muy mayor que dudo que hubiese salido indemne del choque. Ahora me encontraba en una calle más concurrida y no podía ver a Juan. Me abrí paso entre una pareja de adolescentes y di un par de saltos para intentar divisarlo, sin éxito. Avancé a trompicones entre la gente, girando la cabeza hacia uno y otro lado, buscándolo. En algún momento me pareció verlo, un poco más adelante, pero entonces se me cruzó un hombre paseando a un perro pequeño y ridículo, cuya correa tuve que saltar, y lo volví a perder de vista.

En la siguiente intersección me detuve unos segundos para mirar alrededor. Definitivamente, le había perdido el rastro a Juan. Para llevar un mes muerto, el cabrón andaba a buen ritmo. No sabía si habría seguido recto o si habría girado hacia uno de los lados, pero tenía que arriesgar, y me pareció que lo más probable era que hubiese seguido en la misma dirección. Recorrí dos manzanas más, la segunda luchando contra el flato. A mitad de la tercera me detuve. Si Juan se hubiese dirigido hacia allí, me dije, tendría que haberlo atrapado ya. Debía haber tomado algún desvío, por lo tanto, o quizá se había metido en alguna casa o en alguna tienda. Volví sobre mis pasos, inspeccionando la calle, asomando la cabeza en una panadería, en un par de bares, en una tienda de zapatos.

—¿Quiere algo? —me dijo el dependiente de una tienda de embutidos al verme abrir la puerta y registrar el lugar con la mirada.

—No, gracias. Estoy protagonizando una persecución —le dije, orgulloso y jadeante.

Llegué andando a la intersección en la que lo había perdido de vista y me detuve a estudiar los alrededores. Había una parada de autobús y un pequeño hotel llamado Travel Clot. Memoriqué el nombre y la dirección y le eché un vistazo a los recorridos

de los buses que paraban allí. Ninguno llevaba a nuestro barrio. Estuve tentado de entrar en el hotel a preguntar, pero al final desestimé la idea.

Volví desanimado hasta el Terramar, con el sol achicharrándome la cabeza, y me volví a sentar en la mesa, delante de Iván, que no parecía muy intrigado por mi repentina fuga.

—He cogido la tuya —me dijo—. Se estaba calentando. No sabía si volverías a aparecer.

—¿Cómo? —pregunté, distraído.

—Tu cerveza. Me la estoy tomando. Me he acabado la mía. ¿Quieres otra?

—No, da igual. No quiero otra cerveza.

Nos quedamos callados un par de minutos. El corazón me latía con fuerza, tenía la camisa empapada en sudor. Hacer deporte es definitivamente algo horrible. Me quité las gafas de sol y me pasé las manos por la cara.

—¿Y bien? —me dijo Iván. Lo miré—. ¿Hay alguna explicación a lo que acaba de suceder, o es algo que haces normalmente, esto de irte corriendo de los sitios?

—Lo he visto —le respondí, y noté que la voz me temblaba—. Lo he visto.

—¿A quién has visto? —preguntó Iván—. ¿A Dios? ¿A tu *Dopplegänger*?

—¿Me das un cigarrillo?

Iván me pasó su bolsa de tabaco. Las manos me temblaban y me costó una eternidad liarne uno. Le di un par de caladas rápidas.

—He visto a Juan —afirmé.

—¿A quién?

—A mi vecino.

—¿A tu vecino? —inquirió Iván. Yo no dije nada—. Ah, bueno. ¿Y siempre que te encuentras a un vecino por la calle te pones así?

—Era él —dije, para mí mismo—. Estoy seguro.

—¿Se puede saber de qué hablas?

—Mi vecino, Iván. Mi vecino muerto. —Di una fuerte calada y me incliné hacia delante—. He visto al marido de Sara, Iván. Lo he visto. Al muerto. Al que se suicidó.

—¿Qué has visto a quién?

Di una última calada y lancé la colilla al suelo. Cogí una servilleta del servilletero, saqué el bolígrafo que llevaba en el bolsillo de la camisa y apunté el nombre y la dirección del hotel antes de que se me olvidaran. Guardé el papel en la cartera.

—A ver si te sigo —continuó Iván—. ¿Dices que has visto a tu vecino muerto?

—Sí.

—¿Al que se tiró por el balcón?

—Sí. Ese mismo.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Acaba de pasar por aquí mismo, andando.

—¿Andando?

—Sí, andando. Estaba justo allí.

—¿El muerto estaba andando?

—Sí.

—Eso no tiene mucho sentido, Cristian. —Iván arqueó las cejas.

—Sí, lo sé, pero lo he visto con mis propios ojos. Te juro que lo he visto.

—¿Andaba solo o con alguien?

—¿Qué? Solo. Iba solo.

—¿Seguro? ¿No iba entre dos tipos?

—¿Entre dos tipos?

—Lo digo porque tal vez lo llevaban en plan *Este muerto está muy vivo*.

—¿De qué hablas? No, no, Iván. Estaba vivo. Andaba por su propio pie.

—Bueno, pues entonces aquí pasa algo un poco raro.

—Sí. No sé. Estoy seguro de que era él. ¿Qué... qué coño ha sido todo esto? — Me miré las manos, que aún me temblaban, y volví a mirar a Iván—. ¿Llevaba algo el porro del que he fumado? ¿Es alguna especie de nueva marihuana transgénica que provoca alucinaciones?

—¿Marihuana transgénica? ¿Qué dices? La he plantado yo en mi balcón. Es completamente natural.

—Pues no lo entiendo. No puede haber sido una alucinación. Era demasiado real. Era él. Era él.

Iván se inclinó hacia atrás, cogió con su manaza la botella de cerveza y se la acabó de un trago.

—Joder, tío —me dijo—. Qué cosas te pasan.

Cuando llegué a casa estaba en estado de *shock*. Dejé las llaves en la mesita de la entrada, me descalcé y anduve hasta la cocina, donde encontré a Míriam, que estaba preparando algo. Sin girarse, me preguntó qué tal me había ido el día y me explicó que la maestra de Eric le había dicho que nuestro hijo había mordido a otro niño de la clase, y que ya era la tercera vez en lo que iba de mes. Entonces empezó a hablarme de que últimamente pasábamos poco tiempo con él, que hacía tiempo que no salíamos los tres juntos. Dijo que tal vez no llevaba bien lo de estar esperando un hermanito. Yo iba diciéndole que sí sin prestarle demasiada atención. En lo único en lo que podía pensar era en Juan y en lo que acababa de suceder.

—¿Estás bien? —me dijo Míriam, cuando se acercó a mí—. No tienes buena cara. Y apestas a cerveza.

—Sí —contesté, con un hilo de voz—. Estoy bien. No es nada. He estado con Iván y nos hemos tomado un par o tres de copas. Creo que no me han sentado muy bien.

Ella arqueó las cejas, con lo que no sé qué pretendía decir. Se sirvió la cena y se

marchó al comedor. La seguí y cenamos en silencio, mirando la tele.

No le dije nada de lo que acababa de pasar, por supuesto. Lo que me faltaba. Después de todo lo que nos había sucedido, y en la situación en la que nos encontrábamos, lo último que necesitábamos era la resurrección de nuestro vecino.

Aquella noche no pude dormir, y al día siguiente el que parecía un muerto viviente era yo. Después de dejar a Eric en la guardería fui directo a la oficina. Albert aún no había llegado. Me encerré en mi despacho, me tumbé en mi banquito e intenté echar una cabezadita, pero no conseguí dormirme. Me levanté, me preparé un café, cogí mi paquete de cigarrillos secreto y volví a sentarme en el banco. Me fumé cuatro seguidos, uno detrás de otro. Escuché a Albert entrando en la oficina y sentándose en su mesa, lo que significaba que ya eran las nueve. Oí el teléfono sonando, y luego a Albert hablando con alguien. No entendí lo que decía. Al cabo de un rato me levanté a por más café.

—Ah, hola. No sabía que estabas ya aquí —me dijo Albert al verme salir del despacho—. Han llamado de Balcells. Hace nada, cinco minutos. Querían preguntarte si la reunión de mañana puede ser a las cinco y media, en vez de a las cinco.

—Sí. Está bien —le dije—. ¿Les podrás llamar tú para confirmar?

—Claro. ¿Te encuentras bien, Cristian? —me preguntó dubitativo, mientras me estudiaba con curiosidad desde su mesa—. No tienes buen aspecto.

—He pasado una mala noche —admití.

Puse la taza en su sitio, introduje una cápsula en la máquina y le di al botón. Cuando el café estuvo listo, me eché tres cucharadas de azúcar y fui a sentarme delante del resto de mi empresa.

—A ver si puedes ayudarme —le dije al chico—. ¿Te acuerdas de lo que te pregunté el otro día, aquello de encontrarse a un hombre tumbado debajo de su balcón?

—¿Lo del tío al que habían apuñalado?

Tardé unos segundos en responder.

—¿De qué hablas? —pregunté—. No lo habían apuñalado. Se había tirado por el balcón.

—Ah, sí. Es verdad.

—Bien —seguí—. Imagina que es, qué sé yo, tu vecino. Imagina que tu vecino se suicida un día y se tira por el balcón. Tú lo ves con tus propios ojos. ¿Vale? ¿Lo tienes? —Albert asintió con la cabeza—. Bien. Pues ahora imagina que al cabo de tres semanas, o de un mes, mientras estás andando, va y te lo encuentras.

El chico frunció el entrecejo.

—¿Que me lo encuentro? —me preguntó—. ¿Dónde? ¿En el cementerio? ¿Estamos en un cementerio? ¿Es eso?

—Por favor, no empecemos. Simplemente te encuentras a tu vecino muerto

andando por la calle, tan tranquilo. El vecino que estaba muerto. ¿Qué coño crees que ha pasado?

Albert se inclinó hacia mí y me miró como si le estuviese hablando en ruso.

—No estoy seguro de entenderte —dijo, después de una larga pausa—. ¿El tío que se supone que estaba muerto está ahora andando por la calle? ¿Quieres decir eso?

—Eso mismo, sí. El tío está andando tan tranquilo.

—¿Quieres decir que está vivo?

—Sí, exacto. El tío de repente está vivo. ¿Qué dirías que ha pasado? ¿Cómo es posible algo así?

Albert juntó las manos y se llevó los dedos índices a la barbilla.

—Bueno —dijo, cruzando las piernas y reclinándose, como si fuese el jodido Sherlock Holmes—. Hay muchas explicaciones. Necesitaría más pistas.

—¿Muchas explicaciones?

—Sí. Podría tener un hermano gemelo, por ejemplo. ¿Tiene un hermano gemelo?

Lo miré sorprendido. Era una explicación bastante natural y obvia, pero confieso que no se me había ocurrido. Lo pensé un segundo, y me acordé del billete de avión a Buenos Aires.

—Tiene un hermano —dije—. Pero que yo sepa no es un hermano gemelo. Aunque no tengo ni idea. Creo recordar que era dos años mayor.

—Hay hermanos que se parecen mucho.

—Sí, supongo que sí.

—También podría tratarse de un viaje en el tiempo.

—¿Un viaje en el tiempo?

—Sí, claro. Quizá en el pasado había viajado al futuro, y lo que ves en aquel momento es en realidad su yo pasado. ¿Me sigues?

—No.

—O podría ser algún rollo de universos paralelos. Ahora está de moda eso de los universos paralelos, en las series, y creo que también en los libros.

—Ya, bueno, vamos a centrarnos en las explicaciones realistas. ¿Qué otra cosa se te ocurre?

—Podría tratarse de una simple confusión. De un engaño de la vista.

—¿Una alucinación?

—Un error de la mente, una mentira del cerebro.

—Lo que se llama una alucinación.

—Sí, lo que yo digo. Un fallo de la percepción.

—¿Es que no puedes llamarlo por su nombre?

Me levanté, porque ya no podía seguir sentado, le di las gracias por su ayuda y me marché a mi despacho, donde me puse a dar vueltas como un loco. Pensé en lo que me acababa de decir Albert —lo de tener un hermano gemelo— y en el nombre que había visto en el billete de avión en casa de Sara. Cogí un cigarrillo, me senté en mi mesa, encendí el ordenador y tecleé el nombre en el Google: Antonio Medina

Cárdenas. Estuve media hora pasando páginas, revisando entradas y probando distintas búsquedas. Pero pronto me di por vencido. Nada. No había absolutamente nada interesante.

Cerré los ojos, me llevé las manos a la nuca, me eché para atrás en la silla y me dije a mí mismo que se me estaba empezando a ir la cabeza con todo aquello. Intenté convencerme de que no había visto a Juan por la calle, de que todo aquello no había sido sino una simple alucinación provocada por la mezcla de alcohol, marihuana y estrés. No conseguí engañarme. Lo había visto. Por supuesto que lo había visto. Era él. Estaba seguro.

—Bueno —me dije en voz alta, señal de hasta qué punto estaba perdiendo mi entereza mental—. Mi vecino ha resucitado. ¿Y qué? A mí eso ni me va ni me viene. Ya tengo bastantes problemas.

Volví la vista al ordenador, dispuesto a olvidarme por completo de todo aquello, y me puse a revisar el correo electrónico y a responderlos. No sé cómo era antes de la aparición de internet, pero ahora el trabajo de un editor consiste principalmente en responder *mails*. De autores, de agentes, de librerías, de lectores, de aspirantes a escritor y, sobre todo, de gente que para matar el aburrimiento se dedica a incordiar con tonterías. Abrí el primero, que entraba en esta última categoría: una mujer me escribía muy indignada porque en la página sesenta y cinco de no sé qué libro que ni siquiera había publicado yo faltaba una tilde. Le respondí amablemente que compadecía su vida, di un sorbo al café y seguí con el resto.

Entre los montones de *mails* había uno del Gremio de Editores. Era un correo informativo sobre la Feria del Libro de Madrid, que iba a inaugurarse en un par de días. Normalmente los correos del gremio los elimino sin abrirlos, pero al ver la palabra «Madrid» en el asunto mi dedo se apresuró a clicar encima. No había ido nunca a la Feria del Libro y no tenía ningún interés en ir ahora, pero si había algún lugar en el que podía encontrar respuestas a todas las preguntas que me atormentaban en aquel momento era aquella maldita ciudad. Madrid. Al fin y al cabo, allí era donde tenía su origen toda aquella extraña historia en la que, sin quererlo ni beberlo, me hallaba inmerso. Durante un largo minuto, la idea de sacar un billete y marcharme a la capital estuvo dando vueltas por mi cabeza. La expulsé de allí de una sacudida y mandé el correo a la papelera.

A lo largo del día hice todo lo posible por olvidarme de Juan y de todo aquello, con escaso éxito. Por la tarde, de nuevo en mi despacho, me decidí a llamar al agente García. Aún guardaba su tarjeta en la cartera. La saqué. Daba auténtica vergüenza. Estaba doblada en las esquinas, desgastada en los bordes, y tenía una mancha de café en la parte de atrás. Solamente había escrito su nombre —Fernando García Gual— y un número de teléfono. Cogí el móvil y lo marqué. Contestaron al quinto timbre.

—¿Diga? —dijo el agente García, con la voz ronca, como si se acabara de

despertar de una siesta de dos días.

—¿Señor García? —titubeé—. ¿Inspector?

—Sí, ¿quién es?

—Espero no llamarle en mal momento.

—Nunca es buen momento.

—Supongo que no. Soy... Soy Cristian, no sé si se acordará de mí.

—Con esa información no me viene nada.

—Nos conocimos hace tres o cuatro semanas, en mi casa. Vino porque mi vecino, Juan Medina, se había... eh... suicidado, y... Bueno, usted quería acabar de cerrar el informe y...

Me quedé callado, esperando a que recordara. Le oía respirar ruidosamente. Era una respiración muy jodida, ronca, áspera, salpicada aquí y allá por silbidos, hipos y toses de todo tipo.

—¡Ah, sí, claro, el editor! —exclamó de pronto.

—Eso es. El editor.

—Bonita profesión. ¿Sabe que a mí también me da por escribir algo, de vez en cuando? ¿Se lo había dicho?

—Ah.

—No es nada. Pero cuando me jubile me dedicaré a escribir novelas policiales. Lo tengo decidido. Si supiera usted todo lo que he vivido, todo lo que han visto estos dos ojos...

—No dudo de que debe haber visto mucho.

—Las novelas policiales no tienen nada que ver con la realidad, créame. Mire, los policías de verdad son todos idiotas. Es así. Aunque, claro, también lo son los criminales. Este oficio es una vergüenza, en serio. Nada que ver con las historias de héroes de las novelas. Lo cierto es que la cárcel está llena de inocentes y las calles llenas de criminales.

—Ah. Muy tranquilizador.

—Y bien... Dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

—Bueno, llamaba por... por lo del suicidio de mi vecino. Es... yo...

—Espere, espere —exclamó entonces, interrumpiéndome—. ¡Ah, sí! Ahora me acuerdo de ustedes. ¿Su mujer no era la que decía que creía que no se trataba de un suicidio? Espere. ¡No me diga que han descubierto que todo ha sido un complot! —añadió, deteniéndose un momento para, seguidamente, soltar una carcajada escandalosa. Estuvo riéndose cinco minutos seguidos. Pensé que le iba a dar algo—. Perdón, perdón. Espero no haberle ofendido.

—No, tranquilo. Qué va.

—¿Ya ha arreglado las cosas con su mujer?

—Pues no estamos en nuestro mejor momento, supongo. Es una época un poco dura, con todo lo del embarazo, pero... —Me detuve. ¿Por qué coño le estaba contando aquello?—. Pero bueno —continué—, eso ahora no importa. Le llamaba

porque creo... que...

—¿Qué?

No sabía cómo abordar el tema.

—Creo que lo he visto.

—¿Que lo ha visto? ¿El qué? ¿Algo mío?

—¿Algo suyo? No, no. Es... He visto...

—¿Qué ha visto?

—A mi vecino, a Juan.

—No le entiendo.

—Bueno, creo que he visto a mi vecino, al que se suicidó. A Juan Medina.

—¿Cómo que lo ha visto? ¿Dónde lo ha visto?

—Por la calle, andando.

—¿Está usted tomándose el pelo? ¿Le ha obligado su mujer a decirme esto?

—¿Mi mujer? Dios, no. Escúcheme. No le estoy tomando el pelo. Creo que lo he visto, en serio —insistí.

—¿Dice que ha visto a su vecino muerto andando por la calle?

—Sí.

—¿Andando por la calle?

—Sí. Andando por la calle. Puedo repetirlo más veces si quiere.

Hubo unos instantes de silencio. El agente alejó un momento el teléfono de su boca o lo tapó con la mano, con la pretensión de que no le escuchara, y acto seguido llamó al agente Martínez: «¡Martínez! —dijo—. Ven aquí, tienes que oír esto». Creo que entonces puso el manos libres.

—Siga, siga, por favor —prosiguió entonces—. ¿Dice que vio a su vecino muerto andando por la calle?

—Sí.

—¿El que, supuestamente —puso énfasis en la palabra—, se suicidó?

—Sí, exacto.

—Entiendo —dijo, y me pareció que contenía la risa—. Y dígame, ¿había bebido, por casualidad? ¿Había tomado algún tipo de sustancia psicoactiva?

—Yo... Había bebido un par de cervezas o tres.

—Ajá.

—Y había fumado un poco. Pero muy poco.

—¿Fumado? ¿Quiere decir marihuana?

—Sí, marihuana. Pero solo fueron unas caladas. Y no era ningún tipo de marihuana transgénica ni nada por el estilo. No creo que fuese una alucinación.

—Oiga, ¿sabe que la marihuana es ilegal? Está hablando con un agente de policía.

—Tengo entendido que lo ilegal es traficar con ella —dije, dubitativo.

—Es posible. La verdad es que no tengo ni idea. Solo le estaba tomando el pelo. Bueno, bueno. Así que dice que ha visto a su vecino muerto andando por la calle.

Me preguntó cuándo lo había visto y yo le dije que el día anterior, y proseguí a

narrarle con todo lujo de detalles lo ocurrido. Lo hice para desahogarme, más que nada, y ordenar un poco mis pensamientos, porque saltaba a la vista que aquel tarugo no me tomaba en serio y que no iba a mover un dedo para ayudarme. Si me estaba atendiendo era solo para divertirse. De vez en cuando intuía una risa contenida. Tampoco parecía un hombre dispuesto a trabajar sin un buen motivo. Supongo que pensaría que estaba loco. El caso es que después de habérselo contado todo, me dijo que ya vería qué se podía hacer, agradeció la llamada y colgamos.

Cuando dejé a Eric en la guardería a la mañana siguiente, una madre de la clase me abordó en la salida para contarme que el día anterior su hija había vuelto a casa con una mordedura en un brazo, y que ya era la segunda vez en lo que llevábamos de mes. Me dijo que la madre de no sé qué otro niño —creo que de uno que se llamaba Pol y que siempre llevaba la cara llena de mocos— le había dicho que su hijo también había llegado a casa hacía poco con un mordisco, esta vez en la espalda. La mujer parecía muy enfadada; mientras me hablaba yo me iba apartando de ella, como temiendo que de un momento a otro fuera a cogerme el brazo y a mordirme vengativamente. En vez de eso, me preguntó:

—¿Al tuyo también le ha pasado?

Yo me hice el tonto; ella se lo tomó como un sí. Entonces miró hacia uno y otro lado, bajó la voz y me dijo con malicia que sospechaba que el agresor era Yair, el niño paquistaní de la clase. Quise preguntarle si su hipótesis se sustentaba en algo más que en el racismo, pero juzgué preferible seguirle el rollo y le dije que seguro que era él. Señaló que deberíamos hacer algo. Yo me mostré de acuerdo y me marché de allí a toda prisa.

Ya en mi despacho, me senté con un vaso de café frente al ordenador y abrí el correo electrónico. Tenía un *mail* del traductor de un libro alemán cuyos derechos para el castellano había comprado hacía poco, y que se titulaba *Über Nacht (Durante la noche)*. No entiendo el alemán, así que no había podido leer todavía el manuscrito. Fue una apuesta a ciegas; de vez en cuando hay que hacerlo, de otro modo solamente publicaría libros escritos originariamente en castellano, catalán, inglés o francés, que son los idiomas que domino. El agente me lo había vendido como la obra maestra del siglo, y los dos lectores a los que había encargado un informe me dijeron que lo encontraban extraordinario. Había pagado cinco mil euros de anticipo, a los que ya podía sumar los gastos de la traducción —que ascenderían a unos cuatro mil más—, los de la corrección, la maquetación, el diseño de la cubierta, etcétera. Tenía planeado editarlo en septiembre. Necesitaba publicar algo bueno con urgencia y en aquel momento —con Iván inmerso en una especie de delirio creativo y la novela de la vecina flotando en el limbo— aquel libro era mi mejor baza. Se comprenderá, pues, que estuviera impaciente por echarle un ojo a la traducción. Le había pedido al traductor que en cuanto llevara hechas cincuenta páginas que me las mandase, y allí estaban, esperándome en la bandeja de entrada.

Imprimí las hojas y me tumbé a leer en mi banquito. No necesité leer más de cinco páginas para darme cuenta de que mi inversión había sido nefasta. Era una de esas novelas lírico-costumbristas que tanto gustan a los críticos con ínfulas de tercera

fila. Menudo rollo de libro. No os diré de qué iba porque lo cierto es que no lo sé, no entendí nada. Supongo que era una alegoría de algo. La escritura era barroca, retorcidísima; todo estaba escrito con metáforas. Había palabras que no había escuchado en mi vida. Leí hasta el final para corroborar que aquello no se aguantaba por ningún lado, dejé caer las hojas al suelo y me tapé la cara. Tendría suerte si las ventas alcanzaban para recuperar la inversión inicial.

Me preparé un segundo café y volví a sentarme delante del ordenador. Estaba muerto de sueño, llevaba dos noches sin pegar ojo. Seguía sin poder quitarme a Juan de la cabeza. Mi vida se desmoronaba a mi alrededor: mi negocio se iba al garete, apenas me hablaba con mi mujer y mi hijo mostraba tendencias caníbales; y mientras tanto mi difunto vecino se paseaba alegremente por el Clot, el muy gilipollas. ¿Cómo era posible? De algún modo, no sé muy bien por qué, presentía que mi vida no volvería a encarrilarse hasta que no resolviese aquel enigma. En definitiva, su suicidio había marcado el inicio de todos mis problemas, y ahora resultaba que el tío ni siquiera se había suicidado, o que si lo había hecho había encontrado el modo de volver al mundo de los vivos. No me quedaba otra que ponerme a investigar. Pero ¿por dónde empezar? Míriam ya había indagado por internet todo lo que se podía buscar sobre nuestros vecinos. Podía abordar a Sara cuando me la encontrase en el ascensor e interrogarla, pero ¿qué coño se supone que iba a decirle? «Hola, qué tal. El otro día vi a tu marido por el Clot. Sí, el que saltó por el balcón. ¿Sabes qué cojones hacía allí?».

No, aquello era impensable. Por más vueltas que le diese, todo me llevaba al mismo sitio. Madrid. La ciudad de los churros con chocolate, la capital de esta broma de país.

Abrí la papelera del Outlook y recuperé el *mail* del Gremio de Editores. Lo volví a leer. La feria me ofrecía una excusa perfecta para marcharme a Madrid un par de días. No sabía qué haría exactamente una vez allí, pero si me quedaba aquí viendo pasar el tiempo de brazos cruzados acabaría suplicando que me practicasen una lobotomía o —aún peor— yendo a un psicólogo. En un impulso, abrí el navegador y me puse a buscar billetes de avión. Cuando estaba a punto de comprar uno sonó mi teléfono móvil. Era Iván.

—Hola, Iván. Dime.

—¡Lo he quemado, Cristian! ¡Lo he quemado! —se puso a gritar, en tono afectado, como si estuviese declamando un monólogo de Shakespeare.

—¿El qué has quemado?

—Mi libro, mi manuscrito. ¿Qué podía hacer? No me llevaba a ninguna parte, ¡no valía nada!

—¿Has quemado tu manuscrito?

—¡Lo he quemado!

—¿Te refieres al libro de la ejecución pública?

—Sí, ese mismo.

Una buena noticia al fin, pensé.

—*La vida privada de los números naturales* —siguió—. Ese iba a ser el título. O tal vez *La desesperación no tiene rostro*. Joder. ¿Qué mierda de títulos son esos, Cristian? ¿Qué me está pasando?

—Bueno, tranquilo, cuéntame.

—¿En qué me estoy convirtiendo? Mira, no quiero acabar yendo con americana y zapatillas deportivas a pegar el rollo a los programas sobre literatura de La 2. Esa bazofia esnob es lo que está destruyendo la literatura. No se trata de eso, no se trata de eso.

—¿Lo has quemado de verdad, o es una manera de hablar?

—Lo imprimí, eliminé el archivo del ordenador, eché vodka a una papelera y le prendí fuego.

—¿Al ordenador?

—¿Estás tonto? A las páginas impresas. El problema es que escribir esa basura que escribo bajo seudónimo no me llena por dentro, y en consecuencia he caído en el extremo opuesto. Pero todo esto de la alta literatura y toda esa mierda es mucho peor. Se me ha metido en la cabeza hacer un gran libro, una obra en mayúscula, un clásico. Pero ¿quién decide qué obras valen la pena considerar clásicos y cuáles no? ¿Qué gilipollez pedante es esa?

—Alguien me dijo una vez que lo clásico es lo que se enseña en clase.

—Sí, exactamente. Eso es. Ah, Cristian.

Se quedó callado unos segundos. Yo no sabía qué decir.

—¿Conoces *El dinamitero*, de Stevenson? —me preguntó.

—¿El de *La isla del tesoro*?

—Sí, ese mismo. Robert Louis Stevenson. Gran escritor.

—¿*El dinamitero*, dices? —dije, pensativo—. No me suena, no.

—Es una obra menor suya; probablemente sea la menos conocida de las que escribió. No vale mucho, aparentemente. En todo caso no se trata de una gran obra de la literatura, sino más bien de todo lo contrario. Sin embargo, el libro contiene un par de cosas interesantes —me dijo, chasqueando la lengua.

Intuí que estaba a punto de iniciar uno de sus discursos. Aproveché para encenderme un cigarrillo. Era el último que quedaba en el paquete.

—Cuando lo leí por primera vez tuve un *déjà vu* —siguió Iván—. Era como si ya lo hubiera leído antes. La novelita se parecía mucho a otra que ya había leído, y que identifiqué: *Los tres impostores*, de Arthur Machen. No sé si lo conoces.

No me sonaba.

—Es un autor galés de finales del XIX, y esta es su novela más famosa —continuó Iván—. La escribió en 1895, diez años después de que Stevenson escribiera la otra. Bueno, pues comparé ambos libros y llegué a la conclusión de que Machen se había

inspirado en *El dinamitero* para hacer su libro, aunque eso es decir poco. El libro es prácticamente una copia del otro. La estructura narrativa de ambas novelas es la misma, los personajes son muy parecidos, el estilo es calcado, en ambos salen mormones malvados y en las dos la historia arranca en una tabaquería. ¿Me sigues?

—Sí —mentí.

—Bueno, pues más tarde descubrí que todavía hay otro libro nacido directamente de *El dinamitero*, y que supone nada más ni nada menos que el debut literario de Sherlock Holmes. Aunque el personaje sea un plagio del Dupin de Poe, el mismo Conan Doyle confesó en una ocasión que el argumento de *Estudio en escarlata* se le ocurrió mientras leía, justamente, el insignificante y desconocido libro de Stevenson. Si te acuerdas, la trama también iba sobre mormones.

—Ah.

—¿Y por qué coño te cuento todo esto? —siguió, leyéndome el pensamiento—. Bueno, pues te lo cuento porque resulta que *El dinamitero* no es, ni mucho menos, un libro tan superfluo como podría suponerse a simple vista. Machen fue, después de Poe, la principal fuente de inspiración de Lovecraft, cuya incidencia en toda la literatura de terror sobrenatural posterior es indiscutible. Si además tomas en consideración la enorme influencia que ha tenido la figura de Sherlock Holmes en la toda la novela policíaca posterior, que es inabarcable, te darás cuenta de la asombrosa importancia que tiene este pequeño, mediocre y olvidado libro. La historia, Cristian, no la escriben solamente los grandes reyes y emperadores. Si pudiésemos viajar atrás en el tiempo, arrancar el manuscrito original de las débiles manos de Stevenson y echarlo al fuego, alteraríamos por completo el continuo espacio-tiempo. Dudo que ningún manual, curso o libro dedicado a la historia de la literatura mencione siquiera, en ningún momento, *El dinamitero* de Stevenson, y sin embargo su incidencia en ella probablemente sea mayor o más palpable que la de *Los miserables* o *Ana Karenina*. «En las disposiciones misteriosas de la profundidad, ¿quién es de veras zar, quién es rey, quién puede jactarse de ser un mero sirviente?».

—¿Estás metiendo una cita en un diálogo por teléfono?

—Soy escritor, no puedo evitar estas cosas.

—No sé si te sigo, Iván, la verdad.

—Lo que quiero decir es que todo esto del canon y de la historia de la literatura es una jodida estafa, y que se acabaron los experimentos. ¿Has leído a Joyce, o a Virginia Woolf, o a Faulkner? Menuda mierda. La literatura no va de eso. Para nada. Todo ese esnobismo pedante es lo contrario a lo que debería ser la literatura. Así que he decidido que quiero hacer un libro popular.

—Como editor arruinado tuyo, no te voy a negar que esa frase me encanta.

—Quiero hacer un libro que sea bueno y que sea popular. Y ya está. A fin de cuentas, la literatura no es más que un entretenimiento. El problema es que no sé qué hacer. Me he quedado sin ideas, Cristian. Tengo la crisis de la página de Word en blanco. Necesito ayuda. Necesito quedar contigo, necesito hablar con alguien.

—Está bien —le dije—. Tranquilízate. ¿Cuándo quieres quedar?

—Cuanto antes. No puedo pasar más tiempo así. Mi ánimo no está siempre tan predispuesto a la productividad. Llevo dos días sin comer. ¿Podemos quedar esta tarde?

—Tengo una reunión con una de Balcells —le dije, revisando la agenda—. Lo siento. No puedo anularlo ahora.

—Yo mañana no puedo —me dijo Iván—. Es el cumpleaños de mi madre y tendré que ir a pasar el día con ella si no quiero que me borre del testamento. ¿Qué tal el jueves?

Miré la pantalla del ordenador. El billete que estaba a punto de coger era para el jueves a primera hora.

—El jueves tengo planeado ir a Madrid. Solo serán un par de días. No sé si puedes esperar al fin de semana.

—¿A Madrid? ¿Qué vas a hacer a Madrid?

—Es la Feria del Libro.

—Ah. Pensaba que pasabas de esas cosas.

—Sí, y sigo pasando —le dije, apagando el cigarrillo y dando un sorbo al café. No sabía si explicarle mis verdaderas intenciones.

—¿Entonces?

—En realidad, no voy por la feria. Es solo una excusa —confesé—. Quiero ir a... investigar.

Hubo unos segundos de silencio. Luego Iván me preguntó qué quería decir con aquello; entonces le conté la verdad: que desde que había visto a mi vecino andando por la calle no me lo podía quitar de la cabeza, que llevaba dos días sin pegar ojo y que creía que aquel era el único lugar en el que encontraría respuestas.

—Te podría acompañar —respondió Iván, después de meditarlo—. Si lo ves bien. Puedo serte de ayuda. Siempre he tenido el presentimiento de que habría sido un gran detective privado. Me irá bien salir unos días de aquí. Y estar contigo servirá para poner en claro mis ideas. ¿Qué me dices?

No era mala idea. Tener a alguien conmigo haría que la empresa pareciera menos ridícula, e Iván poseía las dosis suficientes de inteligencia, desfachatez y locura que requerían un trabajo como aquel.

—Está bien —le dije—. ¿Por qué no? Solo serán un par de días. Justo estaba a punto de sacar un billete de avión. ¿Saco dos?

—Oh, no, ni hablar. No me voy a meter en uno de esos barcos voladores.

—¿Te da miedo volar?

—¿Y a ti no? Eso es brujería. Ni hablar. Pero podemos ir en coche. O en tren. Podemos coger el Ave.

Le dije que de acuerdo. Quedamos en que yo me encargaría de comprar los billetes y buscar un hotel y que el jueves nos encontraríamos a primera hora debajo de su casa.

Compré dos billetes para las ocho de la mañana, encontré un hotelito decente a buen precio, reservé una habitación doble y llamé a mi madre para preguntarle si podría hacerse cargo un poco de Eric aquellos dos días. Ya solo faltaba exponerle el tema a Míriam. La pobre estaba a punto de cumplir los ocho meses de embarazo; en las últimas dos semanas su barriga se había hinchado como un balón de playa y cada noche tenía calambres en la espalda y en las piernas. Decirle que de pronto había decidido irme un par de días a la Feria del Libro de Madrid no era una jugada muy inteligente por mi parte, si lo que pretendía era recomponer nuestro matrimonio, pero no me quedaba otra.

Aquella tarde tenía la reunión con la agente de Balcells y no llegué a casa hasta las siete y media. Estábamos ya en mayo y a aquella hora aún no había empezado a oscurecer. Salí del ascensor, abrí la puerta de casa y, al entrar, oí voces que provenían del comedor. Me descalcé. Más que hablar, parecían estar susurrando. Una era la de Míriam, la otra era una voz masculina. Cuando llegué al comedor mis temores se confirmaron. Allí estaba, sentado en el sillón como si estuviese en su casa, con una camisa estampada que se había cansado de abrochar al quinto botón: Víctor, el ex de mi esposa. En cuanto me vio entrar se puso en pie de un salto, me saludó y me dijo que había venido a hacer una visita a Míriam y que ya se iba.

—Me quedaría más rato pero tengo que irme ya. ¿Todo bien, Cristian? —me preguntó, estrechándome la mano.

El gilipollas se había dejado bigote. Un bigote tupido y viril al que yo no podía aspirar. Me fijé en sus brazos, que se habían vuelto más voluminosos. Se notaba que iba al gimnasio. Me entraron ganas de ponerme a hacer flexiones allí mismo.

—Todo bien, Víctor —le respondí.

—Hay un concierto por aquí cerca, me tengo que ir ya, que si no llegaré tarde.

Se giró un momento para mirar a Míriam, que le sonrió. Al ver aquella sonrisa supe al momento que habían estado hablando de mí, y no solo hablando, sino poniéndome a parir, y que Míriam le había contado que las cosas entre nosotros no funcionaban, y que había llorado un poco, y que muy probablemente se habían abrazado, y que si no llego a aparecer por allí seguro que ahora estarían besuqueándose en el sofá. Bueno, de esta última parte no estoy seguro, pero me fijé en sus ojos y en efecto me pareció que había estado llorando. Entonces Míriam volvió la vista hacia mí y me sorprendió examinándole los ojos. No supe qué hacer y le sonreí. Entonces ella cayó en la cuenta de que me había dado cuenta de que había estado llorando, y, sin saber qué otra cosa hacer, también me sonrió. Me di cuenta de que se había dado cuenta de que me había dado cuenta de que había llorado y giré instintivamente la mirada hacia Víctor, que se volvió hacia mí en aquel momento y me sorprendió sonriéndole. Creo que él no se dio cuenta de nada, pero también me sonrió. Fue un momento un poco extraño.

Míriam hizo el gesto de levantarse del sofá, pero Víctor le dijo que no se

levantara y se inclinó hacia ella para darle dos besos. Lo acompañé a la puerta y, en vez de empujarle la cabeza contra ella, como debería haber hecho, se la abrí, le deseé lo mejor y le dije que volviera cuando quisiera.

—Así que has estado con Víctor —le dije a Míriam, de vuelta en el comedor—. Qué bien.

—Sí —replicó ella, mirando al balcón—. Me llamó el otro día. Pensaba que te lo había dicho. Quería venir a ver cómo me iban las cosas.

—Pues no me lo habías dicho. —Me senté en el sillón—. ¿Y qué? ¿De qué habéis hablado?

—Bueno, un poco de todo.

—Ya, claro —dije, y solté un bufido.

—¿Qué quieres decir?

—No quiero decir nada.

—¿Te molesta que haya quedado con él?

—¿Por qué iba a molestarme? —le respondí—. ¿Es que tendría que hacerlo?

—No. ¿Por qué tendrías que molestarte?

—No lo sé. Eres tú la que lo ha insinuado. ¿Tendría que molestarme?

—No.

—Bien.

—Vale.

—Perfecto.

—Estupendo.

—¿Y de qué habéis hablado?

—Ya te lo he dicho. Un poco de todo.

Nos quedamos callados unos minutos.

—¿Y Eric? —pregunté.

—Está con mi hermana. Se lo ha llevado a dar un paseo.

—Claro. Así habéis podido estar a solas.

No me respondió. Estaba visiblemente molesta conmigo. Yo estaba visiblemente molesto con ella y, sobre todo, con el jodido Víctor de los cojones. Mi vida ya tenía bastantes problemas como para que ahora se le sumase aquel gilipollas. Supongo que me estaba comportando como un capullo, pero el caso es que, de pronto, ya no sentía demasiados reparos en sacar el tema de mi viaje a Madrid.

—Me voy a Madrid —dije—. Pasado mañana.

Míriam apartó la vista del balcón y me miró.

—¿A Madrid? ¿De qué hablas?

—Es la Feria del Libro. Iré con Iván.

—Ah. Pensaba que pasabas de esas cosas.

—Pues resulta que no.

Crucé las piernas. Míriam cruzó los brazos.

—Me podría poner de parto en cualquier momento —dijo, mirando hacia un lado,

como si hablase con la pared.

—Estás de ocho meses. No es muy probable. Y solo serán dos días. El viernes por la noche estaremos de vuelta —dije.

Miriam no dijo nada. Tamborileé los dedos sobre la rodilla.

—He hablado con mi madre —seguí—. Irá a buscar a Eric a la guardería y se encargará de él por la tarde.

Estuve a punto de decirle que podía aprovechar la ocasión para quedar con Víctor de nuevo, pero me callé y nuestra conversación acabó allí. Creo que aquel día no volvimos a dirigirnos la palabra.

Llegamos al hotel a las once y media de la mañana. Era un establecimiento pequeño y acogedor de tres plantas. Iván había roncado ruidosamente durante todo el trayecto en tren. Entretanto, yo me había dedicado a intentar planificar mis siguientes pasos, pero no tenía muy claro qué íbamos a hacer ahora que ya estábamos en Madrid. Mi única pista era la firma de abogados que había visto impresa en el sobre que estaba en el dormitorio de Sara: Campo & Campos asociados. Había buscado información por internet, localizado la dirección y llamado para pedir cita para la una del mediodía. Después de dejar las cosas en el hotel —yo había traído una bolsa con ropa de recambio, el portátil y un neceser; Iván llevaba solo su mochila de *Los increíbles*, que había cargado de libros—, desayunamos unos cigarrillos con café en el bar de la esquina y cogimos un autobús hasta el bufete.

El día acompañaba a aquella ciudad fría y señorial, que a través de la ventanilla del autobús me pareció algo así como la hermana remilgada de Barcelona. El despacho de Campo & Campos asociados estaba situado en la calle de Velázquez. Era una planta baja acristalada que daba a la calle. Antes de entrar en el edificio Iván me detuvo bruscamente cogiéndome del brazo y me dijo:

—¡Lo olvidaba! Toma.

Sacó la cartera de un bolsillo del pantalón y me entregó una tarjetita mal recortada en la que había escrito:

Cristian Espeid
Detective privado
Núm. de licencia: 58729334

—¿Qué coño es esto? —le dije.

—¿Qué va a ser? Son tarjetas falsas, para hacernos pasar por detectives privados. Lo dijo como si fuese la cosa más natural del mundo.

—¿Y por qué coño nos tenemos que hacer pasar por detectives privados? —quise saber.

—¿Cómo que por qué? A ver, Cristian. ¿Qué vas a decir si no? Si vas a hacer perder el tiempo a la gente, necesitas una buena excusa. ¿Qué pretendías decirles?

—No sé. ¿La verdad?

—Suerte que estás casado —dijo Iván, suspirando—. Mira. Te considero un tío con una inteligencia levemente superior a la de la media, pero a veces no te das cuenta de lo más obvio.

—¿Y por qué coño me has puesto Espeid? ¿Es que no sabes mi apellido?

—Lo que estaba diciendo. ¿Es que vas a dar tu verdadero nombre? Mira, lee mi

tarjeta —dijo, poniéndomela en la cara—: «Iván Marlou».

Miré la tarjeta y lo miré a él.

—Espeid y Marlou —dije—. Lo pillo. Pero...

—Sé que hubieses preferido quedarte tú con el de Marlou, pero el que ha hecho las tarjetas soy yo.

—¿Espeid y Marlou? ¿En serio? ¿No has pensado que son nombres un poco, digamos, sospechosos?

—Justamente —replicó Iván—. Eso les desconcertará. Mira: si se fijan en una gran sospecha pasarán por alto las que de verdad podrían delatarnos, como por ejemplo que no tenemos ni puta idea de cómo es el trabajo de un detective privado.

—Tu lógica a veces me inquieta, Iván. ¿Y qué coño les diremos? ¿Quién se supone que nos ha contratado?

—Improvisemos —dijo Iván, abriendo las puertas de cristal como si fuesen las de una cantina del *Far West* y metiéndose en el edificio.

Lo seguí, y enseguida nos encontramos frente a la mesa de recepción, donde la coronilla de una señora de unos cincuenta años con pinta de odiar su trabajo nos preguntó si teníamos cita.

—Sí —le dije—. Tenemos cita para la una. Con el señor Campo, creo.

La señora se puso a teclear en el ordenador.

—¿Son ustedes el señor Iván Berges y...?

—Iván Marlou y Cristian Espeid —la interrumpió Iván—. Mi amigo le ha dado nombres falsos. Por discreción. Somos sabuesos.

La señora levantó la cabeza y nos miró por encima de unas gafas semicirculares que le colgaban de la punta de la nariz.

—Fisgones. Detectives privados —siguió Iván, acodándose en la mesa y acercando su cara a la de la señora—. Y bien, muñeca, ¿podemos pasar?

La mujer lo fulminó con la mirada y nos dijo que esperáramos en la sala contigua. Cinco minutos después entramos en el despacho del señor Campo, un espacio anodino y profesional con moqueta gris y persianas venecianas. El señor Campo aguardaba sentado detrás de una mesa de madera de roble. Era un hombre de unos sesenta años, pálido, flaco, con la mirada dura. Llevaba una camisa blanca y una corbata de color gris.

—Siéntense, por favor —nos pidió, en un tono áspero—. Díganme, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Verá, señor Campos...

—Campo.

—Eso —seguí—. Señor Campo. Lo cierto es que... no hemos venido aquí a contratar sus servicios. Solamente queríamos hacerle unas preguntas.

—Somos sabuesos —intervino Iván. El hombre giró la cabeza y enfocó hacia él sus ojos inamovibles—. Detectives privados —siguió Iván—. Le podemos enseñar nuestras tarjetas. Solo queríamos hacerle unas preguntas. ¿Le importa que fumemos?

—añadió, colocándose un cigarrillo en la boca.

—¿En qué época vive? Aquí no se puede fumar. Y cobro cincuenta euros por la visita —dijo el hombre—. Mientras paguen me importa bien poco para qué requieran mi presencia.

—Ajá, entiendo —respondió Iván, jugando con el mechero que había sacado de un bolsillo—. ¿Así que no podemos fumar, no?

—No.

—Está bien, está bien.

—¿Detectives privados, dicen?

—En realidad... —dijo yo, que veía que no empezábamos con buen pie.

—Detectives privados —me interrumpió Iván—. Eso es lo que somos. ¿Es que nos pone en duda? Mire, se lo voy a demostrar. Voy a hacerle una demostración de mi dotes de deducción —siguió, levantándose de la silla y sentando su enorme trasero en la mesa del señor Campo.

—Quite su culo de aquí.

—Está bien —dijo Iván, dando un respingo y poniéndose en pie—. No se enfade. Veo que es usted un hombre autoritario. También veo que no tiene fotos de su familia en el despacho y que no lleva anillo de casado, pero que en cambio lleva la camisa perfectamente planchada. Es evidente que es usted un hombre viudo. Su mujer murió tal vez hace cinco o seis años, de una enfermedad larga, seguramente cáncer, lo que le ha convertido en un solitario. Se ha creado toda una imagen de hombre amargado. Es usted un misántropo. Nunca llega tarde a una cita y se toma las fechas de caducidad como si fueran dogmas. Tiene pocos amigos, y le gusta matar el tiempo con entretenimientos intelectuales no muy complejos, como por ejemplo puzzles, a juzgar por sus manos. Es usted una de esas personas que no solo hace puzzles, sino que además no se avergüenza de ello y, cuando los completa, los enmarca y los cuelga de las paredes de su casa. ¿No es cierto?

—No ha dado ni una —replicó Campo—. Nunca he estado casado. Soy gay. Tengo muchos amigos, y no he hecho un puzzle desde que tenía siete años.

—Bien bien. Lo que yo decía —dijo Iván, dando vueltas por el despacho. De vez en cuando se llevaba el cigarrillo apagado a la boca y daba una calada imaginaria.

—¿Se puede saber de qué va todo esto? Son ustedes catalanes, ¿verdad?

—¿Qué insinúa? —le respondió Iván.

—Discúlpenos —intervine yo entonces—. Solo queríamos hacerle algunas preguntas sobre Juan Medina y Sara Valverde. Creo que ha trabajado para ellos.

—¿Juan Medina, dice?

—Sí.

El hombre meditó unos instantes.

—¿Se refiere al hijo de la señora Cárdenas?

—Es posible —respondí—. ¿La señora Cárdenas era cliente suya?

—Sí —afirmó el hombre—. Así es. Llevé lo referente al testamento cuando

murió el año pasado.

—¿Qué nos puede decir sobre su hijo, sobre Juan Medina?

—¿No han oído hablar ustedes de la confidencialidad entre cliente y abogado?

—Bueno, tanto la señora... Cárdenas —dije— como el señor Juan Medina están muertos, así que no creo que vayan a denunciarle.

—¿Juan Medina está muerto?

—Sí —dije.

—O no —me contradijo Iván.

—¿Qué?

—Nada —dije—. No le haga caso. Mire, tenemos motivos para sospechar que hay algo extraño detrás de la muerte de Juan, y creemos posible que su hermano esté metido de algún modo en todo esto. ¿Conoce a su hermano, el señor Antonio Medina?

—Las herencias suelen ser un buen motivo para asesinar a un hermano —añadió Iván, que se había vuelto a sentar en su silla. El abogado no le quitaba el ojo de encima—. La gente prefiere el dinero a los lazos familiares, lo cual es muy comprensible. No puedes intercambiar a tu hermano por una finca con caballos.

—Sí, conocí a Antonio, claro —nos dijo Campo, ignorando a Iván—. Un tipo verdaderamente extraño. Conocí a ambos hermanos. Aunque apenas me acuerdo. ¿Herencia, dicen? La única herencia que les dejó la madre fue la casa y el poco dinero que le quedaba en el banco, si no recuerdo mal.

—Tengo entendido que era una buena casa.

—Sí. En Chamartín, creo.

—¿Y no hubo rencillas o peleas por quedársela?

—No que yo recuerde.

—Ha dicho de Antonio que era un tipo extraño —intervino Iván—. ¿Qué ha querido decir?

—Pues eso. Que era un tipo extraño. Creo que sufre algún tipo de trastorno mental. Esquizofrenia, o algo así. Creo recordar que había estado ingresado alguna vez en alguna clínica para enfermos mentales. Pero a la señora Cárdenas no le gustaba hablar de eso.

—Así que el hermano está majara.

—Bueno, ese es un modo de decirlo. Un modo nada respetuoso, diría yo. Vino a verme un día, poco después de firmar los papeles de la herencia. Estaba muy nervioso. Llevaba una camiseta deshilachada y apestaba a suciedad. Desvariaba. Decía que quería exhumar los restos de su madre o algo similar. No le entendí muy bien. Hablaba de cosas incoherentes. Yo le seguí un poco la corriente. Estaba exaltado. Temí por mi integridad física.

—Vaya —dije—. ¿Y para que querría que exhumaran el cadáver de su madre?

—No lo sé. Ya le digo que el chico no estaba bien de la cabeza. Quizá había olvidado tomarse la medicación. Quería... quería que le hicieran una autopsia. Sí,

ahora me acuerdo. Decía que habían asesinado a su madre y no sé qué otras historias.

—Interesante —musitó Iván.

—¿Y usted no le dio ninguna credibilidad? —pregunté.

—Pues claro que no. El chico no estaba en sus cabales. ¿Y quién querría matar a una anciana moribunda que tenía los días contados? La señora Cárdenas llevaba tiempo enferma, y... Pero bueno. En todo caso, no tengo por qué contarles nada, y todo esto, sinceramente, me parece un poco extraño. ¿Me dejan ver esas tarjetas?

—¿Cómo se dividió la herencia? —me apresuré a preguntar, mientras Iván sacaba su tarjeta y la dejaba caer con orgullo sobre la mesa.

—Se dividió a partes iguales —dijo el abogado, cogiendo la tarjeta y examinándola con estupor por ambos lados—. No recuerdo ningún problema o disputa en este sentido. Vendieron la casa y repartieron el dinero entre los dos hermanos. ¿Esto es en serio? —añadió, blandiendo la tarjeta en el aire.

—Entiendo, entiendo —dijo Iván.

—¿Sabe dónde podríamos encontrar al hermano? —pregunté—. ¿A Antonio?

—No. No lo sé. ¿Me pueden enseñar su licencia?

—¿Se le ocurre alguien con quien podamos hablar? ¿Alguien que pueda darnos información sobre la familia? ¿Alguien que los conociera?

—No. Y todo esto empieza a ser desconcertante y molesto.

—¿Alguna idea, alguna sugerencia?

—No. ¿Quién les ha contratado?

—Secreto profesional —dijo Iván.

—Miren —dijo el hombre, poniendo las manos sobre la mesa—, creo que les voy a pedir por favor que se vayan de aquí. No sé quiénes son, pero todo esto me parece absurdo y sospechoso. ¿De verdad son detectives?

—¿Nos está poniendo en duda? —exclamó Iván, poniéndose en pie y haciéndose el ofendido—. Ya es la segunda vez que insinúa que no somos detectives.

—¿Nos puede dar por lo menos la dirección de la casa en la que vivía la señora Cárdenas? —pregunté—. ¿La casa que vendieron?

—No. ¿Me pueden enseñar su licencia?

—Debe guardar una copia del testamento en algún lado —dije—. No le pedimos tanto. Solamente queremos saber la dirección de la antigua casa.

—Todo esto es muy extraño, no me gusta un pelo. Les ruego que se vayan.

—Solo le pedimos la dirección, y le dejaremos en paz.

—Señores, por favor. No sé quiénes son, pero les ordeno que se vayan de aquí de inmediato.

—Pues entonces se va a quedar sin sus cincuenta euros —dijo Iván.

—No me importa.

—No me lo creo —siguió Iván—. Va de farol, Cristian. ¿A quién pretende engañar? Es usted abogado. Vendería a su abuela por una corbata.

—Este último comentario me ha parecido fuera de lugar —dijo el hombre—. Les

ruego por favor que se marchen, o llamaré a la policía.

—No lo hará —replicó Iván, sentándose de nuevo, reclinándose en la silla y poniendo los pies encima de la mesa.

El señor Campo se limitó a descolgar el teléfono que tenía en la mesa y a marcar un número. Iván quitó inmediatamente los pies de la mesa, dio un salto y le arrebató el teléfono.

—¿Se puede saber qué hace? —le gritó el hombre—. ¡Esto es un atropello!

Al momento se puso en pie e intentó arrebatarse el teléfono a Iván. Ambos se pusieron a forcejear de un modo ridículo.

—¡Deje el teléfono! —le gritaba el abogado.

—¡Denos la dirección! —exclamaba Iván.

—¡Váyanse de aquí!

—¡Joder, tiene usted más fuerza de lo que parece! ¿Va al gimnasio?

—¡Dos veces a la semana!

—¡Si nos da la dirección le dejaremos en paz! ¡Y le pagaremos los cincuenta euros!

—¡Que sean cien! —intervine yo, poniéndome en pie, exaltado ante aquella situación.

—¡Póngalos sobre la mesa! —gritó el abogado—. ¡Quiero verlos!

Me apresuré a sacar dos billetes de cincuenta y los lancé sobre la mesa. El hombre dejó ir el teléfono, que Iván abrazó con fuerza. Luego avanzó hasta uno de los archivadores que había detrás de él y se puso a rebuscar entre las carpetas.

—Aquí está —dijo, sacando una carpeta. Se puso a leer—. Calle de Colombia, número 8. Esa es la dirección. Y ahora, si me disculpan, agradecería que desaparecieran de mi vista.

Iván y yo hicimos el gesto de ir a estrecharle la mano, que no fue correspondido, así que nos encaminamos hacia la salida. Antes de cruzar la puerta me detuve, di media vuelta y le dije al hombre:

—Una última pregunta, ¿tiene alguna foto del hermano? ¿De Antonio Medina?

El abogado me respondió con la mirada que me fuera a tomar por culo.

—Seguro que tiene una copia de su DNI por ahí —señaló Iván—. Siempre piden copias del DNI por cualquier cosa. Y ya que ha sacado todo el papeleo, no le cuesta nada. Dale cincuenta euros más, Cristian —me dijo, dándome un codazo—. No podrá resistirse.

—No soy un cajero automático —le respondí, pero luego, viendo la cara que había puesto el abogado, saqué nuevamente la cartera y pellizqué un billete de cincuenta—. Solo queremos ver su foto —le dije al hombre, en son de súplica—, y le prometo que no volverá a vernos el pelo.

El hombre suspiró, se guardó el billete en un bolsillo, volvió a abrir la carpeta y sacó una hoja, que depositó encima de la mesa. Nos acercamos a ella e inclinamos nuestras cabezas para examinarla. Era una fotocopia en blanco y negro del DNI de

Antonio. Por un momento esperé encontrarme un rostro idéntico al de Juan, lo que hubiese aclarado en buena medida todo aquel misterio de la resurrección. A pesar de la barba espesa y el pelo largo y andrajoso, el parecido de aquel rostro que nos observaba desde la mesa con el de su hermano era innegable, pero no era el hombre al que yo había visto andando por la calle.

Paramos a comer algo en un bar oscuro y ruinoso. Iván sacó una pequeña libreta y se puso a apuntar un montón de cosas.

—Ideas para una novela —me dijo—. Todo esto está resultando muy inspirador.

Mientras comíamos se bebió tres cervezas, que acabé pagando yo, junto con el menú. El viaje me estaba empezando a salir caro. Nos fuimos del bar, cogimos de nuevo el autobús y nos encaminamos hacia la antigua casa de la familia Medina Cárdenas. Era una casa de dos plantas, no muy grande pero sí bastante lujosa, con jardín y todo. Nos abrió la puerta una señora de unos cuarenta, baja, rellenita y con aspecto de no ser la dueña de aquello.

—Buenas tardes —le dijo Iván, enseñando su estúpida tarjetita—. Me llamo Iván, somos detectives privados.

—¿Detectives? —preguntó la mujer, que estaba aferrada a la puerta. Por el acento me pareció peruana—. ¿Quieren decir como los de las películas? ¿Estoy detenida?

—¿De qué habla? Los detectives privados no detienen a la gente, eso lo hace la policía. ¿Y por qué iba a estar detenida?

—Por nada —se apresuró a decir la mujer, de un modo sospechoso, como si escondiese tras la puerta un laboratorio de metanfetamina.

—Solo venimos a hacer unas preguntas. ¿Es usted la propietaria de esta casa?

—Solo soy la trabajadora domiciliaria.

—¿Qué quiere decir? —replicó Iván—. ¿Es usted la chacha de la casa?

—Prefiero llamarme trabajadora domiciliaria.

—O sea, la chacha.

—Disculpe —intervine—, señora...

—Marjorie, me llamo Marjorie.

—Yo me llamo Cristian. Encantado. Estamos interesados en recabar información sobre los antiguos propietarios de esta casa, la señora Cárdenas y...

Nos interrumpió un ruido proveniente del interior, y al momento apareció por detrás de la tal Marjorie una mujer de unos cuarenta y largos, alta, delgada, con la frente ancha y los pómulos marcados. Llevaba un vestido de seda gris que debía costar una fortuna, y en una mano sostenía una copa de algo, de coñac o de *whisky*.

—¿Algún problema, Marjo? —le preguntó la mujer a la trabajadora domiciliaria, sin rebajarse a mirarla en ningún momento. Su voz era grave, profunda.

—No, señora. Creo que son de la policía. Preguntan por la señora Cárdenas.

—¿Y esa quién es?

—La antigua ama de la casa.

—¿Policías, dices?

—No somos policías —dijo Iván—. Somos detectives privados.

—¿Detectives privados? Qué divertido —soltó la mujer, en el mismo tono que uno emplearía para dar el pésame en un funeral. Aun así, creo que lo encontraba divertido de verdad.

—¿Le importa que pasemos? —dijo Iván.

La señora examinó nuestros zapatos y nos dio permiso para entrar. La seguimos por un pasillo abarrotado de cuadros, fotos y espejos y llegamos a una sala amplia y luminosa. Nos sentamos donde nos indicó, en el sofá. Marjorie, que se había mantenido pegada a su señora, como si fuera su sombra, se quedó de pie en un rincón.

—Me llamo Alicia, por cierto. ¿Les apetece tomar algo? —nos dijo la otra, mientras se deslizaba hasta un mueble-bar cercano—. *Whisky*, ron...

—Preferiría una cerveza —pidió Iván.

—Para eso hay que ir a la cocina. ¿Marjo?

—A mí puede ponerme lo que le parezca —dije yo.

Mientras Marjorie marchaba a la cocina, Alicia abrió el mueble-bar, se rellenó la copa y sirvió otra de lo mismo para mí. Era *whisky*. Marjorie apareció al momento con una cerveza en la mano, que entregó a Iván, y volvió a su rincón.

—¿Y bien? —interrogó Alicia, sentándose en una especie de diván—. ¿A qué debo su visita?

—Estamos intentando conseguir información sobre la antigua dueña de la casa —le dije—, o sobre sus hijos. ¿Los conocieron?

—Yo no —dijo la mujer—. Compré la casa a través de la inmobiliaria. Es probable que a la hora de firmar los papeles viese a alguno de los hijos, pero no soy de la clase de mujeres que recuerda esas cosas. Pero Marjo trabajaba para ellos, venía con la casa, ¿no es cierto, Marjo?

—Sí, señora —asintió Marjorie, con la cabeza gacha.

Me volví hacia ella con interés.

—¿Así que usted trabajaba para la señora Cárdenas? —le pregunté.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Pues hará seis u ocho años que empecé. O siete. No soy muy buena con los números.

Por fin un golpe de buena suerte, pensé. Tal vez de aquella mujer pudiésemos sacar algo de información.

—¿Le importa que le hagamos unas preguntas? —le dije.

La mujer tardó tanto en responder que la otra se le adelantó:

—No le importa —replicó Alicia—. ¿Verdad que no, Marjo?

—No, señora —respondió esta al momento.

—¿Qué desean saber? —preguntó Alicia.

—A decir verdad, no sabemos nada. Cualquier cosa nos irá bien. ¿Cómo era la señora Cárdenas, por ejemplo? ¿Qué nos puede decir de ella? ¿Con quién vivía? Tengo entendido que durante un par de años vivieron también aquí su hijo Juan y la mujer de este, Sara.

—Sí, señor —dijo Marjorie.

Esperaba que dijera algo más, pero con eso dio mis preguntas por respondidas.

—¿El otro hermano —dije entonces—, Antonio, vivía también aquí?

—Pues no lo sé, señor.

—¿No lo sabe?

—No lo sé. Yo... Es posible. A veces le veía por aquí. No lo sé, señor.

—¿Quiere decir que pasaba algunas temporadas en la casa?

—Es posible. No lo sé.

—Ya.

—¿Lo estoy haciendo bien?

—No sé muy bien qué responder a eso —le dije—. Supongo que sí.

—A ver, Marjorie —se metió por en medio Iván, impaciente—. Primero de todo, ¿se puede fumar aquí?

Marjorie se quedó callada, pensativa, como si le hubiesen pedido que resolviera algún complicado problema matemático. Alicia le dijo a Iván que fumara tranquilamente y le señaló el cenicero que había debajo de la mesita que nos separaba. Parecía que, detrás de aquel rostro inmutable, la mujer se lo estaba pasando bien con nosotros, porque después de dar un largo trago a su copa le pidió a Iván que por favor prosiguiera.

—Gracias —dijo Iván, encendiendo el cigarrillo—. Bien, Marjorie. Este es el tema: el hijo de la señora Cárdenas, el señor Juan Nosequé...

—Medina —apunté.

—Eso. El señor Juan Medina... Bien, resulta que murió hace un par de meses o así, en Barcelona.

—Un mes —le corregí—, hace un mes.

La sirvienta me miró horrorizada.

—Sí, eso. Un mes. Murió hace un mes —dijo Iván—. Se tiró por el balcón de su casa. —Marjorie se santiguó por lo menos diez veces al oír aquello—. Bueno, pues resulta que tenemos motivos para sospechar que detrás de todo esto hay algo más, algo turbio. —Iván se inclinó hacia delante—. Le estoy hablando de asesinatos. De peleas por una herencia. De adulterio. Y probablemente también de chantaje. Oiga, ¿puede parar de hacer esto? —dijo entonces, santiguándose pintorescamente—. Me está desconcentrando.

Siguió un minuto de silencio. Todos esperábamos a que Marjorie dijera algo. Todos menos ella.

—A ver, Marjorie —me impacienté yo—. ¿No nos puede decir nada concreto?

¿Vio usted algo raro mientras trabajaba aquí? ¿Algo sospechoso?

—No lo sé, señor.

—¿La relación entre la señora Cárdenas y sus hijos era normal?

—No lo sé.

—¿Y entre hermanos?

—No lo sé.

—¿Recuerda alguna pelea? ¿Algo que se le ocurra?

—No lo sé.

—Por Dios. ¿Sabe usted algo?

La mujer, de pronto, se irguió ofendida y me dijo con el ceño fruncido:

—La verdad es que no me gusta meterme en la vida de mis señoras. No soy ninguna fisgona. Yo me limito a hacer mi trabajo. No puedo decirles nada.

Lo intenté un poco más, y luego probó Iván. En algún momento Alicia también se metió por en medio y dejó caer alguna pregunta, pero nada. Aquella mujer era peor que Sócrates, no sabía nada de nada. Lo dejamos por imposible. Alicia se levantó a por otra copa y se puso a explicarnos la secreta vida sexual de su difunto marido, que, según entendí, murió de sobredosis de cocaína entre dos prostitutas. Aunque por su lenguaje corporal no lo parecía, deduje que la mujer iba como una cuba. Iván y yo la escuchamos sin mucho interés mientras nos acabábamos la copa y la cerveza. Luego nos levantamos del sofá con la excusa de que teníamos que ir a entrevistar a alguien y nos despedimos.

—Adiós, queridos, adiós —nos dijo Alicia, acabándose la copa y cayendo fulminada en el diván.

Marjorie nos acompañó a la salida. Por entonces yo ya había dado la investigación por terminada. Habíamos llegado a un callejón sin salida. Aquella mujer no había sido capaz de decirnos nada, y no teníamos más pistas a las que agarrarnos, ningún otro lugar al que ir, a nadie a quien preguntar. Bueno, siempre podíamos ir a husmear a Ambite, el pueblo de Sara, que estaba a menos de una hora en coche de Madrid. Pero no sabía si eso tenía algún sentido. Tal vez lo mejor fuera volver a casa y olvidar de una vez todo aquello.

Marjorie nos abrió la puerta. Antes de que la cruzáramos, se inclinó hacia nosotros, miró hacia atrás por encima del hombro y nos dijo, susurrando:

—Os espero a las seis en el Bertrán, el bar que hay en la segunda esquina. En esa dirección. Cobro cincuenta euros.

Nos cerró la puerta en las narices. Tardamos un poco en reaccionar.

—¿Ha dicho que la esperemos en un bar? —me preguntó Iván, llevándose un cigarrillo a la boca.

—Creo que eso es lo que ha dicho. No estoy seguro. ¿Y eso de cobrar cincuenta euros?

—Yo entiendo que nos va a dar información. No creo que nos estuviera ofreciendo sus servicios como prostituta a media jornada.

—Supongo que no.

—Esto de ser detective no es tan fácil como pensaba. ¿Qué hacemos, pues?

—Bueno —dije—, no tenemos un plan mejor.

Pasamos por un cajero a sacar dinero y nos encaminamos hacia donde nos había indicado la mujer. Encontramos el local y nos metimos dentro. Faltaba más de una hora para las seis. Nos pedimos un par de cervezas y nos entretuvimos mirando el culebrón que daban en la televisión del bar.

A las seis y cinco la puerta se abrió y entró por ella Marjorie. Se había cambiado de ropa para ponerse algo más informal: unos vaqueros y una camiseta amarilla. Se acercó a nosotros y nos dijo, en un tono de voz agresivo y resuelto que contrastaba con el que había empleado en la casa:

—Salgamos a la terraza. Aquí no se puede fumar.

Iván y yo nos miramos, cogimos nuestras cervezas y la seguimos fuera. Nos sentamos en una mesa. Marjorie se encendió un cigarrillo, le dio un par de caladas y nos preguntó:

—¿Quiénes son ustedes?

—Somos detectives privados —contestó Iván, que estaba tan asombrado como yo ante la nueva actitud de aquella mujer.

—Y una mierda —dijo Marjorie—. No son detectives. ¿Quiénes son?

—¿Quiere ver nuestras tarjetas?

—Déjese de sandeces. ¿Son periodistas?

—Oiga, que nosotros no la hemos insultado —soltó Iván.

—Tiene razón, Marjorie —intervine yo entonces—. No somos detectives. Yo soy... editor. Estoy aquí para... intentar salvar mi matrimonio, creo. Es una larga historia. Él es un amigo mío. Es escritor. Ha venido a echarme una mano.

—Y a buscar inspiración —apostilló Iván.

La mujer lo miró con suspicacia.

—¿Escritor, dice? ¿Y qué escribe? ¿Novelas?

—Principalmente. Estoy intentando reconducir mi carrera. También es una larga

historia.

—Bueno, miren —dijo Marjorie, dando un golpecito en la mesa—. No me importa lo que sean. Les puedo hablar de la familia Cárdenas, pero, como he dicho, serán cincuenta euros. No soy estúpida.

—Pues hace un momento lo parecía —replicó Iván.

—¿Eso? Bah, puro teatro. A la borracha esa, como a todos los estúpidos ricos de por aquí, no les gusta que les rompan sus esquemas mentales. Los sirvientes son huevones idiotas y no se enteran de nada. Ya me entienden. En cualquier caso, necesitan estar con alguien que reafirme su sentimiento de superioridad. No quieren sentirse cuestionados, u observados. De ahí todo el cuento ese de que yo no figoneo y no me entero de nada. Pero es todo mentira, nomás. No voy a sacar todos los trapos sucios de mi antigua empleadora delante de la nueva. No sería muy inteligente por mi parte. Y bien, ¿qué quieren saber?

En aquel momento se nos acercó el camarero. Marjorie le pidió un *gin-tonic* e Iván otra cerveza. Yo me decidí por un café. Estaba estupefacto.

—En realidad, no sabemos ni por dónde empezar —dije, dubitativo—. Le agradeceríamos que nos contara cualquier cosa, ya se lo hemos dicho. ¿Qué nos puede decir de la señora Cárdenas?

La mujer levantó una mano y se frotó los dedos haciendo el símbolo internacional del dinero. Saqué cincuenta euros y se los di.

—Trabajé durante cinco años para la señora Cárdenas —empezó, mientras comprobaba la autenticidad del billete a contraluz—. Supongo que la llegué a conocer bastante bien. Era una mujer muy mayor. No sé cuántos años tenía, exactamente. Ochenta y algo. —Se guardó el billete—. De joven había sido una chica atractiva. Tenía la casa llena de fotografías antiguas, ¿saben? Debajo de su cama guardaba un álbum de fotos suyas, y a veces lo sacaba y se pasaba horas mirándolo y llorando. Era un poco excéntrica, y tenía muchos cambios de humor, pero a pesar de ser rica no era una mala mujer. Simplemente estaba cabreada por haberse hecho vieja.

—¿Cómo era su relación con ella? ¿Se llevaban bien?

—Teníamos una relación muy profesional. No me gusta establecer lazos emocionales con mis clientes; luego tengo que limpiar sus platos. A veces podía ser difícil lidiar con ella, pero yo ya sabía cómo tratarla. Creo que también estaba fastidiada por su enfermedad, aunque le encantaba todo eso de quejarse y recordarle continuamente a todo el mundo que estaba a punto de morir. A veces daban ganas de que se muriera de una puñetera vez. Pero seguía aferrándose con todas sus fuerzas a esa vida que se le escapaba poco a poco. Yo la llamaría una eterna insatisfecha. Le gustaba recrearse en sus males, lamentarse de su mala suerte, de su enfermedad, de sus estúpidos problemas de señora rica. No sé exactamente qué tenía. Algo en los riñones. Estuvo enferma desde que la conocí, pero la cosa fue empeorando con los años. Al final ya casi ni se levantaba de la cama.

—Antes de que vinieran a vivir Juan y su mujer, ¿vivía sola?

—Sí. Al principio vivía sola, creo, pero no le sabría decir con exactitud. El hijo pequeño pasaba mucho tiempo en la casa. Toni. Así es como le llamaban todos. No se sabía cuándo iba a quedarse a dormir. A veces se estaba dos meses sin pasarse a saludar y luego se quedaba a dormir tres semanas enteras. Era un chico especial, por decirlo de algún modo. No sé si lo conocen. Siempre iba hecho un desastre. No sé si tenía problemas con las drogas, pero no me extrañaría.

—Tengo entendido que tenía algún tipo de problema mental.

—Sí, ya lo sabía. ¿Y quién no lo tiene? A veces iba al loquero y esas cosas, sí. Pero era un tipo inofensivo. Creo que vivía de lo que le daba su madre.

—¿Qué puede decirme del otro hijo, del mayor?

—¿De Juan? Era un tipo de lo más normal. Más tonto que un zapato, eso sí, el pobre. Se creía un gran hombre. Hablaba mucho. Siempre estaba dando la brasa a todo el mundo. Antes de venirse a vivir acá pasaba a ver a su madre de vez en cuando, los fines de semana y esas cosas. Hasta que se arruinó y todo eso, claro. Era de prever. Ese hombre apenas sabía sumar dos más dos. Creo que el negocio era propiedad de la señora Cárdenas, aunque lo gestionara él. Pobre mujer. Yo diría que la madre siempre supo que el hijo lo echaría todo a perder, pero era su hijo, al fin y al cabo. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Antes lo llevaba el padre. Era el negocio de la familia y esas cosas. Bueno, la nota es que el hijo lo arruinó todo, se quedó sin nada y tuvo que venirse a vivir acá con ella, y también se trajo a la mujer, por supuesto, a esa tal Sara. Pero creo que eso ya lo saben.

El camarero nos había traído las bebidas. Marjorie apagó su cigarrillo, dio un trago al *gin-tonic* y se encendió otro.

—Con Juan no se llevaba tan bien como con el otro —siguió—. No. No era lo mismo. Al menor se lo consentía todo, se lo perdonaba todo. Estaban muy unidos. Verán. Muchas noches Toni se quedaba charlando con la señora Cárdenas en la cama durante horas. Yo los veía. Él le cogía la mano, y se la frotaba, y le daba besos, y la otra le daba bola. A mí aquello me olía mal, no me parecía una relación muy sana, aunque no sabría concretar por qué. Yo diría que estaban demasiado unidos, más de lo que una madre debería estar con su hijo demente. Con Juan, en cambio, la relación era más fría.

—¿Qué puede decirnos de Sara? ¿Se llevaba bien con la señora Cárdenas?

—Oh, no. La señora Cárdenas no apreciaba nada a esa mujer, y desde luego no le gustó en absoluto que su hijo la trajera a vivir allí, a su lecho de muerte. Cuando vas a morirte lo último que quieres es tener que hacerlo delante de tu nuera. Pero tuvo que aguantarse, claro. ¿Qué iba a hacer? Pero la odiaba. No se llevaba pero que nada bien con ella. La trataba peor que a mí. Más de una vez vi a la señora Cárdenas y a su hijo mayor discutiendo por todo esto, y el idiota de Juan la intentaba hacer entrar en razón. Aquel hombre era idiota, en serio. Un hombre no debe permitir esas cosas, que dos mujeres lo zarandeen así. Debería haber defendido a su mujer, o haberse ido de allí, o haber hablado con las dos y hacerles saber quién era el hombre de la casa.

—Eso ha sonado un poco machista —apunté.

—No sea nenaza y escúcheme. ¿Sabe qué hacía, en vez de eso? Nada. Hablar y hablar sin que nadie le escuchara.

La mujer dio un largo trago a su vaso y lo dejó caer con fuerza en la mesa.

—Bueno —dije, acercándome a ella—. Así que Sara y la señora Cárdenas no se llevaban bien. —Aquello me empezaba a parecer interesante.

—Eso es un modo suave de decirlo —dijo Marjorie—. Sara hacía algunos intentos por caerle bien a la vieja, supongo. Intentaba complacerla. Ya saben. Siempre le estaba preguntando si se encontraba bien, si necesitaba algo, esas cosas. Pero la señora Cárdenas no quería ni verla. Esa chica no le gustaba nada. Y a mí, sinceramente, tampoco —añadió, con desdén.

—¿Y eso? —le pregunté.

—No sabría decirle exactamente. No me daba buen rollo, eso es todo. Parecía muy callada, muy modosita, pero no sé por qué siempre me olí que aquello era pura fachada. Ejercía mucho poder sobre su marido, sobre Juan, aunque no lo pareciese. Ellos... Sé que la mujer había sufrido dos abortos. No sé si eso tiene algo que ver. Pero en esa relación había algo malsano, créanme.

—¿Sabe algo de si Juan tuvo o tenía alguna aventura? Con una antigua secretaria, probablemente.

Marjorie arqueó ambas cejas.

—¿Quién? ¿Juan, dice? Me sorprendería mucho. No. En la casa no oí nada al respecto.

—Tal vez fuera una aventura antigua, anterior a todo esto.

—No lo sé. Me parecería raro, la verdad. O puede que no. El tipo era atractivo, supongo, al menos para el concepto de lo que es un hombre que tienen las españolas. Pero miren, si tuvo una aventura, bien por él. Debería haber dejado a esa mujer. Esa mujer era el demonio. Metafóricamente, claro. No soy creyente.

—Se toma usted muy en serio su interpretación de chacha —le dijo Iván.

—Prefiero llamarme trabajadora domiciliaria.

Los tres nos quedamos callados unos instantes, como si hubiésemos perdido el hilo de la conversación. Miré a Iván, que parecía ir un poco borracho. No estaba seguro de si se estaba enterando muy bien de lo que estábamos diciendo.

—No logro entender por qué le caía tan mal Sara —intervine yo—. ¿No la trataba bien?

—Demasiado bien —me dijo Marjorie—. Miren. Esa mujer es una manipuladora. Es su naturaleza, no lo puede evitar. Necesita tener controlado a todo el mundo. Todos lo hacemos, en menor o mayor medida. Escuchen: el ser humano no persigue la felicidad, ni el sentido de la vida ni chorradas de esas. ¿Saben qué es lo que mueve realmente el mundo? —preguntó, apuntándome con un dedo. Iván hizo el gesto de ir a decir algo, pero la mujer no le dejó hablar—. La envidia —dijo—, la lucha por superar al otro. La gente siempre envidia la casa del vecino. No importa que el vecino

viva en una jodida chabola. Es así. Pero hay dos tipos de personas: las que intentan construirse una casa mejor para restregárselo al otro en las narices, y las que queman la casa del vecino.

—También están los budistas, que simplemente se pasan la vida con los ojos cerrados diciendo «ommm» —señaló Iván.

—Bueno —siguió Marjorie, que no pareció desconcertada por aquel apunte a su teoría—, pues Sara es de las que queman la casa del vecino con el vecino dentro. Eso es lo que es.

La miré extrañado.

—No sé por qué dice eso —rebatí, en un tono cortante, como si estuviera ofendido.

—Qué vida tan horrible —dijo Iván—. ¿No creéis? Deberíamos luchar por erradicar el budismo. Iniciar una campaña, algo así.

—¿La conoce? —me preguntó Marjorie—. ¿Conoce a esa mujer?

—Sí, la conozco.

—Ya. Pues no se deje engañar por ella. Si Juan está muerto, como han dicho, no tengo ninguna duda de que ella está detrás de su muerte. A la firme, amigo.

—No, no. Eso es absurdo —repliqué, sintiendo el repentino deber de tener que defender a Sara, no sé muy bien por qué—. No lo creo. Y de todos modos, no estamos seguros de que Juan esté muerto.

—¿Qué quiere decir? ¿No dijeron que lo tiraron de un balcón?

—En principio, se tiró él mismo. Pero eso también es una larga historia.

—Pregonan la nada. —Iván siguió con su rollo, cogiéndome un brazo—. ¿Te das cuenta? La no conciencia, el nirvana. Es como un genocidio mental.

—Tal vez me equivoque —dijo Marjorie, apagando el cigarrillo—. Pero no suelo hacerlo. Escuche, amigo, no se fíe de esa mujer.

No supe qué contestarle. Me empezaba a sentir molesto. Miré a Iván, que se había sumergido en sus propios pensamientos. Cada vez hacía más frío.

—Me tendré que ir ya —dijo Marjorie, mirando la hora en su teléfono móvil—. ¿Quieren saber algo más?

Le pregunté si conocía a algún amigo de Juan, o de su madre, o de Toni, o si sabía el nombre del psicólogo o psiquiatra que había tratado a este, o el de alguien que nos pudiera dar un poco más de información sobre la familia, pero no supo decirme nada. De todos modos, en aquel momento, yo ya no tenía mucho ánimo para seguir con todo aquello. Me empezaba a sentir como un idiota. ¿Qué coño estaba haciendo allí, en Madrid, hablando con aquella chacha? ¿Qué se supone que tenía que descubrir? ¿Por qué tenía que descubrir nada? Todo lo que acababa de decir Marjorie sobre Sara, el tono en el que había hablado de ella, me había dejado una sensación desagradable en el estómago. Mientras la mujer hablaba me habían vuelto a la memoria retazos y frases sueltas de su novela. ¿Quién era realmente Sara? ¿Qué escondía? ¿Era posible que estuviese involucrada en algo siniestro? Las preguntas se iban solapando en mi

cerebro. ¿Por qué la chica del Facebook no había querido decirle nada a Míriam sobre ella? ¿Y qué pintaba la amante en todo aquello, si es que pintaba algo? ¿Y Juan? ¿Seguía vivo? ¿Había muerto? A medida que me alejaba del día en que lo había visto cruzar la calle, mis recuerdos se iban volviendo borrosos. Ya no estaba siquiera seguro de si lo había visto. Tal vez todo hubiese sido una simple alucinación, me dije. Un engaño de la vista. Un error de la mente, una mentira del cerebro.

Llegamos de nuevo al hotel a las siete y media. Todavía era pronto, pero teníamos hambre, así que encargamos unas *pizzas*. Yo me tumbé en mi cama y me puse a ver la tele, para intentar que corriera un poco de aire en mi cerebro. Iván se sentó en el suelo, al lado de la ventana, y extendió a su alrededor un par de libretas, tres o cuatro bolígrafos y media docena de libros: la *Autobiografía* de Bertrand Russell, *Los hermanos Karamázov*, una colección de ensayos de Chesterton, *Una parte del todo* de Steve Toltz, *El Satiricón* y el segundo volumen de *Los ensayos* de Montaigne. Nos comimos las *pizzas* en silencio, y luego salí al pasillo a llamar a Míriam. Tuvimos una conversación corta y trivial sobre cómo nos había ido el día. Le dije que la feria estaba resultando poco productiva, y me sorprendí del aplomo que demostré al soltarlo. Estaba empezando a acostumbrarme a aquello de mentir. Luego me pasó con Eric, y reconozco que me emocionó oír su voz. Nunca había pasado una noche alejado de él. Le pregunté cómo le iba todo, si estaba contento, si se había terminado la cena; él solo gritaba: «¡Papá, papá!». Cuando colgué me invadió una tremenda nostalgia. Me entraron ganas de abandonar de pronto el hotel, correr a la estación y volver a casa a pasar la noche. En vez de eso volví a la habitación, me tumbé en la cama y empecé a hacer *zapping*.

No había pegado ojo en las tres últimas noches y no tardé en quedarme dormido. Caí en un profundo sueño kafkiano con algún tinte freudiano en el que Míriam, Sara y mi madre compartían protagonismo. Me desperté de golpe hacia las tres de la madrugada. Me pasé una mano por la frente, que estaba empapada en sudor, me incorporé y miré alrededor. Iván seguía despierto. Estaba sentado en el mismo rincón de antes, debajo de la ventana, escribiendo a la luz de una pequeña lamparita. El resto de la habitación estaba sumida en una oscuridad tenue, lechosa. Mirándolo allí sentado, me dije que la vida de Iván era mucho más sencilla que la mía; sin mujer, sin hijos, sin horarios, sin responsabilidades. Luego me consolé pensando en que él probablemente moriría solo, y yo rodeado de re combinaciones de mi ADN. Volví a echarme hacia atrás, me llevé las manos a la nuca y me quedé mirando al techo una media hora. Se me había quitado el sueño. No podía sacarme de la cabeza todo lo que nos había contado Marjorie aquella tarde. Cogí el móvil, que estaba en la mesilla, y puse el despertador para las ocho de la mañana. Nuestro tren no salía hasta las cinco de la tarde. Teníamos tiempo de sobra para ir a hacer una visita al pueblo de Sara, a Ambite.

Después de conseguir despertar a Iván, que dormía desparramado sobre su cama, con la ropa puesta, y exponerle el plan del día, que le pareció tan bueno como cualquier otro, recogimos nuestras cosas, dejamos el hotel y alquilamos un coche en el sitio que nos recomendaron en la recepción. Yo me senté al volante, puse el GPS en el móvil y salimos hacia Ambite. Iván tenía pinta de no haber dormido más que un par de horas como mucho, pero aun así aguantó todo el camino despierto, hablándome sin parar sobre sus nuevos proyectos literarios. Me explicó que había pasado la noche esbozando el argumento de una novela satírica contra el budismo, para concienciar a la gente. Me dijo que sentía el deber de poner su talento al servicio de una causa justa, y que por ahora no se le ocurría una mejor. Luego se puso a divagar sobre sus dudas existenciales como artista.

—No sé, tal vez todo esto sea estúpido y absurdo —decía—. Quizá debería seguir escribiendo sobre las aventuras amorosas de Alexandra. La verdad es que no sé por qué de pronto tengo esta necesidad de alcanzar cierto reconocimiento. No quiero el Nobel, solamente quiero que la gente deje de verme como una cincuentona que solo sabe escribir novelas de tercera categoría. Es absurdo, y es muy hipócrita por mi parte, lo sé; pero no puedo evitarlo. Por otro lado, ¿qué hay de malo en ser hipócrita? Nunca lo he sabido. ¿Tú lo sabes?

—Pensaba que buscabas el reconocimiento porque querías ser inmortal —repliqué—. Ya sabes. La clonación de personajes célebres en el futuro y esas cosas.

—Ay, Cristian. No distingues cuando hablo en serio de cuando hablo en broma, ¿verdad?

—Esa diría que es una de las claves de nuestra relación.

Iván se encendió un cigarrillo, bajó la ventanilla y echó el humo fuera.

—A veces pienso que debería suicidarme —sentenció, mirando el paisaje. Habíamos dejado la ciudad atrás.

—Espero que ahora estés hablando en broma.

—Mira, Cristian. Piénsalo. Nunca oirás hablar de ningún gran hombre que haya muerto cómodamente en su cama, rodeado de su familia, después de haber disfrutado de una vida larga y feliz. Para que alguien sea elevado a la categoría de mito o héroe nacional no basta con que haya hecho cosas admirables; es necesario que haya sido asesinado por algún puto lunático, o que haya sido encarcelado injustamente durante treinta putos años, o cualquier otra cosa horrible por el estilo. Esto es cierto para los artistas, aunque creo que puede aplicarse casi a todos los ámbitos del ser humano. La historia tiene que ser siempre didáctica. Hay que dejar constancia de que, por bueno que seas, el universo no va a recompensarte por ello; más bien el muy cabrón te

pillará manía y se cebará contigo.

—Ya. No sé si te sigo. ¿Y por eso crees que tienes que suicidarte?

—No lo sé. Ahora mismo no me apetece nada morirme, en serio. Oye, tal vez podría fingir mi suicidio —propuso, sonriéndome.

—Sí —contesté—. Tal vez yo también acabe fingiendo el mío.

Llegamos a Ambite a las once de la mañana. En la entrada del pueblo había una gasolinera abandonada en la que dos niños de menos de doce años se estaban fumando un cigarrillo. El pueblo no tenía nada de especial. Aparcamos en lo que debía ser la plaza principal y echamos un vistazo al terreno. El cielo estaba parcialmente nublado. Al otro lado de la plaza había un bar, con un par tipos tomándose una cerveza en la puerta. Nos dirigimos hacia allí, entramos y nos sentamos en la barra. Al cabo de una larga espera vino a atendernos un tipo escuálido, de cuarenta y tantos, con el pelo largo y sucio.

—¿Qué va a ser? —nos preguntó el hombre, mostrándonos los dientes que le faltaban.

—Un café solo —dije.

—Que sean dos —dijo Iván.

Unas dos horas después nos trajo los cafés.

—¿Le importa que le haga una pregunta? —le dije.

—¿Que si me importa qué? —replicó el hombre.

—Que le haga una pregunta.

—¿A quién, a mí?

—A usted.

—Esto no cuenta como pregunta, claro —dijo Iván—. De otro modo mi amigo tendría que haber dicho si le importaba que le hiciera dos preguntas.

—Ustedes no son de por aquí, ¿verdad? —dijo el hombre. Muy suspicaz.

—Somos detectives privados —soltó Iván.

Sacó su tarjeta y la deslizó por la barra, y luego se me quedó mirando. Suspiré e hice lo mismo. El tipo tardó unos diez minutos en leer el contenido de las tarjetas.

—¿Detectives privados? —preguntó—. ¿Cómo Sherlock Holmes?

—Más o menos —contestó Iván—. ¿Quiere que le haga una demostración de mis dotes de deducción?

El tipo lo miró con cara de no conocer dos de las tres últimas palabras que había pronunciado.

—Mire —le dije—, iré al grano. Estamos intentando recabar información sobre una mujer que, según tenemos entendido, es originaria de aquí, de Ambite. Se llama Sara Valverde. ¿La conoce?

El hombre hizo ver que pensaba.

—Supongo que se refieren a la hija de la Juani —dijo por fin—. Creo que se

llamaba Sara.

—Ahora tiene treinta y cinco años. Alta, morena.

—Sí, podría ser.

—¿La conoce? ¿La conoció?

—No. Bueno, la tenía vista, de cuando éramos chicos, pero no coincidimos. No les puedo ayudar en mucho. ¿Qué quieren saber?

—¿Sabe si su madre sigue viva? ¿Podríamos tal vez hablar con ella?

—No. No lo está. Murió hace años ya, no sé cuántos. Diez o así.

—¿Sabe con quién podríamos hablar? ¿Alguien que la conociera?

—No sé. Quizá... Esto es por lo que pasó en el río, ¿verdad? —aventuró el camarero, acodándose en la barra.

—¿Y qué pasó en el río? —le pregunté.

—Bueno, ya saben, lo de la chica esa.

—No sabemos nada de ninguna chica. ¿Qué pasó?

—Ah, así que no saben nada. Pensaba...

—¿Qué pasó?

—Yo... No sabría decir, en verdad. Cualquiera les será de más ayuda. Yo por aquella época estaba en la mili, o en Madrid. Durante unos años viví en Madrid, cuando era joven. Tocaba en una banda de punk. Nos llamábamos Los sobacos del Diablo.

—Muy interesante.

—Ah, ya sé —dijo el tío—. Podrían hablar con Cecilia. Vive aquí al lado, y seguro que está en casa. Se pasa la vida encerrada en casa. Estará contenta de charlar con alguien. Y conoce todo lo que pasa en el pueblo.

—¿Y quién es esa tal Cecilia?

—Una antigua profesora de la escuela. Y es de aquí de toda la vida. Seguro que puede decirles un montón de cosas.

Nos explicó dónde vivía, y con aquello dimos por terminada nuestra relación. Iván detuvo mi brazo cuando sacaba la cartera y me dijo, orgulloso de su magnanimidad, que ya pagaba él los dos euros que costaban los cafés. Salimos del bar y anduvimos por unas callejuelas estrechas y retorcidas hasta llegar a la casa que nos había indicado el camarero. Era una casa vieja de paredes blancas con la puerta y los marcos de las ventanas pintados de verde. Llamé tres veces al timbre antes de que Cecilia, apoyada en un bastón de madera, nos abriera la puerta, nos inspeccionase de la cabeza a los pies y nos dirigiera una inmensa sonrisa que hizo que todo su rostro se arrugara como una bola de papel.

—Buenos días —nos saludó, con una vocecita dulce—. ¿Qué desean?

Le explicamos el cuento de que éramos detectives y nos invitó a pasar. Creo que si le hubiésemos dicho que éramos ladrones o violadores nos hubiera invitado igual. Tardamos una eternidad en llegar al comedor. La mujer no solo iba lenta, sino que se detenía en cada fotografía para contarnos la insípida historia que había detrás. Una

vez en el comedor nos hizo sentar en el sofá, nos preparó dos cafés horribles, que nos obligó a beber con su insistente amabilidad, y nos explicó toda su vida, que se resumía básicamente a que una vez de joven fue a París.

—Su viaje a París debió de ser fascinante —le dije por fin, cuando vi una oportunidad—. No me cabe la menor duda, pero ¿le importa que le hagamos unas preguntas? Sobre una chica que vivía aquí.

—Preguntas, preguntas —se quejó la mujer, meneando ligeramente el bastón—. Siempre con preguntas. Bueno, diga. ¿Qué quieren saber?

—Es sobre Sara Valverde. No sé si le suena el nombre. Probablemente la hija de una tal Juani. Ahora tiene treinta y cinco años. Alta, morena. Es originaria de aquí, aunque dejó el pueblo hace años.

—Sí. Ya sé quién es —dijo la mujer.

—¿Qué nos puede decir de ella?

—¿Qué quiere decir?

—Tenemos entendido que pasó algo en el pueblo, en el río. Algo... relacionado con otra chica. No sabemos muy bien.

La mujer bajó los ojos y murmuró algo para sí.

—Ya sé a lo que se refieren. Suponía que me iban a preguntar sobre eso. Tanto tiempo y parece que fue ayer. Oh, sí, han pasado muchos años desde entonces. Era en mi penúltimo año como profesora —dijo, frunciendo el entrecejo, pensativa—, así que hará ya dieciocho años de eso. Sí, dieciocho. Cómo pasa el tiempo.

—¿Usted conocía a Sara?

—Sí, claro. Era profesora suya. Y de la otra chica, de Natalia. Así es como se llamaba.

—¿Nos puede explicar qué pasó?

—¿Para qué quieren saberlo?

—Es una larga historia —admití.

—Es confidencial —dijo Iván a la vez—. Es una larga historia confidencial.

La mujer inspiró profundamente y dejó salir un suspiro maloliente.

—Sara era... —dijo, girando la cabeza hacia un lado—. Bueno, era una chica reservada, muy seria. No tuvo nunca muchos amigos. ¿La conocen, saben qué ha sido de ella?

—Podría ser —repuse.

—¿Está bien? ¿Saben si se ha casado y ha tenido hijos y ha hecho una vida normal?

—Más o menos. No sabría decirle. No la conocemos tanto. Si no le importa...

—Ya. Entiendo. Ella... —dijo—. Bueno, era una chica muy pobre, no sé si lo saben. Yo diría que eran los más pobres del pueblo. Solo tenía a su madre, a la Juani. Su padre era un borracho y no sé qué fue de él. Las abandonó o se murió cuando la niña era pequeña todavía. Así que vivían las dos solas. No muy lejos de aquí, en una casita que hay cerca de la iglesia. Ahora está abandonada. Su madre no trabajaba. Era

una mujer apática, extraña, triste. Nunca daba los buenos días a nadie. De esa clase de personas. Supongo que vivían de la caridad, el gobierno tal vez les daba algo, no lo sé. La casa era de los abuelos, que habían muerto jóvenes. Pobrecita. Pobre Sara. No era mala chica, en absoluto. No hagáis caso a lo que os digan. Puede que fuera fría, o distante, al menos por fuera. Pero en el fondo era una persona muy sensible. Y muy inteligente, también. No estaba hecha para vivir en este pueblo. No, no lo estaba. ¿Quieren más café?

—No, gracias.

—Ni por todo el oro del mundo —apostilló Iván.

—Si quieren alguna otra cosa... Té, zumo, unas pastas.

—¿Tiene cerveza?

—No. En esta casa no hay alcohol.

—Vaya, lo siento. Entonces nada, gracias —siguió Iván—. ¿Se puede fumar, al menos?

—Mejor que no —le dijo la mujer—. Es por las plantas.

—¿Por las plantas? —soltó Iván, que ya había sacado el paquete—. ¿Y qué les pasa a las plantas? ¿Es que se van a poner a toser? ¿Es que les va a pillar un cáncer?

—Por favor —intervine—, prosiga. No haga caso a mi amigo.

Iván resopló y volvió a guardar el paquete.

—Son ustedes una pareja muy divertida —nos dijo la mujer, mirándonos al uno y al otro—, ¿lo sabían?

—Yo lo sospechaba —admití.

—Bueno, bueno —dijo la mujer—. Prosigo. Sí. ¿Por dónde iba? Ah, sí. Sara era una chica pobre. ¿Eso ya se lo he dicho, verdad? No tenía muchos amigos. Supongo que era distinta al resto de niñas de su clase. Más madura, diría yo. No es que tuviese problemas con los demás, simplemente era una niñita muy solitaria. Tenía otros intereses. Era muy diferente a Natalia, en todo caso. Oh, sí. A Natalia le gustaba mucho llamar la atención, ser el centro de todo. Esa chica siempre estaba hablando en clase, molestando. No es que se llevaran mal ni nada de eso. Natalia y Sara, quiero decir. Fue... Todo fue un malentendido.

—¿Qué pasó?

—Bueno, eso no lo sabe nadie con certeza.

—¿Y sin certeza?

—Todo empezó por aquel nuevo profesor. Manu, se llamaba. O así es como le llamaban. Sospecho que en realidad se llamaba Manuel. —La invité con un gesto a que desarrollara el tema—. Era un chico joven —continuó—. Y guapo, y muy inteligente. Venía de la ciudad. Era nuevo, empezó aquí aquel mismo año. No sé cómo fue a parar a nuestra escuela, pero les puedo decir que le gustaba su trabajo. Puede ser que viniese aquí voluntariamente. Fíjense. Sí. Le gustaba enseñar. Se lo pasaba bien en clase, y los chicos estaban encantados con él. Nunca les pegaba. Pero en cambio no se llevaba muy bien con el resto de los profesores. Tampoco es que se

llevara mal. Simplemente no se llevaba de ningún modo. Supongo que a su modo también era un poco como Sara, en este sentido. Era distinto al resto de nosotros. Y bueno, el caso es que se hizo muy amigo de Sara. Suena extraño, ya lo sé. Un profesor y una alumna. Amigos. Nunca habrán oído una cosa así, ¿verdad?

—¿Un profesor y una alumna? —dije—. No, nunca.

—Bueno, no sé si «amigo» es la palabra. Luego hubo muchas habladurías, pero yo no las creo. No creo que pasase nada entre ellos, si les soy sincera. Nada pecaminoso, ya me entienden. No, no —dijo, levantando un poco el bastón—; no lo creo. Miren, yo pienso que simplemente se hicieron muy amigos. Se llevaban bien. Tal vez ella estuviera un poco enamorada de él, no lo sé, pero eso es todo. Era una chiquilla. Sara... Sara encontró por fin a alguien con quien hablar. Alguien que la entendía. Alguien de la ciudad. Tal vez fuera por eso. No lo sé. Ustedes son de la ciudad, ¿verdad?

—Peor aún, señora —apostilló Iván—. Somos catalanes. De Barcelona.

—Oh, vaya —dijo la mujer, compungida—. Yo desde luego no podría vivir allí.

—Uno se acaba acostumbrando.

—Con toda esa gente. No, no. Aunque nunca he estado allí, ¿se lo pueden creer? Pero de joven estuve una vez en París.

—Sí, ya nos lo ha contado —intervine, antes de que volviera a repetir todo el discurso anterior, con la detallada descripción de la Torre Eiffel incluida—. Si no le importa, tenemos un poco de prisa.

—Oh, sí, perdonen. Es por la edad. Perdónenme. ¿De qué hablábamos?

—De Sara Valverde. Nos explicaba que se hizo muy amiga de un profesor de la escuela.

—Ah, sí. De Manu. Así es como se llamaba. Supongo que viene de Manuel, aunque vete tú a saber. El caso es que Sara y él hablaban mucho entre clases. Él le traía libros para leer, creo, novelas y cosas de esas. Le hablaba de autores y novelas y todas esas cosas. Bueno, claro, él era profesor de lengua. No sé si lo había dicho. Pero le hablaba de muchas cosas, no solo de lengua. Luego empezaron a quedar después de la escuela, creo. Iban a tomar algo al bar y a hablar. Nada que no fuera inofensivo, en principio.

—Ya. ¿Y qué pasó?

—¿Qué pasó? Pues que Natalia los vio. O al menos dijo que los había visto. Decía que los había visto... echados por los alrededores del pueblo, en el campo, besándose en la boca y haciendo cosas peores. Eso es lo que dijo. Si había algo de verdad en ello, no lo sé. Yo no lo creo. No. No era propio ni de Sara ni de Manu. Tal vez hubiera algo sentimental entre el profesor y la chica, de acuerdo, pero no creo que la cosa fuera más allá de eso. Él era un buen hombre. No se habría aprovechado así de esa niña. ¿Saben qué es lo que creo? —dijo, entrecerrando los ojos—. Mi opinión es que Natalia estaba celosa. Sí. Natalia estaba enamorada de ese profesor, y no podía soportar que la ignorara, y que se pasara el día con la otra. Y por eso hizo correr el

rumor, que se extendió como la pólvora por todo el pueblo, naturalmente. Ya saben cómo es la gente.

—El ser humano y su amor por las habladurías y los linchamientos —dijo Iván.

—Exacto. Muy bien dicho, joven. El profesor tuvo que dejar el pueblo. Echaban pestes de él. Y aún no había acabado el curso, siquiera. El resto de los profesores tuvimos que hacer horas extra para cubrirle. Pero eso no fue lo peor. No. Todo el mundo se metía con la pobre chica, con Sara. La pobre había quedado destrozada. Imagínense. La única persona con la que se entiende huye del pueblo, y el resto se pasa el día hablando mal de ella. Pobrecita. Por eso todo el mundo la acusó de lo del río.

—¿Y qué pasó en el río?

—Bueno, eso nunca se supo con certeza. No se sabe quién lo hizo, o qué pasó exactamente, o si fue un accidente o no. Era primavera. Mayo, creo. A finales de curso ya. La pobre Natalia... La recuerdo flotando cabeza abajo, con una mancha de agua roja alrededor de su cabello. Se había quedado enganchada en unas ramas, donde el río se estrecha, a un par de kilómetros de aquí. Todo el pueblo fue a verla. La policía tardó en llegar unas dos horas. Tenía la cabeza destrozada. Quizá se cayese, quién sabe. Pero como mínimo la cosa resultaba sospechosa.

—¿Qué pasó después de eso?

—Nada. Vino la policía, pero no pusieron mucho empeño en el asunto. No sé cómo es la policía en Barcelona, pero aquí da bastante pena.

—Creo que eso es algo universal —afirmé—. Viene con el oficio.

—La vida siguió su curso —continuó la mujer—. Pero la gente rehuía a Sara. Las amigas de Natalia quedaron conmocionadas. No querían saber nada de Sara, decían que estaba loca, que lo había hecho ella. Sus padres vinieron a hablar con la escuela. Querían que la echáramos de allí. Como si pudiéramos hacer tal cosa. De todos modos no hizo falta, porque la propia Sara dejó de acudir a clase. Y ya casi no la volví a ver. Desde entonces se pasaba el día encerrada en casa, con su madre. No acabó los estudios, y tampoco se puso a buscar trabajo. No sé qué haría todo el día recluida en esa casa. Un par de años más tarde, cuando cumplió la mayoría de edad, hizo las maletas y se fue del pueblo. Y ya no la vimos nunca más. Nunca vino a ver a su madre ni nada.

La mujer se quedó mirando el suelo. Yo me imaginé a Sara de jovencita, encerrada en su casa, en aquel pueblucho.

—¿Usted cree que fue ella? —pregunté—. ¿Cree que Sara le hizo eso a la chica?

—Es posible —dijo la mujer—. Sí —siguió, después de un largo silencio—. Uno no va andando por el monte, se cae, se abre la cabeza y va a parar al río así como así, ¿no creen?

—Bueno —admití—, tampoco me parece imposible. Yo soy bastante torpe.

—La policía dijo que había sido un accidente. Pero... Mire. Si me preguntan a mí, creo que sí, que la mató. Pero tal vez la otra se lo tuviera merecido —declaró la

mujer, dando un golpe con el bastón.

Iván y yo nos miramos. Justificar el asesinato de la pobre Natalia con aquel aplomo era, como mínimo, sorprendente en aquella anciana por lo demás adorable.

—Oiga —le preguntó Iván, acercándose a ella—. ¿Usted qué piensa del budismo?

—¿El qué?

—El budismo. Ya sabe, un montón de tipos con la cabeza afeitada, vestidos iguales, repitiendo todo el santo día «omm», «omm», así, con los ojos cerrados.

—Mire, joven —le dijo la mujer, apuntándole con el bastón—. En esta casa están prohibidas esas cosas. Solo hay un Dios. Se llama Jesucristo, y murió en la cruz por todos nosotros.

No sacamos mucho más de aquella mujer. Cuando conseguimos abandonar su casa —la mujer se empeñó en que tomásemos algo más, que acabó siendo un zumo caducado que hubiésemos cambiado por un litro de su café—, nos encendimos un cigarrillo e Iván me preguntó si quería ir a algún otro sitio a seguir indagando. Las nubes habían desaparecido del cielo, que estaba de un azul eléctrico. Después de darle un par de vueltas a la pregunta, le dije que no, que creía que ya no íbamos a descubrir nada más allí. Cogimos el coche de regreso a Madrid —Iván durmió durante todo el trayecto—, lo devolvimos a la empresa, comimos algo por el centro y luego matamos el tiempo paseando por una librería. Creo que por entonces yo ya empezaba a estar harto de toda esta historia. Ya no quería saber nada más ni de Sara, ni de Juan, ni de nada de todo aquello. Solo quería volver a casa, con mi hijo y mi esposa.

Subimos al tren a las cinco. Llegamos a Barcelona sobre las siete y media. Cogimos el metro y nos despedimos en la estación del Clot, donde se bajaba Iván. Cuando llegué a casa serían cerca de las ocho. En cuanto abrí la puerta, Eric vino corriendo a abrazarme. Me dio la sensación de que en solo dos días había crecido medio palmo. Lo llené de besos y lo llevé conmigo hasta el comedor. Míriam justo se estaba levantando del sofá, con esfuerzo. Se acercó a mí despacio, tambaleándose con su enorme barriga, me dio un beso en la mejilla y me preguntó cómo me había ido el viaje.

—Bien. ¿Y tú? —le pregunté—. ¿Cómo has pasado estos dos días?

—He estado muy bien —me respondió, con una media sonrisa—. Muy tranquila. Los dos se han portado muy bien. ¿Ha valido la pena ir a la feria?

—No mucho, si te soy sincero —le dije, y, al ver que no me temblaba la voz, me envalentoné—: No había tanta gente como esperaba. Yo quería que Iván firmara libros, pero se niega a mostrar su cara al público. No quiere que lo relacionen con sus novelas sobre Alexandra. Por lo menos he podido conocer a otros editores y a agentes.

—A ver si hay suerte y publicas algo pronto que nos haga ricos.

—Sí. Ojalá.

—¿Cómo llevas el tema de la novela de la vecina?

—¿De Sara?

—Sí, claro.

—No sé. No hemos vuelto a hablar desde lo de su marido. No sé si seguiremos adelante. ¿Has tenido náuseas, algo?

—No. Todo ha ido perfecto, de verdad. Tu madre me ha ayudado mucho. Me acaba de traer a Eric, de hecho. Hoy no he salido de casa en todo el día.

Nos sentamos en el sofá. Me incliné hacia Míriam, le cogí las manos y le dije que no debería haberme ido.

—Debería haberme quedado aquí contigo. Lo siento, he sido un estúpido. Esto de marcharme ha sido una tontería que no ha servido para nada. Y aunque hubiese servido de algo da igual. No tendría que haberte dejado sola. Te podrías haber puesto de parto, o... vete a saber. Y te he echado mucho de menos.

Míriam me miró con una expresión que decía que había hecho bien en disculparme, y que me concedía una pequeña tregua, pero que aún seguíamos peleados y que tendría que hacer algo más si quería que firmáramos la paz. Yo no soy muy bueno interpretando miradas y pensé que me decía que era hora de empezar a preparar la cena.

Durante la siguiente semana mi vida pareció volver paulatinamente a la normalidad. Por fin empezaba a dejar atrás todos mis problemas. Estábamos casi a finales de mayo. Las temperaturas habían empezado a subir, las calles estaban llenas de turistas, las terrazas de los bares a rebosar. Con Míriam volvíamos poco a poco a actuar como la adorable pareja que siempre habíamos creído ser. Hablábamos, reíamos, nos dábamos algún beso de vez en cuando. Aunque es cierto que seguía existiendo cierta tensión en el ambiente, como si en cualquier momento, por cualquier nimiedad, pudiese estallar entre nosotros una nueva discusión que pusiese punto final a nuestro matrimonio. El negocio, en principio, seguía como de costumbre, lo que significaba que no estaba vendiendo apenas libros. Pero en esa época del año —desde mediados de mayo hasta finales de junio, más o menos— nadie vende libros, así que al menos podía consolarme pensando que mi editorial no iba peor que el resto. La verdad es que aquel pequeño parón en el mercado me fue de fábula para que me pusiera un poco las pilas y me reconciliara con mi trabajo. Volví con ganas a la editorial y me pasé la semana leyendo manuscritos sin descanso, hasta dar con un par que no eran malos del todo, y que acabé comprando. Además, Iván parecía que se había puesto en serio con su comedia satírica sobre el budismo. Puede que no fuera el tipo de libro que, de entrada, yo hubiese deseado que escribiera, pero bueno, algo era mejor que nada. Aunque lo mejor de todo era que por fin parecía que había conseguido quitarme de la cabeza a mis vecinos. Puede sonar extraño, después de todos los descubrimientos que había hecho durante mi visita a Madrid, que más que ofrecerme respuestas habían acabado por formular preguntas nuevas que añadir a todo aquel misterio. Pero el caso es que aquel viaje había acabado convirtiéndose en una especie de catarsis. Creo que me sentía tan estúpido y tan ridículo por haber ido allí y haberme hecho pasar por detective que simplemente se me quitaron las ganas de seguir investigando. Por fin podía volver a dormir por las noches. Ya no tenía ningún interés en Sara ni en los paseos de su difunto marido. Me daba absolutamente igual lo que hubiese pasado entre ellos. Por mí, como si Juan quería instalarse de nuevo en su casa y hacer como si nada.

Sí, parecía que mi vida regresaba a su cauce. Durante siete días pude volver a disfrutar de la dulce y aburrida rutina. Por desgracia, las cosas iban a complicarse repentinamente, y mucho.

Era viernes por la tarde. La mañana había sido productiva y el clima era estupendo. Acababa de recoger a Eric de la guardería y nos dirigíamos a un parque cercano a

jugar un poco antes de volver a casa. El niño también parecía estar mejor. No había tenido ninguna pataleta en toda la semana y no había vuelto a morder a nadie. Durante nuestro paseo, después de pararnos a comprar algo para merendar en una panadería, decidí sacar el tema de las mordeduras y de que fuera a tener un hermanito y todo eso. Ya iba siendo hora de tener una de esas famosas charlas entre padre e hijo. Eric estaba empezando a decir palabras sueltas, la mayoría de las veces incomprensibles. Cuando le pregunté si le hacía ilusión tener un hermanito, me dijo:

—No. —Y lo repitió unas diez veces más, para que quedase claro.

—Podrás jugar con él y enseñarle un montón de cosas —le dije. Estaba claro que no habíamos empezado con buen pie—. Le podrás contar cuentos, enseñarle a cantar canciones...

Eric siguió repitiendo que no unos cinco minutos más. Cuando se calló, probé de ir directo al tema de los mordiscos.

—Está bien, dejemos eso por el momento. Eric, mira. Tu profesora me ha explicado que has mordido a algunos de tus compañeros. ¿Es eso cierto? ¿Has mordido a tus compañeros?

Pensaba que se haría el sueco, o que lo negaría, pero en vez de eso me respondió con un «sí» rotundo y orgulloso, y acto seguido se abalanzó sobre mi pierna para morderla.

—No, no —le dije, deteniéndolo—. No hay que morder, Eric. Cuando muerdes haces daño. No hay que hacer daño.

—¡Hacer daño, hacer daño! —repitió.

Tendría que haberle reprendido, lo sé, pero no pude. Creo que era la primera vez que encadenaba dos palabras seguidas, y las había pronunciado a la perfección.

—¡Muy bien! —le dije—. Estás empezando a hablar ya como un niño mayor.

—¡Hacer daño! ¡Hacer daño!

—¡Sí, hacer daño! —grité, sonriéndole y acariciándole la cabeza. Entonces descubrí que ya habíamos llegado al parque, y que una madre nos observaba a escasos metros de distancia con ojos inquisitoriales—. Pero bueno —me apresuré a decir, en voz alta y clara—, no hay que hacer daño, Eric. «Ante todo, no hagas daño». No lo digo yo, sino que lo dice Hipócrates. ¿Sabes quién es Hipócrates?

No estoy seguro de por qué metí a Hipócrates por allí en medio. Supongo que pensé que introducir un poco de cultura en mi conversación con Eric me haría parecer mejor padre a ojos de aquella mujer. No tengo claro que diera resultado.

Me senté en un banco. Eric se puso a jugar con dos niños un poco mayores que él. Yo lo observaba divertido. Luego me recliné en el banco, miré al cielo y me dije que me sentía más o menos feliz, y me felicité porque además llevaba tres días sin fumar, y por el momento lo estaba llevando la mar de bien.

Cuando iba a levantarme para decirle a Eric que era hora de irnos para casa, sonó mi móvil. Era Míriam. Quería pedirme que comprara pan por el camino. Nos despedimos con un «te quiero» y colgamos.

Antes de que pudiera llegar a guardar el móvil en el bolsillo, volvió a sonar. Lo miré. Me llamaban desde un número desconocido.

—¿Sí?

—Hola —dijo una voz. Era una voz de mujer joven, bastante aguda, un poco molesta—. Soy Ana Soto.

—¿Quién?

—Ana Soto. Llamo por la oferta de trabajo.

Al principio, no caí. Pensé que se habrían equivocado de número y estuve a punto de colgar. Pero entonces la chica pronunció el nombre de mi editorial y luego dijo no se qué de un mensaje por LinkedIn.

«Coño —pensé—. La amante».

—Ah, sí —respondí, dubitativo—. ¿Ana, dices? Sí, ya me acuerdo. ¿Es... es por lo de la entrevista de trabajo, verdad? ¿El mensaje de LinkedIn?

—Sí, exacto.

—Ya, encantado. Yo soy Cristian. Gracias... Gracias por llamar. Esto... Bueno. Sobre la oferta esa, la verdad es que... que...

Que no sabía qué decirle. Lo cierto es que ni siquiera sabía qué le había dicho Míriam a esa chica a través de LinkedIn. No sabía muy bien ni qué coño era aquello de LinkedIn. La chica seguía esperando una respuesta.

—Esto... —mascullé—. El caso es que... bueno...

—¿Cuándo quiere que hagamos la entrevista? —me preguntó entonces ella, impaciente. Antes de que pudiera decir nada, añadió—: ¿Le parece bien el lunes a primera hora?

—¿Perdón?

—Si le va bien el lunes por la mañana.

—Ostras —le dije, sorprendido—. ¿No te parece un poco atrevido establecer tú la fecha de la entrevista? Quiero decir... ¿Es algo que sueles hacer?

—Bien, digamos que me gusta llevar la iniciativa —me dijo—. Soy una joven muy... de las que llevan la iniciativa.

—Ya, claro. Bueno, mira —le dije—. Lo cierto es que... —Iba a decirle que ya había cubierto la plaza y que lo sentía, pero no sé por qué lo que salió de mis labios fue—: Lo cierto es que el lunes me va bien. Sobre las nueve. ¿Te parece?

—No suelo despertarme hasta las nueve y cuarto —me dijo.

—Oye —contesté, confuso—, ¿tú has hecho alguna vez una entrevista de trabajo? Bueno, da igual. Que sea a las diez, pues.

—Estupendo.

—Ya.

—Muchas gracias por esta oportunidad —me dijo—, no la desaprovecharé.

—Seguro.

—Hasta el lunes.

—Hasta el lunes.

Colgué y, al ver mi rostro reflejado en la pantalla del móvil, me dirigí una mirada de desaprobación. ¿Por qué coño había tenido que quedar con ella? ¿Por qué no le había colgado directamente el teléfono? Estaba claro que mi cerebro me había jugado una mala pasada, el muy cabrón.

Guardé el móvil de mala gana y fui a buscar a Eric.

—Hora de irnos —le dije.

Me pasé todo el camino refunfuñando. Cuando llegamos a casa me di cuenta de que me había olvidado de comprar el pan y tuve que volver a bajar. No me podía quitar a la tal Ana Soto de la cabeza. Mierda. Ya estaba otra vez enredado en aquella historia. Joder. ¿Por qué coño me tenía que haber llamado ahora aquella mujer? Dios, si debía de hacer un mes que Míriam le había enviado el mensaje por LinkedIn. ¿Quién tarda un mes en responder a una oferta de trabajo? No sé cómo aquella chica había conseguido el trabajo de secretaria en la inmobiliaria de Juan. No sé cómo había conseguido nunca ningún trabajo.

En fin. Compré el pan, volví a casa y me puse a preparar la cena. Míriam dejó a Eric en el comedor, con los dibujos puestos, y vino a sentarse a la mesa de la cocina.

—Parece que ya empieza el verano. Menudo calor ha hecho hoy —me dijo.

—Sí —mascullé, intentando sin mucho éxito esconder mi mal humor.

—Hoy estrenan la nueva peli de Woody Allen.

—Ah. Ya. Bueno, ya sabes que no me gustan especialmente sus películas.

—Me encantaría poder ir al cine. Creo que ya no vamos a poder ir hasta dentro de dos o tres años.

—¿De qué va? —le pregunté, mientras empezaba a cortar el pan en rebanadas.

—¿La peli? Ni idea. Pues de lo que van las películas de Woody Allen. De relaciones humanas y esas cosas.

—Un rollo, vamos. Entiéndelo —le dije—, me paso el día leyendo. Cuando voy al cine solo pido una concatenación de explosiones y puñetazos. Cuanto menos diálogo mejor. Joder —exclamé. Me acababa de hacer un corte en la mano.

Dejé el cuchillo y me lavé la herida en el fregadero.

—¿Todo bien? —me dijo Míriam—. Te noto un poco... ¿cabreado?

—Ya, bueno, puede ser —le dije—. Lo siento. No es nada. Cosas del trabajo que me tienen preocupado. No he tenido un buen día.

—¿Problemas con algún libro?

—Más o menos. Digamos que me he metido en una historia en la que no me debería haber metido.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Es... por un libro alemán que compramos. No voy a vender un solo ejemplar, va a ser una ruina. Pero ahora ya he pagado el anticipo, y tengo al traductor a medias. Demasiado tarde para echarse atrás.

—Mientras no lo hayas publicado aún... Nunca es tarde para echarse atrás.

—No. Supongo que no —admití.

«Nunca es tarde para echarse atrás», repetí mentalmente.

Exacto. Eso era. Aún estaba a tiempo de echarme atrás, y eso es lo que iba a hacer, por supuesto. Mañana a primera hora llamaría a la tal Ana Soto y le diría que lo sentía, pero que había cerrado el negocio, o que había encontrado a algún otro para el puesto, y me olvidaría de una vez por todas de aquel asunto. Esto, sin embargo, era más fácil de decir que de hacer. El problema era que toda aquella historia ya se había vuelto a meter en mi cabeza, y ahora ya no había modo de sacarla de allí. Hasta empezaba a tener ganas de volver a fumar.

Acabé de preparar la cena y nos sentamos todos en el comedor. Cuando acabamos de comer, Míriam fue a acostar a Eric y yo me puse a fregar los platos. Luego vimos un poco la tele y nos fuimos a la cama. Antes de llegar a tumbarme ya sabía que aquella noche no iba a pegar ojo.

No lograba dormirme. Me revolvía en la cama, inquieto. Por mi cerebro desfilaban imágenes de Sara, de Juan, del hermano de Juan. Míriam había caído dormida en un santiamén y roncaba apaciblemente a mi lado. Sobre las doce me levanté al baño. Fui a la cocina a beber un poco de agua y volví a tumbarme. Nada. Me sentía agotado, pero era imposible que llegara a dormirme, estaba demasiado nervioso.

Cada tanto iba mirando el reloj. Las doce y media, la una, las dos menos cuarto. A las dos y media no pude más y decidí bajar a por tabaco. Tomar un poco el aire, estirar las piernas, aspirar un poco de nicotina. Seguro que me sentaría bien. Conocía un antro a tres o cuatro calles que probablemente seguiría abierto. Me levanté con cuidado de la cama, me vestí, me puse los zapatos y salí de casa procurando no hacer ruido.

La noche era cálida, húmeda, densa. No había casi nadie en la calle. Después de andar unos diez minutos llegué al bar. La persiana estaba a medio bajar. Me agaché, me metí dentro, le pedí cambio al camarero y saqué un paquete de Camel. Al salir de nuevo a la calle me encendí un cigarrillo, que me mareó un poco. Me puse a andar de vuelta a casa, tranquilamente. No sabía qué coño le diría a Míriam en caso de que se despertara y descubriera que me había ido de casa. Las únicas excusas que se me ocurrían —que había ido a tomar una copa, que tenía una amante— eran peores que la confesión de que seguía enganchado al tabaco. Qué coño, le diría la verdad. Ya estaba harto de mentirle. Le diría que no podía dormir, que estaba muy nervioso y que había decidido bajar a por tabaco. Sí, seguía enganchado al tabaco. Tampoco era tan grave.

Cuando llegué a nuestra calle me detuve para fumarme un segundo cigarrillo antes de subir a casa. Me lo encendí, apoyé la espalda en una farola y dirigí la mirada

hacia nuestro portal, que estaría a unos diez metros de distancia. Llevaría un par de minutos allí cuando oí un leve chasquido, y al momento vi que nuestra puerta se abría y que salía por ella una figura. Nuestra calle no está muy bien iluminada y tardé un poco en reconocerla. Era Sara. Iba vestida de negro, con lo que parecía un chándal, que no encajaba en absoluto con el bolso que llevaba debajo de un brazo. Cerró la puerta tras de sí y, mientras fisgaba en el interior del bolso, como comprobando que lo llevara todo, se puso a andar en mi dirección. No sé exactamente por qué —o porque no quería que me viese, nada más— me di la vuelta de un salto, corrí hasta girar la esquina y me escondí en el hueco del portal más cercano. Oí pasos que se acercaban y luego que pasaban de largo. Saqué ligeramente la cabeza del portal y vi a Sara, que pasaba a escasos metros de mí. No me había visto. Cruzó la calle y siguió alejándose.

Miré la hora. Eran prácticamente las tres. ¿Adónde coño iba ella a esas horas? Tiré el cigarrillo, que estaba en las últimas, y me llevé de inmediato uno nuevo a los labios, aunque no lo encendí. Aquello se estaba complicando. Maldita sea.

Debería haberme ido a casa, lo sé, pero me había vuelto a picar la jodida curiosidad. ¿Adónde podía ir Sara a esas horas? ¿A verse con alguien? ¿Con su marido? ¿Con el hermano de este? Bueno, estaba claro que no iba a poder quitarme aquello de la cabeza sin más. Mi paseo nocturno había acabado por empeorar las cosas. No era solo que no fuera a pegar ojo aquella noche, es que si me iba directo a casa ya no iba a poder pegar ojo en toda una semana, por lo menos. Aquellos siete días de tranquilidad habían sido un jodido espejismo. Ya volvía a estar como antes, comiéndome la cabeza con todo aquel misterio. Todo aquello iba a acabar por destrozar mis nervios, o lo que quedaba de ellos, y ya de paso también mi matrimonio y mi trabajo y toda mi vida al completo. No. No iba a permitirlo. No podía simplemente volver a la cama, pretender que no había visto nada y olvidarme del tema. Debía llegar al fondo de aquel asunto, y aquella parecía una oportunidad única para hacerlo.

Cuando consideré que Sara estaba a una distancia prudencial, volví a guardar el cigarrillo en el paquete, agaché la cabeza, metí las manos en los bolsillos y me puse a seguirla.

Anduvimos un par de calles, giramos a la derecha en Espronceda y subimos hasta Pallars. Luego doblamos a la izquierda, caminamos tres o cuatro calles, cruzamos la Rambla y seguimos un par de manzanas más. No había nadie por la calle a esas horas y no tuve problemas para ir tras ella. Sara andaba con decisión, pero sin prisa, y afortunadamente no se dio la vuelta en ningún momento, así que estoy seguro de que no me vio.

Cuando llegó a Pallars con Ciutat de Granada se detuvo. Yo hice lo mismo y me escondí detrás de un árbol, asomando la cabeza lo justo para no perderla de vista. Sara se acercó a una puerta, sacó unas llaves de su bolso, las introdujo en la cerradura, la abrió y se metió dentro. Me fijé en el edificio y me di cuenta de que

debía de ser su restaurante, o su proyecto de restaurante. Recordé que alguna vez había dicho que estaba por Pallars. Era un local grande. Recorría buena parte de la manzana, hasta la esquina. Las paredes estaban pintadas de azul claro, y encima de lo que debía ser la entrada principal había un cartel en el que pude leer, en efecto: Medina's. Comida madrileña.

Estuve un par o tres de minutos allí plantado, detrás de aquel árbol, sin saber muy bien qué hacer. Agucé el oído, pero no escuché nada. ¿Eso era todo? ¿Sara había salido de casa a las tres de la madrugada para echar un vistazo a su restaurante nada más? ¿Se suponía que debía volver ya para casa? Al final me animé y me acerqué a husmear. La puerta por la que se había metido estaba en el extremo del restaurante más cercano a mí. Era metálica. Tenía pinta de ser para el servicio. Lo más probable es que diese directamente a la cocina o al almacén. La entrada principal estaba un poco más allá, con la persiana bajada. Me acerqué allí y arrimé una oreja. Nada.

Iba a volverme para casa cuando escuché el ruido de una cerradura, y vi que la puerta por la que se había metido Sara hacía unos minutos volvía a abrirse. Corrí a agacharme entre un par de coches. El pulso se me aceleró de golpe. El escondite era bastante precario y, si Sara salía y se ponía a andar en mi dirección, estaba claro que me iba a pillar, allí en cuclillas. De todas las excusas absurdas que se me ocurrieron en apenas dos segundos, probablemente la más razonable era la de que había salido a correr y ahora estaba haciendo estiramientos. Afortunadamente, ella se marchó en la otra dirección —es decir, por donde habíamos venido, en dirección a nuestro edificio—. Supuse que habría venido a coger o dejar algo y que regresaba ya a casa. Levanté lo justo la cabeza para poder ver cómo giraba la primera esquina a la derecha. Me pareció que llevaba algo en una mano, una bolsa de basura tal vez.

Cuando estuve seguro de que había desaparecido de mi campo visual, volví a levantarme, ya más tranquilo, y respiré hondo. Hora de volver también a casa, me dije. Salí de entre los dos coches, me apeé en la acera y me puse de nuevo a andar. Al pasar por delante de la puerta metálica por la que acababa de salir Sara, me detuve un momento y le eché un vistazo. Me pareció que no estaba cerrada del todo, solamente encajada. No sé por qué —fue un gesto automático, impremeditado—, estiré un brazo para tocarla, y entonces la puerta se abrió un poco.

Recuerdo que llegué a pensar que, si Sara no había cerrado la puerta, quizá fuera porque solo había salido un momento, que solo había salido a tirar la basura. Mi teoría quedó confirmada al momento, cuando, al dirigir de nuevo la vista hacia la izquierda, vi que ella volvía a aparecer por la esquina. Se me erizó la piel. No tuve tiempo de sopesar todas mis opciones, que de todos modos no eran muchas. Rápidamente, antes de que Sara pudiese verme, acabé de empujar la puerta y me metí en el restaurante.

Me apresuré a encajar de nuevo la puerta, y al momento todo quedó sumido en la penumbra. Parecía que había alguna luz encendida un poco más allá, pero apenas llegaba a iluminar tenuemente el pequeño pasillo en el que me encontraba yo en

aquel momento. No sabía qué hacer, ni adónde ir, y por unos instantes me quedé paralizado. Creo que mi corazón dejó de latir por unos segundos. Cuando oí unos pasos acercándose a la puerta, empezó a latir de nuevo, con fuerza. Avancé a tientas por el pasillo, buscando un lugar en el que esconderme. Escuché que la puerta se abría lentamente a mis espaldas, y en ese preciso momento mi mano dio con algo. Un tirador. Empujé hacia abajo, abrí una puerta pesada y me metí en una especie de cuartito oscuro y estrecho. Cerré la puerta en el mismo momento en el que Sara cerraba la de la calle.

Tardé un poco en entender dónde me había metido. En aquel momento solo me podía concentrar en Sara. Intentaba escuchar sus pasos, pero mis latidos ya eran ensordecedores. Me costaba respirar. Pegué la oreja a la puerta y me pareció percibir el eco de unos pasos, primero acercándose y luego pasando de largo, hasta desaparecer.

Me despegué de la puerta y solté un suspiro de alivio. Giré la cabeza aquí y allá, pero no podía ver nada. A mi alrededor había una oscuridad densa, casi palpable. Si me movía un poco, daba inmediatamente con algo, como si estuviese encajado en alguna especie de armario o despensa. Entonces empecé a sentir el frío, y me di cuenta de dónde me encontraba: en una cámara frigorífica.

Por entonces ya hacía rato que no había vuelto a escuchar pasos de Sara, ni ningún otro tipo de ruido. Estaba a tiempo de salir de allí, cruzar el pequeño pasillo y —si Sara no había cerrado la puerta con llave— largarme a la calle sin ser visto. El problema es que estaba histérico. Incluso metido en un frigorífico me costaba mantener la cabeza fría. Inspiré profundamente. Me incliné un poco, para buscar el tirador interior de la puerta. Al hacerlo, mi espalda chocó con algo. Noté un movimiento a mis espaldas, y entonces algo se posó en mi hombro.

Estuve muy cerca de ponerme a chillar como una cría histérica. No podía verlo, pero, si aquello que acababa de caer sobre mi hombro no era una mano, se le parecía mucho. Un escalofrío me recorrió la espalda. Sacudí los hombros hasta expulsar lo que fuera que se había posado en ellos y al momento me di la vuelta. Pegué la espalda a la pared, con el corazón golpeándome el pecho con fuerza; saqué como pude mi teléfono móvil del bolsillo del pantalón e iluminé la oscuridad que se ceñía frente a mí.

Y allí estaba, empotrado contra la pared entre varias cajas, con la boca abierta, el cuello torcido, los ojos en blanco y un enorme cuchillo de carnicero hundido en el corazón. Alrededor del cuchillo se extendía una densa mancha de sangre. Su barba había seguido creciendo desde la última vez que lo vi, y tenía el rostro desencajado, con una expresión grotesca, terrible, pero no tuve problemas para reconocerlo.

Era Juan. Era el cabrón de mi vecino.

Esta vez juro que estaba muerto.

Y allí estaba yo, encerrado a oscuras en un frigorífico con el cadáver de mi vecino, tenso como la cuerda de un arco, con el corazón golpeándome enloquecido el pecho, como si quisiera salir de allí y marcharse corriendo. Joder, aquel tío no paraba de morir. Aún me sorprende no haber caído fulminado allí mismo yo también, muerto de puro terror. Durante los siguientes cinco minutos fui incapaz de moverme. Me quedé petrificado. Mi vida entera pasó ante mí. Me pareció aburrida. Cuando vi que era capaz de volver a moverme no me lo pensé dos veces. Di media vuelta, abrí la puerta de la cámara frigorífica —sin pensar siquiera en la posibilidad de que Sara pudiera estar rondando por allí—, crucé tambaleándome el pasillo y salí a la calle.

Todo lo que sigue es confuso. No recuerdo el trayecto de vuelta a casa, no recuerdo volver a ponerme el pijama ni tumbarme en la cama. No recuerdo apenas nada del resto de aquella noche, ni de la mañana siguiente. Caí en un estado febril. Tuve sueños y visiones delirantes. Un revoltijo vertiginoso de imágenes y recuerdos se arremolinaban ante mis ojos. Recuerdos que creía enterrados para siempre reaparecían caprichosamente ante mí. Vi a mi madre meciéndome en sus brazos con un cigarrillo entre los labios. Vi recuerdos de mi infancia que no se basaban en fotografías. Vi a mi profesora de primero comentándole a mi madre que era un caso perdido. Vi a Míriam en su primer día en nuestro instituto. Vi lo borracha que iba la primera noche que nos enrollamos. Vi todos los libros que había publicado mi editorial y que habían acabado siendo un fracaso y todos aquellos que había rechazado y que se habían convertido en un éxito. Luego empecé a tener sueños tétricos, espeluznantes. Vi a Juan paseándose por la calle con un cuchillo clavado en el pecho, y a Sara clavándole ese cuchillo y riéndose a carcajadas. Vi los sesos de Natalia flotando en un río. Vi a Míriam dando a luz a un niño siniestro que no se parecía en nada a mí, y a Eric devorando a su profesora en un baño de sangre, entre el horror y los gritos del resto de niños de su clase.

Mi memoria y mi imaginación se entremezclaban desatadas en mi mente. A ratos recuperaba la conciencia, y las imágenes de lo que me rodeaba en aquel momento —la habitación, la primera luz del día filtrándose por la persiana— se mezclaban grotescamente con mis visiones. Recuerdo sudores y escalofríos. Recuerdo las ventanas abriéndose, la luz del sol en mi cara. Recuerdo a Míriam poniéndome una mano en la frente, y luego mirando un termómetro con cara de pánico, y luego diciendo algo de llamar a un médico, después al médico, o lo que deduzco que era el médico. Más tarde todo se volvió oscuro. Empecé a hundirme en el colchón, como si pesara una tonelada, y finalmente caí en un sueño profundo del que no recuerdo nada.

Por la noche me encontraba un poco mejor. Míriam me preparó una sopa, que me trajo a la cama. Se sentó a mi lado y me pasó una mano por la cabeza.

—Te veo mejor. ¿Te has recuperado un poco? —me pregunto.

—Sí —mascullé.

—Ven, incorpórate un poquito. Así —dijo ella, mientras me ayudaba y me ponía un cojín en la espalda—. Te ha pillado fuerte. Me tenías preocupada. Toma, te he preparado un poco de sopa.

Me puso una bandeja en las piernas, con el plato de sopa, y me dio ella misma la primera cucharada.

—Gracias —dije, confuso y cansado.

Cogí la cuchara, que me costaba sostener, y comí un poco de sopa. Cuando no pude más le hice un gesto a Míriam para que se la llevara, me tumbé hacia un lado y seguí durmiendo. Me desperté de madrugada. A mi alrededor todo permanecía en silencio. Me puse una mano en la frente. No estaba sudado, no parecía tener fiebre. Me encontraba bastante mejor, pero me sentía realmente agotado, como si acabase de huir de una turba enfurecida. Míriam dormía a mi lado en una postura que me hizo sufrir por el bebé. Tuve ganas de darle un beso, pero me vi incapaz de llegar hasta su mejilla. Cerré los ojos de nuevo e intenté volver a dormirme.

Pensé en Juan, por supuesto. Ahora que podía volver a pensar con un poco de claridad, no podía quitarme esa imagen de la cabeza. Ese rostro. El cuchillo, la sangre. Toda aquella historia se había ido complicando hasta un punto insospechado. ¿Qué coño estaba pasando? Quizá —pensé— había llegado el momento de hablar con Míriam y ponerla al corriente de las últimas novedades. No lo tenía claro. No sabía cómo iba a reaccionar, y la pobre estaba a punto de parir; lo último que necesitaba era verse inmersa en un complot asesino. No; no podía explicarle todo aquello, o no todavía. Pero tampoco podía quedarme de brazos cruzados, sin hacer nada. Acababa de descubrir un cadáver, y tenía una hipoteca que me obligaba a vivir durante los próximos treinta años puerta con puerta con la principal sospechosa de su asesinato. Siempre es incómodo tener que compartir ascensor con un vecino, pero aquel horizonte me parecía sencillamente insoportable.

Tenía que llamar a la policía, y cuanto antes.

Me pasé todo el domingo en la cama. A media mañana Míriam me trajo un zumo de naranja y una tostada y se sentó a mi lado.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó.

—Bastante mejor —le dije—. Débil, pero mejor.

—Bueno, descansa. He llamado a mi hermana y vendrá a echarme una mano. También me ha llamado Víctor. Esta tarde seguramente iré con él y con Eric a dar una vuelta. Quizá vayamos al zoo.

—¿Víctor?

—Sí, Víctor.

El gilipollas del exnovio. Lo que faltaba, me dije. Su marido está en la cama moribundo y ella va y queda con el idiota aquel.

—Quedáis mucho últimamente, ¿no? —pregunté, con una sonrisa ambigua.

—Supongo que sí. Él... Acaba de romper con su novia, y creo que se siente un poco solo. ¿Por?

—Por nada.

—¿Te molesta que quede con él?

—No. No. ¿Por qué iba a molestarte?

—No lo sé. Bueno, da igual.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Míriam me miraba fijamente, como esperando a que le dijera algo.

—Y bien. ¿No tienes nada que decirme? —dijo entonces, levantando las cejas. La miré desconcertado—. ¿Nada que estés ocultando, que debería saber? —siguió indagando ella.

Le sostuve como pude la mirada. ¿A qué se refería? Joder, por supuesto que tenía cosas que contarle —pensé—, empezando por que su difunto vecino estaba encerrado en una cámara frigorífica con un cuchillo de veinte centímetros hundido en el pecho. Al momento recordé que, durante mis desvaríos febriles del día anterior, había estado murmurando cosas, frases sueltas que no era capaz de contener en mi cerebro y que ahora no podía recordar. ¿Era posible que hubiese dicho algo sobre Juan o sobre Sara y que Míriam me hubiese oído?

—¿No me has estado escondiendo algo? —volvió a cargar Míriam.

—Yo... No... No sé a qué te refieres.

—¿Seguro?

—Ahora mismo estoy un poco confuso. Tal vez si me das alguna pista...

Míriam se levantó, avanzó hasta una esquina de la habitación, donde teníamos una silla, y se agachó para rebuscar en los bolsillos del pantalón que colgaba del respaldo. Sacó algo de uno de los bolsillos y lo arrojó a la cama. Era el paquete de Camel. Sentí un inmenso alivio.

—Pensaba que lo habías dejado —dijo Míriam, frunciendo las cejas.

—Eh... Sí, ya. La verdad es que... Bueno, ha sido un mes un poco estresante. Solamente ha sido algún cigarrillo ocasional.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Pues... No lo sé.

—¿Es que tienes miedo de mí?

—Yo... No, lo siento. Solo han sido un par de cigarrillos. Pero debería habértelo dicho. He sido un estúpido.

Míriam se quedó pensativa unos instantes.

—No me gusta que me mientas, Cristian —dijo, sin mirarme—. Que tengas

secretos. Tú nunca habías sido así. Nunca me habías escondido nada, y ahora... Primero lo de la novela de la vecina, luego esto... ¿Se puede saber qué te pasa?

—Yo...

—Me da igual si fumas o no. Quiero decir: no me da igual, quiero que lo dejes, me preocupa. Pero no quiero que me mientas. No sé qué nos está pasando. Nunca hemos sido así.

No me dio tiempo a decirle nada. Cruzó la habitación y desapareció por la puerta. Yo me quedé pensando en aquello. Míriam tenía razón. ¿Qué coño nos estaba pasando? ¿Qué coño me estaba pasando? Antes éramos un equipo. Estábamos siempre juntos, para lo bueno y para lo malo. Ahora parecíamos un jodido matrimonio. Nos estábamos distanciando el uno del otro, y además ahora tenía que meterse por en medio el capullo aquel, el jodido Víctor de los cojones. ¿Qué pretendía aquel tío? Ligarse a una mujer casada es algo reprobable, sin duda, aunque sea un deporte que practica mucha gente, pero ¿ligarse a una mujer embarazada? Aquello traspasaba el límite de la perversidad. Porque se estaba intentando ligar a mi mujer, ¿verdad? ¿Y qué coño hacía Míriam siguiéndole el rollo?

Desde luego, no me gustaba nada la idea de que Míriam se fuera a pasar la tarde con el gilipollas aquel, pero quedarme solo en casa me ofrecía la oportunidad de poder llamar al agente García, y por ahora aquello era lo que más me preocupaba. Cuando escuché que la puerta se cerraba —serían sobre las cinco—, me levanté con dificultad de la cama, me acerqué a mis pantalones, saqué la sucia tarjeta del agente de mi cartera, cogí el móvil, me senté de nuevo en la cama y marqué su número:

—¿Diga? —dijo el agente García. Me pareció que tenía la boca llena.

—¿Inspector García? —titubeé.

—Sí, ¿quién es? —Definitivamente estaba comiendo algo. Cuando no hablaba, podía escucharlo masticar ruidosamente.

—Espero... espero no llamarle en mal momento.

—Nunca es buen momento.

—Ya.

—Bueno, diga. ¿Quién es? ¿Qué desea?

Abrí la boca, pero no dije nada. Dudé. Acababa de recordar mi última conversación con aquel hombre, que no había ido muy bien, por decirlo de algún modo. Tampoco la primera había sido muy provechosa. No veía por qué esta vez iba a ser distinta de las anteriores. Me dije que quizá debía colgar y llamar a la comisaría, o al 112.

—¿Se puede saber quién es? —dijo entonces el agente, en un tono un poco brusco.

—Sí, perdón. Soy... Cristian.

—¿Quién?

—Cristian, el editor. ¿Se acuerda de mí? Hablamos hace unos días, por lo de mi vecino.

—Ah, sí, ¡el editor! —dijo efusivamente, dándole un golpe a algo y poniéndose al momento de buen humor. Luego se detuvo a tragar lo que fuera que tuviese en la boca—. Por supuesto que me acuerdo de usted. Cómo no iba a acordarme. ¿Cómo van las cosas con su mujer? ¿Ya ha nacido el niño?

—Bien, gracias. No, no ha nacido todavía.

—¿De cuántas semanas está?

—Está de ocho meses y algo.

—¿Y en semanas?

—No lo sé. Ocho meses y algunos días.

—¿Es que no sabe de cuántas semanas está su mujer embarazada?

—Pues no. Oiga, yo no cuento en semanas. ¿Usted sabe cuántas semanas de edad tiene?

—Ya, bueno, perdón. No se ponga así. ¿Por qué dice que llamaba?

—Pues verá —dije—. Le llamo porque... Por...

—¡Espere! —me cortó, e hizo una pausa dramática—. No me diga que ha vuelto a ver a su vecino. ¿Es por eso por lo que me llama? ¿El caso del vecino resucitado?

—Pues...

—En la comisaría ya es usted toda una celebridad.

—Me alegro. Pero yo...

—Diga diga. ¿Qué le pasa? ¿Lo ha vuelto a ver?

Respiré hondo y cerré los ojos. Aquel hombre me estaba empezando a sacar de quicio.

—La verdad es que sí —dije—. Le llamaba por eso, justamente. He vuelto a ver a mi vecino.

—No joda. Yo se lo decía de coña.

—Sí, pero... Esta vez es más complicado.

—Ya verá cuando lo cuente en el trabajo. Pero bueno. ¿Dice de verdad que ha vuelto a ver a su vecino por la calle? ¿Andando? ¿En bicicleta? ¿Cómo iba esta vez?

—No. No lo he visto por la calle. Él... Estaba...

—¿Sí?

—Estaba muerto.

—¿Que estaba muerto?

—Sí, eso mismo. Estaba muerto.

Se hicieron unos segundo de silencio, que el agente aprovechó para darle un mordisco a lo que fuera que estuviera comiendo.

—No sé si todo esto tiene mucho sentido —dijo—. ¿Está usted bien de la cabeza?

—Sí, claro que estoy bien de la cabeza.

—¿Toma medicación? ¿Va al psicólogo?

—Claro que no. Estoy en plenas facultades.

—Y dice que ha visto a su vecino muerto.

—Sí.

—Y que estaba muerto.

—Sí.

—Ya, bueno —dijo—. Yo también lo he visto. Se tiró del balcón de su casa, por si no lo recuerda. ¿Dónde está la noticia?

—No, joder. No estaba muerto. Ya se lo dije. No murió al caer del balcón.

—¿Pero no acaba de decir que está muerto?

—Lo está. Pero ha muerto después. Escúcheme —dije, irritado—. Juan ha sido apuñalado. Y creo que ha sido apuñalado por su mujer. Aunque de eso no estoy seguro. Es solo que... Su cadáver está en su restaurante, en el frigorífico. Si no me cree, solo hay que ir allí y comprobarlo.

—¿Qué restaurante?

—El de mi vecina. Estaba montando un restaurante. No sé si lo recuerda.

—Ah, sí, es verdad. Tiene razón. El restaurante —dijo el agente, y luego—: Espere, espere. A ver si le sigo. ¿Dice usted que su vecino no murió al tirarse del balcón, aunque yo mismo lo vi con mis propios ojos?

—Creo que no era a él a quien vio.

—Y dice que su mujer lo ha asesinado. Apuñalado, para ser precisos. Y que guarda su cadáver en la nevera de su restaurante, ¿es así?

—Bueno, es una cámara frigorífica. No es una nevera al uso. Pero sí, esa es la historia, más o menos.

—Ya, entiendo. —Carraspeó un poco, tosió, inspiró profundamente—. Ajá. Bien bien. Pues... Pues tomo nota y ya lo investigaremos. Muchas gracias por llamar, Cristian.

—¿Está de broma? —le dije, antes de que pudiera colgar.

—¿Perdone?

—¿Eso es todo? ¿Gracias por llamar?

—He dicho que ya investigaríamos.

—No ha sonado creíble.

—Bueno, es que solo le estoy dando la razón. Es evidente que usted necesita otro tipo de ayuda, una que yo no le puedo ofrecer.

—Vale, mire. Me parece bien que no me crea. No tiene por qué creerme. Compruébelo usted mismo. Solo tiene que ir al restaurante de mi vecina y abrir su frigorífico.

—Bueno —dijo el agente, pensativo—, yo no puedo hacer eso, como comprenderá. Pero podría ir a hablar con su vecina, si eso le tranquiliza.

—¿Qué? —exclamé—. ¿Hablar con mi vecina? ¿Por qué iba a tranquilizarme eso? ¿Y qué va a decirle? ¿Le preguntará si tiene el cadáver de su marido en una cámara frigorífica?

—No lo sé. Podría ser. ¿No es eso lo que le inquieta?

—¿Y qué sentido tiene eso? —solté, resoplando—. Ella lo negará y se deshará del cadáver, y entonces ya será demasiado tarde. ¿Es que no pueden ir al restaurante?

—¿Es que usted no ve series policiales por la tele? Para eso se necesita una orden de registro.

—Ya, bueno, pues consiga una.

—¿En base a qué?

—¿A que le estoy diciendo que acabo de ver el cadáver de su marido en esa nevera?

—Oiga, a ver —dijo el hombre, y juro que después eructó—. ¿Se encuentra usted bien? ¿No está enfermo, no le pasa nada? Le noto la voz cogida.

—Bueno —dije—, a decir verdad no estoy muy bien. He estado con fiebre, y... Pero esto no tiene nada que ver.

—Y otra cosa que me intriga —dijo el agente—: ¿cómo vio el cadáver en la nevera? Quiero decir, ¿se lo enseñó su vecina?

—No no —dije—. ¿Por qué coño me lo iba a enseñar? Me colé en el restaurante y fui a parar allí. Es una larga historia.

—¿Se coló en el restaurante?

—Sí. Era de noche. Pensaba que Sara se había dejado accidentalmente...

—¿Es usted consciente de que eso es ilegal, que no puede colarse en una propiedad privada ajena?

—¿Qué...? ¿De qué habla? ¿Me está escuchando? Le digo que hay un cadáver por allí y usted me sale con no sé qué de que si me he colado en una propiedad. Mire. Es exasperante. ¿Sabe... sabe que yo estoy pagando su sueldo? ¿Sabe que yo pago su sueldo con mis impuestos?

—Y yo pago el suyo cada vez que compro un libro de su editorial. Y todo el mundo paga el sueldo de todo el mundo, de eso trata la economía —dijo el hombre. Una reflexión bastante acertada para un tarugo como aquel, pensé—. Bueno, amigo —añadió entonces, con voz resuelta—. Escúcheme. Creo que lo que usted necesita ahora es tranquilizarse. Váyase a la cama, tumbese un rato, recupérese y, si quiere, viene de aquí a un par de días a comisaría y le tomaremos declaración. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondí, tras un suspiro; ¿qué otra cosa iba a decirle?

—Prométame que va a descansar.

—Sí, ya.

—Prométamelo.

—Está bien.

—En serio. Dígalo. Diga que lo promete.

—Ya se lo he dicho, ya le he dicho que de acuerdo, que vale.

—Es usted un cabezón. Dígalo.

—Lo prometo —dije, apretando los dientes.

El agente me deseó buenas tardes y colgó. Habría lanzado el teléfono contra la pared, pero era nuevo de hacía tres o cuatro meses y no estaba para tirar el dinero, así que lo dejé en la mesita, me acurruqué en la cama, apreté los puños y contuve las ganas de llorar.

Cuando Míriam volvió de su paseo, yo aún permanecía así, mirando al vacío con los ojos llorosos de impotencia, en posición fetal.

—¿Estás bien? —me preguntó, mientras rodeaba la cama hasta sentarse a mi lado. Entonces se inclinó hacia mí y me acarició la cabeza.

—Sí —respondí—. Estoy bien. Un poco cansado, simplemente. ¿Qué tal tú? ¿Cómo os ha ido con Víctor?

—Al final no hemos quedado.

—Genial. Quiero decir, ¿y eso?

—Le ha surgido algo. Hemos quedado para otro día. He llevado a Eric al parque, y luego hemos andado hasta la playa.

Me dio un beso en la frente, me preguntó si necesitaba algo y me dijo que se iba a preparar la cena.

Lo cierto es que por entonces yo ya me encontraba físicamente recuperado, así que podría haberme levantado también y haberla ayudado con la cena, pero no me veía capaz de tener que estar fingiendo que todo me iba de fábula y que nada rondaba por mi cabeza, que no acababa de ver a mi vecino muerto, que no sospechaba que mi vecina era una asesina y que la policía pasaba de mi puta cara. Así que fingí que aún no estaba del todo bien y le dije a Míriam que la esperaría en la cama, que no tenía hambre. También necesitaba acabar de ordenar un poco mis ideas. Llevaba un rato dándole vueltas a todo aquello. Si algo bueno tenía haberme encontrado de nuevo con Juan, aunque fuera en aquellas circunstancias, era que aquello corroboraba el hecho de que lo había visto andando por la calle. A fin de cuentas, no había sufrido ningún tipo de alucinación o desvarío. El tío no había muerto al caer del balcón. Pero si Juan no había muerto al caer del balcón, ¿de quién era el cuerpo que había visto espachurrado frente a mi casa?

A medida que le daba vueltas, cada vez lo veía todo un poco más claro y, a la vez, un poco más oscuro, o más embarullado. ¿Podía ser que aquel cadáver fuera en realidad el de su hermano, el de Antonio? Entraba dentro de lo posible, y no me consideraba capaz de encontrar otro posible candidato o elaborar otra teoría. Pero, entonces ¿cómo había ido a parar allí? ¿Se había suicidado? ¿Lo habían matado? ¿Quién lo había matado? Sara estaba conmigo cuando ocurrió, por lo que todo parecía apuntar a Juan como culpable del crimen, pero eso no acababa de encajar del todo, y en todo caso: ¿por qué coño Sara lo había apuñalado a él ahora?

Le estuve dando vueltas a estas y a otras preguntas toda la noche. En algún momento, ya de madrugada, me quedé dormido.

Cuando desperté a la mañana siguiente —lunes— y miré la hora en el móvil, me sobresalté al ver que ya eran cerca de las diez. Me había quedado dormido. Hacía una hora y media que debería haber dejado a Eric en la guardería. Me levanté apresuradamente, peleándome con las sábanas, y avancé a oscuras hasta dar con la

ventana. Subí la persiana y miré alrededor. Míriam no estaba en la cama. Me quité el pijama, cogí una camiseta y unos pantalones y me empecé a vestir mientras salía al comedor. Por poco me doy de frente con Míriam, que en aquel momento se dirigía a la habitación.

—¿Ya estás despierto? —me preguntó.

—¿Ya? —exclamé, sacando la cabeza por la camiseta—. Son las diez de la mañana. ¿Y Eric?

—Tranquilo —dijo Míriam, poniendo una mano en mi hombro—. Lo he llevado yo a la guardería. También he llamado a la editorial. Le he dicho a Albert que no te encontrabas bien y que hoy llegarías tarde.

Me tranquilicé. Me di cuenta de que llevaba la camiseta del revés. Me la quité y me la volví a poner.

—Necesitabas descansar —dijo Míriam—. Creo que estás bajo mucho estrés últimamente. Los dos lo estamos.

La miré y asentí. Me senté en el sillón y me puse los calcetines. Al levantarme, noté que mi teléfono había empezado a vibrar en uno de los bolsillos traseros de mi pantalón. Lo saqué. Era Albert.

—Dime, Albert. Ahora iba a salir de casa. ¿Pasa algo?

—Esto... —empezó el chico, dubitativo—. Hay una chica aquí —dijo—. Dice que se llama Ana.

—¿Ana?

—Sí. Dice que viene para una entrevista de trabajo.

Coño. La entrevista. Ya no me acordaba.

—Dile que espere —le dije—. Enseguida estoy ahí. Hasta ahora.

—Espera, Cristian —soltó Albert en tono de súplica, antes de que llegara a colgar—. ¿Esto es por lo del correo del otro día?

Me até los zapatos, le di un beso a Míriam y me dirigí a la puerta.

—¿Qué correo? —dije—. ¿De qué hablas?

—El correo que enviamos a las librerías. Ya sabes. Me olvidé de poner la tilde a la *i* cuando escribí «Buenos días».

—¿Se puede saber de qué hablas?

Me metí en el ascensor.

—¿Es por eso por lo que me vas a despedir? —preguntó el chico.

Me pasé todo el camino a la editorial intentando convencer al chico de que no tenía ninguna intención de despedirle, y mucho menos por haberse olvidado una tilde, pero la verdad es que no sabía cómo explicarle por qué coño había concertado entonces una entrevista de trabajo con aquella mujer. En algún momento le dije que estaba pensando en hacer un aumento de la plantilla. Aquello sonó tan absurdo que ni siquiera un tipo absurdo como Albert se lo creyó. Cuando conseguí colgarle el teléfono ya prácticamente había llegado a la oficina.

Abrí la puerta, crucé el recibidor y saludé al chico, que tecleaba en el ordenador con una cara que daba pavor. Como yo no estaba para historias, me limité a preguntarle si la chica estaba en mi despacho, crucé por delante de su mesa y me dirigí hacia allí.

Me la encontré agachada de espaldas a mí, cotilleando los libros del estante que hay en la pared del fondo de mi despacho. Al escuchar la puerta cerrarse se irguió y se dio la vuelta.

—Hola —dijo, ofreciéndome una mano—. Supongo que debes de ser Cristian.

—Y tú Ana —dije, estrechándosela—. Encantado. Por favor, siéntate.

Rodeé la mesa y me senté en mi silla. Ella se sentó en la silla que le había indicado y cruzó las piernas. Era una chica alta, guapa, pero de una belleza superficial, tonta. Los ojos redondos, un poco juntos, la nariz puntiaguda. El pelo, rojizo, lo llevaba cortado por debajo de las orejas. Llevaba un vestido llamativo, primaveral, un estampado de flores o algo así.

—Siento la espera —me disculpé—. He tenido una emergencia.

—No se preocupe —me dijo, mirándome fijamente, con la espalda tiesa—. Estaba mirando esos libros que tiene y me parecen muy interesantes. ¿Son todos de su editorial?

—¿Te gusta leer?

—Sí, claro. Mucho. Lo que pasa es que no tengo tiempo.

—Ya. Le pasa a mucha gente. ¿Y qué te gusta? ¿Algún autor en especial?

—Bueno —dijo la chica—, una vez recuerdo que me leí un libro de un perro y un niño retrasado. Era muy bueno, me gustó mucho.

—Claro —dije, rascándome una ceja—. ¿Te... te refieres al libro ese de *El incidente del perro a medianoche*? Creo que se titulaba así.

—Puede ser. Era un título difícil.

—Sí. Difícil, claro. Bueno, así que tú eres Ana Soto.

—Sí. Esa soy yo.

Apoyé los codos en la mesa y junté las manos.

—Cuéntame un poco de tu vida —le pedí—. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

—¿Quiere ver mi currículum? —preguntó ella, inclinándose hacia su bolso, que colgaba de la silla en la que se había sentado.

—Debe tener su gracia —le dije—, pero ahora mismo me apetece hacer una entrevista más informal. Y tutéame, por favor. ¿Quieres un café? Voy a prepararme uno.

Me levanté, salí del despacho, preparé dos cafés y volví a entrar. La chica se echó medio azucarero en la taza, se quemó un poco con el primer sorbo y empezó a contarme su vida. Que si era de Madrid, que si tenía un hermano mayor que era pintor de cuadros, que si su gato murió el año pasado, que si patatín que si patatán. Nada interesante. Hay que ver cómo le gusta hablar a la gente.

—Dijiste que has trabajado como secretaria en un par de ocasiones —la interrumpí en un momento dado—. Una de ellas en una inmobiliaria, ¿cierto?

—Sí, así es.

—Y cuéntame, ¿qué tal? ¿Te gustaba el trabajo? ¿Los trabajos?

—Oh, sí, me encanta trabajar.

—Ya. Como a todo el mundo. ¿Y qué tal era la... relación con tus jefes?

—¿Con mis jefes? Muy buena, por supuesto.

Entrecerré los ojos para echarle una mirada inquisitiva.

—¿No pasó nada raro entre tú... y ellos? —pregunté—. ¿Algo, digamos, que iba más allá del trabajo?

La chica abandonó su postura incólume, se echó un poco para atrás y me miró con una mezcla de temor y sorpresa, o incompreensión. Yo ya estaba a punto de preguntarle directamente si había tenido algún tipo de relación amorosa con alguno de sus jefes, pero al ver aquella mirada me di cuenta de que aquello no es que sonara feo o fuera de lugar en una entrevista de trabajo, sino que probablemente debía ser ilegal, y lo que me faltaba ahora era una denuncia por pervertido. Cambié de tema con rapidez:

—Así que dices que eres de Madrid —dije—. Bonita ciudad. Yo estuve hace poco, una semana y pico. Por la Feria del Libro. ¿Cómo es que te viniste a vivir aquí?

Me costó un poco. Volvimos atrás y dimos devaneos a su vida, sus estudios y la muerte de su gato durante más de media hora, pero luego la chica se soltó y me lo acabó explicando todo. Hay que reconocer que le estaba empezando a pillar el tranquilo a aquello de los interrogatorios. El caso es que me contó que había entrado a trabajar en la empresa de Juan a los veinte años, y que estuvo allí durante más de dos. La pobrecita se enamoró perdidamente de su jefe. El problema es que estaba casado, con una tal Sara, una «fehaciente manipuladora», según dijo textualmente. Le pregunté a qué se refería con aquello, aunque desde el principio tuve claro que la chica no tenía la menor idea de lo que significaba la primera de aquellas dos palabras. Vete a saber dónde la había escuchado. Creo que de vez en cuando intentaba impresionarme intercalando palabras que debía considerar que la hacían parecer muy

culta, pero cuyo significado no captaba del todo. Me pregunté si siempre hablaba así.

—¿Que qué quiero decir? —dijo—. Bueno... Él, mi jefe, Juan, siempre le iba detrás. Siempre... Tenía que estar siempre detrás de su mujer, encargándose de todo, de que no se enfadase. Yo diría que le tenía miedo. Ella debía ser muy indulgente. Claro que no la conocía mucho, en realidad. Solamente la vi un par de veces aleatorias o tres.

—Ajá. Ya, un matrimonio infeliz.

—Puede ser. Yo creo que sí.

—¿Pasó algo entre vosotros? —pregunté, como quién no quiere la cosa—. Entre tu jefe y tú, quiero decir.

Dudó, pero no pudo aguantarse. Me explicó que habían tenido una aventura. Algo breve, de un par de meses. Ella se le había insinuado. Él había acabado sucumbiendo. Juan lo intentó cortar desde el primer momento, decía que aquello no podía ser, que estaba casado, que él no era de esa clase de hombres, pero Ana sabía que estaba hecho para ella y que aquello que los unía era más fuerte que un documento civil. Si su relación terminó fue única y exclusivamente por culpa de la fehaciente esposa.

—¿Sabe qué hizo? Se quedó embarazada —exclamó Ana, como si me explicara que había cometido un crimen horrible—. ¿Se lo puede creer? Y así como si nada, de un día para el otro.

—Es como suele quedarse embarazada la gente, de un día para el otro.

—A Juan le pilló totalmente por sorpresa —siguió—. De hecho, ya se habían quedado embarazados antes, pero habían perdido al bebé al poco tiempo. Juan decía que su mujer había quedado destrozada y que no quería ni pensar en volver a intentarlo. Créame, esos dos no debían hacer el amor muy a menudo. Aquello fue un chantaje. ¿Qué podía hacer, el pobre? Me dejó. Me tuvo que dejar. Dijo que lo nuestro había terminado, que le había confesado todo a su mujer y que ya no podíamos seguir viéndonos, que todo aquello solamente había sido un error inmenso. ¿Y qué iba a hacer yo? No podía competir con un bebé. Aquello fue juego sucio.

—Y terminasteis con lo vuestro.

—Qué remedio. Me destrozó el corazón —dijo la chica, mordiéndose el labio y girando la cabeza—. Aunque no fue culpa suya. Tuve que dejar el trabajo, claro. Intenté olvidarlo, empezar de cero, retomar mi vida, pero era más fuerte que yo, ¿sabe? No podía dejar de pensar en él, me obsesioné. Intenté volver a hablar con él. Le llamé varias veces, pero no me cogía el teléfono. Una vez lo esperé al salir de la oficina, y se enfadó mucho. Me dijo que lo nuestro había acabado, que no quería saber nada de mí. Él...

Guardó silencio, y me di cuenta de que la pobrecilla peleaba por contener una lágrima, que dejó escapar. Se la secó con una manga, cogió su bolso y rebuscó algo dentro, seguramente un pañuelo. No lo encontró.

—Y por eso vine a Barcelona —concluyó, con la voz entrecortada, entre hipidos; el llanto era inminente—. Una de mis mejores amigas había venido a vivir aquí el año

anterior y me dijo que la acompañara. Y aquí he estado desde entonces, estos dos últimos años.

—¿Quieres un pañuelo?

—Sí, gracias —dijo, antes de desmoronarse por completo y echarse a llorar como una Magdalena. La chica era un poco melodramática.

Saqué un paquete de pañuelos de papel de un cajón y se lo di.

—Tenía un pañuelo que me hizo mi abuela —cogió el paquete—, con mis iniciales bordadas. No sé qué he hecho con él. —Miró hacia su bolso, se sonó la nariz y continuó—: Lo siento. Siento ponerme así. Debo de parecerle una tonta. Vaya una manera de hacer una entrevista, ¿verdad?

Intentó reír.

—Oh, tranquila —le dije—, no tienes por qué sentirte incómoda. Todo esto que cuentas me parece muy interesante.

—Es usted muy amable. Se nota que sabe escuchar.

—Es posible. Me lo dicen a menudo, pero creo que solo soy bueno haciendo ver que escucho. El truco está en no hablar. Pero no me hables de usted, por favor. Y dime, ¿no has vuelto a verlo?

—¿A quién?

—A Juan. A tu jefe.

—Pues es curioso que lo diga. Porque sí, lo volví a ver. Hace muy poco, apenas un mes y pico. Tal vez por eso estoy tan afectada. Lo tengo muy reciente.

—¿Así que lo viste? ¿Dónde lo viste? —pregunté, intentando parecer sorprendido—. ¿Aquí en Barcelona?

—Sí. Aquí en Barcelona. Lo vi un día por la calle y lo detuve. No daba crédito. Nos abrazamos. Le pregunté qué hacía por aquí y me explicó que ahora vivía en la ciudad. ¿Se lo puede creer?

—Últimamente me estoy creyendo cosas peores.

—Menuda casualidad. Aunque, ¿sabe qué pienso? Pienso que tal vez se trate del destino, ¿no? ¿Usted cree en el destino?

—Carácter es destino.

—¿Qué?

—Nada. No lo sé. Soy determinista, así que sí, supongo que creo en el destino. Es una pregunta compleja. Antes de responder, deberíamos delimitar el sentido que le otorgamos aquí a la palabra «destino». —La chica no pareció entenderme—. Pongamos que creo un poco —rematé.

—Yo sí creo en el destino —dijo—. Pero bueno, escuche, porque eso no es todo. Juan me explicó que había tenido que cerrar la empresa y que su madre había muerto y qué se yo, y que iba a montar un restaurante aquí. Pero entonces yo le pregunté cómo le iba con su esposa y con su hijo, y ¿sabe qué? No tenían ningún hijo. La mujer lo había vuelto a perder. Por segunda vez. Esa mujer no para de perder bebés. ¿Se lo puede creer?

—No creo que sea algo de lo que se la pueda culpar. No es como perder las llaves o la cartera.

—No lo sé. No estoy segura. Juan me dijo que había tenido un accidente, como si se hubiese caído por las escaleras o algo así. No sé. Piénselo —dijo, moviendo un poco la silla y acercándose a mí—. Esa mujer no quería tener hijos. No quiero decir nada con eso, pero hay una incidencia sospechosa ahí, ¿no cree?

—Sí. Supongo que sí. Supongo que hay una incidencia sospechosa ahí. Hablas muy bien, ¿lo sabías? —le dije.

—¿De veras lo cree? —exclamó, halagada—. Mis amigas aseveran lo mismo.

—Pero sigue sigue. No quería interrumpirte.

—Sí, claro —dijo—. Pues eso. Luego se fue. Dijo que se alegraba de verme y se fue, así sin más. Lo llamé un par de días más tarde. Era de noche. Yo estaba en casa, en la cama. No me lo podía quitar de la cabeza. Era viernes, pero no salí. Yo entonces estaba liada con un chico de la Barceloneta, un chico joven, de veinte años. Se llama Kimi, con ka. Pero es una relación puramente sexual. He tenido muchos rollos en estos dos años, pero nunca he sentido algo así, como lo que sentí por Juan. Nunca. Y volver a verlo... No, no tenía ánimo para salir por ahí de fiesta, ni para ir a casa de Kimi. No estaba para historias. Solamente podía pensar en él. Así que me decidí a llamarle. Aún guardaba su número en el móvil. Supongo que siempre supe que algún día volvería a necesitarlo.

—¿Le llamaste, dices? —pregunté—. ¿Pudiste hablar con él?

—Sí. Primero se puso muy nervioso, al ver que quien le llamaba era yo. Me dijo que no podía hablar conmigo, que estaba cenando y tenía invitados y que no sabía por qué le estaba llamando. Pero yo no iba a dejarlo escapar de nuevo, no señor. No me dejé inmutar. Le dije que no pararía de llamarle hasta poder hablar con él, que necesitaba quedar con él, que nos viéramos. No le dije que seguía enamorada de él, pero le di a entender que si me continuaba evitando, montaría un escándalo.

—Una amenaza muy poderosa.

—El caso es que me dijo de quedar. Fui a su casa una tarde. Su mujer tenía hora con el dentista o algo así.

Ana se detuvo de pronto y bajó la cabeza. Se quedó así, callada, con la historia a medias. Estaba a punto de volver a echarse a llorar. La podría haber presionado un poco más, pero no me apetecía volver a presenciar uno de sus numeritos, y ya sabía lo que pasó allí, en casa de Juan. Discutieron. Juan le dijo que lo dejara en paz, que se fuera a molestar a algún otro hombre casado, y ella abandonó el piso llorando.

—No fue bien, ¿verdad? —conjeturé. Ella no dijo nada—. ¿No lo has vuelto a ver? —pregunté—. ¿No sabes qué ha sido de él?

—No —contestó—. Me lo dejó muy claro. No quiere saber nada de mí. No sé qué hacer, la verdad.

«No tienes que hacer nada —pensé—. Tu querido exjefe es un puto fiambre». No se lo dije, claro. En vez de eso le recomendé que se olvidase del tema, que era lo

mejor, que ella valía más que aquel tío y otras gilipolleces por el estilo. Ella me dijo que la charla le había sentado muy bien y que sentía haberse puesto así. Luego me preguntó si seguía interesado en ella como posible candidata para el trabajo y yo le dije que ya la llamaría, que tenía que acabar de hacer la ronda de entrevistas.

La acompañé a la puerta. Antes de despedirse, se me abalanzó y me dio un afectuoso abrazo. Le dije adiós, cerré la puerta deseando no volver a verla nunca más y me fui a preparar un café. Albert permanecía en su mesa, que está frente a la cafetera. Hacía ver que tecleaba. No se atrevía a mirarme.

—En serio, Albert —le dije, dándole un sorbo al café—. No voy a despedirte. Todo esto de la entrevista... Es solo... Es una historia muy larga.

No dijo nada. Suspiré.

—¿Cómo coño iba a despedirte? —exclamé—. Eres un trabajador cojonudo. Cumples siempre con tu trabajo, no te quejas, no faltas nunca, y en todos estos años no has pedido nunca un aumento de sueldo. Sin ti esta empresa se iría a pique.

—Tal vez se vaya de todos modos —dijo, con una sonrisa triste.

—El mundo entero se está yendo a pique. Qué le vamos a hacer.

A las dos salí a comer algo. Luego trabajé hasta las cinco y pico. Míriam me había mandado un mensaje diciendo que su hermana iría a buscar a Eric a la guardería, y que ella seguramente se iría a dar un paseo, así que tenía la tarde para mí. No es que fuese gran cosa. No tenía nada en qué ocuparme, aparte de darle vueltas al tema del cadáver de mi vecino. Lo cierto es que no sabía qué hacer. En algún momento se me ocurrió que podía ir al restaurante de Sara, forzar la puerta, entrar en la cámara frigorífica y salir a la calle arrastrando el cuerpo de Juan y dando gritos. Así seguro que llamaría la atención de la policía. No sé por qué no lo hice. Las ideas descabelladas a veces son también las más sensatas.

En todo caso, no estaba para seguir trabajando. Tenía todavía un poco de jaqueca. Me encontraba mal. Me sentía cansado, incómodo. Apagué el ordenador, recogí mis cosas y me fui a dar un paseo. Me habría fumado un paquete de cigarrillos entero, pero después de mi breve charla con Míriam al respecto me había hecho la promesa de dejarlo de una vez por todas. Hundí las manos en los bolsillos, bajé la cabeza y fui tirando por aquí y por allá, sin un rumbo concreto, con los ojos pegados a mis zapatos, dándole vueltas a todos mis problemas, a mi vida, a mi futuro, desanimado, confuso, como un existencialista francés.

La tarde era apacible. Corría un poco de viento. Había mucha gente por la calle, los niños acababan de salir de la escuela. Me abrí paso entre un grupito de madres que ocupaban prácticamente toda la acera. Estaban hablando de que el profesor de matemáticas les ponía demasiado trabajo a sus hijos. Mientras seguía andando pensé en esos niños, malgastando lo más preciado de la vida, la infancia, en un jodido pupitre, estudiando para pasar de curso, aprobar exámenes, empezar el bachillerato,

hacer la selectividad, sacarse una carrera y conseguir un buen trabajo. ¿Y con el resto de su vida, qué coño iban a hacer?, me pregunté. Nadie te enseña qué hacer con el resto de tu vida.

Seguí caminando. En algún momento saqué el teléfono y le mandé un wasap a Iván:

Yo
¿Cómo llevas la novela?
¿Todo bien?
Si quieres quedamos un día para hablar del tema.

Me respondió al cabo de un par de minutos.

Iván
¿La del budismo?
Mal.
La he dejado.

Luego puso unos cuantos emoticonos que no supe interpretar: una cara triste, una bailarina, una mano y un sol. Le pregunté qué había pasado. Me dijo que no le veía sentido a la historia, que no sabía hacia dónde iba, que todavía no estaba preparado para enfrentarse a una novela como aquella y cosas así. He tratado con muchos escritores a lo largo de mi vida y todos sufren episodios similares de vez en cuando; empiezan a dudar del valor de trabajo, de su talento; entran en un estado depresivo e insoportable para los demás. En aquel momento le hubiese mandado a la mierda, sinceramente. Me estaba empezando a hartar de las tonterías de Iván. ¿Por qué no escribía otra novelita romántica? Su amigo estaba al borde de la quiebra, y él mientras tanto solo podía pensar en alimentar su ego. No le dije nada parecido; no podía hacerlo. Como editor suyo estaba obligado a hacer ver que su labor era tan importante como la de un neurocirujano y animarlo a seguir intentándolo, así que me mordí el labio y le dije que no se desesperara, que era un grandísimo escritor y que ya le saldría algo, seguro. Me respondió con un par de emoticonos absurdos —una ballena y un ciclista, creo recordar— y me dijo que ya me llamaría para quedar un día.

Entretanto había llegado ya a nuestro barrio. Me había detenido en un semáforo, en Almogàvers. Guardé el móvil en el bolsillo, levanté la cabeza, distraído, y enseguida distinguí a lo lejos a Míriam. Estaba al final de la siguiente calle, cerca de la esquina, de pie con su enorme barriga. Parecía ir con alguien, una figura

masculina. No pude fijarme bien, porque al momento los dos se metieron dentro de lo que parecía una cafetería, pero aun así ya sabía quién era aquel alguien.

Crucé el semáforo y me fui acercando al café. Al pasar por delante aminoré el paso y le eché un vistazo al interior. El establecimiento tenía un gran ventanal que daba a la calle. Era un local pequeño y acogedor, con las paredes forradas con listones de madera. Enseguida los localicé. Se acababan de sentar a una mesa, en el fondo. Mi esposa estaba con el gilipollas de Víctor, en efecto.

Me detuve un momento a observarlos. Se estaban riendo. Un camarero les sirvió un par de refrescos, y entonces Víctor se inclinó hacia mi esposa y le cogió la mano durante un par de segundos. Fue un gesto inofensivo, creo, pero de todos modos el corazón se me aceleró, sentí que me hervía la sangre por un momento. Dudé entre apostarme en un lugar cercano y seguir espiándolos, entrar directamente allí y meterme por en medio o seguir andando. Opté por lo último. Me dije que no tenía de qué preocuparme. Mi mujer estaba embarazada, joder. Era imposible que tuviese una aventura con aquel tipo, o con cualquier otro tipo, aquello era sociológicamente impensable. Y aunque no estuviera embarazada, tampoco tenía por qué sospechar nada, ¿verdad? Míriam me quería y era feliz conmigo, aunque últimamente las cosas no nos fueran demasiado bien.

Allí los dejé, hablando despreocupados, o tonteando, o lo que fuera que estuvieran haciendo. Yo seguí caminando, con una sensación nauseabunda en el estómago. Cuando llegué a nuestra calle me sentía vacío por dentro. Solo deseaba tumbarme en la cama, enterrarme debajo de las sábanas y no volver a salir de allí jamás. Estaba harto de todo: de la editorial, de mis problemas con Míriam, de mis dichosos vecinos, del mundo, de la vida.

A pocos metros de nuestra portería levanté la vista y vi que la señora Vidal, nuestra entrañable y absurda vecina de ochenta años, justo estaba abriendo la puerta para entrar. A sus pies había un puñado de bolsas de la compra. Me apresuré a cogérselas.

—Ya se las llevo yo —me ofrecí.

Me miró de arriba abajo, como si no me creyera capaz de llevar yo solo aquel peso, y abrió la puerta.

—No hace falta, Cristian —me dijo—. Pesan mucho.

—No es problema —le respondí, un poco ofendido—. Insisto en llevárselas.

Lo cierto es que las bolsas pesaban lo suyo, las muy cabronas. No sé cómo la mujer las habría llevado hasta allí. Las arrastré hasta el ascensor y nos metimos dentro.

—¿Todo bien? —me preguntó la señora.

—Todo bien, estupendo. ¿Y usted?

—Bien, como siempre. Con dolores en la rodilla, pero aún no me ha llegado el turno, si eso es lo que insinúas.

—Yo no insinúo nada.

—¿Seguro que estás bien? —me volvió a preguntar, tras una pausa un poco extraña—. Tu cara no dice lo mismo. Llevas días así, me he fijado.

—Estoy bien, de verdad.

—¿Problemas conyugales?

—Bueno —dije, suspirando—, si fuera eso nada más...

—Mira, Cristian —me dijo—. Eres un buen hombre, pero a veces me parece que eres un poco quejica. A la que tienes un problema te quedas parado, lloriqueando, en vez de luchar para solventarlo. Escucha. En la vida hay dos tipos de problemas: los que tienen solución y los que no. Si tienen solución, lo que hay que hacer es solucionarlos. Si no la tienen, no hay por qué preocuparse. ¿Me sigues?

—Eso qué es, ¿Epicuro?

—¿De qué hablas? Eso es sentido común, simplemente. La vida no es tan complicada como nos imaginamos, o como quieren pintarla algunos.

Habíamos llegado al séptimo. Cogí de nuevo las bolsas y seguí a la señora Vidal hasta su puerta. Sacó las llaves y la abrió.

—¿Quieres pasar? —me preguntó, aunque más que una invitación parecía una orden. Le dije que de acuerdo y la seguí por un pasillo oscuro como una cueva hasta la cocina.

Nunca había estado en el piso de aquella mujer. Mientras guardaba las cosas en la cocina, la señora insistió en prepararme un té y me mandó al comedor. Acaté las órdenes y me senté en un sofá gris que parecía tener tantos años como la señora. La estancia estaba abarrotada de cuadros y fotografías antiguas, principalmente de la señora Vidal y del que debía ser su difunto marido. También había muchos relojes; por lo menos conté cinco solo en el comedor. En la pared opuesta a mí había una amplia estantería repleta de libros viejos, casi todos clásicos del XIX: Dickens, Thackeray, Flaubert, Tolstói.

—Toma —dijo la mujer, apareciendo por la puerta y depositando una taza de té en mis manos. Ella se sentó en el sillón.

—¿Le gusta leer? —me interesé, señalando la estantería con la taza.

—Me gustaba. En realidad, casi todos eran de mi marido, de mi Javi. Cuando murió me dio por leerlos. La mayoría solo cuentan estupideces, pero me recordaban a él. Ahora se me hace pesado leer, se me cansa la vista.

Nos quedamos callados un rato. Un silencio incómodo que sobrellevé dando constantes sorbos al té.

—Todas las familias felices se parecen —dijo la mujer entonces, mirando al techo —; y todas las familias infelices también, coño, para qué engañarnos. A veces los escritores dicen verdaderas tonterías. He conocido muchos matrimonios infelices a lo largo de mi vida, créeme. Todos son iguales. Siempre es lo mismo. La falta de comunicación, los reproches, la desconfianza; en algunos casos, las ganas de

acostarse con una jovencita. El ser humano es muy simple. —Calló unos instantes. Yo no supe qué decirle—. En mi época era más difícil divorciarse —siguió—. Te tenías que aguantar. Uno aprendía a convivir con alguien a quien aborrecía profundamente. Pero había que hacerlo; casarse, tener hijos. Es lo que hay que hacer. Casarse y tener hijos para que estos a su vez se casen y tengan hijos, y así siempre, generación tras generación, hasta el fin del mundo, supongo.

Se suponía que ahora me tocaba a mí decir algo. Solté lo primero que me vino a la cabeza:

—¿Tiene usted hijos?

—Tuve uno —me respondió la mujer—. Murió cuando era joven, en un accidente de moto.

—Joder —murmuré—. Lo siento.

La mujer se quedó callada unos instantes. Para una frase que suelto y voy y tengo que sacar la muerte de su hijo. Quise cambiar de tema, pero no sabía cómo hacerlo.

—La soledad es algo terrible —dijo la mujer de pronto, volviendo la cabeza hacia mí y mirándome fijamente—. Pero me queda como consuelo el recuerdo de una vida más o menos feliz. Tuve suerte de tener a mi Javi, de casarme con él. Nunca me arrepentí de ello. Perder a un hijo es lo más duro que hay, pero eso no acabó con nosotros. Nos teníamos el uno al otro. Ahora ya no me queda nadie. Nacemos solos y morimos solos, que se dice.

La mirada de aquella mujer no se había despegado de mis ojos.

—Sea lo que sea lo que os pasa a ti y a Míriam, podéis solucionarlo —siguió—. Sois una buena pareja. No es algo tan común, créeme. Sois como viejos amigos.

—Sí —le dije—. Siempre hemos sido muy amigos. Desde pequeños.

—¿Qué os pasa exactamente?

—No lo sé. A decir verdad, nada. Una pequeña crisis. Los dos andamos muy liados, con el niño, el embarazo, el trabajo. Tengo otros problemas. La editorial tampoco va muy bien. Es todo un poco.

—Es una buena chica. Tienes suerte de que esté contigo.

—Sí.

Creo que la señora se dio cuenta de que me empezaba a sentir incómodo con aquella conversación y con aquella mirada, porque enseguida tendió la cabeza hacia atrás, se acomodó en el sillón y se puso a hablarme del precio del pescado y a explicarme que aquella semana tenía un dolor terrible en las rodillas: dos hechos que, al parecer, según ella, estaban de algún modo conectados; nunca se daba lo uno sin lo otro. Una conexión cuántica, supongo.

—Hay personas que sienten dolor en una pierna o un brazo cuando va a llover —me dijo—. No es tan raro.

Finalmente me armé del valor necesario para levantarme y decirle adiós. Le dije que no hacía falta que me acompañara a la puerta, me acerqué a ella para darle un par de besos a petición suya y la dejé en el comedor. Crucé a tientas el oscuro pasillo que

llevaba al recibidor y salí al rellano. Cerré la puerta y en cuatro pasos me planté delante de la nuestra. Llegué a introducir la llave en la cerradura, pero entonces lo pensé mejor. Guardé la llave, di media vuelta y me dirigí al ascensor.

Cuando llegué a casa, Míriam justo acababa de entrar. Estaba en el comedor, sentada en el sofá, quitándose los zapatos. Se sorprendió al verme con una pequeña planta entre las manos. No sé qué planta era. No tengo ni puta idea de plantas. Creo recordar que era azul, con toques naranjas. Era la que me había aconsejado la de la floristería. Decía que ahora estaba muy de moda. Yo no sabía que lo de las modas también afectase a las plantas.

—¿Y eso? —me preguntó Míriam, levantándose, cogiendo el tiesto y examinando la planta.

—Es para ti. Un regalo. ¿Eric no está en casa?

—Me acaba de llamar mi hermana. Ahora viene para acá. ¿Un regalo, dices?

—También he comprado dos entradas para el cine. Para la nueva de Woody Allen. Son para el jueves por la noche. Mi madre vendrá a buscar a Eric. Dice que se puede quedar a dormir.

Míriam dejó la planta en el estante que hay encima de la tele y luego nos sentamos los dos en el sofá.

—Mira —le dije—. El caso es que cuando he salido del trabajo he ido a dar un paseo. Necesitaba airearme un poco. Entonces he pasado por delante de una cafetería y te he visto allí, sentada, con tu... exnovio. Con Víctor.

—Sí, me ha llamado, que estaba por aquí. ¿Nos has visto? ¿Por qué no has entrado?

—No estoy seguro. Lo he pensado. No sabía si entrar a saludar o no. Pero os estabais riendo y tal, y he preferido dejaros allí.

—¿Nos has estado espiando?

—No —dije—. Solo me he detenido un momento a miraros. Bueno, todo esto tampoco es muy importante, no sé por qué te lo cuento. El caso es que he seguido andando y al llegar aquí me he encontrado con la señora Vidal.

—¿La vecina?

—Sí, la vecina. La he ayudado a subir la compra y ella me ha invitado a tomar un té en su casa. No he sabido decirle que no. Total, que nos hemos sentado en el sofá y ella ha empezado a hablar de su hijo muerto y de su marido y no sé qué historias. —Míriam levantó una ceja, como preguntándose adónde quería ir a parar—. Al final he conseguido salir de allí, pero justo cuando iba a entrar ya en casa se me ha ocurrido así de golpe hacerte un regalo —le dije—, tener un detalle contigo. Nunca hemos sido mucho de regalitos, pero no sé, lo hacen en la tele.

—Ah.

—Ya sabes que soy horrible haciendo regalos. Nunca acierto. Me estresa mucho

tener que hacer regalos. Ya has visto cómo me pongo cuando hay que hacer un amigo invisible. Total, que me he propuesto comprar algo sencillito. Primero he pensado en comprarte un par de pendientes, pero ¿qué pendientes? No tengo ni idea de pendientes. ¿Unos aros? ¿Lisos? ¿Con adornos y tonterías? No sé, era demasiado complicado. También he pensado que te podía comprar un libro, pero eso hubiese sido un poco como hacerme un regalo también a mí. Un ramo de flores, me he dicho. Algo seguro, un clásico. Así que he ido a la floristería, y allí, mientras esperaba turno para ser atendido, me he dado cuenta de que los ramos son regalos completamente absurdos. No tienen ningún sentido, no sirven para nada, solo para ser regalados. A nadie se le ocurriría regalarlo con el tique de compra, por si el otro quiere ir a cambiarlo. Total, que te he comprado esta planta, que al menos durará más de dos días. Me la ha recomendado la de la tienda. ¿Sabes que también existen modas en el mundo de las plantas? Bueno. Pues he comprado la planta y entonces, cuando ya volvía para casa, se me ha ocurrido regalarte entradas para ir a ver la nueva de Woody Allen. Creo que es un regalo mucho más acertado, pero ya había comprado la planta, y no iba a devolverla a la selva.

—Muy bien —me dijo Míriam, levantando las cejas—. Todo esto me parece muy interesante, pero no acabo de entender el porqué de hacerme un regalo.

—No sé. Para hacer un poco las paces, supongo. Creo que últimamente hemos estado un poco distantes. Llevo todo el embarazo comportándome como un capullo. Creo que no lo estás pasando muy bien y que necesitas mi apoyo, y no lo estás recibiendo.

—Es probable.

—Lo siento. Es solo... Estoy demasiado ofuscado con mis otros problemas.

—¿Qué otros problemas? —preguntó Míriam, cogiéndome la mano.

Bajé la cabeza.

—La editorial no marcha bien —dije—. No estoy vendiendo nada. He gastado más de lo que voy a recuperar. Según mi gestor me quedan cuatro, cinco meses. Si no he reflatado la empresa por entonces, tendré que cerrar.

Míriam se inclinó hacia mí —una operación difícil, con aquella barriga— y me dio un beso en la frente.

—No sé qué hacer —le dije.

—Saldremos adelante —me dijo ella—. Ya verás.

—Las entradas son para el jueves a las diez y media. Podemos ir a cenar fuera y luego ir al cine.

—¿El jueves por la noche, dices?

—Sí.

—Podríamos ir a cenar al restaurante de Sara.

—¿El restaurante de Sara? —exclamé. Aquello me pilló por sorpresa.

—Sí. Creo que lo inaugura el jueves, justamente. Estuve hablando con ella el otro día, en el ascensor. ¿No lo sabías?

—Pensaba que había dejado estar lo del restaurante. Creía que se iba a Argentina, a Buenos Aires.

—¿De qué hablas? —dijo Míriam—. ¿Cómo iba a irse sin Juan?

—Ah, ya, claro. Que el otro billete era de Juan.

—¿Qué?

—No me hagas caso.

—¿Le mando un mensaje y reservo mesa para las nueve, entonces?

—Qué remedio.

Llovía un poco. El restaurante estaba lleno hasta los topes. Una docena de personas se había apelotonado delante de la entrada bajo un pequeño mar de paraguas. Mientras nos abríamos paso hacia la puerta, Míriam me contó que Sara se había pasado toda la semana repartiendo papelitos y colgando carteles anunciando la inauguración. Había preparado un menú especial a 9,95 que incluía una degustación de tapas —Míriam no recordaba exactamente cuáles— y unas albóndigas a la jardinera como plato principal. Luego me dijo que suponía que el hecho de que la dueña fuera de Madrid y que su marido se hubiese tirado de un séptimo piso — noticia que al parecer había llegado a oídos de todo el barrio— habría añadido un atractivo morboso al acontecimiento, de ahí que hubiese tanta gente. Al llegar a la puerta pude escuchar en efecto a dos señoras mayores comentando el tema. Una estaba diciéndole a la otra que le extrañaba que la mujer hubiese seguido adelante con la inauguración, estando tan reciente la muerte de su marido. La otra le respondió: «Y eso que son de Madrid». Intuyo que lo de anteponer el negocio al luto lo consideraban algo más propio de catalanes.

«Pues si la gente supiera que en la nevera hay un cadáver —pensé, mientras poníamos los pies en el local—, no habría una mesa libre en un mes». Luego me pregunté si el cadáver seguiría allí. «No —me dije—, imposible. Seguro que ya se ha deshecho de él». No sabía cómo, pero seguro que Sara ya se había deshecho del cuerpo. Tal vez lo había tirado al mar. Una de las ventajas de vivir en Barcelona y no en Madrid es que puedes tirar cadáveres al mar.

Dejé el paraguas en el paragüero, me quité la chaqueta y sacudí aquellos pensamientos. Me había prometido dejar estar todo aquello. Si no puedes hacer nada por solucionar un problema —me repetí, citando inexactamente a la señora Vidal—, no tienes de qué preocuparte. Y a mí aquello, en el fondo, ni me iba ni me venía. Seguro que había comido en restaurantes que guardaban cosas peores en la nevera.

Una camarera de poco más de veinte años nos vino a atender a la puerta. Nos preguntó si habíamos hecho una reserva, desapareció un momento, volvió a aparecer y nos condujo hasta una mesa pequeña y redonda situada en la esquina más próxima a la entrada principal, al lado del ventanal que daba a la calle. El local era bonito. Grande pero acogedor. Moderno y clásico a la vez. Las sillas y las mesas eran todas distintas. Las paredes eran azules, excepto la de detrás de la barra, que estaba recubierta con pintura de pizarra, con la carta y el menú del día escritos con tiza blanca.

Yo había venido directamente de la editorial y llevaba la cartera con las cosas del trabajo encima. La colgué en el respaldo de mi silla, junto con mi chaqueta, y ayudé a

Miriam a sentarse. Cuando la camarera nos entregó dos cartas y nos preguntó qué queríamos para beber, Miriam le dijo que éramos amigos de Sara. La chica nos prometió que le haría saber a la jefa que estábamos allí, aunque —señaló— ahora mismo estaba un poco ocupada.

—Parece que la inauguración está siendo todo un éxito —le dijo Miriam a la camarera—. Felicidades.

—Sí, está a reventar.

Yo pedí una cerveza y Miriam una Coca-Cola cero, cero. Cuando la camarera hubo desaparecido le expliqué a mi mujer que normalmente a los trabajadores les importa una mierda que el negocio de sus jefes vaya bien o mal, mientras vaya de algún modo, y que seguramente para esa chica el hecho de que la inauguración estuviese siendo un éxito solo significaba que iba a tener más trabajo.

—¿Y las propinas? —replicó ella—. ¿Qué me dices de las propinas?

—Bueno, en eso supongo que tienes razón. Pero creo que felicitarla estaba fuera de lugar.

—Oye, ¿por qué a ciertos colectivos se les da propina y a otros no? ¿Por qué hay que darle propina a un taxista y en cambio no al tío que te atiende en un banco?

—No lo sé, la verdad. Son costumbres ancestrales, como soplar velas en los cumpleaños o defraudar a Hacienda. O aquello de hacer ver que les quitas la nariz a los niños pequeños. Ningún niño se traga eso, no sé por qué la gente lo hace.

—A partir de ahora le daré propinas a quien me parezca, y no a quien dicte la sociedad.

—Me parece bien —acordé—. Pequeños pasos para hacer de este mundo un lugar mejor y más justo.

—Exacto.

Miramos por encima la carta y decidimos pedir el menú. La camarera volvió con las bebidas, tomó nota y recogió las cartas.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté a Miriam—. ¿Te ves bien para ir al cine?

—Sí. Me apetece. Tendré que ir al lavabo cada diez minutos, pero es una peli de Woody Allen, no voy a perderme con el argumento.

—Si quieres te lo cuento ya.

—Tal vez me ponga de parto en el cine.

—Joder —le dije, dando un trago a la cerveza—, no digas eso.

—No sería la primera mujer a la que le pasa.

—Espero que lo primero que vea nuestro hijo al nacer no sea a ese judío bajito y presuntuoso. Escucha, ¿qué nombre vamos a ponerle? Ni siquiera lo hemos hablado.

—Ya, es verdad. No lo sé. Le he estado dando vueltas, pero no lo tengo claro.

—¿Qué te parece Carles? —le dije. Fue el primer nombre que se me ocurrió.

—No sé, no me acaba de gustar. ¿Y David? —dijo Miriam.

—Muy bíblico.

—¿Unai?

—Muy vasco.

—¿Kai?

—¿Kai? ¿Eso es un nombre?

Di un nuevo trago a la cerveza.

—¿Y Martí? ¿Qué te parece Martí? —dije, sin referirme al hecho de que nuestra hija ficticia se fuera a llamar Martina.

—No me convence. ¿Roc?

—Eso es un nombre de perro, Míriam.

Dijimos algunos nombres más, sin llegar a un mínimo consenso. Al cabo de unos minutos la camarera apareció de nuevo con tres platos de tapas: oreja, caracoles y unas patatas bravas. También nos dejó una cestita con pan.

—Le podríamos poner Iván —dijo Míriam—. Como tu amigo.

—Bah, no me hables de Iván —le dije, cogiendo el tenedor y pinchando una patata.

—¿Qué pasa? ¿Os habéis peleado?

—No, no. Es solo que... Nada, da igual.

—Dime.

—Bueno. El tío está obcecado en escribir una gran obra, o algo así, un libro de verdad, un libro serio. Pero no le sale nada, claro. Y mira, sinceramente no creo que Iván esté capacitado para hacer ninguna gran obra ni nada por el estilo. No es el puto Shakespeare, para qué engañarnos. Pienso que debería limitarse a lo que se le da bien. Historias sencillitas para gente sencillita.

—¿Y por qué no se le dices?

—Este mundo no funciona así, Míriam. Los escritores son muy vanidosos. Todos los son, desde las grandes estrellas hasta los sifilíticos que viven en una buhardilla.

—Ya, bueno.

—Supongo que se dará cuenta en algún momento.

Me comí un caracol. Para ser un animal de aspecto asqueroso, no tenía mal sabor. Pensé que el primer tío que se comió un caracol debía de tener mucha hambre.

—¿Sabes qué? —dijo Míriam—. Creo que le entiendo un poco. No tiene hijos, ¿verdad?

—¿Iván? No. ¿Por?

—Creo que quizá busca su manera de perdurar en el tiempo —dijo—. Todos lo buscamos, de un modo u otro. Es un modo de dar un poco de sentido a todo esto, y un consuelo ante la muerte, ¿no crees? Un consuelo tonto, tal vez, pero un consuelo al fin y al cabo.

—¿De qué hablas?

—No lo sé muy bien. ¿Recuerdas... recuerdas cuando murió Álex? —Álex era un amigo nuestro de toda la vida. Había muerto hacía un par de años, de una embolia, con solo treinta y dos años—. Cuando murió —siguió Míriam—, primero pensé que era un alivio que no tuviese mujer e hijos, porque así no tendrían que sufrir su

pérdida. Pero luego también pensé que era triste. En cierto modo, tener hijos da un sentido o una continuidad a tu vida, ¿no te parece?

—Puede ser. No sé qué decirte. Esto es demasiado filosófico para mí. Procuro no pensar en la muerte. Hago ver que no existe.

—¿Y si le ponemos Álex? —dijo Míriam.

Lo pensé. No me parecía un mal nombre. Se lo hice saber a Míriam con un gesto y miré alrededor. Todas las mesas estaban ocupadas. Gente del barrio, caras conocidas. Seguimos comiendo en silencio, y al cabo de unos cinco minutos la camarera volvió a aparecer con las dos últimas tapas: jamón y lacón ahumado.

—¿Y los calamares? —le dije a Míriam cuando la camarera se hubo ido, cogiendo un trozo de jamón—. ¿No es eso lo más típico de Madrid?

—Tal vez solo se los comen en bocadillo.

—Sí, para desayunar.

Seguimos comiendo. Hablamos un poco más, no recuerdo exactamente de qué. Creo que de mi madre, es un tema recurrente entre nosotros. Y también de Eric. Los dos coincidimos en que parecía estar mejor, más feliz, más divertido, menos batallador. Cuando terminamos con las tapas, la camarera volvió a aparecer por allí para llevarse los platos.

—He hablado con Sara —nos dijo—, y me ha pedido que os diga que en cuanto pueda saldrá a saludaros.

Mientras esperábamos a que nos trajeran el segundo, eché un vistazo a la mesa de nuestros vecinos más próximos. Habían llegado un poco antes que nosotros y ya tenían enfrente su plato de albóndigas. Tenían buena pinta. Míriam estaba ahora absorta en su teléfono móvil, supuse que mirando Facebook.

—La vida es aquello que pasa entre que dejas de mirar y vuelves a mirar Facebook —observé.

Me pareció una buena frase. Míriam ni me había oído. Nos quedamos callados un buen rato, ella mirando el móvil y yo estudiando a la gente que nos rodeaba, hasta que al fin llegaron nuestras albóndigas a la jardinera.

Eran raciones generosas. En cada plato había cinco albóndigas de buen tamaño, rodeadas de verduritas y ligeramente bañadas en salsa. Olían muy bien. En cuanto la camarera se hubo retirado, me puse la servilleta en el regazo y cogí el tenedor y el cuchillo. Miré el plato desde lo alto y, entonces, un escalofrío me recorrió la espalda.

Al principio no supe por qué. Míriam me dijo algo de alguna amiga suya, una que tenía problemas con el novio, o algo así, pero no le hice caso. Me había quedado tieso mirando mi plato, con el tenedor y el cuchillo clavados de pie a lado y lado. De pronto me había invadido una sensación extraña. Una sensación de terror, o de asco, quizá de ambas cosas. No sabía exactamente por qué, como digo, aunque empezaba a vislumbrarlo. Algo me rondaba la cabeza. Un recuerdo vago. Un presentimiento. No

podía dejar de mirar aquellas albóndigas.

—¿Me escuchas? —dijo Míriam.

Levanté la mirada.

—¿Qué?

—Digo que si te acuerdas de su anterior novio, el que solo hablaba de lo fantástico que era ir en bici —dijo Míriam.

—Sí, claro. Cómo olvidarlo.

Míriam retomó su relato. Me quedé mirándola, sin escucharla. Ella pinchó una de sus albóndigas mientras hablaba. Cogió el cuchillo con la mano libre, lo acercó al plato y empezó a cortar la albóndiga en cuatro trozos. Pinchó el más grande.

—¿No crees? —me preguntó, antes de llevarse el tenedor a la boca.

La idea me vino como un fogonazos. En un arrebato eléctrico, involuntario, mientras soltaba un «¡No!» agudo y terrorífico, le di un manotazo al tenedor. El trozo de albóndiga salió disparado contra el ventanal que daba a la calle.

—No toques nada —le dije a Míriam, con una expresión de pánico en el rostro.

El trozo de albóndiga había dejado una pequeña mancha de salsa en el cristal. La lluvia había arreciado y ahora el agua repicaba ruidosamente contra él. Míriam me miró atónita.

—¿Es que te has vuelto loco? —preguntó.

Aquello me activó. Descolgué apresuradamente mi cartera del respaldo de la silla y miré el interior. Tenía algunos papeles del trabajo y la libreta con el manuscrito de Sara. La saqué a toda velocidad y la dejé en la mesa, y luego le eché un vistazo rápido a los papeles. No había nada importante o que no se pudiese manchar. Me coloqué la cartera en el regazo, abierta, cogí el plato de Míriam y lo vacié dentro. Luego hice lo mismo con el mío.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo, Cristian? —me preguntó Míriam.

Podía sentir la palidez de mi cara. Cerré la cartera, miré alrededor —nadie parecía haberse dado cuenta de lo que acababa de pasar en nuestra mesa—, y miré a mi esposa.

—¿Qué haces?

—Nada —respondí—. Es solo... Es un presentimiento. Creo que es mejor no comer de estas albóndigas.

—¿Qué pasa, Cristian? ¿Es que te has vuelto loco?

—No. Es solo... Es complicado. Tú sígueme el rollo. Hagamos ver que nos hemos comido las albóndigas. Hagamos como si nada.

Mientras pronunciaba esas palabras me daba cuenta de que, naturalmente, aquello era imposible. No podíamos hacer como si nada. Había ido demasiado lejos. Míriam no iba a dejarme estar hasta que le explicase qué coño estaba pasando allí. En efecto, empezó a acribillarme a preguntas.

—¿Por qué crees que es mejor no comer estas albóndigas? —quiso saber—. ¿Qué les pasa? ¿Están envenenadas? ¿Sufres manía persecutoria?

—No. No es eso.

—¿Estás teniendo un brote de esquizofrenia? ¿Tienes algún trauma infantil con las albóndigas?

—No. Pero creo que no deberíamos comérmolas, simplemente.

—¿Por? ¿Es que crees que Sara intenta envenenarnos o algo así?

—No. Nada parecido.

—¿Entonces?

—Es complicado.

—¿Más complicado que el hecho de que Sara quiera envenenarnos?

Cerré la cartera, que dejé en el regazo, a buen recaudo, y me llevé las manos a la frente. Estaba temblando como un flan. Analicé por encima la situación y sopesé vagamente mis opciones. Míriam seguía atosigándome: «¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Te has vuelto vegetariano?». «¿Vegetariano? No, eso sí que no», me dije. Maldita sea. Se lo tenía que decir. No me quedaba otra. Le tenía que explicar todo.

—Está bien —le dije—. Te lo voy a contar.

—¿El qué? ¿Qué sucede, Cristian?

—Creo... Bueno, esto tal vez te parezca surrealista. No sé si «surrealista» es la palabra adecuada. Y ni siquiera estoy seguro de que esto sea verdad. De hecho, no lo veo ni siquiera probable.

—¿El qué? ¿De qué coño hablas?

—Supongo que la idea es un poco descabellada. Pero aun así... Creo que...

—¿Qué? —gritó.

—Creo que las albóndigas están hechas con la carne de Juan —solté.

Ya estaba dicho. Míriam no dejó escapar una exclamación, o un grito, ni siquiera se rio. No hizo nada. Se quedó callada, como esperando una respuesta de verdad.

—Tal vez la haya mezclado con ternera, o cerdo, o con lo que se hagan las albóndigas —dije—. No creo que estén hechas exclusivamente con carne de Juan, pero creo que puede ser que contengan algún porcentaje razonable de él. No lo sé. No estoy seguro.

—¿De Juan? —dijo Míriam.

—Sí, exacto. De Juan.

—¿Y cuando dices Juan te refieres a Juan? ¿El marido de Sara?

—Sí.

—¿El que se tiró del balcón?

Inspiré profundamente, como si estuviera a punto de sumergirme en el agua, y lo dejé ir:

—Creo que Juan no se tiró del balcón.

Se lo expliqué todo. Al detalle. Míriam me escuchaba atentamente, interrumpiéndome de vez en cuando para hacerme preguntas o pedirme que repitiera

de nuevo lo que acababa de contarle. Al principio me miraba con sorpresa, luego con incomprensión. Cuando le expliqué el verdadero motivo de mi viaje a Madrid, y todo lo que había hecho allí con Iván, me dirigió una dura mirada reprobatoria. No podía creerse que la hubiese engañado de aquella manera, que no le hubiese contado nada de todo aquello. Cuando le narré mi intrusión en el restaurante de Sara por la noche y lo que había encontrado en la nevera, Míriam se llevó una mano a la boca y echó un vistazo a su alrededor. Ahora me miraba con interés, con curiosidad.

Cuando terminé mi relato —que se había alargado unos veinte minutos—, apreté con fuerza la cartera con las albóndigas y los dos permanecimos unos instantes callados, mirándonos a los ojos.

—¿Eso es todo? —dijo Míriam.

—Eso es todo.

Clavó los codos en la mesa, juntó las manos y apoyó en ellas su barbilla.

—¿Y no fuiste nunca al hotel? —preguntó.

—¿Qué hotel? —le dije.

—El hotel ese. El Travel Clot. Cuando perseguiste a Juan por la calle. Te has entretenido en explicarme que apuntaste el nombre en un papelito. No entiendo qué papel juega en la historia.

—Puede que Juan se hospedara allí.

—O puede que no. No llamaste, no fuiste a preguntar.

—No, no lo hice. ¿Y qué?

—Es que no entiendo por qué lo metes entonces en la historia. No es relevante para el relato, abre una tensión que luego no se cierra.

—Oye, no estoy escribiendo una novela —le dije—. Simplemente te explico lo ocurrido. Y ese tipo de observación es más propia de mí que de ti. Joder, ¿en qué te estoy convirtiendo?

—Bueno, déjame que piense un poco.

Bajó la mirada. Mientras le daba vueltas a todo aquello, la estudié con asombro. Le acababa de contar que nuestro vecino había sido apuñalado y ella como si nada. No estaba escandalizada, o asustada. Todo lo que había hecho durante mi narración había sido llevarse la mano durante un breve instante a la boca. Solo parecía intrigada. Muy intrigada. Yo estaba frenético.

—Vayamos por pasos —dijo, cuando consideró que ya le había dado suficientes vueltas al tema, levantando la cabeza.

Los ojos le brillaban un poco. Parecía emocionada. Era como si hubiese esperado aquel momento toda su vida. Había llegado la escena final, en la que Poirot congrega a todos los implicados en el relato y revela la historia completa. Y ella era la encargada de dar el discurso. Yo era el público.

—Intentemos recrear todo lo sucedido en base a lo que sabemos —aventuró, con aplomo, como si hubiese hecho aquello muchas veces antes—. Nos falta un poco de información, y solamente disponemos de pruebas circunstanciales, pero creo que

tenemos suficiente material como para construir un caso.

—¿Un caso? —le dije.

—Sí, exacto. Empecemos. —Se acercó un poco a mí y bajó la voz—. Vayamos en orden cronológico, intentemos reproducir toda la historia, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —le dije, encogiéndome de hombros. El corazón me iba a mil.

—¿Qué sabemos? —empezó—. En primer lugar, sabemos que Sara nació hace treinta y cinco años en un pequeño pueblo cerca de Madrid, y sabemos más o menos lo que ocurrió allí.

—Bueno, en realidad, no sabemos lo que ocurrió allí —dije—; o si lo que ocurrió fue obra suya o por el contrario...

—Sí que lo sabemos —me interrumpió—. Venga, lo hizo ella, está claro. Ella mató a la chica esa. Sabemos que Sara es una asesina. Sería demasiada casualidad que hubiese sido un accidente. Esto es aquello de la navaja de Ockham.

—¿La navaja de Ockham? Menuda tontería.

—Mira. Está claro que Sara no está bien de la cabeza. Nunca lo ha estado. Tenemos que partir de esa idea, y verás que así todo encaja. Y además, te lo dije.

—¿Qué?

—Te lo dije desde el primer momento. Te dije que esa mujer me resultaba sospechosa.

—¿Cuándo? —pregunté, y al ver aquella mirada, me apresuré a decir—: Pues no lo sé, es posible.

—¿Cómo que es posible? Te lo dije, Cristian. Me acuerdo perfectamente. Cuando volvíamos de cenar de su casa. Es lo primero que te dije cuando estuvimos a solas. Tenía razón desde el principio.

—Está bien, está bien. Cuando lleguemos a casa encargaremos una medalla.

—Vale, gracias. Sigamos.

—Sí, eso. Sigamos.

Los dos miramos instintivamente a nuestro alrededor. Nadie nos estaba observando.

—Tenemos que partir de la idea de que Sara es una especie de psicópata —afirmó Míriam—. En todo caso, alguien capaz de matar a otra persona sin que le tiemble el pulso. Su adolescencia es horrible, solitaria. No tiene amigos. Vive con una madre chiflada, no tienen un duro. Entonces llega un nuevo profesor al pueblo y entre los dos surge una relación de amistad, o de lo que sea.

—Un hombre que la introduce en el mundo de la literatura. Le deja libros, le habla de autores —apostillé.

—Sí, bueno. Eso no es importante.

—¿Cómo que no? Esta psicópata ha escrito media novela muy buena —dije, golpeando con una mano la libreta de Sara—. Tal vez el profesor fuese un fan de Patricia Highsmith.

—Lo que quieras. —Se acabó la Coca-Cola antes de proseguir—: El caso es que

ya sabemos todo lo que pasa a continuación. El rumor, el escándalo, la marcha del profesor, las burlas. El asesinato. Porque ella asesina a la chica esa. ¿Natalia, has dicho que se llamaba?

—Creo que sí. Ya sabes que no soy muy bueno con los nombres.

—Sara la sigue una tarde, después de la escuela. O tal vez la convence para que la acompañe al bosque. Se acercan al río. La chica está de espaldas. Sara coge una piedra. Le golpea el cráneo con rabia. La chica rueda por la ladera, cae al agua.

—En mi opinión, especulas demasiado, Míriam.

—La gente, naturalmente, sospecha de ella, pero nadie puede probar nada. Si ya era una persona marginada, ahora Sara se ha convertido en un auténtico paria. Los siguientes años los pasa recluida en casa, con su extraña madre, sin apenas salir.

—Leyendo, seguramente.

—Cuando cumple los dieciocho huye a la ciudad. Empieza una nueva vida. Busca trabajo, comparte piso. Pasan algunos años. Ahora hace de camarera en una cafetería en el centro de Madrid. Conoce a Juan, se enamoran, se casan, ella se queda embarazada. Sara tiene casi treinta años. Su vida es perfecta. El mundo le sonríe. Atrás queda la cabeza de Natalia desangrándose en el río. Pero entonces pierde al bebé, al poco tiempo. Empiezan los problemas en casa. Estalla la crisis. Es un estallido a cámara lenta. Al principio todo el mundo la niega. La empresa de Juan está empezando a perder dinero, pero él está seguro de que solamente tiene que aguantar un poco, resistir hasta que las cosas vuelvan a su cauce. Las tensiones en casa se disparan, y Juan tiene una aventura con su secretaria de veinte años.

—El trozo que viene ahora es un poco borroso —dije. Yo había reconstruido aquella historia en mi cabeza doscientas veces durante la última semana.

—No creas. Sara se queda embarazada de nuevo. Se lo dice a Juan, y este le confiesa lo de la aventura y corta de inmediato con la secretaria.

—O Sara descubre la aventura y hace lo posible para quedarse embarazada, como sugería la amante. Cuando hicimos la entrevista. Aunque no lo creo.

—No. —Míriam es rotunda—. No lo creo. Es demasiado complicado. Se queda embarazada por accidente y luego Juan, cuando ella le dice que está embarazada, le confiesa lo de su aventura con la secretaria. Lo que sí hace tal vez es matar al niño. Por más que Juan corte inmediatamente con la secretaria y la eche de la empresa, Sara no va a perdonárselo. Quiere castigarlo. Está loca, tengámoslo presente. Así que un día se tira por las escaleras de su casa y mata al niño que lleva en el vientre.

—¿Un aborto intencionado como venganza por cuernos? —le dije—. Muy rebuscado, demasiado enfermizo.

—Sí, tal vez. Pero nos ayuda a entender un poco al personaje de Sara, ¿no crees? Le da más personalidad.

—De nuevo, no estamos escribiendo una puta novela, Míriam. Lo cierto es que no sabemos cómo perdió al bebé. No hagamos suposiciones extrañas.

—Está bien, no lo sabemos. Tampoco es fundamental. —Le di un trago a lo que

me quedaba de cerveza—. El caso es que pierden al niño —siguió Míriam—, y la empresa de Juan se va definitivamente al garete. Tiene que cerrar, despedir a los trabajadores. Se les acumulan las deudas y al final nuestros protagonistas se ven obligados a vender el piso e irse a vivir a casa de la madre de él. Una señora mayor, enferma, un poco bruja. No traga a su nuera. Las dos se llevan a matar. La madre le habla mal de ella a Juan, lo intenta poner en su contra. Pasa el tiempo. La convivencia se vuelve asfixiante. Sara ya no puede más, ha pasado por demasiado. Cada día desea que la vieja se muera, que se muera de una vez. Y entonces se le ocurre que no tiene que ser muy difícil acabar con ella. Todo el mundo da por hecho que le quedan dos telediarios, ella misma lo repite día y noche; si la envenena poco a poco, echándole una pizca de veneno en la comida cada día, nadie sospechará que la hayan asesinado.

—¿Y cómo la envenena? —la interrumpí.

—Yo qué sé. No tengo ni idea de venenos. Igual le echa un poco de matarratas en la comida.

—O arsénico. Un clásico.

—No debe de ser tan complicado.

Iba a decir algo cuando la camarera apareció por nuestra mesa para recoger los platos vacíos. Me dio un buen susto.

—¿Estaban buenas? —nos preguntó.

—Muy buenas —respondió Míriam.

—Buenísimas —me apresuré a decir yo, nervioso, como si la chica pintara algo en todo aquello y sospechase de nosotros—. Las mejores que he probado. Un claro sabor a ternera.

—¿Querrán algo de postre? ¿Café? —sugirió ella.

—Yo quiero un café solo —le dije—. Gracias.

—Para mí algo de fruta —dijo Míriam—. O un flan. ¿Tenéis flan, verdad? — Cuando se hubo ido, Míriam reemprendió su análisis de la situación—: Bueno, la vieja muere y nadie sospecha nada, aparentemente. Venden la casa, reparten la herencia con el hermano y deciden venirse a vivir a Barcelona. Empezar de cero, montar un restaurante, etcétera. Lo que pasa es que sí hay alguien que sospecha algo. Toni. El hermano no lo tiene tan claro. Tal vez hablara con su madre poco antes de que muriera, tal vez viera algo raro. Yo qué sé, pero en todo caso presiente o sospecha que Sara ha tenido que ver algo en la muerte de su madre.

—Tal vez encontrara un frasco vacío de arsénico en la papelera.

—Sí, ya. Seguro —dijo Míriam—. Por favor, Cristian. Esto es muy serio.

—Lo siento. En mi cerebro parecía una idea sensata y realista.

—El caso es que se vienen a vivir a Barcelona y se instalan en nuestro edificio. Compran el local para el restaurante, empiezan las obras, etcétera. Y aquí llegamos a la parte interesante del relato.

La camarera volvió a aparecer con el flan y el café. Nosotros hicimos ver que hablábamos de otra cosa. Míriam del calentamiento global, yo del último ganador del

Booker. Cuando se hubo ido reemprendimos la discusión.

—Bien —prosiguió Míriam—. El matrimonio ha venido a vivir a Barcelona y planea montar un restaurante, como decía. Toni, sin embargo, el hermano de Juan, sigue convencido de que su cuñada tiene algo que ver en la muerte de su madre, y no lo va a dejar estar así como así. Allí en Madrid nadie le cree. Normal. Es un hombre raro, sin muchos amigos. Toma medicación y ha estado internado un par de veces en el manicomio. Él intenta hacerse oír. Habla con la policía, con abogados. Quiere que exhumen el cuerpo de su madre y lo analicen, que busquen pruebas. Restos de algún veneno. Pero nada. Nadie le hace caso. Así que intenta hablar con su hermano, con Juan. Le llama, pero el otro pasa de él. Nunca han tenido una gran relación. Toni, harto de que el otro le dé largas, decide venir a Barcelona y hablar con él en persona.

—Ahora recuerdo —la interrumpí— que la primera vez que quedé con Sara para hablar de su novela, en su piso... Verás. Como yo tenía su libreta ella había cogido el ordenador de su marido para escribir. Pues bien: recuerdo que me enseñó que cada vez que llegaba un correo saltaba una ventana emergente, y que no sabía cómo quitarlo. Estoy pensando que tal vez Toni le escribiera algún *mail* a su hermano y ella lo interceptara.

—Y tal vez ella le respondiera, haciéndose pasar por Juan. Exacto. Muy bien, Cristian. Todo empieza a encajar —dijo, sin poder contener el entusiasmo.

Míriam, desde luego, parecía tener la historia mucho más clara que yo.

—Sara intercepta un mensaje de Toni —siguió— en el que este le dice a su hermano que va a venir a Barcelona, que necesita hablar con él. Sara se hace pasar por Juan y lo cita tal día a tal hora. No creo que su intención sea matarle. Probablemente solo quiere hablar con él, hacerlo entrar en razón. Se encuentran finalmente la tarde acordada. Aquella tarde el marido no está en casa, Sara se ha asegurado de ello. Nada más llegar, Toni le pregunta dónde está Juan. La otra intenta hablar con él. Le dice que sabe por qué está allí, y que se quite aquello de la cabeza, que vuelva a Madrid, que ella no ha hecho nada. El otro no se deja convencer. Discuten. Toni la amenaza con quedarse allí hasta que llegue Juan. Ella pierde el control de la situación. No piensa con claridad, la invade un impulso homicida. Se disculpa un momento, va a coger algo pesado, un martillo tal vez, vuelve al comedor sigilosamente y le aplasta la cabeza a Toni por la espalda.

—O un palo de golf —conjeturé—. Podría haberlo atacado con un palo de golf. Guardan un juego debajo de la cama.

—Lo que tú quieras. No estamos jugando al Cluedo. Sea lo que sea, lo mata, o lo deja medio moribundo. No ha sido un asesinato calculado, sino un acto irrefrenable, conducido por la rabia. Por un momento no sabe qué hacer. Pero es una chica lista, y ha leído muchos libros policiales. Llama a Juan y le dice que venga inmediatamente a casa, que ha ocurrido un accidente. El marido aparece allí a los pocos minutos. Ve el cadáver de su hermano en medio del comedor. Suelta un grito. Le pregunta a Sara qué ha pasado. Intenta llamar a Emergencias, a la policía. Sara se lo impide. Le cuenta

alguna historia, una fantasía. Le dice que Toni se ha presentado de golpe en su casa y que, yo qué sé, que quería violarla, que estaba fuera de sí, que había perdido la cabeza. Ella se ha defendido como ha podido. No quería matarlo.

»Él insiste en llamar a la policía. Ella le dice que no, que esto de la justicia es una lotería, que no puede ir a la cárcel. Le suplica que la ayude, que no la traicione, se echa a llorar. El otro le pregunta qué otra cosa pueden hacer. Y entonces ella le explica su plan.

Miriam se detuvo un momento para hundir la cucharilla en el flan y llevarse un trocito a la boca.

—Juan intercambia su ropa con la de su hermano muerto y redacta una nota de suicidio —prosiguió—. Mientras tanto, Sara se marcha de casa para encontrarse contigo. Tú les proporcionas la coartada perfecta. Siguiendo las indicaciones de su esposa, al cabo de unos veinte minutos Juan lanza el cuerpo de su hermano por el balcón y abandona sigilosamente el edificio. Llega la policía, llegáis vosotros. Sara identifica el cuerpo, encuentran la nota y se certifica que Juan se ha tirado por el balcón. Si lo piensas, la policía no tiene a nadie más con quien corroborar que el muerto es realmente Juan. La pareja acaba de llegar de Madrid. No tienen amigos en Barcelona. Y no tienen familia, aparte de un hermano medio majara al que la policía no logra localizar. Tampoco les hace falta. El muerto ha dejado una nota de suicidio escrita de su puño y letra. No hay por qué sospechar nada raro; no hay por qué pensar que se haya cometido un crimen.

—Creo que el suicidio está considerado un crimen —maticé.

—¿Qué tontería dices? ¿Cómo va a ser el suicidio un crimen?

—Creo que hay países en los que incluso se castiga con la pena capital. Algo que me parece tonto y a la vez genial.

—Vale, lo que quieras. ¿Podemos centrarnos en la historia? A ver —siguió Miriam—. Juan tira a su hermano muerto por el balcón y se da por hecho que es él, que el muerto es Juan, y que se ha suicidado. No hay motivos para sospechar algo distinto. La policía se limita hacer un par de entrevistas y redactar un informe del caso. Ya conocimos la pericia del agente García.

—Y que lo digas...

—Sara y Juan se han salido con la suya. Han cometido el crimen perfecto. El único problema es que Juan no puede dejarse ver, así que se esconde en algún hotel. Tal vez el Travel Clot. No lo sabemos porque no llamaste para averiguarlo.

—Bueno, Miriam, si tan importante te parece llama tú. Seguro que encuentras el teléfono del hotel por internet.

—Ahora ya no importa. ¿Qué más da que se alojase aquí o allá?

—¡Pero si eres tú la que lo está diciendo!

—Sea donde sea, probablemente se aloja a nombre de su hermano. Es lo más seguro. O tal vez ha ido al hotel en el que se hospedaba aquel. A fin de cuentas debe tener su cartera, con su DNI, su tarjeta de crédito, la llave de la habitación... Pero no

va a pasarse toda la vida así, escondido, suplantando a otra persona. Es por esto por lo que él y su esposa deciden huir a Buenos Aires.

—Y esto explica los billetes.

—Exacto. El plan es esperar un par de meses, hasta que la cosa se enfríe un poco. Compran dos billetes, a nombre de Sara y de Antonio. Juan solo necesita hacerse con el pasaporte de su hermano. Tal vez lo llevaba encima cuando murió, o Juan lo encuentra en el hotel. Entretanto, durante aquellos dos meses que tienen por delante, Sara tendrá tiempo para vender el restaurante, cobrar el seguro, poner el piso en venta, etcétera. Luego cogerán juntos el avión a Argentina y empezarán de cero. No es ningún trauma. No dejan nada atrás. Solo hace un par de meses que se han instalado en Barcelona.

—Pero eso no es lo que sucede —dije.

—No —asintió Míriam, hundiendo de nuevo la cucharita en el flan—. Sara decide cambiar de planes y se carga al marido.

—Le clava un cuchillo en el corazón. Pero ¿por qué?

—No lo sé.

Los dos soltamos un suspiro.

—Tal vez Sara se ha hartado de huir —dije—. Le gusta esta vida. Le gusta Barcelona, el restaurante, su piso, sus vecinos. No tiene ganas de irse a vivir a la otra punta del mundo. Buenos Aires, además. Aquello está lleno de argentinos.

—O tal vez cree que por fin ha llegado el momento de vengarse de Juan por haberla engañado. Sara no ha olvidado su aventura con la secretaria. Aquello aún le duele. Tal vez, no sé, sigue culpando a Juan de la pérdida de su bebé —dijo. La interrogué con la mirada—. Piénsalo: Sara perdió al niño poco después de que Juan le confesase la aventura. Tal vez cree que lo perdió por culpa de aquello. Por la angustia que le generó.

—¿La angustia? Antes has dicho que lo había matado ella, al bebé. Que se había tirado por las escaleras.

—Yo no he dicho eso.

—¿Cómo que no?

—He dicho que podría ser, nada más. Pero da igual. Dejemos esto de lado. Lo que importa es que Sara ha decidido, por el motivo que sea, deshacerse de Juan. Tiene una oportunidad única para hacerlo. El mundo ya da a Juan por muerto, así que, si desaparece, nadie va a echarlo de menos. Es demasiado tentador.

—¿Y si cree que Juan ha vuelto a engañarla?

—¿Perdón?

—Se me acaba de ocurrir. Al fin y al cabo, la otra está en Barcelona. La secretaria, digo.

—Ana.

—Sí, Ana. No solo vive ahora en Barcelona, es que encima se encuentra con Juan por la calle de casualidad y empieza a atosigarlo. Un día va a su casa, discute con él.

Lo llama varias veces. Tal vez... —Me quedé pensando unos instantes—. Mira —seguí—. Cuando tuve la entrevista con la chica esta, con Ana, recuerdo que dijo algo de que había perdido un pañuelo con sus iniciales bordadas. Un regalo de su abuela, o algo así. ¿Me sigues? Ella había estado llorando en casa de Juan, cuando tú los escuchaste discutir. Quiero decir...

—¿Un pañuelo?

—Quizá la chica se dejara el pañuelo allí y Sara lo encontrara. Y quizá a raíz de eso a nuestra vecina se le metiera en la cabeza que Juan estaba volviendo a engañarla con la secretaria.

—¿Un pañuelo? ¿En serio? ¿Como en *Macbeth*?

—Yo qué sé.

—Lees demasiados libros, Cristian. No digas tonterías.

—¿Ahora soy yo el que lee demasiados libros?

—A ver. Sara habrá visto llamadas en el móvil de Juan, o lo que sea. Te compro la idea de que cree que Juan la está volviendo a engañar con la secretaria. Pero hay mil maneras de que llegue a esa conclusión. No necesitamos recurrir a trucos de novela barata. ¡Un pañuelo! Qué tontería.

—Un momento, a ver si te sigo. ¿Estás diciendo que consideras *Macbeth* una «novela barata»? —dije, simbolizando las comillas con los dedos—. No sé ni lo que quieres decir con eso de «novela barata», la verdad.

—Bueno, Cristian, podemos ponernos a discutir de libros o podemos intentar descubrir si nuestras albóndigas están hechas de carne humana.

—Sí, vale. Hablemos mejor de lo de las albóndigas. Estoy harto de hablar de libros.

—Eso.

—Eso.

—El caso es que, sea por el motivo que sea, Sara se carga al marido —dijo Míriam—. Quedan una noche aquí, en el restaurante. Ella saca el tema de la secretaria, él se pone a la defensiva, discuten. Y, bueno, ella le acaba clavando un cuchillo en el pecho. Luego lo limpia todo y deja el cuerpo de su marido en el frigorífico. Nadie puede sospechar nada. Juan se supone que lleva un mes y pico muerto. Así que todo lo que tiene que hacer ahora nuestra vecina es deshacerse del cadáver, y con eso habrá cometido el crimen perfecto.

—El triple crimen perfecto —dije.

—Sí. Y eso sin contar a Natalia. La tía no se anda con rodeos, desde luego. Pero aun así...

—¿Qué?

—Lo de las albóndigas lo veo un poco fuera de lugar. No lo tengo claro.

—Yo tampoco. Lo más probable es que haya tirado el cuerpo al mar. Vete a saber. En un cuerpo humano hay mucha carne, además. Necesitaría hacer montones de albóndigas. Más si tenemos en cuenta que la carne, naturalmente, está mezclada con

ternera y cerdo.

—Y está el tema de los huesos.

—Ya. Puede triturarlos, molerlos, mezclarlos también con la comida. Pero sí, tienes razón. No es lo más probable.

—Pero es posible.

—Sí. Lo es.

Ambos callamos unos segundos. Le di un sorbo al café. Míriam ya se había acabado el flan.

—Y ahora ¿qué hacemos?

Miré la hora.

—Deberíamos pedir la cuenta. La peli empieza en media hora.

—¿La peli? —dijo Míriam—. ¿Estás pensando en serio en ir al cine después de esto?

—Oye, tú lo acabas de descubrir, pero yo ya llevo un tiempo dándole vueltas a todo esto. Te acabas acostumbrando, ya lo verás.

—¿Que ya lo veré? No, no. No podemos dejar que se salga con la suya, Cristian.

—Pues eso es lo que había pensado hacer yo.

—Tenemos que hablar con la policía.

—¿Y decirles qué? Ya he hablado con ellos. Dos veces. Ya te lo he dicho. No nos van a hacer caso. No tenemos nada. Ninguna prueba. En la comisaría creen que estamos chiflados. Somos célebres allí.

—¿Y si les enviamos las albóndigas? —dijo Míriam—. Se podrá saber que la carne es de Juan, ¿no? Podrán analizar su ADN o lo que sea, digo yo. Ver que es carne humana.

—A mí no me preguntes, yo soy de letras. Pero, de todos modos, nunca nos harían caso. Se reirían de nosotros. Y además, ¿no estábamos diciendo que lo más seguro es que las albóndigas no estén hechas con el cuerpo de Juan? Imagínate que, no sé cómo, va y conseguimos que analicen las albóndigas, pero entonces descubren que están hechas exclusivamente de ternera y cerdo. Seríamos el puto hazmerreír de todo el cuerpo policial, Míriam, nos convertiremos en una especie de idiotas legendarios. Generaciones de policías riéndose de nosotros. Pero bueno, de todos modos, no vamos a convencerles.

—Está bien, pero aun así...

—No podemos hacer nada. Tú misma lo has dicho: ha cometido el crimen perfecto.

—No seas tan negativo. Estas albóndigas son todo lo que tenemos. Hay que arriesgar. No nos queda otra. Tenemos que enviárselas a la policía y conseguir que las analicen, y que sea lo que Dios quiera. No sé cómo, pero tenemos que hacer que nos tomen en serio. Tenemos que pensar algo. Vamos a pensar —dijo, y se puso a pensar.

Yo miré cómo pensaba.

—Esto es un callejón sin salida —musité.

Miriam bajó la mirada, frunció el ceño y empezó a frotarse la barbilla. Más que pensativa, parecía preocupada. Creo que estaba empezando a asimilar que no teníamos nada de nada, y que lo mejor sería que en vez de pensar en cómo atrapar a Sara empezáramos a pensar en cambiarnos de piso.

—¿Y esto? —dijo, sin levantar la mirada de la mesa. Tardé un poco en entender que se refería a la libreta de Sara, que seguía donde la habíamos dejado—. Es la novela de Sara, ¿verdad?

—Sí —dije—. ¿Por?

—¿No hay nada que podamos sacar de aquí? Alguna pista, una idea... ¿De qué va? Va sobre un asesino en serie, ¿no?

—Sí, pero no hay nada que nos sirva. No es una autobiografía, si es a eso a lo que te refieres.

Miriam cogió la libreta, como si no me creyera, la abrió por la primera hoja y se puso a leer. Di por hecho que aquello era una pérdida de tiempo y que no iba a sacar nada de allí, pero al cabo de unos pocos segundos, tras leer unas pocas líneas, Miriam exclamó:

—¡Eso es!

Inmediatamente abrió la libreta sobre la mesa, echó un vistazo a nuestro alrededor y arrancó media hoja.

—¿Qué coño haces? —le dije.

Puso el trozo de papel recortado delante de mí. Lo leí, aunque lo sabía de memoria. Era el primer párrafo de la novela de Sara:

Yo lo maté. No sé si lo merecía. No me importa. El mundo es como es. Hay que atenerse a las consecuencias. Son las dos de la madrugada, he bebido y no puedo pretender que no ha pasado nada. El vaso de whisky que me he tomado ha dejado un círculo en la mesa en la que escribo. Yo lo maté. Volvería a hacerlo.

—¿Qué pasa? —dije.

—Podríamos enviar las albóndigas en un paquete, a la comisaría, junto con este primer párrafo. Parece una confesión.

Miré al papel, miré a Miriam y levanté una ceja. Creo que la propia Miriam se dio cuenta al momento de que aquello que estaba diciendo no tenía ningún sentido.

—Sí, claro —repuse—. Seguro que cuando la policía lea la nota se pondrá enseguida a analizar las albóndigas.

Miriam se quedó un momento pensativa, asegurándose de que lo que acababa de decir era una tontería.

—De acuerdo —dijo—. Lo que he dicho no tiene sentido. Está bien. Pero tenemos que hacer algo, tenemos que...

Dejó la frase a medias, porque Sara acababa de aparecer como por arte de magia a nuestro lado.

Me apresuré a coger el recorte de papel de la mesa y esconderlo en un bolsillo. Míriam cerró la libreta.

—Hola, Sara —saludó mi esposa, con una sonrisa de actriz profesional—. Justo estábamos hablando de ti. Cristian me estaba hablando de tu novela. —Dio una palmada a la libreta cerrada—. Parece muy entusiasmado.

—Siento no haber podido venir a saludaros hasta ahora —se disculpó Sara, que iba vestida de cocinera, toda de blanco, con un gorro de cocina entre las manos—. Como veis, tenemos mucho trabajo.

—Sí que lo tenéis. Qué bien. Me alegro mucho, Sara.

—¿Os ha gustado?

—Estaba buenísimo. Y el local es precioso. ¿Verdad, Cristian?

—Precioso —repetí, con un nudo en la garganta—. Moderno y clásico a la vez. Grande pero acogedor.

—Es una pena que Juan no pueda estar aquí para verlo —dijo Míriam, con una tranquilidad que me hizo dudar de quién era la psicópata allí. ¿Cómo se atrevía a decir aquello?

Sara se quedó unos instantes pensativa, o sin saber qué decir. La miré de refilón, nervioso como estaba, e intenté leer aquel rostro disimuladamente. No había vuelto a ver a nuestra vecina desde que la siguiera aquella noche hasta aquí, hasta el restaurante. Entonces todo eran suposiciones y dudas; ahora sabía con certeza que aquella mujer era una asesina. Aunque su rostro me seguía pareciendo el de siempre. No; en realidad no había nada que diese a entender que aquella mujer era una jodida y sangrienta chiflada. Entonces me acordé de la primera vez que la vi, cuando volvíamos de la ecografía del segundo trimestre. Ella estaba apoyada en la pared, al lado de su puerta, mirando al techo. Tampoco entonces había sabido interpretar aquel rostro. Dios, habían pasado muchas cosas desde entonces.

—Le hubiese gustado ver esto. El restaurante era su sueño —dijo Sara al fin—. Creo que por eso he seguido adelante con todo. Pero es mucho trabajo para que lo lleve una sola persona. No sé si voy a poder seguir mucho tiempo.

«Solo hasta que hayas agotado el abastecimiento de albóndigas», me dije.

—Tal vez deberías pensar en dedicarte profesionalmente a escribir —dijo Míriam, que me sorprendía cada vez que abría la boca—. Cristian dice que tienes talento para hacerlo, que podrías ganar bastante dinero escribiendo.

¿Yo había dicho eso? Mi esposa me dio una patada por debajo de la mesa.

—Sí, claro —dije—. Por supuesto.

—Dice que tu novela tiene mucho potencial. Que tal vez deberías plantearte

seriamente dedicarte a esto —siguió Míriam.

La miré extrañado. No sabía adónde quería ir a parar mi esposa, pero empezaba a sospechar que quería ir a parar a algún sitio. Y eso es lo que hizo, naturalmente. Le dio algunos rodeos al tema, dirigiendo la conversación como solo Míriam sabe hacerlo, con una simpatía arrolladora, llevándonos sin que nos diésemos cuenta por donde ella quería, pasando de la lluvia al restaurante y del restaurante a la muerte del marido para volver al tema de la novela y de las posibilidades de Sara de ganarse la vida como escritora. Lo manejó todo de tal modo que, cuando dijo que debíamos quedar un día los tres para hablar del libro, el hecho de que ella también estuviera invitada a la reunión sonó como lo más lógico y natural del mundo, aunque no tuviera el menor sentido. Pero Míriam es así, tiene ese don. Y Sara no pudo negarse. Yo ya tenía bastantes problemas intentando seguir respirando como para objetar nada.

Total, que quedamos en que ya nos diríamos algo para quedar un día y luego Sara se disculpó porque tenía que volver a la cocina.

—¿A qué hora acabas? —le preguntó Míriam antes de que la otra pudiera escaparse.

—No lo sé. Cerramos a las doce y media. Supongo que saldré de aquí sobre la una o una y media.

—Escucha. Cristian y yo teníamos pensado ir a tomar algo. Hoy estamos sin niño; Eric se queda a dormir en casa de mi suegra. Estoy pensando... ¿por qué no quedamos luego y nos tomamos algo y así hablamos del tema?

Sara no se pudo negar. Lo intentó. Dijo que no sabía con exactitud a qué hora acabaría y que no nos quería hacer esperar. Que mañana era viernes y que yo seguramente tendría que ir a trabajar, que ya quedaríamos otro día. La batalla estaba perdida de antemano, Míriam no se iba a dejar derrotar. Le aseguró que no teníamos ninguna prisa, me obligó mediante una serie de patadas a decir que yo mañana no tenía que madrugar y quedamos en que pasaríamos a buscarla sobre la una. Ya que estábamos, Míriam aprovechó para pedirle la cuenta.

Dejamos una buena propina y nos fuimos a pasear por el barrio. No nos pusimos las chaquetas. Ya no llovía y la noche se había vuelto extrañamente sofocante, como si el verano acabase de caer sobre nosotros. Las calles mojadas resplandecían con mil luces. A Míriam le costaba andar, con esa barriga. Se había cogido a mi cintura y caminábamos abrazados, sin apenas hablar. Su cabeza estaba apoyada en mi hombro y a ratos me parecía poder escuchar su cerebro chirriando.

—¿Qué se supone que vamos a hacer ahora? —me atreví a preguntar—. ¿Ir a tomar unas copas con Sara para hablar de su libro y ya está?

—No lo sé —dijo Míriam—. Estoy pensando en ello.

Iba a decir algo más, pero preferí morderme la lengua. Estaba claro que aquello de quedar con nuestra vecina, y a esas horas además, era una completa locura. No sé

qué es lo que pretendía Míriam, ni ella misma lo sabía. No tenía ningún plan, eso estaba claro. Pero no iba a lograr que cambiara de opinión, y no tenía ganas de volver a pelearme con ella, así que me encomendé a la suerte, intenté calmar mis nervios y mantuve la boca cerrada.

Suspiré. Dios, nunca habría imaginado que algún día llegaría a desear tanto estar viendo una peli de Woody Allen. Allí es donde debería estar —me repetía—, en el maldito cine, con un enorme vaso de cartón lleno de palomitas entre las manos, contemplando los insípidos problemas matrimoniales de personajes que no me importaban lo más mínimo. En vez de eso me encontraba aguardando una cita con una psicópata. Y lo peor era que aún nos quedaban más de dos horas de espera.

Después de dar una vuelta por el barrio llegamos a la playa y nos sentamos en la arena a mirar el mar. Una luna casi redonda iluminaba las olas. Fruncí las cejas y estudié el paisaje minuciosamente. Era un poco tonto esperar ver un cadáver aparecer por allí, pero no perdía la esperanza. En algún momento vislumbré un bulto extraño en el agua, no lejos de nosotros, y mi corazón se detuvo por unos segundos. Solo era una bolsa.

Paseamos un poco más y luego fuimos a tomar algo a un bar cercano, yo una cerveza y Míriam una Fanta de naranja. Hablamos no recuerdo de qué, de tonterías, casi sin escucharnos, y luego paseamos un poco más.

Sobre la una volvimos al restaurante de Sara, que ya estaba cerrado, y seguimos esperando delante de la persiana. Quince minutos más tarde, Míriam recibió un wasap de Sara, preguntándole si estábamos por allí, que enseguida salía, y al cabo de unos diez minutos la vimos aparecer por la puerta de servicio.

—¿Y bien? ¿Qué queréis hacer? —nos dijo, plantándose entre nosotros, después de preguntarnos si habíamos tenido que esperarla mucho. Llevaba una camiseta negra de tirantes y en un brazo aguantaba una chupa de cuero.

—No sé —dijo Míriam—. ¿Qué os apetece hacer?

—Tomar algo de alcohol estaría bien —propuse—. Menos tú, Míriam, que mejor que no lo tomes, por varias razones.

—Yo soy nueva, no conozco mucho la zona —dijo Sara.

Míriam se giró hacia mí.

—¿Sabes si hay algún bar abierto por aquí a estas horas, Cristian?

—Alguno habrá —conjeturé—. Aunque vete a saber. La última vez que salí a tomar algo un jueves por la noche fue para ir a un bar de Chill Out. Imagínate.

—¿Y si vamos a nuestra casa? —planteó Míriam—. Aunque no sé si tenemos bebidas.

—Podríamos ir a la mía —dijo Sara—. Si os parece bien. Creo que tengo algo en la nevera.

Quince minutos más tarde entrábamos en el piso de Sara. Colgamos los abrigos, el

bolso y la cartera en el perchero de al lado de la puerta y seguimos a nuestra anfitriona hasta el comedor. Míriam y yo nos sentamos en el sofá. Sara se dirigió al balcón, abrió una de las puertas para que corriese un poco de aire —el ambiente era pesado— y nos preguntó qué queríamos tomar, que ella iba a ir a por una cerveza. Yo necesitaba algo más fuerte. Le pregunté si tenía algún licor y me ofreció un vaso de *whisky*. Míriam le pidió una Coca-Cola. Cuando volvió de la cocina, Sara se sentó en el sillón, a mi lado. Al momento me di cuenta de mi error. Debería haberme sentado en el otro extremo del sofá, en el lugar de Míriam. Ahora estaba atrapado entre las dos. Ya era demasiado tarde para cambiarme.

Empezaron a hablar. Mi mujer le preguntó a Sara dónde se había comprado aquella camiseta, y Sara le dijo que era un regalo. Luego Míriam se puso a contarle algo de una amiga suya, o alguna historia del trabajo, no lo recuerdo muy bien. La cosa, de momento, no parecía tan terrible, en todo caso, pero algo me decía que aquello no iba a durar mucho. Aunque me esforzaba en convencerme de lo contrario, era evidente que tarde o temprano Míriam iba a intentar algo. Sonsacarle alguna pista a Sara, provocar un desliz, conseguir que confesara. No lo sabía exactamente, pero algo intentaría, seguro.

—¿De dónde sacas todas estas ideas? —le preguntó Míriam a Sara en determinado momento. Se habían puesto a hablar de la novela—. La trama es muy buena. ¿Cómo se te ocurrió la historia?

Miré a mi esposa. Míriam no se había leído la novela de Sara, no tenía ni idea del argumento —yo solo se lo había esbozado muy vagamente—, pero acababa de decir aquello como si se la supiera de memoria. Le di un largo trago al vaso de *whisky*.

—Pues no sé qué decirte. No lo recuerdo.

—¿Tú qué opinas, Cristian? —me preguntó mi mujer.

—¿Qué opino de qué?

—Del argumento de la novela. Es bueno, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —respondí, intentando aparentar normalidad—. Está muy bien. Es la parte más fuerte del libro, seguramente. Los personajes son lo que cojea más, me parece. Hay que trabajar un poco en eso.

—¿Crees que los personajes cojean? —dijo Míriam—. Pues a mí no me lo parece. La descripción del psicópata me parece fenomenal. Entiendes perfectamente su lógica, su forma de pensar, de ver el mundo. ¿Te has documentado para el tema? —le preguntó a Sara.

—Un poco, sí.

—¿Has tenido que leer libros sobre psicópatas?

—Alguna cosa. Artículos en internet, básicamente. Me ha sido más difícil documentarme sobre todo el rollo policial, si te soy sincera.

—Es que el retrato psicológico del asesino es muy auténtico. Te lo digo de verdad. Se nota que te has metido dentro del personaje —insistió Míriam, asintiendo con la cabeza.

Lo hacía de vez en cuando. Se admiraba de su propia actuación. Yo entretanto estaba concentrándome en desaparecer. Por el momento me había convertido en un objeto inanimado. La conversación estaba empezando a desembocar por un camino que no me gustaba nada. Por un momento me sentí tentado de decir que tenía sueño, irme a casa y dejarlas allí con lo suyo. Tal vez si me hubiese sentado en el otro extremo del sofá ahora podría levantarme sutilmente y largarme sin que se diesen cuenta. Maldita sea.

—Creo haber leído que hay muchos más psicópatas de los que la gente cree —decía ahora Míriam—. Lo que pasa es que son difíciles de pillar. Son fríos, calculadores, no dejan pistas. Pero hay como un psicópata cada trescientas personas, según los estudios. —Aquello se lo acababa de inventar, saltaba a la vista—. Da miedo pensar que puedas tener, yo qué sé, a un vecino psicópata, ¿no crees, Sara?

Menuda frase. Miré a Sara, que se limitó a sonreír, ladear un poco la cabeza y decir:

—Sí, supongo que tienes razón. Da un poco de miedo.

O Míriam y yo estábamos muy equivocados y todo aquello no era más que un simple malentendido o nuestra vecina también era una actriz fantástica.

Siguieron hablando un poco más. Sara parecía resistir los eventuales ataques de Míriam como si nada. Le respondía a todo con seguridad, sin titubeos, como si allí no estuviera pasando nada raro, sin perder su fría sonrisa. Su ingenuidad era más que sorprendente. Era inquietante.

Yo me estaba poniendo muy muy nervioso. Me había acabado el *whisky* en apenas cuatro tragos. Me sentía ligeramente borracho. Podía notar el sudor acumulándose en mi frente. Aquella era una de las situaciones más tensas a las que había sido sometido en mi vida, y eso que hacía una semana había compartido nevera con un cadáver. Aquello era una bomba de relojería a punto de estallar, y, si no hacía algo pronto, explotaría en mis narices. Tenía que intentar poner freno a la situación, o al menos, si no me quedaba otra, huir de allí, aunque fuese una huida momentánea. Cuando vi que Sara se llevaba a los labios el último cuarto de su cerveza, hice el amago de levantarme.

—¿Quieres otra? —le dije, señalándole el botellín—. Yo me he acabado el *whisky*. Iba a ir a coger una para mí.

—No te preocupes —respondió—. Ya voy yo. ¿Una cerveza, pues? ¿Tú, Míriam, quieres algo?

—No, gracias.

Sara se levantó con parsimonia del sillón, se acabó lo que le quedaba de cerveza y emprendió el camino a la cocina. Cuando hubo desaparecido, me encaré a Míriam.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo? —le susurré.

—Solo estamos hablando.

—¿Qué coño era eso de tener vecinos psicópatas? ¿Qué pretendes, que nos mate?

—No digas tonterías. No nos va a matar.

—Claro, porque nunca ha matado a nadie.

—Somos dos, Cristian, ella solo es una. Y estamos sobre aviso. Tranquilo. No va a hacer nada. Solo estoy tanteando el terreno.

—Vete a saber qué coño le estará echando ahora a mi cerveza.

—Pues no bebas.

—¿Estás loca? ¿Cómo voy a no beber, en esta situación?

Los dos callamos al escuchar los pasos de Sara acercándose de nuevo al comedor. Al girarme y verla me di un susto de muerte. Me puse en pie de un salto y me dirigí corriendo hacia ella. En vez de las cervezas, Sara sostenía entre sus manos mi cartera. En una de las manos llevaba asimismo una servilleta de papel.

—Es tuya, ¿no, Cristian? —dijo—. He visto que caía algo. Parece que se te ha derramado algo dentro. Está traspasando el fondo.

Abrió un poco la cartera para mirar el interior. Instintivamente salté sobre ella y se la arranqué con fuerza de las manos, pero ya era demasiado tarde. Sara había tenido tiempo de vislumbrar —por lo menos— lo que había en el interior. Hizo una mueca extraña.

—He guardado un par o tres de albóndigas —solté apresuradamente—. Nos han sobrado. No las queríamos tirar. Hemos pensado llevárnoslas a casa. Para el gato.

—¿El gato? —dijo Sara—. No sabía que teníais un gato.

—Es un gato mudo —dije—. Es como el gato de Schrödinger. Nunca sabes si está o no está en casa.

Sara no dijo nada. Permaneció allí de pie, enfrente de mí, mirándome a los ojos fijamente, con una expresión vacía. Yo no sabía dónde esconderme. La tensión era palpable. La situación era insostenible, la bomba estaba a punto de estallar.

Y estalló.

Bueno, la hizo estallar Míriam.

—Sabemos lo de Juan —dijo, desde el sofá.

Sara la miró.

—¿Qué has dicho?

—Que sabemos lo de Juan. Lo sabemos, Sara.

—¿De qué hablas? ¿Qué es lo que sabéis?

—Sabemos que lo mataste —dijo Míriam.

—Bueno, tanto como saber... —intenté mediar.

—No sé si te acabo de entender —dijo Sara, ignorándome—. ¿Esto es algún tipo de broma?

—No, no es ninguna broma. Sabemos que mataste a Juan —repitió Míriam. Más veces ya no se lo podía decir.

—Juan se suicidó —dijo Sara—. Se tiró por el balcón. Yo estaba con Cristian cuando ocurrió. No sé de qué estás hablando.

—No. No se suicidó. No era él, el que cayó por el balcón. Era su hermano Toni.

Siguió un silencio aplastante. Yo esperaba que Sara se echase a reír, que desmintiese todo aquello, que nos ofreciese una explicación razonable. No perdía la esperanza de que todo aquello acabara en nada. Quizá Míriam y yo estábamos totalmente equivocados. ¿Y si todo había sido un simple malentendido, a fin de cuentas? ¿Y si no vi a Juan por la calle? ¿Y si en la cámara frigorífica confundí el cadáver de Juan con, que sé yo, el de un cerdo?

Todo lo que hizo Sara fue decir:

—¿Cómo dices?

—Tú mataste a Toni, Sara. Luego tú y tu marido fingisteis que era él y que se había suicidado. Luego, no sabemos con exactitud por qué, traicionaste a Juan y lo apuñalaste, y luego hiciste albóndigas con su cuerpo.

Míriam dijo aquello muy tranquila, como si no fuera la primera vez que acusaba a alguien de guisar a su marido.

—A ver si te sigo —le dijo Sara, sin perder su rostro inexpresivo—. ¿Esto es en serio? ¿Estás diciendo que creéis que he asesinado a Juan y que luego encima he hecho albóndigas con su cuerpo? Eso es absurdo.

—Suenan bastante absurdo —intervine—. Sí. Aunque el mundo es bastante absurdo, si te paras a pensarlo.

—Sabemos quién eres —dijo Míriam—. Lo sabemos todo de ti. Lo que pasó en Ambite, lo de la aventura de Juan con la secretaria, lo de los abortos, lo que le hiciste a la madre de Juan. Sabemos que mataste a Juan. Vamos a ir a la policía.

—¿A la policía? ¿Y qué les diréis?

—Lo que te acabamos de contar —dijo Míriam—. Se lo explicaremos todo. Por eso nos hemos llevado las albóndigas. Les pediremos que las analicen.

Sara, por fin, se rio. Fue una risa muy concisa.

—¿En serio creéis que no solamente he apuñalado a mi marido, sino que luego además he hecho albóndigas con su cuerpo?

Una idea cruzó mi cerebro.

—¿Cómo sabes que lo apuñalaste? —solté, dando un paso atrás y señalándola con el dedo—. Nosotros no hemos dicho nada de haberlo apuñalado.

—Claro que sí, lo acabáis de decir.

—Es verdad, Cristian —dijo Míriam—. Lo acabo de decir yo.

—¿Seguro?

—Por favor. ¿No puedes estarte quince minutos sin hacer el ridículo?

—Me ha parecido que...

—Todo esto me parece completamente surrealista —dijo Sara—. No sé si es una broma, si me estáis tomando el pelo, o si...

—No es ninguna broma. Sabemos lo que has hecho, y podemos probarlo —dijo Míriam.

—O puede que nos equivoquemos —observé—. Seguro que hay una explicación

divertida y satisfactoria para todo esto. Qué ganas de escucharla.

Sara bajó la cabeza y se miró un momento las manos.

—Adelante. Enviad las albóndigas a la policía —nos alentó—. No hay nada raro en ellas. Tampoco creo que os hagan caso.

—¿Que no nos harán caso? Esto no es nada, Sara. Tenemos más pruebas. ¿Verdad, Cristian?

—¿Las tenemos? —pregunté. Míriam me fulminó con la mirada—. Oh, sí, claro que las tenemos —seguí—. Tenemos montones de pruebas. Esta, por ejemplo.

Metí la mano con decisión en un bolsillo y saqué el primer párrafo de su novela, el trozo de libreta que habíamos arrancado antes en el restaurante.

—Les mandaremos las albóndigas junto con esta nota —proclamé, plantándola amenazadoramente en la mesa que había a mi lado—. Es una confesión en toda regla.

Clavé con indecisión mis ojos en los de Sara, que ahora me miraba callada, con el ceño fruncido.

—Eso no es ninguna confesión —dijo Sara, después de echarle un vistazo al papel.

—¿Cristian? —escuché que decía mi esposa detrás de mí.

No aparté los ojos de los de mi vecina.

—Ah, bueno, tenemos muchas más pruebas —le dije. Me estaba envalentonando—. Pero no vamos a enseñarte todos nuestros trucos. No somos unos aficionados.

—¿Cristian?

—¿Por qué me hacéis esto? —me preguntó Sara, en un tono casi infantil—. ¿Qué os importa a vosotros? —Luego su tono se volvió repentinamente grave, nervioso—. No sabéis nada de mí. Nada. No sabéis quién era Juan, no tenéis ni idea de lo que ha sido mi vida. ¿Qué vais a saber? Sois la parejita feliz y encantadora del séptimo segunda. No sabéis nada.

—¿Cristian? Creo que tenemos un problema.

Me giré. Mi esposa, que seguía en el sofá, se estaba palpando los pantalones. Acercó una mano a su cara y luego me miró y me dijo:

—Creo que acabo de romper aguas. Y son oscuras. Verdes.

—¿Verdes?

Intenté recordar cómo iba aquello. Si las aguas eran transparentes o claras, no hacía falta correr al hospital; había tiempo de darse una ducha, preparar las maletas, llamar a un taxi. Si eran rojas había que salir pitando. Pero ¿qué ocurría si eran verdes? No me acordaba.

En cuatro ágiles zancadas me planté delante de Míriam.

—¿Estás segura de que has roto aguas? No te habrás sentado encima de algo, ¿verdad?

—Claro que estoy segura. No digas gilipolleces.

—¿Qué hay que hacer?

—Lo habitual es ir a un hospital.

—¿Llamo a un taxi?

—Ya encontraremos uno. Bajemos a la calle.

Dudé, pero solo un instante. No me parecía muy apropiado abandonar a nuestra vecina justo después de haberle revelado que sabíamos que era una asesina y amenazarla con ir a la policía, pero la vida es cuestión de prioridades, y no íbamos a tener un bebé allí en medio. Me incliné hacia mi esposa para cogerla por debajo de los brazos y ayudarla a levantarse. Míriam, que seguía mirándose los pantalones, se agarró a uno de mis hombros. Luego alzó la cabeza y, al ver lo que había detrás de mí, soltó un grito agudo.

Me giré. Sara estaba justo detrás de mí, con los brazos en alto, sosteniendo con fuerza un palo de golf que no sé de dónde coño habría sacado tan deprisa. Su rostro era terrorífico; parecía poseída por una rabia salvaje. Con un gesto brutal, acompañado de un rugido, dejó caer el palo contra mi cabeza, con su bombeada y reluciente cabecita apuntando al centro exacto de mi cráneo. Conseguí apartarme lo suficiente como para evitar un golpe que probablemente hubiese sido mortal, pero la vara llegó a darme en la sien.

Me desplomé en el suelo, inconsciente.

Recobré la consciencia de un modo progresivo.

Primero noté el intenso dolor en la cabeza. Solté un gemido, intenté incorporarme, moverme. Apoyé una mano en el parqué.

Estaba tumbado de espaldas en el suelo, seguramente en el mismo sitio en el que Sara me había infligido el golpe, al pie del sofá, aunque por el momento no podía ver nada. La intensa jaqueca me impedía abrir los ojos. Logré incorporarme un poco. No debía haber estado inconsciente más de dos o tres minutos, aunque no estaba seguro. Con esfuerzo, conseguí separar los párpados. Al principio todo era borroso. Se escuchaban golpes y gritos sofocados cerca de mí. Moví la cabeza hacia uno y otro lado mientras empezaba a enfocar la estancia.

Dos figuras se movían a escasos metros de mí. Por fin fui capaz de distinguirlos. La escena era grotesca. Míriam y Sara forcejeaban cerca del balcón. Separadas por la enorme barriga de mi esposa, se intentaban arrebatar mutuamente el palo de golf. La lucha era reñida.

Me puse en pie como pude, apoyándome con dificultad en el sofá, y me lancé hacia ellas. Conseguí dar dos pasos antes de caer de nuevo al suelo. Parecía que el golpe había afectado a mi equilibrio. Toda la habitación se inclinaba ahora a un lado ahora al otro.

Cuando recobré un poco de estabilidad mental levanté la vista. Míriam y Sara habían reculado un poco. Ahora se hallaban a un metro escaso del balcón. Era admirable ver batallar a mi esposa de ese modo, en esas condiciones.

Mientras luchaba por ponerme en pie, Míriam le propinó un cabezazo a Sara.

Sara soltó un grito, se tambaleó unos instantes, sin soltar el palo de golf, y contraatacó con fuerza. Le devolvió el cabezazo a Míriam, le arrebató el palo y le soltó un codazo en la barriga que me estremeció. Mi esposa cayó de espaldas al suelo.

Contuve la respiración y me puse finalmente en pie, con esfuerzo. Sara había cogido el palo de golf con ambas manos y lo había alzado sobre su cabeza. Estaban a unos tres metros de mí, y había una mesita por en medio. Era imposible que llegara a tiempo para detenerla.

Sara no llegó a asestar el golpe mortal, sin embargo. Antes de que pudiera hacerlo, Míriam, demostrando un brutal instinto de supervivencia, juntó los pies y los propulsó hacia su enemiga. Sara salió impelida hacia atrás. Dio dos, tres pasos, y se metió en el balcón abierto. Recordándolo ahora, fríamente, la escena resulta hasta cómica, aunque sea terrible. Al salir al balcón, la pobre tropezó con el bordillo de la puerta y por un momento pareció a punto de caer al suelo. En vez de eso dio un par de pasos más hacia atrás y buscó la barandilla del balcón para apoyarse en ella, pero no calculó bien. Aunque tampoco se la puede culpar. Está claro que esas barandillas son un peligro público.

Son muy bajas. Parecen la obra de un demente.

Lo último que vimos de Sara con vida fueron sus piernas desapareciendo tras la barandilla. Se oyó un grito, muy confuso, y luego un golpe seco. Míriam cree que esto que voy a decir es una gilipollez de las mías, pero juro que a mí me dio la sensación de que, mientras caía, Sara nos gritaba: «¡Cabrones!».

Asomé la cabeza para corroborar que nuestra vecina estaba muerta. Lo estaba. Su cuerpo me contemplaba inerte desde la calle. No conseguí ver el palo de golf, que había caído con ella. No me entretuve mucho. Míriam había empezado a gritar como una posesa a mis espaldas. Seguía tumbada en el suelo. Me lancé hacia ella, le pasé una mano por la barriga y le pregunté si estaba herida. Me dijo que estaba teniendo contracciones. Para demostrármelo, me cogió la mano y me rompió las falanges. Siguiendo sus órdenes, la cogí por las axilas, la levanté, le puse un brazo alrededor de mi espalda, la llevé al ascensor y la saqué a la calle.

Detuvimos un taxi y saltamos a su interior. El taxista era un chaval joven, de no más de veinte años. Cuando vi que buscaba la dirección de la maternidad en el GPS me arranqué un mechón de cabello. Le dije que ya lo guiaría yo. Daba la sensación de que se acababa de sacar el carné de conducir, si es que tenía edad para hacerlo. Cada vez que le veía soltar el pie del acelerador le arrojaba un billete de cinco en el regazo.

Míriam parecía tener contracciones cada dos o tres minutos. La otra vez, cuando tuvimos a Eric, no empezó a tener contracciones seguidas hasta mucho después de haber roto aguas, cuando ya llevábamos varias horas en el hospital y llamábamos a todas las enfermeras de la planta por su nombre de pila. ¿Es que eso de los embarazos no iba siempre igual?, me pregunté. Bueno, tampoco iba a ponerme a discutirlo.

Una vez en el hospital todo fue muy rápido. Nada que ver con la historia épica de doce horas que vivimos con el parto de Eric. Después de hacerle un chequeo rápido a Míriam nos llevaron a la sala de partos y, pocos minutos después, mi esposa estaba expulsando a nuestro nuevo hijo entre los vítores de la doctora y la partera. Yo, que le había entregado en sacrificio una mano a mi esposa, lo miraba todo con ansia y terror. Como todos los grandes actos de la vida, dar a luz es algo hermoso y asqueroso a la vez.

Todo salió bien. Míriam no parecía muy magullada, y nuestro hijo tenía diez dedos en las manos y diez en los pies.

—¿Cómo se llama el niño? —nos preguntó la doctora, mientras lo pesaba y medía.

Míriam y yo nos miramos un instante.

—¿Álex? —musitó Míriam.

La doctora no se lo tomó como una pregunta, y el nombre de nuestro segundo hijo quedó sellado en su primer documento oficial.

Cuando le devolvieron al bebé, mi esposa se abrió la bata y se lo puso encima, entre sus pechos. Me senté a su lado. El pequeño era clavadito a su madre. Mientras Míriam me hablaba de la importancia de mantener un contacto físico prolongado con

el niño en los primeros minutos de su vida, yo recorría con la mirada su carita, sus mejillas, su cuerpo, sus manitas.

—Seguro que a mí mi madre me dejó toda la noche solo en la cuna —le dije a Míriam, levantando la cabeza para mirarla.

No me respondió. Solo tenía ojos para el pequeño. Pese a todo lo que acababa de vivir, estaba preciosa. Era increíble. En apenas un par de horas, Míriam le había quitado la vida a una persona y había traído a otra al mundo. Si aquello contenía algún mensaje moral o poético era algo que se me escapaba, pero no dejaba de resultarme sorprendente, o chocante. Desde luego, aquella había sido una noche intensa.

Después de certificar que todo había ido de fábula y que nuestro hijo pesaba tres kilos y ochocientos gramos, la doctora se despidió de nosotros. Nos llevaron a una sala contigua y nos hicieron esperar una horita allí. Luego nos condujeron a nuestra habitación. No quedaba disponible ninguna habitación individual, así que tuvimos que compartir la nuestra con una mujer de unos cuarenta años, con gemelos y sin padre a la vista. Álex se portó estupendamente aquella primera noche, apenas lloró, a diferencia de los gemelos. Siempre ha sido muy dormilón. Míriam y yo, a pesar del cansancio, no pegamos ojo en toda la noche.

Al día siguiente soportamos la procesión de parientes y amigos que venían a conocer al nuevo miembro de la familia. Yo descubrí sin asombro que no recordaba absolutamente nada del funcionamiento de un bebé. Eric vino sobre las once, con mi madre. Tanto Míriam como yo sentíamos una gran curiosidad por ver cómo reaccionaría ante la presencia de su nuevo hermanito. Nunca olvidaré aquel momento. Eric jamás había estado una noche entera sin sus padres, pero el tío pasó olímpicamente de nosotros. Lo recuerdo en la puerta de la habitación, cogido de la mano de mi madre. No podía apartar la vista de Álex. Cuando logró soltarse, se acercó despacio a la cama, como temiendo despertarlo, se subió a ella con cuidado, con mi ayuda, y empezó a acariciarle la cabecita.

—¿Sabes cómo se llama? —le pregunté. Pasó de mí. Se lo volví a preguntar.

Eric me miró y me dijo:

—Eric.

—No. Eric eres tú. Él se llama Álex.

—No —me dijo, cruzándose de brazos—. Eric.

Luego me dio la espalda y le dio un beso a su hermano. La verdad es que tengo la suerte de tener no solamente a la mujer más maravillosa del mundo, sino también a unos hijos insuperables.

Por la tarde vino a vernos el inspector García.

—Inspector —saludé, al verlo entrar en la habitación. En aquel momento yo estaba sentado en la cama, al lado de Míriam y el bebé. Estábamos los tres solos—. Qué sorpresa verle por aquí.

—¿Cómo se llama el pequeño? —nos preguntó desde el marco de la puerta.

—Álex —dije.

—Bonito nombre. Enhorabuena. ¿Les importa que pase?

Avanzó pesadamente hasta nosotros y se dejó caer en la silla que había al lado de la cama.

—¿Ha ido todo bien?

—Todo bien —respondió Míriam.

—Ningún problema —dije yo a la vez.

Los dos estábamos visiblemente nerviosos. Era evidente que aquel hombre no había venido hasta allí solo para felicitarnos. Ni Míriam ni yo no nos habíamos atrevido a sacar todavía el tema desde que habíamos llegado al hospital, o no habíamos encontrado la ocasión para hacerlo, pero los dos éramos conscientes de en qué condiciones habíamos dejado la entrada de nuestro edificio.

—¿Qué le trae por aquí? —le preguntó Míriam, siempre directa al grano.

—Ya, claro —dijo el agente, paseando la vista por la estancia—. Verán... No sé si lo sabrán, pero su vecina, la señora Sara Valverde, ha fallecido.

Míriam y yo pusimos cara de sorpresa y de espanto, ella notablemente mejor que yo.

—Se ha suicidado —dijo el agente—. Se ha tirado del balcón.

—¿Cuándo?

—Ayer por la noche. Mientras ustedes estaban aquí, en el hospital.

—Qué horror —dijo Míriam—. Tan joven...

—Sí, cuesta de creer —afirmé yo—. Acababa de inaugurar un restaurante.

—Es horrible —siguió el agente García—. Siempre lo es. Pero esto no es todo —añadió, dubitativo.

El hombre sacó un pañuelo de papel de un bolsillo y se secó la frente y las mejillas. Estaba chorreando sudor.

—¿Qué sucede?

—Es por esto por lo que vengo a verles —dijo—. Quería... disculparme ante ustedes.

—¿Disculparse? —le preguntó Míriam.

—Sí. Aún no tenemos todos los detalles. No sé si los llegaremos a tener. Pero todo indica que, como ustedes creían, ella asesinó a su marido. Así es. Siento de veras no haberles tomado en serio antes.

—¿Ella asesinó a su marido?

—Eso parece, sí. El caso es que ha dejado una confesión. Una confesión que es, a la vez, una nota de suicidio. Tiene mucha fuerza, ¿quieren leerla? —siguió el agente mientras sacaba un papel arrugado de su bolsillo—. La he copiado. Me ha parecido

muy buena, de las mejores notas que he leído.

El tío carraspeó antes de recitárnosla.

—«Yo lo maté. No sé si lo merecía. No me importa. El mundo es como es. Hay que atenerse a las consecuencias. Son las dos de la madrugada, he bebido y no puedo pretender que no ha pasado nada. El vaso de *whisky* que me he tomado ha dejado un círculo en la mesa en la que escribo. Yo lo maté. Volvería a hacerlo».

Guardó el papel de nuevo en el bolsillo, sin doblarlo ni nada.

—¿Y bien? ¿Qué les parece? —nos preguntó—. Desde luego, la chica tenía madera de escritora. Encontramos el vaso de *whisky* en la mesa. Parece que también se había tomado una Coca-Cola.

—¿Así que ella mató a su marido? —preguntó Míriam.

—Sí. No es solo la nota, claro. Verán. Cerca de su cuerpo encontramos un palo de golf. Al parecer saltó con él. Ya, ya sé lo que estarán preguntándose: ¿un palo de golf? ¿Y eso qué sentido tiene? Pues bien, el caso es que hemos encontrado pequeños restos de sangre en él.

Cuando dije esto me toqué instintivamente la herida que el golpe de Sara me había dejado en la sien.

—No podemos comparar esos restos con la sangre de su marido, por supuesto, puesto que fue incinerado. Pero es evidente que son restos de su sangre, ¿no creen? ¿De quién iban a ser, si no? Todo esto, por supuesto, es extraoficial, como comprenderán. No voy a abrir una investigación. Eso supondría mucho papeleo, créanme, y mucho trabajo, y no andamos tan bien de recursos. Y total, ¿para qué? Quiero decir: la gente cree que la policía se dedica a descubrir y encerrar a criminales, o algo así. Nosotros no hacemos eso. Nosotros no encerramos a criminales. Eso lo hacen los jueces. Nosotros nos limitamos a acumular y catalogar pruebas, que luego serán utilizadas en un juicio. Pero en esta situación, ¿quién va a ir a juicio? Nadie, ¿verdad?

—Eso espero —dije.

—Así que les pido que sean discretos. Pero a mí me parece que todo está claro. Yo también soy aficionado a los misterios, ¿se lo había dicho? Me gusta mucho Ellery Queen. Miren. Está claro que la mujer asesinó a su marido golpeándole la cabeza con el palo de golf, luego lo hizo caer por el balcón simulando un suicidio y luego se arrepintió y se quitó la vida. Lo único que queda por saber es: ¿cómo se las apañó para que cuando el cuerpo de su marido cayera por el balcón ella estuviera con usted, Cristian, y a quince minutos de distancia del suceso?

Pensé que diría que Sara seguramente tenía un cómplice, y que tal vez ese cómplice era yo; quizá me acusaría de haberla encubierto. En vez de eso, el agente se puso a especular sobre un absurdo y sofisticado mecanismo que creo que envolvía un enorme bloque de hielo, aunque no estoy seguro, lo cierto es que no entendí nada en absoluto.

Míriam y yo no nos atrevimos a discutir su teoría.

—¿Eso es todo? —le preguntó Míriam.

—Sí, eso es todo, más o menos. Quería explicárselo en persona, después de todo lo que ha pasado.

—Se lo agradecemos.

—Espero que no me venga de aquí a una semana a decirme que ha visto a su vecina andando por la calle —soltó el muy cabrón, guiñándome un ojo.

Forcé una carcajada que sonó como el gemido de un gato moribundo.

Luego esperamos un rato en silencio. Parecía que el agente se estaba mentalizando para levantarse de la silla. Lo hizo resoplando. Se acercó un poco al bebé, para echarle un vistazo, nos dijo que afortunadamente era guapo como su madre y nos estrechó la mano antes de despedirse. Cuando hubo desaparecido, Míriam y yo nos miramos durante un instante y nos echamos a reír. Fue una risa histérica, incontrolable; teníamos demasiadas emociones acumuladas en nuestros estómagos y las soltamos de ese modo. Despertamos a Álex, que se puso a llorar.

—Todo esto es absurdo —dijo mi esposa, ofreciéndole el pecho al crío.

—Sí. La vida es bastante absurda. Al menos la mía. No sé cómo es la de los demás. Supongo que al casarte conmigo entraste inevitablemente en este mundo absurdo que me rodea.

—Lo cierto es que no sé si he acabado de entender todo lo que ha pasado. Ha ido todo tan rápido. Por suerte, al final todo ha terminado bien.

—Bueno, han muerto tres, cuatro personas. He perdido la cuenta. Tanto como bien...

—Claro, pero... Por un momento pensé que no íbamos a salir de esta, Cristian. Cuando te desplomaste en el suelo, después del golpe... No quiero ni pensar en ello.

—Afortunadamente, solo me dio en la cabeza.

—Sí, afortunadamente —dijo Míriam, riéndose—. Ha sido todo muy emocionante, ¿no crees?

—Es una manera de verlo.

—Menuda noche. Aún estoy asimilándolo. Ayer por la tarde en lo único en que pensaba era en que por fin podríamos ir al cine. No sé. Es... Toda esta historia... Me cuesta creer que no me hubieses dicho nada hasta ayer. No me gusta que me lo hayas escondido.

—Lo sé. Y tal vez debería habértelo contado todo desde un principio. Pero pensé que...

—Porque, dime, si yo no llego a enterarme de todo, si no llego a intervenir, ¿qué habrías hecho? ¿Nada? ¿Mantener siempre el secreto? ¿Fingir durante el resto de tu vida que no sabes que tu vecina es una psicópata?

—Bueno, ya me conoces. No me gusta enfrentarme a los problemas de cara. Y en general no creo que sea mala estrategia. A ver. Tu absurdo plan de quedar con ella casi nos mata, Míriam. Mi plan de no hacer nada era, por lo menos, más prudente. Así que supongo que sí, que hubiese mantenido el secreto. Supongo que te habría

intentado convencer para que nos mudásemos de piso, de ciudad. Para que nos fuéramos a vivir al campo.

—No me habrías convencido.

—Lo sé.

Miriam se rio. Me encanta cuando se ríe de mí.

—La verdad es que aún no sé qué haces con un tío como yo —le dije—. Eso sí es un misterio irresoluble.

—Yo también me lo pregunto a veces. También me lo pregunta tu madre. Eres un tío afortunado, supongo.

—Sí, soy un tío con suerte.

Poco después, aquella misma tarde, nos visitó Iván. A pesar de la hora que era, aún no iba borracho. Nos dio la enhorabuena, le estrechó la mano al bebé mientras se presentaba formalmente ante él y se sentó en la silla.

—Le he traído un regalo al pequeño Álex —nos dijo, sacando un paquete de una bolsa y entregándonoslo—. ¿Se llama Álex, verdad? Me lo ha dicho tu madre, me ha llamado esta tarde.

Abrimos el regalo. Era un ejemplar de *Los hermanos Karamázov*.

—¿Le has traído *Los hermanos Karamázov* como regalo? —dije—. ¿A un bebé?

—Dostoievski no entiende de edades, Cristian. Y no pretendo que se lo lea ahora. Tiene toda una vida por delante. ¿Cómo te encuentras, Miriam?

—Muy bien. Gracias.

—Ya sois una familia al completo. Míralo, qué pequeño. Tal vez habéis engendrado al Hitler del futuro, pero ahora mismo es monísimo. En fin. Un nuevo ser humano en el mundo.

—Justo lo que faltaba —dije.

—Sí, exactamente. En realidad, me dais un poco de envidia, ¿sabéis? Miraos. Hacéis una buena pareja. Yo nunca podré tener algo así. Soy incapaz de enamorarme de alguien capaz de enamorarse de alguien como yo. Y toda esta vida no es para mí, en el fondo. Me gusta vivir sin horarios, saber que nadie depende de mí. Quiero poder beberme una cerveza un lunes a las diez de la mañana sin tener remordimientos de conciencia. ¿Qué coño ha pasado con vuestra vecina, por cierto? He oído que se ha tirado del balcón, como su marido.

—¿Cómo te has enterado?

—Me lo ha dicho tu madre. ¿Es cierto? ¿Se ha tirado por el balcón?

—Sí, bueno. No fue del todo así —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Es largo de contar.

—¿Es que tenéis prisa por ir a algún lado?

—No sé siquiera si soy capaz de reconstruir la historia —respondí—. Volví... a

ver a Juan, ¿sabes? Hace apenas una semana.

—¿Al marido? ¿Cómo que lo volviste a ver? ¿Andando por la calle, como la otra vez?

—No, qué va. Estaba muerto.

—¿Muerto?

—Cristian se quedó encerrado en una nevera con el cadáver —intervino Míriam.

—No jodas. ¿De qué hablas?

Míriam y yo nos miramos. Iván era al único al que le podíamos contar lo ocurrido —a fin de cuentas, ya sabía de qué iba la película—, y los dos nos moríamos de ganas de poder contar toda la historia a alguien. Se lo explicamos de un modo caótico, interrumpiéndonos constantemente el uno al otro. Iván nos escuchaba atentamente, con los labios fruncidos. Asentía con la cabeza de vez en cuando. Cuando terminamos, se quedó callado, pensativo, sin mirarnos, dándose golpecitos con un dedo en la barbilla.

—Es una buena historia —dijo al fin—. Aunque no es muy creíble.

—¿Que no es muy creíble? ¿Qué quieres decir?

—La literatura exige cierta contención —dijo—. Mirad. Coged un periódico cualquiera por la sección de sucesos y convertid cada noticia en una novela, por ejemplo. ¿Sabéis qué pasaría? La gente las criticaría por ser demasiado inverosímiles. Vuestra historia es demasiado inverosímil.

—Ya, bueno. Pero es una historia real.

—Y tiene demasiados cabos sueltos.

—¿Qué cabos sueltos?

—Sí. Bueno, no estoy seguro. Necesitaría que me la volvierais a contar, pero más despacio, descendiendo al detalle. No es que pretenda hacer un reportaje periodístico, pero cuanta más información, mejor.

—Espera —dijo—. ¿Es que estás pensando en escribir una novela con nuestra historia?

—No os preocupéis. Cambiaría los nombres. Nadie sabría que sois vosotros.

—Ya. Aun así, no sé si es muy buena idea.

—¿Por qué no?

—¿A ti qué te parece?

—No habéis hecho nada malo.

—Para empezar hemos matado a una persona.

—Pero ha sido en defensa propia. Y nadie sabría que lo que se cuenta es real. No hay de qué preocuparse.

Iván se incorporó ligeramente, sacó un pequeño bloc de notas y un bolígrafo del bolsillo trasero de su pantalón y empezó a apuntar cosas en él.

—Esto puede llevarnos rato —dijo—. No hace falta que lo hagamos todo hoy, y por el momento es tan solo una idea. No es seguro que vaya a seguir adelante con todo esto. Pero le veo potencial. A ver, Cristian, háblame de la relación con tu madre

—añadió, clavando el bolígrafo en el papel y mirándome.

—¿La relación con mi madre? ¿Y eso qué pinta en todo esto?

—Tengo que conocer bien a los personajes. Piensa que seguramente tú serías el narrador. No me gusta escribir libros en tercera persona, ya lo sabes. Yo saldría por allí en medio, claro. Al fin y al cabo, tengo mi papel en la historia. Eso supone un problema. No sé si estoy capacitado para plasmar en el papel la complejidad de mi propio personaje. Pero míralo por el lado bueno, Cristian. Se trataría de un *thriller* doméstico. Un *domestic noir*. Ahora están muy de moda.